



Un rastro de sirena

José Luis Correa



Lectulandia

Un rastro de sirena es la cuarta entrega protagonizada por el detective canario Ricardo Blanco.

En esta ocasión, el cadáver de una muchacha aparece descuartizado en la Playa de La Laja, en Las Palmas. Con un tatuaje y un collar como únicos elementos para desentrañar el crimen, Blanco debe adentrarse en el mundo de la prostitución y el tráfico de drogas vehiculado, principalmente, por la mafia rusa, que en pocos años se ha asentado en la isla de Gran Canaria.

Lectulandia

José Luis Correa

Un rastro de sirena

Ricardo Blanco, 4

ePub r1.1

Samarcanda 04.02.14

Título original: *Un rastro de sirena*

José Luis Correa, 2009

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

AL PRINCIPIO, el muchacho pensó que se trataba de un remolino de algas de las que el mar despidе con frecuencia. Lo había visto muchas veces, sobre todo en el cambio del otoño al invierno, con tiempo del norte y en aquel recodo donde la playa se une con la escollera de la depuradora. Una gran ola lo arrastró a la arena. Lo depositó como un fardo, pesada, indolentemente, en plena orilla y ni la fuerte resaca marinera fue capaz, por más empeño que puso, en devolverlo al océano. El muchacho siguió carenando su barcaza. La semana anterior había virado el tiempo, de repente, sin una mísera nube de aviso, y el oleaje lo había agarrado en mar abierto. A duras penas había logrado llegar a tierra y la peor parte se la llevó la *Alicia*, que había quedado maltrecha y con un boquete en la panza del tamaño de su puño.

El muchacho declaró después que pudieron pasar veinte o treinta minutos antes de que volviera a reparar en el bulto mohoso. Y no lo hubiera hecho de no ser por las gaviotas. Sí. Las gaviotas. Son pájaros repugnantes. A Jonás nunca le cupo en la cabeza qué puede haber de poético en unos bichos que se alimentan de la mierda. Le daban una grima atroz. Peor que los cuervos. Sí. Peor que la película de Hitchcock. En la comisaría, el muchacho no halló imagen mejor para explicar lo de aquella mañana de febrero en la que aparecieron los restos, de verdad, señor comisario, ¿qué?, ah, perdón, como he visto que no para de dar órdenes pensé que..., pues de verdad, señor inspector, aquello fue peor que la película de Hitchcock, para cagarse de miedo; primero vino una y comenzó a enredar entre las sebas con avaricia; luego otra, más grande y con el pico así, como cambado, no sé si me entiende; entonces las dos se pelearon por un trozo de algo, yo creía que era pescado podrido; los graznidos daban dentera, ¿usted ha oído a una gaviota cuando se pone a graznar?, pues eso, una dentera horrible, ¡ajj!; al final, la arena de La Laja, ¿usted conoce La Laja?, eso, la arena es negra y tiñosa, pues le juro por mi madre que se volvió blanca y gris de tanta gaviota que había, todas bregando por la carroña.

Jonás dejó aparcados la lija y el martillo. Pensó en dejar también la tabla que andaba preparando para sustituir la dañada pero se lo pensó mejor. Se levantó y fue a ver a qué venía aquel guirigay. Álvarez lo interrumpió en su relato, más por tocarle los huevos al chico que por comprobar su coartada, ¿no quedamos en que te daban grima las gaviotas?, ¿cómo es que te metiste en tremendo bancal? El chico no dudó ni un pestañeo, por el olor; sí, no vea usted, la peste tiraba de culo, ¿diga?, pues no sé por qué no lo noté al principio, será que las sebas tapaban el tufo y fueron las gaviotas las que lo desenredaron, el caso es que aquello empezó a apestar y yo me mosqueé y me acerqué a ver qué ocurría, pero con una tabla de medio metro en la mano por si alguna gaviota se ponía farruca. Y la tabla le sirvió para defenderse de los pájaros pero no de la visión nauseabunda que se le presentó. Por entre un ramal de algas de un aspecto cetrino y repulsivo descollaba un cuerpo de mujer. Supo que era de mujer por la mano izquierda, lo único que se mantenía más o menos intacto de

aquella masa tan desollada: era una mano delicada, con dedos finos y uñas largas.

El muchacho, de inicio, se sorprendió de la pequeñez del cadáver. E intuyó que la mitad del cuerpo estaría oculto entre las sebas o medio enterrado en la arena negruzca. Cuando apartó la mugre de sargazos (con el pie y algo de repugnancia) se dio cuenta de que por debajo del ombligo, donde debía de haber estado la ingle, el sexo, las piernas de la chica, no había nada. Una gaviota había empezado a roer lo que había sido el hígado de la sirena. Entonces vomitó lo que no estaba en los libros. La sirena. Fue Jonás (¿quién mejor que él, con ese nombre?) el que la bautizó. La sirena. Un apodo atinado si no fuese tan macabro: tal y como apareció el cadáver, aquel tronco diminuto hubiera podido continuar tanto en dos piernas estilizadas y elegantes como en una cola de pez.

El inspector Álvarez le agradeció la colaboración y le pidió a Jonás que no hiciera declaraciones a la prensa en tanto no pudieran averiguar algo más de la mujer. Pero debió de faltarle elocuencia o convicción porque, a los dos días, la noticia de la sirena misteriosa abría todos los informativos y era portada en los tres periódicos locales. Su cabreo fue tal que estuvo a pique de mandar a llamar de nuevo al pescador para apretarle los machos. No obstante, se contuvo: de nada le hubiera servido y, además, le hubiera hecho perder a él y a sus hombres un tiempo del que no disponía. La fama es muy golosa y Jonás había sucumbido, por lo visto y leído, a los cantos de los periodistas. Lo más seguro es que le hubieran dado algún dinerillo bajo cuerda que le vendría muy bien hasta que acabara de reparar su bote. ¿Quién es el guapo que se resiste a eso? Álvarez lo dejó estar y, en lugar de llamarlo a él, me llamó a mí, ¿cómo anda mi hombre?, ¿ya te recuperaste de las mataduras de tu última hazaña?; pues lo mismo me da, necesito que hablemos de un asunto, ¿cómo?, exacto, ya te enteraste, sí, el caso de la sirena, coño, menudo país éste en que ya no se respeta ni a los muertos.

Las mataduras a las que se refería el inspector aún no habían cicatrizado del todo. Y la hazaña tenía que ver con la muerte del concertino de la Filarmónica de Nueva York, un caso enrevesado que me dio más de un disgusto. Aún no habían cicatrizado pero la curiosidad se me adelantó al dolor y, al final, acepté comer con Álvarez en el Deenfrente, un bar de copas revenido en casa de comidas, a tiro de piedra de la comisaría. Intenté convencerlo de que fuéramos a otro restaurante, uno que no tuviera televisión ni mantelería de hule ni máquina tragaperras ni un baño alicatado con orines rancios. Pero fue inútil, su sueldo no le daba para florituras y, además, Ricardo, en los sitios a los que a ti te gusta ir te ponen una mierda de comida, cuatro papas y un trocito de carne que no llega ni a la muela; no, chico, vamos al Deenfrente que hoy tienen potaje de acelgas y carajacas y te vendrán muy bien para reponer fuerzas.

Cuando llegué al bar ya estaba el inspector dando cuenta de un plato de aceitunas del país con una caña. Ojeaba uno de los periódicos que había llevado consigo (tenía

al menos otros dos en una silla a su lado) y meneaba la cabeza en un mohín entre el hastío y el desencanto. Nada más verme me hizo una seña para que me sentara en la silla libre, ¿has leído esto?, ya la tenemos liada otra vez, carajo; a estos tipos les gusta más un culebrón que comer con los dedos; fíjate que llevamos dos días con sus noches buscando averiguar quién es la mujer de la playa sin nada que llevarnos a la boca y ellos ya resolvieron solitos el caso: para éste, se trata de una inmigrante a la que se medio comieron sus compañeros de patera; otro tipo habla de una prostituta del puerto que se negó a pagarle a su chulo; y el último, el más peligroso por el revuelo que va a formar, dice que la sirena puede ser una de las niñas desaparecidas el año pasado.

—Bueno, Álvarez, usted siempre dice que en una investigación no puede descartarse nada. Al menos los tipos ponen empeño.

—¿Empeño? Y un huevo. No son más que majaderías.

—Hombre, lo bueno de disparar a todos lados es que tarde o temprano das en el blanco.

—Ya. Pero, por el camino, sueles dejar un reguero de muertos.

Quita, quita, Ricardo. Que no. No saben de la misa la media. La chica es de raza blanca, así que olvídate de pateras y caníbales. Por otra parte, sus manos y su piel son finas y delicadas. Eso, claro, después de que Santa Ana la adecentara. ¿Te acuerdas de Santa Ana, el forense? Creo recordar que coincidiste con él en otro caso. Sí. El de los tipos que aparecieron asesinados y vestidos con encajes. Pues ése. De modo que la sirena (joder, ya se me ha pegado el mote) tampoco tiene trazas de puta arrabalera. Y desde luego ni su descripción ni su ADN concuerdan con ninguna de las muchachas desaparecidas, eso fue lo primero que analizamos, coño. Son majaderías de aprendices.

—¿Y cómo es que no le preguntaron a usted en vez de al pibe que encontró el cadáver?

—Porque sabían que yo los iba a mandar a la mierda.

—Como siempre.

—¿Y qué quieres? Es lo que se merecen.

—Y entonces, ¿qué tenemos?

—No tenemos nada. ¿Por qué crees que te he llamado?

—¿Porque soy el mejor detective del barrio?

—Ja. El mejor tocachuevos es lo que tú eres. Pero resulta que el tocachuevos (no intentes engañarme que he hablado con tu secretaria) ahora anda a dos velas y, además, es capaz de oler desde lejos la mierda, que es a lo que huele esto.

—¿A qué quiere que huelga con un cadáver en descomposición?

—No me refería a eso, tolete. Hay una pista, algo de lo que, por supuesto, no hablan los telediarios porque ni siquiera el pibe de La Laja se dio cuenta. La chica llevaba en el cuello una cadena de oro. La he mandado tasar y ¿a que no adivinas?: resulta que vale más de cuatro mil euros. No tiene marcas, ya la hemos estudiado. Hay doscientas joyerías en la isla que podrían venderla.

—Vaya, ¿y no han denunciado ninguna desaparición en las últimas semanas?

—Sí. La de una niña de doce años. Pero esta muchacha debía de andar por los veinticinco.

—Pues las chicas de veinticinco prefieren la bisutería.

—Eso, Ricardo, es lo que huele mal.

A Álvarez nada le quitaba el apetito. No ya un cadáver sin nombre, ni siquiera una plaga de cadáveres anónimos hubiera impedido que el inspector diese cuenta de su potaje de acelgas y de sus carajacas como estaba mandado. Igual que si estuviera en el pabellón de la muerte y aquélla fuera su última comida. Mientras, en la radio sonaba la voz aguardentosa de Sabina, *lo nuestro duró lo que duran dos peces de hielo en un whisky on the rocks*, y a mí me vino un regusto de melancolía. Pensé en Juliette Legrand, una viola canadiense que había aparecido en y desaparecido de mi vida de una sola tacada. Cuando se marchó ella (la última vez que la vi me miraba desde detrás de la ventana de un coche patrulla, una lágrima de agradecimiento o de rabia o de ambas cosas juntas le corría por la mejilla), mi vida entró en una suerte de modorra lánguida de la que, precisamente, había venido a despertarme Álvarez con la noticia de la sirena varada. Por eso y no por otra causa había aceptado su propuesta (¿fue invitación o reto?) de echarle una mano. Era cierto que no tenía mucho que rascar, salvo un trabajo de menor calado (un joven estudiante de Derecho al que habían acusado de violación, luego de una fiesta de Navidad y varios porros) que no me iba a importunar demasiado. Pero en el fondo (*muy en el fondo*, diría más de una que yo me sé) soy un romántico: el cadáver de una muchacha de la edad de Juliette y un asesino impune paseando por mi barrio o comprando en mi supermercado o bañándose en mi playa me mortificaban.

A los postres, unas torrijas con miel de palma para él y una ensalada de frutas para mí, volvimos al asunto de la sirena. Yo quería saber hasta dónde podía meter la nariz en aquel caso. Tanto Álvarez como yo sabíamos que en España los detectives privados no valemos ni tela de mortaja. Somos como las putas del malecón: sólo podemos hacérselo con marineros coreanos, con brutos y desdentados. La ley nos impide investigar delitos penales, para los negocios grandes está la policía o la guardia civil. Es cierto que yo me había jugado la licencia en alguna ocasión investigando crímenes: a veces por mi cuenta y riesgo (algún cliente que no acaba de

fiarse de la policía); a veces *invitado* por el mismo Álvarez porque la cosa podía perderse en laberintos diplomáticos (fue el caso del violinista judío de la filarmónica neoyorquina) en los que él tenía las manos atadas. Pero ahora nadie había venido a contratarme (de hecho, nadie había denunciado la desaparición de la chica) ni tampoco parecía una cuestión de Estado lo de una pobre muchacha escupida por el mar en unas islas donde por desgracia, día sí día no, nos desayunábamos con una noticia como ésa.

El inspector insistió en su primer argumento. Aquello olía a mierda y yo tenía olfato para escarbar en la mierda. Sin embargo, después de una copa de coñac barato (el Deenfrente no andaba para pompas ni boatos y Álvarez no tenía remilgos a la hora de beber) mi amigo me reveló la verdadera razón: con la prensa hurgando en la basura de la comisaría, ni él ni sus hombres podrían moverse con agilidad y, encima, podía irse toda la investigación al traste por culpa de una indiscreción o una pista sacada de contexto. No sería la primera vez. Yo, sin embargo, trabajaba solo y sin nadie que me estuviera tocando las narices a cada paso. Total, no tenía nada mejor que hacer y, con un collar de oro en un cuello tan bonito, era probable que la muerte de la muchacha incluyera a un padre o a un marido dispuesto a pagar bien por cazar al cabrón que la había descuartizado. En aquel momento, parecía un buen trato.

MI PRIMER MOVIMIENTO fue peón cuatro rey, ¿para qué andarse por las ramas?: esa tarde iría a hacerle una visita a Santa Ana, no sin antes guardarme las espaldas. Le pedí a Álvarez que hiciera una llamada al IAF, el Instituto Anatómico Forense. Lo menos que me apetecía era encontrarme con un celador suspicaz dispuesto a darme una patada en el culo y a botarme a la calle. Cuando salimos del bochinche donde almorzamos comprendí la perreta del inspector en tenerme a la vista. En la esquina de la comisaría había una jauría de periodistas al acecho. Cada quien soportaba la espera a su modo: uno fumaba de una forma compulsiva; otro leía una revista de las que dan con el periódico; otro ponía a punto el objetivo de su cámara; dos o tres charlaban en voz baja y sólo la subían para piroppear a cualquier chica que pasara por allí. Dejé a Álvarez bregando con ellos (por su manera de tratarlos, me quedó claro que la diplomacia no era su fuerte) y crucé la calle rumbo al parque Santa Catalina. Allí cogí un taxi, no tenía malditas ganas de conducir. Quería tomarme unos instantes para digerir la información y las carajacas, que ya empezaban todas a alborotarse en la boca del estómago. Pero estaba de Dios que no pudiera hacer la digestión en paz ni diez minutos.

El taxista (perro viejo, nariz árabe, gesto histriónico y verbo sin tapujos) también había oído la noticia y tenía su particular opinión al respecto: los colombianos. No cabía duda. Habían sido los colombianos, la madre que los parió. Claro. Tanta apertura y tanta democracia no podían salir gratis. ¿No queríamos inmigrantes? Pues toma inmigración, coño. Él los conocía bien. Los cataba al instante. Había llevado al aeropuerto a más de un matasiete. Sí. En el mismo sitio donde estaba yo ahora. Ahí se habían sentado tipos de la peor calaña: malencarados, con el pelo negro ensortijado, llenos de joyas hasta los dientes, con trajes horteras y seguro que con una pistola en la faltriquera. Los negros, a su lado, eran monjitas de la caridad. Sí. Como lo estaba yo oyendo. A esa pobre chica se la había cargado la mafia colombiana. Cosas de ellos, sin duda: un ajuste de cuentas, deudas de droga o algo por el estilo. Mientras parloteaba, sus manos no cesaban de moverse. Tanto que yo pensé que nos la dábamos antes de llegar a la morgue.

Pero llegamos. Pagué la carrera. Le dejé que se quedara con el cambio, por la conferencia. Subí las escaleras del edificio (uno de los más deprimentes que conozco y quiero conocer) palpándome la ropa para asegurarme de que era cierto que estaba ileso y aquello no era el sueño de los muertos. Nada más verme entrar por la puerta, el vigilante de guardia dejó a un lado el *sudoku* o el crucigrama o la sopa de letras que estuviera resolviendo y se levantó. Salió de su cubil. Y se limitó a esperarme, con el bolígrafo aún en la mano, mientras me miraba de arriba abajo. Alto. Rubio. Fornido. Pelo corto. Entre veinticinco y treinta años. En su rostro quería asomar un ademán chulesco que se le desbarataba no más uno se fijaba en su uniforme verde rucio y en sus zuecos de madera con calcetines blancos. En la pechera llevaba

prendida una etiqueta con su nombre: J. R. Brito. Decidí que se llamaba Juan Ramón. Me presenté, buenas tardes, soy Ricardo Blanco, creo que el doctor Santa Ana me está esperando. A Juan Ramón aquel «creo» no acabó de convencerle, ¿qué era eso de «creo que el doctor me está esperando»? O me esperaba o no me esperaba, carajo; y, si yo no estaba seguro, mala cosa. De modo que hizo un gesto con el bolígrafo, un segundo, señor. Y fue a corroborarlo. Como si aquella fuese una llamada privada y el tipo quisiese guardar su intimidad, se dio la vuelta para hablarle al teléfono. Entonces me fijé en su espalda. Era enorme. El doble que la mía. Y, con franqueza, anhelé que el inspector no se hubiera enredado con los periodistas y se hubiera olvidado de nuestro acuerdo. Cuando colgó el aparato y volvió a mirarme, el celador llevaba un ligero brillo de victoria en sus ojos, lo siento, el doctor Santa Ana no se encuentra; ha salido a almorzar y volverá sobre las cinco.

Si aspiraba a desalentarme, se quedó con las ganas. No conocía la tenacidad de las moscas cojoneras. Lo de la ausencia del forense era una contingencia que yo había barajado por el camino. Lo entendía. Y así se lo hice ver a Juan Ramón, lo entiendo, por supuesto; pero no me corre prisa; si no le importa, esperaré al doctor. El otro arrugó el entrecejo en una mueca de fastidio. No podía echarme, claro. ¿Y si aquel tipo que *creía* tener una cita con el jefe resultaba ser pariente lejano? Ah, amigo. Se podía llevar una bronca del demonio por maltratarme. Santa Ana tenía ganada su fama de calentón, lo había visto cabreado más de una vez y no era función apta para todos los públicos. Juan Ramón no iba a tentar al diablo. Ni loco. Así que, después de hacerse el interesante unos segundos para no perder crédito ante mí, me señaló el vestíbulo, puede esperarlo ahí.

El vestíbulo era una pieza rectangular y oscura, adornada con pocas perras y menos gusto: de la pared colgaban cuatro acuarelas, feas como pegarle a un padre, llenas de ninfas, sátiros y olas espumosas; había también unos sillones de imitación de cuero, de ésos a los que se te queda el culo pegado si te descuidas cinco minutos; y un par de lámparas de pie con la tulipa en forma de capirote de Semana Santa; para remate de la puñeta, en el suelo dormitaba una alfombra que quería ser persa y no pasaba de gibraltareña. No supe si me iba a doler más la espera o el teatro. El caso es que yo me dispuse a aguardar la llegada del perito forense y Juan Ramón, a vigilarme de reojo no fuera que pretendiera jugársela escabulléndome escaleras arriba.

Aproveché la prórroga para darle vueltas al asunto de la sirena. Cerré los ojos a fin de aliviarme de la ingrata visión de aquel recibidor que tan mal recibía. Y repasé los datos con los que contaba, incluidos aquéllos («majaderías», las llamó Álvarez) que ofrecían los periódicos de la mañana. Y es que en una investigación, pese a lo que pudiera dictar el sentido común, dos errores bien mezclados pueden constituir un acierto, del mismo modo que, en la mayoría de los idiomas, la suma de dos negaciones resulta una afirmación. En ese recuento estaba cuando se me coló un

pensamiento desazonador. La sirena era mi primera muerta. Hasta entonces, todos *mis* cadáveres habían sido hombres: tres tipos sin suerte que aparecieron en sus casas acicalados con braguitas de encaje, un pijo cuya prometida recelaba de su supuesto suicidio y uno de los más importantes violinistas del mundo. Todos varones. Aquél era el primer caso en que me tenía que enfrentar a una muchacha muerta. Y eso me desolaba. No sé por qué me dio por pensar en mi abuelo. Me imaginé la escena cuando se lo contase. En su rincón de Las Canteras, con los aperos de carenar sobre la arena, Colacho me diría: ¿de qué te quejas?; con lo mal que se te dan a ti las mujeres, *m'ijo*, es preferible que la chica sea la víctima a que sea la asesina; así que tira *pa'lante* y cállate la boca. Y, como siempre, tendría razón.

Ignacio Santa Ana era otro que tal baila. Rondaba los sesenta. Bajo, ancho, pelo cano a ras del cráneo, tez cetrina, ojos vivos y barriga cervecera. Hasta ahí llegaba mi recuerdo de él. Esa tarde supe, además, que era puntual y concienzudo. A las cinco menos un minuto entró por la puerta del Instituto Anatómico. Traía la pachorra y el humor cambado de después de la siesta.

Saludó con un bufido al celador, ¿qué hubo, Brito? Y quiso seguir de largo hasta que el muchacho señaló con la nariz al recibidor, ese señor lo está esperando, doctor. El forense asintió sin aflojar el paso y me miró por encima de sus gafas de pasta. Cuando llegó a mi altura, no pudo disimular una sonrisa apática al verme bregar con la tela del puñetero sillón, bienvenido a la sanidad pública, Blanco; ¿cómo va eso?

—¿Qué tal, doctor? No estaba seguro de que me reconociera.

—Me pagan por fijarme en todo. Y a usted le tengo fichado de algún viejo caso, ¿no es así?

—De un par de ellos, sí. El del violinista judío y otro de hace unos cuatro años. Un asesino en serie.

—Ah, sí, caramba. Menuda carnicería. Después hablan de los médicos.

—Esperemos que esta vez nos baste y nos sobre con un cadáver.

—¿Ya hizo la digestión? Le advierto que este cadáver no está hecho para estómagos flojos.

—Intentaré no dar un espectáculo.

—Más le vale, porque yo sólo me manejo bien con los muertos. A los heridos no sé ni qué decirles.

Subimos los tres tramos de escalera sin pronunciar palabra. El viejo me lo advirtió, tengo sesenta y dos años y fumo un paquete de cigarrillos al día; ya sé que no es de recibo viniendo de un médico, pero, qué quiere, con los vicios ocurre como con los padres: uno no los elige; le digo esto porque o subo escaleras o hablo, las dos cosas a un tiempo no puedo hacer.

El depósito de cadáveres era tal y como lo recordaba de la última vez: un edificio frío y metálico que te dejaba un regusto a óxido, tal que la sensación de estar chupando una pila. La ausencia de olores (o quizás la mezcla de tantos antisépticos) era palpable. Santa Ana debió de leer en mi angustia porque, cuando acabó de coger resuello después de la ascensión al Himalaya de su despacho, me explicó la razón de aquel ambiente, en cualquier hospital, Blanco, ¿perdón?, pues en cualquier hospital, Ricardo, además de enfermos hay enfermeros y familiares y curas y hasta cobradores de seguros; aquí sólo hay cadáveres y dos o tres forenses que huelen más a muerto que los muertos mismos; la única forma de evitarlo es rociar todo con desinfectante; ¿dime?, ah, no, claro, el desinfectante es a granel, del barato, nada de olorcitos a rosas ni a sándalos, eso se lo dejamos a las clínicas privadas, nosotros somos pobres pero tenemos dignidad, ¿verdad?

Ya en su despacho, el forense se relajó. Como si hubiera regresado a casa después de una larga jornada de trabajo y no al revés, se quitó la chaqueta que llevaba y la colgó en un perchero de tres cuernos que había tras su mesa. Luego se descalzó y dejó los zapatos en un escabel que, desde donde yo estaba, parecía de caoba por lo rojo irisado. Por fin, se ciñó una bata y unos zuecos calcados a los del celador, aquí hay días en que te pasas las veinticuatro horas de pie, Ricardo; y las varices, a mi edad, causan más estragos que el tabaco negro. Si le seguías el juego, Santa Ana podía llegar a ser el perfecto anfitrión: afable, bromista, novelero. Aunque, desde luego, su casa no era para estar orgulloso. Eso lo constaté en el mismo instante en que me hizo pasar a la *nevera* por una puerta de cristal mate que lindaba con una librería del color del escabel, llena de tratados de medicina y leyes. La pared del otro lado estaba atiborrada de diplomas que venían a certificar la excelencia de Ignacio Santa Ana López como especialista. Me llamó la atención uno fechado en la Universidad de La Habana (¿Facultad de Farmacia y Alimentos?; ¿en cuál de esas ramas se ganó el forense una distinción?), por mil novecientos noventa y cuatro. ¿Lo habría pillado allí algún curso en medio de la crisis de los balseros o lo llamaron expresamente para que echara una mano? No tuve tiempo de preguntar nada porque el viejo ya estaba junto al depósito retirando el precinto al nicho de la sirena.

El sonido chirriante y pegajoso de los goznes de la camilla me sobresaltó. A mí y a las carajacas del demonio, que iniciaron una rebelión en el desfiladero de mi estómago. Respiré profundamente y me conjuré con mi experiencia para aguantar las embestidas. Otra cosa hubiera sido un cuadro bochornoso: mira tú el detective de mierda, qué rápido se raja, vomitar delante del forense. El viejo, ajeno a mis tribulaciones, se enfundó unos guantes de látex, encendió una lámpara de brazos articulados, fijó la luz blanca en el centro de la balda y me hizo señas para que me acercara. Junto a él, los despojos de una muchacha (¿qué se había hecho de su sexo y sus piernas?) aparecieron desnudos: los ojos verdes entreabiertos, aunque sin mirada;

el cabello castaño, largo y enredado; la piel verdosa y macilenta; el pecho hundido.

Antes de que me viniera una arcada y se me jeringara la pose de hombre curtido y aguantador, le pregunté al forense si tenía idea de cómo había sido la cosa. Su respuesta fue rápida, sin ambages, la cosa fue con una máquina, Ricardo, ninguna duda sobre eso; fíjate: el corte, dentro de lo que cabe, es bastante homogéneo, no hay excesivos desgarros; esto no lo hace un cuchillo carnicero ni un serrucho de bricolaje ni, mucho menos, un marrajo hambriento; hasta la hélice de un barco, como bien le expliqué ayer a Álvarez, dejaría mellas; no, señor mío, esto es un trabajo fino. Mi cara debió de contraerse. Noté un vacío en el pecho y la garganta seca. Pensé en el sufrimiento de la chica mientras la cortaban en dos y tuve que hacer un esfuerzo para que no se me escaparan las lágrimas, ni mi experiencia ni yo somos tan fuertes. Santa Ana lo notó y acudió raudo a rescatarme de la agonía, pero espera un momento, hombre, yo estoy hablando de cómo la rebanaron, no de cómo la mataron, son dos cosas distintas, ¿dime?, claro que lo son, la muchacha ya estaba muerta cuando la pasaron por la guillotina; ¿eh?, joder, segurísimo; esta pobre murió de traumatismo craneal, alguien le tenía ganas porque fue un golpe contundente, certero, nada de una caída accidental; no, *m'ijo*, a tu sirena se la cargaron de un macanazo en la nuca; lo de la máquina segadora vino después.

El viejo se apiadó de mí y sólo me ofreció sus conclusiones peladas. Podía haberme explicado con lujo de detalles cómo había llegado a ellas: los estragos en las vísceras, las runas violáceas de la piel, los signos de la hoja penetrando en un cuerpo inerte ya. Pero me tuvo que ver tan desgarrado que me evitó el suplicio. Lo que yo tenía que saber, por lo pronto, era eso: a la sirena la mataron de un golpe traicionero, luego la cortaron en dos y al final la arrojaron al mar. ¿Por qué? ¿Para que los marrajos acabaran la faena? ¿Para que nadie pudiera reconocerla? ¿Para ganar tiempo? Debí de hacerme esas preguntas en voz alta porque el forense me sonrió con media boca, ah, chico, ya yo cumplí; eso te toca averiguarlo a ti, que para eso te contrataron; ah, ¿que oficialmente no te han contratado?, pues tiene mérito lo tuyo: un trabajo cabrón y encima gratis.

Santa Ana, no obstante, como buen médico, era un tipo curioso. Su cabeza andaba siempre rumiando. Y, mientras alejaba la luz de la camilla, se atrevió a proponerme una salida. Si él tuviera que resolver el crimen, empezaría buscando una fábrica cercana al lugar donde apareció el cuerpo. No debían de haber muchas por allí. Entre Las Palmas y La Laja hay cinco kilómetros de costa pero la mayor parte es superficie virgen. No creía el forense que hubiera más de tres empresas en esa franja. La más importante (y la más grande también) era la depuradora. Él no era ingeniero técnico pero allí debían de tener maquinaria capaz de seccionar un cuerpo en dos sin dejar caer ni un retal. Yo debía perdonarlo por ser tan franco. Uno tenía que acorazarse. La única manera de vencer la impotencia y el desfallecimiento de un oficio tan perro

como el suyo era la burla. Pero una cosa tenía que entender yo: no se estaba burlando de la muerta, sino de la muerte.

Quise saber algo más de la sirena. ¿Por ejemplo?

Por ejemplo, si llegó desnuda a la morgue. Pues sí y no. Llevaba una blusa marrón pero tan deshilachada ya que apenas se sujetaba al cuerpo en un punto del hombro y otro de la cadera. El resto estaba al aire. ¿Y la cadena de oro?

Ah, claro. Buena observación. La cadena de oro que portaba la muchacha. Parecía cara. Era probable que la llevara debajo de la blusa (¿quién se atreve a presumir de joyas en los tiempos que corren?) y la corriente la acabara sacando a la luz. Eso explicaría que el asesino no reparara en el objeto. ¿Alguna cosa más que debiera yo saber?

Sí. Dos detalles. Para ser más exactos, uno y medio.

El primero: por si me servía de algo, la chica era extranjera. Sus rasgos, sus facciones (el color del pelo y de los ojos), su constitución alentaban la idea de una británica o una sueca o una alemana. Quizás una turista. Cualquier cosa menos latina. Bien. Era un comienzo. Pero necesitaba algo más. Santa Ana había hablado de un detalle y medio. Sí. Si le damos la vuelta al cuerpo (dicho y hecho, *alehop*, con mi consiguiente revoltura de estómago), podíamos encontrarnos con la mitad de un tatuaje. ¿La mitad?

Sí. Teníamos la mitad de un cadáver, ¿por qué habría de extrañarme que también tuviéramos la mitad de un tatuaje? En efecto, al final de la espalda asomaba lo que parecía el principio de un grabado mayor que, de no haberse tronchado, le hubiera dado al culo de la sirena un nuevo encanto. Se trataba de los primeros trazos de una rosa, dos o tres pétalos rojos y un amago de tallo verde que, sin duda, continuaban hasta la nalga izquierda. Los trazos eran claros y los colores, vivos, lo que daba idea de una inscripción reciente. No más de cuatro meses, según el forense. Menos era nada. ¿Podría conseguirme una foto de la espalda de la muchacha?

Santa Ana ya se barruntaba que se la iba a pedir. Su sonrisa de satisfacción hablaba por él. Apagó la luz blanca. Se sacó los guantes. Devolvió la camilla a su nicho metálico. Y me guio de nuevo a su despacho. Cuando se sentó, abrió el primer cajón y sacó un sobre con membrete del IAF. Dentro había dos fotografías: una de la espalda tatuada de la sirena y otra del rostro, idéntica a la que al día siguiente saldría en la primera página de todos los periódicos.

SOBRA DECIR que esa noche no pude cenar nada. Llegué a casa poco antes de las ocho. Me di una ducha larga para ahuyentar el olor (resulta que, después de todo, el desinfectante a granel apesta igual). Puse a Miles Davies para ahuyentar el aturdimiento. Me serví un vaso de Santa Teresa para ahuyentar el asco. Y llegué al sofá justo a tiempo de ver un resumen final del telediario. Pero ni la última matanza tribal en un país dejado de la mano de Dios, ni las disputas políticas de turno, ni la caída de la bolsa, ni la grave lesión de un esquiador (¿por qué la alegría no es noticia en este jodido país?) lograron que olvidara a la sirena. Que fuese de una pedrada en la cabeza o segada por una máquina cortadora no cambiaba el hecho incuestionable de que estaba muerta. Peor: muerta y olvidada, que es una forma de morir dos veces. Alguien la había asesinado hacía una semana (entre cinco y ocho días; el forense fue incapaz de precisar más) y nadie la había echado de menos en todo ese tiempo. Eso era lo que más me desconcertaba: que no hubiera ninguna denuncia en las últimas setenta y dos horas.

Si hubiese muerto el día anterior o dos días antes, hubiese sido excusable aquel silencio. Pero una semana sin que la sirena diese señales de vida tendría que haber puesto en alerta a una madre, a una hermana, a un novio. Salvo, claro, que la chica fuera en verdad turista y viajara sola. Entonces la madre, la hermana, el novio estarían al otro lado del mapa y desde allí tardan en llegar los lamentos y las quejas. Sin embargo, este dato se daba de trompadas con otro igual de desconcertante: no sería la primera vez que una turista fuese asaltada, violada o asesinada; pero hasta donde mi memoria alcanzaba nadie se había tomado la molestia de trocearla luego. ¿Qué ganaba con eso el asesino? ¿Tiempo? ¿Placer? ¿Tanto la odiaba? ¿Tanto la temía? ¿Tanto tenía que ocultar? Había algo en aquel rompecabezas que no cuadraba.

Sobre las nueve y media sonó el teléfono. Y, entre la tormenta de mis dudas y la que se desataba en la televisión a cuenta del reencuentro de dos hermanos separados desde los tiempos de Maricastaña (¿por qué hasta las buenas noticias en este país acababan por dar acidez de estómago?), tardé un rato en distinguir de dónde venía aquel pitido desmadejado. Levanté el auricular cuando Álvarez ya estaba a punto de mandarme al carajo, eso dijo. Quería saber qué tal me había ido en el depósito de cadáveres. Bueno. No había sido una visita de cortesía. El forense no me esperaba con té y pastas. La conversación no tuvo maldito encanto. Su sofá era chiquita mierda. Pero, fuera de eso, me había ido bien. Álvarez, por su parte, seguía indignado con los periodistas. Se subía por las paredes a cuenta de la matraca que le estaban dando. ¿Aún le duraba el cabreo?

Sí. Me llamaba desde la comisaría y aquellos tipos seguían ahí. Los podía ver desde la ventana de su oficina. Los cabrones se turnaban. Ni siquiera cuando mandó a uno de sus hombres a entregarles una copia de la fotografía de la chica cesaron en su empeño. Querían saber más. Toma, y yo. Y el inspector. Hasta Ignacio Santa Ana

estaba intrigado con aquel crimen. No obstante, según Álvarez, había una diferencia: nosotros queríamos cerrar el caso pronto para marcharnos a casa; ellos, alargarlo como un chicle, para vender periódicos. No podíamos culparlos. Vivían de eso. Y desde el asunto de los niños desaparecidos el año anterior no tenían una noticia tan jugosa. ¿No haría él lo mismo?

No. Él jamás podría ser periodista. No podía ni verlos. Lo jodían todo. Pero no pensaba malgastar ni un segundo más en ellos. Que les dieran por ahí. Me preguntó por dónde iba a empezar. Pretendía que lo tuviera al tanto de cada movimiento. Y me tiró una advertencia a la cara: nada de que yo trabajaba solo y esas machangadas; como sospechara que me estaba guardando información, me retiraba del caso y me mandaba a detener por obstrucción de la justicia; ¿lo estaba oyendo yo bien?

Perfectamente. No necesitaba más para despertarme de mi sopor. Conocía los arranques de genio de Álvarez. Era buen tipo, pero cuando se le cruzaban los cordones no hacía prisioneros. Capaz era de hacer lo que decía. Lo tranquilicé. Un detective esconde su jugada sólo cuando tiene un cliente a quien proteger. Y allí, hasta nueva orden, mi cliente era él. Le expliqué que tenía dos únicos caminos y que el dilema era cuál de los dos tomar primero. ¿Qué caminos?

Los que me llevaban a dos Romas: a una donde trabajaran con una máquina capaz de cortar un cuerpo humano como si fuese mantequilla; y a otra donde tallaran tatuajes en forma de rosa. ¿Cómo sabía yo que la chica se había hecho el tatuaje en Las Palmas y no, sin ir más lejos, en Londres?

No lo sabía. Se trataba de un pálpito: me daba en la nariz que la sirena era extranjera pero no turista. Vivía y trabajaba en la isla desde hacía tiempo. Ya vería Álvarez que, nada más salir su foto en las noticias, alguien iba a darse por aludido. Y entonces ya tendríamos una tercera Roma, sin duda la más provechosa. Muy convencido me veía el inspector. ¿Tan seguro de mi olfato estaba?

Sí. En mi oficio el atrevimiento y la confianza eran virtudes. Además, ya tendría tiempo de desilusionarme. Y no me iba a pasar sentado en casa todo el día hasta que el asesino me llamara para entregarse. Por lo pronto, necesitaba del inspector dos cosas. ¿Urgentes?

Bastante. Sería de gran ayuda comenzar al día siguiente con una lista de fábricas que operasen en la zona de La Laja y otra de bazares donde hicieran tatuajes. No. No olvidaba que el cliente era él y yo, el pringado. Pero el pringado no iba a ver un euro y el cliente tenía todo un equipo de guardia que podía conseguir la información que necesitábamos en la mitad de tiempo. ¿Acostumbrarme?

No. No me iba a acostumbrar a darle órdenes. Y no era una orden, caramba, sino un ruego, había que ver lo susceptible que podía ser mi amigo. Ya. Imaginaba que sus jefes estarían presionándole. Que querían ver resultados. Que había elecciones

pronto. Pero no se tomó Zamora en una hora. La sirena llevaba muerta una semana y se merecía al menos otra para poder enterrarla en paz. Lo importante era que me consiguiera esas dos listas que le había pedido, no ordenado. ¿Las corrientes marinas?

No. No había pensado en corrientes marinas. Bastante tenía ya con un cadáver desmigajado que nadie reclamaba para, encima, andar con comprobaciones meteorológicas. Pero sí. Ahora que lo mencionaba tendríamos que tener en cuenta ese detalle. Santa Ana me había hablado de los cinco kilómetros de costa entre Las Palmas y La Laja. Mierda. A ver si encima tendríamos que rastrear los que había entre La Laja y Juan Grande. Eso eran veinticinco. Joder. No en una semana. Ni en un mes acabaría de visitar tantas fábricas. ¿Mi abuelo?

Sí. Mi abuelo sabía de eso. Era cierto. Llevaba unos cuantos días sin verlo y aún no le había rendido la visita de todas las semanas. De acuerdo: aprovecharía para desayunar con él al día siguiente y le consultaría. Luego, de camino, pasaría por la jefatura a buscar los listados. ¿Los periodistas?

No. Tampoco había caído en ellos. Álvarez tenía razón: si me veían entrar en su despacho, iban a sospechar. Y a peor la mejoría. Los tendría pegados a mi culo todo el rato. Pues se dijo: nos veríamos en Las Canteras. Cojonudo: hacía un rato tenía la perspectiva de desayunar con un viejo cascarrabias; ahora, por el mismo precio, me tocaba hacerlo con dos. Santa Ana tenía razón: un trabajo cabrón y encima gratis.

La noche se hizo interminable. El duermevela le ganó la partida al sueño y apenas pude pegar ojo con tanta incógnita rondando en mi cabeza. Cuando lo hice (era de esperar), vinieron a mezclarse todos los cabos sueltos de aquella historia: periodistas que, en lugar de máquinas de escribir, portaban cortadoras de césped; gaviotas hurgando sin piedad en los restos de un cadáver que se parecía demasiado a mí; sirenas con la espalda tatuada retozando con pescadores en plena playa. Y un collar de oro por todas partes. Persiguiéndome. Riéndose de mí. Desafiándome.

Me levanté mucho antes de que el despertador sonase. No tenía sentido seguir en la cama, dando vueltas como un trompo. Mientras se hacía el café, me di una ducha. Y, al salir, el aroma que inundaba toda la casa me recordó que tenía el estómago vacío. Me arrepentí de no haber cenado la noche anterior. No quise picar nada para aprovechar la visita a mi abuelo. Me vestí a toda prisa (el despertador comenzó a aullar, a buenas horas) con lo primero que encontré: un vaquero, una camisa celeste y una chaqueta de ante color canela. El espejo me vio pasar sin que le hiciera caso. No tenía tiempo de arrepentirme del atuendo, así que para qué detenerme a mirar qué tal me sentaba. Salí a la calle, no obstante, con un humor dulce y la convicción de que el día iba a mejorar. O, tal vez, fuera el convencimiento menos halagüeño de que empeorar era difícil.

Colacho andaba como y donde siempre. Sentado sobre un balde de pesca boca abajo. De cara al mar. A la brisa de la mañana. Tenía los aperos de rehabilitar botes, a sus pies, en la arena mojada. Y una barquilla de no más de cuatro metros en la mesa de operaciones. Le pasaba con mimo la mano por la quilla como buscándole arrugas a la madera. Me sintió llegar (nunca he sabido cómo lo logra, pero el jodido tiene intuición de zahorí) casi antes de que me descalzara. Lo noté en su manera de menear la cabeza, tal que un perdiguero oliscando el aire. Cuando se levantó y se dio la vuelta, me recibió una sonrisa franca y sin dobleces, mira qué es lo que trae la marea tan temprano; ya sabía yo, Ricardillo, que acabarías por aceptar ese jeringado caso de La Laja; te va que ni pintado. Le di un abrazo, ¿y tú cómo sabes que lo he aceptado? Y él, guiñándome un ojo, ni que fuera bobo yo; llevas quince días sin aparecer por aquí y, de repente, justo cuando los periódicos sacan la foto de esa muchacha, vienes a desayunar conmigo. Y yo, ayudándolo a recoger sus bártulos, es que tengo un hambre del carajo; y no han sido quince días, exagerado; estuve aquí el miércoles; anda, date prisa que hoy tenemos compañía.

Mi abuelo y Álvarez sólo se habían visto en una ocasión, y de eso hacía tres o cuatro años. Sin embargo, parecía que hubieran ido juntos a la mili. Charlaron y comieron con las mismas ganas, casi con emoción. Estuvieron de acuerdo en casi todo. Se pidieron ambos una ración de tortilla. Le echaron sal los dos. Y los dos se quejaron de que no hubieran freído la cebolla antes, para dejarla churruscadita y que ligara mejor con las papas. Lo único que los distinguía era la conversación: Colacho no paraba de aludir a la muchacha muerta; el inspector (en apariencia, ajeno al tema) prefería seguir hablando de guisos y recetas. Tercié en su favor, se le iba a aguar el desayuno con tanta sangre. Pero Álvarez no le dio importancia. Estaba acostumbrado y, como ya he dicho, su apetito era a prueba de bombas. Además, ¿no presumía yo siempre del instinto de mi abuelo? Pues a lo mejor nos ayudaba a resolver el caso.

La primera reflexión que hizo Colacho vino a alegrarnos la mañana: si tiraron a la muchacha desde la costa y no desde un barco en alta mar, lo tuvieron que hacer en San Cristóbal, entre Las Palmas y La Laja. Álvarez, que nunca se había desentendido del todo de la perorata de mi abuelo, quiso saber cómo estaba tan seguro. ¿Estar seguro?

Ésas eran palabras mayores. Seguro nunca se estaba. Al menos no antes de palmarla, que entonces tenías toda la eternidad para sentirte así. Pero (volviendo al caso) San Cristóbal era un barrio pesquero con suficientes recovecos en los que ocultar y deshacerse de un cuerpo. Sin duda, el asesino hubiera tenido tiempo y holgura para operar sin que nadie lo viera. Y aquella era una zona de mareas revoltosas, lo que explicaba la aparición del cuerpo tres kilómetros más al sur.

La segunda (qué poco dura la dicha en casa del pobre) vino a añadir una duda más a nuestro enredo. Porque yo había estado devanándome los sesos para explicar

por qué la habían descuartizado. Pero había otra pregunta, una más obvia, que se me había escapado: ¿dónde coño estaba la otra mitad de la chica?

Aventuré una respuesta sin tino, se la comieron los marrajos. Mi abuelo me miró con ademán de ¿para-esto-nos-hemos-gastado-una-fortuna-en-colegios-de-pago?, ¡qué marrajos ni qué ocho cuartos!, en esa zona no hay marrajos, totorota; y, de haberlos, no hubiera quedado de la sirena ni las uñas; ¿y entonces?; pues yo no soy adivino, pero me jugaría la jubilación a que el asesino sólo botó al agua la mitad del cuerpo; ¿por qué?, ah, *m'ijo*, eso es cosa de ustedes.

Álvarez se rascó la barbilla, ¿y si alguien lo pescó en mitad de la faena y no más le dio tiempo de deshacerse de una parte?

Yo apuré el tercer café de la mañana, eso es poco probable; ese alguien lo habría denunciado a la policía, ¿no? El inspector porfió, bien, a lo mejor no lo vieron, pero el tipo pudo asustarse por algo y echar a correr, dejándose la mitad del cadáver atrás.

Yo perseveraré en mis dudas, sí, pero hubiera tenido tiempo de regresar a deshacerse de la otra mitad, ¿no?

Álvarez frunció el ceño, joder, Ricardo, ¿no decías que había que ser optimista?, pues vaya optimismo el tuyo. Y yo, más por no aperrear su ánimo que por puro convencimiento concluí, aunque, ahora que lo pienso, inspector, puede que no ande usted descaminado: convendría rastrear la escollera de San Cristóbal.

Mi amigo no era difícil de contentar. Con poco iba. Y se animó con la posibilidad que le acababan de ofrecer. Fue como si volviese a sentirse policía de nuevo. Pagó la cuenta. Insistió en invitarnos. Le dio a Colacho un apretón de manos. A mí me entregó un sobre blanco con las listas que yo había pedido. Se despidió de la parroquia con un «buenos días» que se quedó flotando un buen rato en el aire nebuloso del bar. Y salió por la puerta más pistoso que un ocho, dando órdenes a través de su móvil. No sé si él se daría cuenta, tan feliz que se le veía con su nueva misión, pero la realidad era que estábamos como al principio: Colacho Arteaga nos había resuelto una duda pero nos había endilgado otra.

Una vez a solas, mi abuelo se alegró de que esta vez tuviera a la ley de mi parte. Álvarez le parecía buena gente. ¿Porque le gustaba la tortilla de papas y cebollas?

No. Porque quería de veras resolver aquel asunto. Porque no se lo tomaba con desidia, como si fuera otro caso más. Porque me había pedido ayuda a mí en lugar de pretender la gloria para él solito. Tuve que convenir con Colacho en que, en efecto, nuestro hombre era rara avis, un tipo íntegro y sin aristas. Le conté la tirria que sentía por los periodistas. Y deseé honestamente que descubriera en la escollera de San Cristóbal algo que nos sacara del apuro.

Colacho me preguntó también, aunque por motivos menos profesionales, cuál iba

a ser mi siguiente movimiento. Le respondí lo mismo que a Álvarez: pasar revista a algunas fábricas.

—¿Qué andas buscando, Ricardillo?

—Ando buscando a un asesino. Pero por ahora me conformo con la máquina con la que descuartizó a su víctima. Sería un muy buen comienzo. Y creo que voy a empezar por la depuradora.

—En la depuradora no hallarás nada parecido: es una fábrica que se dedica a sacar agua salada del océano para hacerla potable en tierra firme. Tú necesitas una que haga el camino inverso.

—Y ya que tanto sabes, ¿dónde encuentro algo así?

—Bueno. Una fábrica de pescado emplea esas máquinas para descabezar las piezas congeladas. Aunque...

—Aunque ¿qué?

—Primero, que no hay fábricas de pescado en La Laja ni en San Cristóbal; la más cercana está en La Isleta y, entonces, el cuerpo hubiera aparecido mucho más al norte. Y segundo, que esas máquinas despedazan pescado congelado; no sé si no destrozarían un cuerpo fresco.

—Entonces, ¿qué nos queda?

—Nos queda la Consejería de Obras Públicas.

—¿El qué?

—Obras públicas. No me mires con esa cara de taita. ¿No has visto el follón que están montando en el Sur para ensanchar la autovía?

—Sí. Ya me ha tocado más de una retención.

—Pues, ¿cómo crees que laminan las piedras?, ¿con un martillo hidráulico? No, *m'ijo*. Un martillo está bueno para levantar una acera. Pero para hacer desaparecer una montaña se necesita algo más grande, una máquina capaz de dividir no un cuerpo, sino un ejército entero.

—¿Te he dicho alguna vez que eres mi héroe? Serías un detective soberbio, ¿lo sabías?

—Claro. Pero ya estoy viejo para jugarme el bigote contra alguien que no le hace ascos a matar y mutilar. Por eso quiero que abras el ojo. Ya sabes que dos muertos valen lo mismo que uno en cuestión de condenas. Esa gentuza, quienquiera que sea, no se anda con bromas.

—Tendré cuidado. No tengo intención de dejarme matar antes de cobrar.

—Por cierto. ¿Por qué haces esto? Sabes que no vas a ver un chavo, ¿verdad? Tú amigo el inspector te dará las gracias y te deberá una, pero no va a pagarte. ¿Cómo

piensas mantener a tu secretaria?

—Por Inés no te apures. Ya sabes que ella corre a cuenta de mi socio. Y Miguel Moyano puede tener problemas de toda índole pero de fondos anda sobrado. Por otra parte, que la policía te deba una, en este oficio, es una buena baza para el futuro.

—Pues piensa en el futuro y no te dejes matar, ¿estamos?

—Estamos.

COLACHO ME HABÍA RECORDADO, entre otras cosas, que tenía una agencia y una secretaria a las que atender. De modo que lo primero que hice al despedirme de él fue llamar a Inés: le expliqué todo lo que me había ocurrido desde el día anterior, me interesé por las novedades, le recordé lo poco que mis casos duraban y le juré que, a más tardar, en diez días estaría de vuelta. En realidad, apostaba a caballo ganador: en ese tiempo, o resolvía el caso de la sirena o Álvarez me mandaba a la mierda, como estaba mandado. Después fui a por mi coche al garaje. Ya estaba bien de taxis: hubiera sido un engorro y me hubiera salido del presupuesto. Eso, claro, si hubiera tenido un presupuesto del que salirme.

Mildred pareció alegrarse de verme. Me tosió un poco al principio. Me ronroneó, mimosa, después. Y al final acabó hablándome en su sonsonete de siempre. Mildred (un Volkswagen del ochenta y tres fabricado en Brasil) y yo nos conocimos en Bristol. Durante un desvarío (mochila, chocolate y frutos secos para parar un tanque y mucho autoestop) que me entró a destiempo, cuando ya lo *hippie* estaba trasnochado. Pertenece a un escritor anacoreta y descreído, fumador contumaz, al que le habían diagnosticado semanas antes un cáncer de pulmón. El tipo puso en venta su *cottage*, su coche y hasta dos libros que aún no había podido publicar para retirarse (¿aún más?) a una casa de reposo. A mí su *cottage* y sus libros me importaban una batata, pero me enamoré del coche. Fue un pronto absurdo, como todos los pronto: chico conoce coche; coche luce letrero de «se vende» y chico se arruina para pagar coche. Antes de que la magia se deshiciera, llamé a Lorenzo Concepción, un amigo palmero de mis tiempos en el instituto. Lorenzo llevaba años detrás de una moto que yo había heredado de mi padre y que apenas usaba. Le ofrecí un cambalache: él me enviaba un giro postal para comprar a Mildred y podía quedarse con la Ducati 350. La diferencia (doscientas mil pesetas de la época) se la pagaría en un año. Mi amigo regateó, que sea en seis meses y trato hecho. Y, claro está, yo no estuve en posición de discutirlo.

El camino de vuelta a Las Palmas fue una auténtica odisea. No paró de llover en todo el viaje. Llegué a temer que a Mildred se la llevaran las aguas de algún río desbocado. Tuve que esquivar las autopistas porque viajaba sin los papeles de tráfico. Y sobornar a un inspector de aduanas francés que era igualito a Louis de Funès. Y, en medio, enamorar a una funcionaria irlandesa (Mildred O'Neil) de piel blanquísima, ojos más que negros y piernas sin fin. La espigada irlandesa, además de asilarme en su diminuto apartamento y darme comida y cama durante un par de días, removió Roma con Santiago para conseguirme la documentación en ese tiempo imposible. Como agradecimiento, decidí ponerle al Volkswagen su nombre. Lo bautizamos en una playa de Brighton, a falta de champán, con Jameson. Casi un cuarto de siglo después, Mildred aún lleva la secuela de la botella de whisky en el guardabarros trasero. La he pintado dos veces pero me negué siempre a que arreglaran esa abolladura. Hubiera sido como traicionar el recuerdo de aquella linda historia de

amor con irlandesa al fondo.

A media mañana la autovía estaba bastante libre y el trayecto se me hizo extrañamente corto. Llegué hasta Jinámar, un valle árido y rudo que todo el mundo reclama para sí (Las Palmas dice que le pertenece; Telde, también, y los naturales reniegan de las dos), y cambié de sentido en el campo de golf. Tuve que soportar más de un abucheo y de un pitido por ir tan despacio, pero no quería que se me escapara ninguno de los coladeros de tierra y picón que llegaban hasta la costa. Había memorizado el recorrido por el camino y me daban tres salidas. La primera fue una pérdida de tiempo: no sólo quedaba al sur de La Laja, sino que no había rastro de obras por ningún lado. La segunda fue una falsa alarma: estaban remozando el asfalto pero no tenían (ni esperaban) ninguna máquina como la que a mí me servía; allí se manejaban bien con un tractor que hacía las veces de excavadora.

A la tercera tuve algo más de suerte: en un recodo del sendero había un grupo de operarios vestidos con el mono azul petróleo de una empresa constructora. Liberaban el terreno sinuoso de unas rocas molestas. Y parecían estar bien surtidos: además de un tractor idéntico al de la obra anterior, tenían varias hormigoneras, una demoledora, un camión escombrero, un *bulldozer* y una niveladora. Sin embargo, nada de eso me servía. Cuando me presenté al jefe de obra, ya tenía preparada una historia que sonara creíble. Resulta que estaba haciendo arreglos en mi finca y parte del barranco me impedía ensanchar la pared de la bodega, razón por la cual andaba buscando una herramienta grande que lascara la piedra *ma non troppo*, no fuera que el barranco se me viniera encima y la jeringáramos. ¿Tendrían algo parecido?, ¿me la podrían alquilar? El jefe (alto y cobrizo, curtido por el sol, acento gallego, un cigarrillo apagado en el labio inferior y un casco que le venía pequeño) me miró con recelo. Sí y no: sí la tenían pero no podían alquilarla. ¿Qué me creía yo?, ¿que aquello era un mercadillo? Su tono era rabioso y agrio, de alguien al que le jode que venga un bobilín de la ciudad a hacerle perder el tiempo.

Era un combate desigual: él tenía mando en plaza, yo viajaba de prestado; a él le habían salido los dientes en un taller mecánico, yo no sabría distinguir una carretilla de una grúa. Si quería sacar algo en claro, no había otra que cambiar de estrategia. Así que jugué para el pie (achiqué los hombros, atemperé la voz y le pregunté, casi en un susurro, si me permitía verla porque, a lo mejor, me saldría más a cuenta comprarme una) y el gallego picó (se infló como una sopladera, adquirió una expresión paternalista y decidió perdonarle la vida al bobilín de la ciudad). Antes de despedirse, me señaló unas casetas de madera que hacían de pañol. A su sombra hallaría la máquina cortadora. Pero mejor que olvidara lo de comprarla: me saldría más barato hacerme la casa entera en otro sitio.

No podía acompañarme. Tenía que controlar a sus obreros, que andaban también con el culo a dos manos desbrozando la montaña. Uno de ellos, en cambio, había

reparado en el tipo del Volkswagen que, en ese momento, se dirigía a echarle un vistazo a la única máquina que podía servir para cortar en dos un cadáver sin desmadejarlo. No lo sentí llegar (era tan parsimonioso en sus movimientos como en su tono de voz) y me sobresalté. Se trataba de un saharauí de Tinduf de piel azul y franca sonrisa que hablaba en un español correcto salpicado de macas. Sus rasgos heridos por el viento y el sol lo avejentaban, pero no debía de tener más de veinticinco años. El muchacho quería saber si tenía algún problema con su herramienta. Le respondí que no, que su herramienta me parecía una belleza y que estaba pensando agenciarme una igual para una reparación doméstica. Él pareció tranquilizarse pero venía de una región en la que la suspicacia era una manera de sobrevivir, así que no bajó la guardia. Eso sí, como muestra de amistad entre pueblos, se ofreció a explicarme la diferencia entre una tronzadora de metal, una de troncos y una de piedras. Al parecer también, entre las de piedras, había de todo tipo: largas y estrechas, fijas y móviles, de corte vertical y horizontal. Sin dejar de sonreír, me enseñó el funcionamiento de aquel artilugio singular. ¿Singular? ¿Qué tenía de singular? Ahora iba a verlo.

Omar (ése era su nombre aunque todos lo conocían por Tomás; lo había rebautizado el que conducía el *bulldozer*, un albaceteño coñón y jaranero que vivía con él) me hizo su demostración con una piedra suelta que había pocos metros más abajo. La máquina me recordó a una silla eléctrica. El chico agarró la roca con las dos palas y la colocó en el baldosín. La sierra dentada de la tronzadora mordió la piedra con golpes cortos y rápidos haciendo un ruido roedor. Tan rápidos que la grava se levantó dos metros del suelo como hoja de papel y estuvo a punto de tatuarme la cara. Omar se disculpó, de veras azorado. Y yo le resté importancia al asunto, la culpa había sido mía por exponerme tanto. Imaginé que si la hoja te pillaba desprevenido, podía ocurrirte algo así. El muchacho me explicó con detalle que eso era improbable, que la máquina tenía un dispositivo de seguridad para evitarlo y que, si yo me fijaba bien, entre él y la hoja había una pantalla protectora.

Desde luego que me fijaba. Y él parecía bastante seguro con su pantalla pero ¿la cuchilla no podía alcanzar a otra persona? El saharauí entrecerró sus ojos azabaches, ¿usted la quiere para excavar un muro o para matar a su vecino? Le reí la broma, para el muro, claro, pero nadie sabe lo mal amañado que puedo llegar a ser. El pibe se tranquilizó, mejor, porque esta máquina, más que matar, tritura.

—¿Tritura?

—Sí. Cuando construyes carreteras no te interesa perfilar la roca, sólo derruirla.

—Ya entiendo. ¿Y usted es el único que la maneja?

—Hay otros compañeros que podrían. Pero el jefe quiere que todos nos responsabilicemos de nuestro material. De modo que sí: esta máquina sólo la manejo

yo.

—Y, por casualidad, ¿no ha tenido problemas últimamente?

—...

—Me refiero a que si alguien ha podido usarla sin que usted estuviera delante. ¿No ha notado algún desperfecto en la hoja o en el motor?

—Bueno. Hace una semana olvidé tapparla con la lona y la lluvia la llenó de barro y polvo. Pero una máquina como ésta no se estropea por tan poco.

—¿Siempre la tapa con la lona?

—Sí. Siempre. Pero esa tarde debió de olvidárseme.

—Y ¿dice usted que eso fue hace una semana?

—Más o menos. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque es extraño. Lleva más de un mes sin llover.

Los ojos negros de Omar se abrieron como lunas. El chico podía explicar de corrido cómo funcionaba una tronzadora, pero no por qué había aparecido la suya, una mañana de hacía siete días, destapada y llena de lodo. Y lo peor era que, si a mí se me ocurría comentarlo con alguien (con el jefe de obra, por ejemplo, que seguía aullándoles a sus compañeros), podría meterse en un buen follón.

Acallé su inquietud con un gesto amistoso y una sonrisa. No tenía ninguna intención de contárselo a nadie. Su secreto estaba a salvo conmigo. Porque, confidencia por confidencia, yo tenía también mis pelos en la gatera: no había ido allí a alquilar una máquina, sino a comprobar si alguien la había usado fuera de las horas de trabajo. Estaba investigando el caso de la muchacha de la playa (Omar había oído algo en las noticias) y quería localizar el artilugio con el que la habían desmembrado. Y lo cierto era que lo había localizado pero de nada me servía: si el saharauí lo había limpiado a conciencia (imaginé que eso entraba en los planes del asesino), ya no habría rastro de huellas por ninguna parte.

Sin embargo, Omar estaba acostumbrado a guardarse siempre una baza para tiempos de hambruna. Porque él no sabría de crímenes ni de investigaciones, pero de herramientas cortadoras sabía un huevo. Y era del todo imposible que a esa chica la cortaran en su máquina. ¿Por qué estaba tan seguro?

Porque, según las noticias, el cuerpo de la chica había aparecido seccionado por la mitad y la parte hallada estaba, dentro de lo que cabía, en buen estado, ¿no era así?

Sí. Así era. Pues lo dicho: imposible que hubieran usado su herramienta. Uno, porque hubiera desgarrado el cuerpo hasta dejarlo irreconocible, puros jirones de carne y músculo. Y dos, porque la suya trabajaba en vertical, no hay espacio para que quepa un cuerpo acostado, lo impide la barrera de protección. A la muchacha la

cortaron con una máquina, de eso no había duda. Pero no con una tronadora de piedras. ¿Con cuál, entonces?

El morillo se quedó calibrando un segundo la respuesta. Tal vez con una de metal o con una cizalla, pero para eso haría falta que el cuerpo estuviera congelado o algo porque, si no, estaríamos en las mismas. No. Definitivamente. Ni tronadora de metal ni cizalla. Pero... puede que... si yo buscaba un aparato capaz de hacerle aquel corte a la chica de la playa, lo hallaría tal vez en una cantera. ¿Una cantera? ¿Y dónde encontraba yo una cantera?

Muy cerca. A tres kilómetros al sur. Al otro lado de la autopista, a medio camino entre Jinámar y Telde, había una. Allí trataban con mármol y con piedra de cantería y tendrían máquinas que afinaban más el corte.

Le agradecí al muchacho la lección. Me había sido de gran ayuda. Su sonrisa azul me acompañó hasta el coche. Por suerte para él no pudo ver la sombra que me nació en la frente cuando volvía a la autopista. Porque una cosa era cierta: la dichosa tronadora de rocas estaba libre de toda culpa, pero no porque el asesino no hubiera pensado usarla, sino porque no había podido. El tipo habría seguido aquella noche el mismo razonamiento que yo. Querría trocear el cadáver y fue a donde pensaba que le sería más fácil: una obra en medio del desierto de Jinámar, una noche sin luna, un guardián mal pagado y poco atento. La sirena no pesaba demasiado. Habría entrado por alguna rendija. Habría destapado la tronadora. Y habría intentado diseccionarla. Pero a medio camino se arrepintió. La cuestión era por qué. Qué más le daba un corte horizontal que uno vertical, uno homogéneo que uno brusco. Si, total, la chica ya estaba muerta. Qué más le daba que se llenara todo de sangre. Si, total, la pensaba tirar al mar de todas formas. No. Había otra razón. Y no supe por qué pero hubiera jurado que tenía que ver con el tatuaje.

BUSCABA UN SOLAR GRANDE y polvoriento, lleno de ingenios mecánicos y guijarros dispersos por todos lados. A eso me sonaba «cantera». Sin embargo, la de Manuel Lozano era una empresa familiar de poco más de ochenta metros cuadrados, en cuyos terrenos las piezas de granito y mármol estaban ordenadas, con esmero, por tamaño y grosor. El orden imperaba en aquel sitio. Un caminillo de tierra rojiza dividía el solar en cuatro. Y en cada cuarto había una máquina cortadora diferente. Me resultaron menos aparatosas de lo que esperaba. Estaban, eso sí, fijadas al suelo con anclajes de hierro, lo que les daba un aspecto de tótem. A esa hora del mediodía había obreros manipulando sólo dos de ellas. Un tercero daba instrucciones en mitad del cuadrado, mientras consultaba varios planos dispuestos sobre una mesa de madera tosca.

Antes, en la única zona techada de la fábrica, tras una pecera de cristal, una pareja (ella al teléfono y él al ordenador) se encargaba de administrar el negocio. Toqué con los nudillos en el cristal y, con voz rotunda, para saltar por encima del ruido de las cortadoras, pregunté por el encargado. La muchacha levantó la vista, tapó el auricular con una mano y me señaló al hombre de los planos. El del ordenador ni me miró. Imaginé que ya vendría de vuelta. Que la rutina lo habría vuelto sordo. Que todos los días pasaban veinte tipos como yo por allí preguntando por el encargado. Y que nadie iba a robarles nada, ¿no es cierto? ¿Qué iban a llevarse?, ¿una máquina sin ruedas?, ¿una piedra de doscientos kilos?, ¿a Manuel Lozano III?

Se presentó así. Manuel Lozano III. Como su abuelo y como su padre, marmolistas también. Si iba a heredar la empresa, lo mejor sería que heredase el nombre, así ahorran en rótulos y papelería. Un razonamiento práctico, desde luego. ¿Vivían Manuel Lozano I y II?

Sí. Gracias a Dios. Y gozaban de buena salud. El abuelo se había jubilado para dedicarse a lo que realmente le daba gusto: pasarse las mañanas al solecito y las tardes jugando a la petanca con los amigos. El padre, por su parte, se encargaba de la cartera de clientes; por Telde andaría ahora en alguna reunión. Por eso Manuel Lozano III era mi hombre, la voz cantante allí.

Esta vez decidí tirar de la verdad, el camino más recto, y olvidarme de trucos de fullero. Me llamaba Ricardo Blanco, tenía una agencia de detectives en la calle Triana e investigaba el crimen de la sirena. Si no me creía, estaba dispuesto a darle el número de teléfono del inspector Álvarez para que éste corroborara mi versión. Manuel III, al revés que el gallego de la otra obra, se mostró encantado de atenderme. En un negocio tan monótono, la novedad de un asesinato venía como agua de mayo. Hizo un alto en su trabajo. Les lanzó un silbido a los otros dos para que pararan diez minutos. Y me invitó a un trago de agua de un botijo que tenía bajo la mesa. Al principio pareció que el investigador era él de tanto que preguntaba (¿en qué consistía eso de detective privado?, ¿era como en las películas?, ¿iba yo armado?) pero pronto

le di la vuelta a la conversación. Quería saber todo acerca de sus máquinas: cómo funcionaban, qué capacidad de corte tenían, de qué grosor eran sus cuchillas y, sobre todo, si él o sus operarios habían notado algo fuera de sitio en la última semana.

Caramba. Pues ahora que lo mencionaba, sí. Manuel III no hubiera nunca relacionado ambos asuntos de no haber aparecido yo por su cantera, pero unos días antes se había colado un majadero en la fábrica. Sí. Un gamberro. Ni siquiera se llevó nada. Ni se acercó a la administración, donde está la caja fuerte. No sabría decir cómo fue porque no habían forzado las puertas. Pero el extraño se dio una vuelta por las instalaciones, anduvo olisqueando entre las máquinas y, yo no me lo iba a creer, pero se cagó en una laminadora. Juradito por sus muertos. Se cagó el muy *jediondo*. Por la mañana aún olía a mierda la cuchilla. Una bobería de chiquillaje. Bueno. Lo de chiquillaje era un decir porque, según el calado de las huellas, la policía de Telde dictaminó que el angelito debía de pesar lo menos ciento treinta kilos. Aunque cerca de la laminadora se suavizaban, las huellas de entrada y de salida eran muy profundas. ¿Qué más dictaminó la policía?

Poco más. Como no hubo robo ni destrozos sino sólo allanamiento, no iban a volverse locos. ¿Qué dijeron de los excrementos de la hoja?

Los excrementos ni los olieron. Era tan asqueroso que los hombres lo limpiaron todo con lejía antes de que llegara la policía. Cuidaron, eso sí, de no pisar sobre las huellas de los zapatos del cagón. Sí. Ya sabía Manuel III que había sido una estupidez limpiar la máquina, pero más estúpido hubiera sido dejarla como estaba. Hubiera perdido una mañana dando explicaciones y una tarde para que la policía hiciera sus análisis, eso si no le precintaban las máquinas. Y todo, ¿para qué? Para que al gamberro (si lo cogían) lo soltaran a la media hora. ¿Quién le pagaba eso? Nadie, ¿no es cierto? Pues ya está. Otro razonamiento práctico. Y otro maniático de la limpieza como Omar. ¿Podía ver la cortadora donde el gamberro hizo la gracia?

Claro. Ahora estaba desocupada. Era una laminadora para perfilar contornos. El cagón (eso no tuvo que dictaminarlo ningún poli) no tenía ni idea de máquinas como ésa. Podría haberse cargado la hoja de diamante. Segurísimo. Son muy delicadas y necesitan estar siempre húmedas para que no se recalienten. Pero el tipo la puso a funcionar sin ni siquiera tener el botijo a mano.

—Espere, espere. ¿Dice que la puso a funcionar?

—Sí. Lo que oye.

—Pero ¿no quedamos en que sólo se había cagado? —Se cagó y luego la puso a funcionar. La mierda llegaba hasta los mandos.

—¿Por qué hizo eso?

—Yo qué sé. Para desperdigar su porquería supongo.

—No tiene mucho sentido.

—¿Y cagarse en mi máquina sí?

Aún me duraba la risa cuando regresé al coche. Menudo trasto el Manuel Lozano III. A Santa Ana le hubiera gustado conocerlo. Y hubiera disfrutado también echándole un vistazo a la mierda antes de que la limpiaran. No creía yo que pudiera decirnos nada nuevo sobre quién la mató pero, al menos, sabríamos lo que cenó la muchacha el último de sus días sobre la tierra. En cualquier caso, teníamos resuelto el primer enigma, el del asesino. Un tipo que pesaba alrededor de noventa kilos, los ciento treinta que había predicho la policía de Telde menos el cuerpo de la sirena que llevaba al hombro y que soltó en la laminadora, de ahí las huellas más suaves alrededor de la máquina. Un tipo al que no le preocupaba lo más mínimo ir dejando rastros, ni siquiera se molestó en disimularlos. Y un tipo que no era experto en maquinaria, que había actuado, como yo, a golpe de presentimientos: intentó cortar el cadáver en la obra, pero no le sirvió y tuvo que buscar la solución de la cantera.

Ya era tarde para seguirle la pista al tatuaje. Imaginé que las tiendas que se dedicaban a eso estarían cerradas cuando llegara a Las Palmas. De modo que decidí ir a almorzar. Y, como la mayoría de las direcciones de la lista que me había dado Álvarez estaban por la zona del puerto, compré el periódico de la mañana y elegí un restaurante por Las Canteras. No pude disfrutar ni del almuerzo ni de la lectura. A mitad del paseo sonó el teléfono. El inspector quería verme. En su oficina no, por supuesto. Ni en el Deenfrente, menos mal. Lo más lejos posible. ¿Dónde entonces? En Vegueta. Me invitaba a comer (de menú, *of course*, que el erario público era muy mirado para esas cosas). En media hora me esperaba en la Recova Vieja.

Nadie había reclamado a la muchacha de la playa: o la sirena era una completa desconocida o sus amistades, unos completos ignorantes que no veían los telediarios. Bueno. Tampoco era tan malo. Ya llamarían. Las noticias desagradables corren como las ratas. Por otra parte, sus hombres habían vadeado el dique de San Cristóbal y habían encontrado rastros de un asadero. ¿Un asadero?

Sí. Uno muy especial. Y algo repugnante, para que nos íbamos a engañar. Ya sabíamos qué coño se había hecho de la otra mitad de la chica de La Laja. El asesino había arrojado al mar, entre unas rocas, una parte, y a pocos metros había quemado la otra. ¿De verdad?

Ah, amigo, la verdad tiene más ojos que un buen vino. Pero si el inspector estaba equivocado, tendríamos vagando por ahí la mitad de otro cadáver y eso era mucho para digerir en ayunas. Así que prefería quedarse con esta verdad: lo que sus hombres habían hallado en San Cristóbal eran los restos carbonizados del culo y las piernas de

la sirena. Lo que no entendía Álvarez era a qué venía el ritual de la mutilación.

Allí intervine yo. Estaba persuadido de poder arrojar alguna luz sobre el mantel rojo de la Recova. Tenía que ver con el tatuaje. El asesino quería ocultar lo que la muchacha llevaba grabado en el culo. ¿El qué?

Ni idea. Tal vez un nombre, una ciudad, una fecha. Algo que, sin duda, lo incriminaba. Por eso ahora más que nunca era indispensable que encontráramos al grabador.

—Pues me da que la hemos jodido.

—¿Por qué?

Porque nadie ha reclamado a la sirena pero tengo en mi mesa la denuncia de la desaparición de un holandés, un tal Joop Alkemade.

—¿Y qué tiene que ver Alkemade en todo esto?

—No lo sé todavía. Pero me barrunto que algo malo. El tipo tenía un negocio de *piercings* y tatuajes en la calle Montevideo.

—Pues lo siento por él. Porque o está muerto o lo va a estar muy pronto.

La chiquilla acababa de cumplir los veintiuno. Se llamaba Palmira y olía a vainilla. Estudiaba tercero de Enfermería en la universidad. Sus ojos ámbar estaban asustados. Sus manos, puro nervio, no paraban quietas un segundo. Llevaba cuatro días sin saber de su novio y Joop no era hombre que desapareciera así como así. Nunca antes lo había hecho. ¿Cómo de largo era ese «nunca»?

Tanto como dos años que llevaban juntos. Se conocieron en la facultad. Joop era uno de tantos alumnos visitantes del programa Erasmus que vino, se enamoró de la isla, del sol y de Palmira (la chica era bonita, aunque ahora llevara la risa atrabancada) y se acabó quedando. ¿Problemas de dinero o drogas?

Nada de eso. Alkemade era un tipo legal. No iba a decirme Palmira que ni un porro porque eso sería una trola como un burro de grande, pero Joop sólo vivía para su trabajo y para ella. ¿No resultaba eso demasiado sosegado para tan corta edad?

No era tan joven. Tenía veintiséis. Lo que ocurría era que se había incorporado a la universidad algo tarde, después de pasarse algunos años sin decidir por dónde tirar. Trabajó en muchas cosas en Utrecht. ¿De quién salió la idea del negocio de los *piercings*?

De Alkemade. Entre las muchas cosas que hizo antes de ingresar en la universidad fue un curso de tatuajes con el mejor grabador de Holanda. Y aprendió rápido. Joop era muy inquieto. No. No tanto como para marcharse sin despedirse. ¿El dinero para montar la tienda?

Salió del padre de Palmira, un médico anestesista incapaz de negarle nada a su única hija. Pero ya le habían devuelto casi todo el préstamo. Lo de los tatuajes era un negocio próspero, yo no podía ni imaginarlo. Era cierto. Ni me lo imaginaba ni lo entendía. Eso debía de doler, por no hablar de los riesgos de infección. No se me ocurría ni una sola razón para querer tatuarme. ¿Palmira tenía tatuajes?

Sí. Pero no pensaba enseñármelo. Estaba en un lugar al que sólo Joop y su ginecólogo tenían acceso. No importaba. Ni era necesario ni mi curiosidad llegaba a tanto. Además, nada tenía que ver con el asunto de la sirena. Lo que iba a mostrarle, en cambio, sí. La previne. La visión era macabra. Debía sobreponerse a la tez tumefacta y la expresión sin alma del cadáver. ¿Había visto Palmira alguna vez a la chica de la fotografía?

Por un momento, su mirada se congeló. Era horrible. Pobre chica. No. No le sonaba. Pero eso no decía nada porque ella sólo curraba allí por las mañanas. Las tardes las pasaba en la facultad, en clase o en la biblioteca. Fue la única condición que le puso su padre cuando lo del préstamo: tenía que acabar la carrera. Después, que hiciera con su vida lo que creyera conveniente. Así las cosas, Palmira no conocía a muchos de los clientes de Alkemade. Y Joop era el que trabajaba con los punzones y las agujas. Ella sólo llevaba la caja y atendía al público. En la tienda también se dedicaban a la venta de pañuelos de seda y bisutería. ¿Qué tal les iba con las baratijas?

Baratijas no. Había dicho bisutería. Y de la buena. Algunas piezas eran originales y hechas a mano por artistas de verdad, aunque poco conocidos. Las baratijas eran otra cosa. Por supuesto que me perdonaba mi resbalón, el que no sabe es como el que no ve, pero quería dejar claro ese punto. Les iba bien. Les daba para pagar el alquiler del local, el agua, la luz y para vivir de un modo decente. ¿Dónde?

En un apartamento de la calle Viriato. Sesenta metros cuadrados, más que suficiente para su amor sin límites. Lo había comprado el anestesista en los años ochenta, antes de que se dispararan los precios, y resultó ser la mejor inversión. Era una zona estupenda que se revalorizaba cada año. Pero a su novio y a ella eso les importaba bien poco. Sólo sabían que estaba cerca de la playa. Adoraban el mar. Era su vida. Por eso también se escapaban cada dos o tres meses a La Graciosa. A pescar y a olvidarse del mundo.

A Palmira se le nublaron los ojos en ese momento y a mí me nacieron unas ganas tremendas de abrazarla y dejarla que llorara en mi hombro. Pero me contuve. La hubiera asustado más de lo que estaba. Me preguntó si el asunto era grave. Y no tuve valor para decirle lo que en realidad pensaba. Le aseguré, por el contrario, que haría lo que estuviese en mi mano para encontrar a su novio y resolver el caso de la sirena. Pero necesitaba revisar los ficheros y los libros de Joop.

La trastienda de Alkemade era estrecha y penumbrosa, no me extrañaba que Palmira estuviese tan complacida con su pisito de Viriato. Una cortina de color indefinible la separaba del bazar. La única ventana que tenía daba a un patio de luces oscuro que destilaba sombras de ropa tendida y olores a fritango. Tal vez para tatuar y punzar fuese adecuada, pero para investigar un crimen resultaba más bien exigua. La decoración era deprimente: dos o tres carteles con cuerpos desnudos en los cuales no había un centímetro de piel virgen, una camilla baja pegada a la pared, una mesa de trabajo sobre la que reposaba la lámpara de vidrio más fea que había visto en mi vida, un armario de cristal donde se guardaban las agujas y las gasas y el líquido para esterilizar. Al fondo, un servicio chiquito con retrete, lavamanos y un plato de ducha para anoréxicos.

La mesa tenía una cajonera con tres gavetas, en la primera de las cuales había una cerradura desportillada. Palmira no había estado allí desde la desaparición de su novio. No tenía sentido: ella no sabía hacer tatuajes y, para más inri, sentía aversión por la sangre. Sí. Tenía un tatuaje en la ingle pero me juraba que se lo había hecho con los ojos cerrados y tres copas. Ella se había limitado, desde la desaparición de Joop, a vender pañuelos y pulseras de pedrería y a darles largas a los clientes: a todo el que preguntaba dos veces le respondía que Alkemade había ido a visitar a su madre en Utrecht. Por eso (porque no conocía el arte de tatuar y no se había acercado a la trastienda) no pudo explicar por qué la cerradura de la cajonera estaba forzada. Ni siquiera sabía que Joop la tuviese cerrada con llave. ¿Era mal presagio?

Bueno. No debíamos precipitarnos en sacar conclusiones. Sólo significaba que alguien parecía interesado en conocer las intimidades de Joop. ¿Quién?

¿Quién sabía?: algún competidor, una cliente insatisfecha, una antigua novia... Sólo cuando menté la posibilidad de que hubiera una rival de por medio en el corazón del holandés, Palmira reaccionó: sus hombros se abatieron, su frente se nubló, la desesperanza hizo mella en su rostro. Cambié de terció a fin de evitarle un dolor estéril. Para empezar, necesitaba estudiar lo que había en las gavetas, un poco de tiempo y, ya puestos a pedir, algo de intimidad. Ella podía seguir atendiendo a los pañuelos. Le prometí que no iba a llevarme nada y que le informaría de cualquier cosa que averiguara.

Lo primero en que reparé fue que el holandés (al final iba a ser cierto que era un pibe sensato) lo anotaba todo. Concienzudo y algo tradicional, guardaba en el primer cajón una agenda de 2008 en cuero marrón con cordoncillo para marcar las páginas. Allí estaban apuntadas todas sus citas desde el miércoles 2 de enero: la hora, el nombre del cliente y, en ocasiones, alguna apostilla al margen sobre si era alérgico a algún medicamento o era la primera vez que profanaban su cuerpo. Intuí que en eso habría influido algo el suegro anestesista. La letra de Joop era alargada y con un ligero corrimiento a la derecha, lo que podía indicar que el tatuador fuera zurdo. La

agenda, no obstante, estaba intacta. Ni una página arrancada. Ni una tachadura. Al asesino no le interesaba nada ocurrido en este año. La deducción de Santa Ana acerca de las fechas era, pues, correcta: la sirena (ya no quedaban dudas de que Joop Alkemade había pintado la rosa de su culo) se había hecho el tatuaje a finales del año pasado, puede que en noviembre o diciembre.

En el segundo cajón había un cuaderno de dibujo, uno de esos blocs con hojas satinadas y gruesas, capaces de absorber las tintas y las acuarelas más condensadas. Allí, Alkemade esbozaba sus grabados. A plumilla. Con celo de miniaturista. Las hojas venían unidas por un canutillo enroscado de color ámbar, un canutillo simple, parejo y, sobre todo, chivato: en la ensambladura con el papel se apreciaban restos de dos páginas arrancadas. Tal vez hubiera sido el propio holandés, que no quedase convencido de su trabajo. Pero no lo creía: un tipo tan cuidadoso con todo hubiese limpiado los retales de papel.

El tercer cajón se lo disputaban una pequeña alcancía con dos billetes de diez euros y unas pocas monedas sueltas y un álbum color teja de fotos. Joop Alkemade no sólo esbozaba sus trabajos antes de grabarlos en la piel, sino que, una vez grabados, los fotografiaba. Quizás para llevar la cuenta del negocio, quizás para enseñarlos como muestrario a sus futuros clientes, la cosa es que tenía un amplio catálogo de tatuajes que iban desde pequeñas flores de lis a inmensos dragones horripilantes, pasando por arabescos de todo tipo, escudos de heráldica y lemas japoneses. Si a Palmira le daba asco la sangre, a mí me lo daban aquellos dibujos sobre piel humana. Era un álbum de anillas sin numerar, de manera que resultaba imposible saber si el asesino lo había desestimado o se había llevado consigo alguna página.

Estaba dándole vueltas a una idea cuando Palmira asomó la cabeza a través de la cortina lúgubre como si fuese una aparición demoníaca. La chica quería saber si había avanzado algo en mis pesquisas. Utilizó este término, «pesquisas», como si estuviese en una película de gansters. Le devolví una sonrisa más triste que tranquilizadora. Una investigación criminal necesitaba su tiempo. No se trataba sólo de analizar lo que había en la escena del crimen. A veces importaba más lo que debería de haber y, sin embargo, faltaba. Por ejemplo, allí había datos. Había fechas. Había bocetos. Había fotos. Pero faltaban dos páginas del cuaderno de dibujo y probablemente otras tantas del álbum.

Palmira miró, con un deje melancólico, los libros desperdigados sobre la mesa de trabajo de Joop. A él no le hubiera gustado aquel desorden. Era muy meticuloso. Ya me lo había dicho ella y yo podía corroborarlo después de haber hurgado en sus papeles. No tenía el placer de conocerlo, pero hubiera jurado que era un buen tipo. Sí que lo era. El mejor que ella había conocido nunca. Por eso fue que se enamoró.

—Pues no creas que no es una suerte, Palmira. Si supieras lo difícil que resulta encontrar buena gente de la que enamorarse.

—Bueno. Usted tendrá más experiencia que yo.

—No. Yo tengo más años, que no es lo mismo.

—¿Lleva mucho tiempo de detective?

—No demasiado. Aún me estoy haciendo a este oficio.

—Debe de haber visto de todo.

—Algo sí, pero gracias a Dios no he perdido mi capacidad de asombro.

—Y ¿dice usted que tan importante es lo que falta como lo que hay?

—Sí. Muy importante. ¿Por qué?

—Porque aquí, además de esas hojas que no encuentra, falta la cámara de fotos.

La habían comprado en una tienda de indios de la Naval. No era muy buena (les costó cuarenta euros) pero para los tatuajes y algunas instantáneas de sus viajes a La Graciosa les valía. Se trataba de una máquina digital. Por el día hacían las fotos y por las noches, en casa, las traspasaban al ordenador e imprimían las que más les gustaban. Palmira no sabía si yo me había fijado, pero fuera, en una de las estanterías, tenía un portarretratos con una puesta de sol preciosa tomada en Caleta de Sebo. No. No me había fijado. Pero en ese momento ni la estantería ni el portarretratos ni la preciosa puesta de sol me importaban tanto como lo otro. ¿Qué era lo otro?

Lo otro era que guardaban archivos con copias de las fotografías.

Sí. En el despacho de Viriato estaban todas. Era lo bueno de las cámaras digitales: les pasaba como al cerdo, que no se desaprovechaba nada. No fue consciente Palmira de lo que me estaba diciendo hasta que no vio mi cara de satisfacción. Sólo entonces cayó en la cuenta. Daba igual lo que se hubiera llevado el asesino. Si Joop había fotografiado el tatuaje de la sirena, la imagen tendría que estar registrada en alguna parte de su ordenador. El siguiente paso sería como los juegos de pasatiempos: tendríamos que contrastar el álbum del tercer cajón con los archivos y ver qué se había perdido en el trayecto. ¿Podríamos mi entusiasmo y yo esperar a que Palmira cerrara la tienda?

Por supuesto. La mañana había sido especialmente fastidiosa, así que mi entusiasmo y yo nos íbamos a dar una larga ducha y aventarnos el polvo del camino. A las siete la recogeríamos en la puerta del bazar para ir juntos a su casa. ¿Le parecía bien a Palmira?

Le parecía magnífico.

Por desgracia, alguien más estaba haciendo planes a esa hora. Y nuestra cita tendría que posponerse.

PUDE HABER VUELTO a por Palmira media hora antes pero no quise atosigarla. Si me hubiera tragado mis absurdos reparos, otro gallo nos hubiera cantado, sobre todo a ella. Ni siquiera me hizo falta llegar al local de Montevideo para comprender que algo no marchaba. La puerta estaba trancada y el rótulo de «Cerrado» me hacía burlas desde la otra cara del escaparate. Ahuequé las manos frente al cristal por si la veía, pero las luces estaban apagadas y todo parecía estar muerto allí. Toqué varias veces sin encontrar respuesta. Y comencé de veras a preocuparme.

De una tienda de discos que había enfrente salió, de pronto, una muchacha. Encendió un cigarrillo y se apoyó en el quicio para fumárselo mientras hablaba con alguien (lo más probable, alguna compañera) que permanecía dentro. Morena retinta, con exceso de maquillaje, llevaba un pantalón vaquero desteñido y una camiseta blanca de manga corta. En un momento de la charla giró la cabeza. A través de una nube de humo gris, me miró. Se acarició, coqueta, el pelo. Y dibujó en el aire (tal vez lo dijera en voz alta pero no logré escucharla desde el otro lado de la calle) una frase que me remordería más tarde como una mala digestión. Palmira ya no está.

Crucé de acera sólo para certificar lo que ya sabía: había llegado demasiado tarde. La muchacha (la voz de dentro la llamó Lucía) me reveló que Palmira se había marchado hacía unos veinte minutos, media hora como mucho. ¿Cómo estaba tan segura?

Era la frecuencia con la que se tomaba un descanso para fumar (un día de aquéllos pensaba dejarlo) y, durante la última pausa, la había visto cerrar la tienda y tirar calle abajo con un amigo. ¿Conocía al amigo?

No. Tampoco es que tuviera Lucía que conocer a todo el mundo que visitaba al holandés, claro. Pero a éste era la primera vez que lo veía. ¿Y por qué sabía que era un amigo y no un cliente?

Porque se fueron juntos. Amarraditos del brazo. Él la llevaba a ella con firmeza. Como si temiese que en cualquier momento se fuera a desmayar. ¿Recordaba el aspecto del amigo?

Muy por encima. A Lucía no le gustaba cotillear. Y yo debía de comprender que estaban lejos y que ella no prestaba demasiada atención. ¿Podía hacer un esfuerzo?

Sí, podía. El hombre era más bien alto y fuerte. Calvo. Y llevaba unas gafas de sol demasiado exageradas, de esas modernas que cubren media cara. ¿Parecía contenta la tatuadora?

Era imposible saberlo. Yo no debía olvidar que Palmira estaba en el ángulo muerto, al otro lado del calvo. Lo que sí podía asegurar Lucía era que llevaban prisa. Iban andando como si llegaran tarde a algún sitio, incluso la vio mirar el reloj en un par de ocasiones.

La última pregunta la lancé casi al vuelo, ¿sabía dónde vivía Palmira?

No, pero debía de ser cerca de la playa porque muchas tardes llegaban los dos con el bañador y la toalla.

Casi sin despedirme de Lucía, eché a correr Montevideo arriba. Ella me gritó algo sobre que me había equivocado de dirección, pero yo ya no la escuchaba. El corazón me quería salir del pecho a mordida limpia. Una cosa era la muchacha de La Laja (yo no hubiera podido salvarla ni aun queriendo) y otra Palmira. Si algo le ocurría a ella, nadie me iba a convencer de que no fuera mi culpa. El asesino volvía a estar un paso por delante. Pero esta vez el paso era más corto. Y más amenazador. Palmira dependía ahora de mí. Y lo sabía. Por eso eligió conducir al calvo a su casa dando un rodeo. Para ganar tiempo. Si hubiera sido un perro, olería el rastro del perfume a vainilla de la chica y saldría tras él. Pero el olfato sólo me alcanzaba para percibir mi miedo. Necesitaba la dirección exacta.

Álvarez me pidió que esperara mientras lo consultaba. Pasaron dos, tres minutos que se me hicieron eternos. Yo ya estaba en Viriato pero no sabía si tomar el sentido de la playa o el contrario. Crucé dos veces la acera por si los veía. Pero a esa hora (aún las farolas no estaban encendidas y la luz de la tarde empezaba a desvanecerse) hubiera sido difícil distinguir algo. Le grité al teléfono deshabitado, coño, Álvarez, dese prisa. Hasta que su voz, deformada por el asma y la carrera, me respondió, ¿Ricardo?, es Viriato catorce; Viriato catorce, segundo derecha, ¿oíste?; te mando a alguien de inmediato.

Lucía estaba en lo cierto. Viriato catorce quedaba cerca de Las Canteras. Las casas empezaban a contar desde la avenida. El treinta y dos era un bar de mala muerte. El treinta, un edificio de apartamentos donde vivían apelotonadas familias numerosas de inmigrantes africanos. El veintiocho venía duplicado: sobre la pared sucia del zaguán, los viejos números sobregrabados en piedra; y, al lado, una placa azul marino de las nuevas. Al llegar a la esquina donde Viriato veintiséis se cruzaba con Guanarteme, se me congeló el alma. Por el otro lado subía a grandes zancadas un tipo calvo y grande, con unas gafas de sol estrambóticas y ademanes de chulo de putas. Venía solo (¿qué había hecho el muy cabrón con Palmira?) y traía bajo el brazo lo que me pareció una torre de ordenador.

En un momento de la carrera nuestras miradas se cruzaron. El matón se palpó la chaqueta con la mano diestra. Retador.

Insolente. Sin bajar la vista. No obstante, el gesto tenía más pinta de quien se está asegurando de llevar un arma que de quien quiere advertir al enemigo de que la lleva. Una guagua se interpuso entre nosotros. Pensé que iba a aprovechar el momento para salir corriendo pero no se movió. Con la torre a cuestas no hubiera podido ir muy lejos. Además, para qué iba a escapar: ya habíamos quedado en que él iba armado y

yo no. Y eso era una baza considerable. Pedí al cielo que un coche de la policía saliera de repente de algún sitio. Pero lo que salió fue un taxi libre. El pelón lo detuvo. Se sentó en el lugar del copiloto. Le dijo algo al taxista. Y me obsequió con una sonrisa ¿o fue una mueca de desdén? A esas alturas me daba igual su cinismo. Yo quería, necesitaba encontrar a Palmira por encima de todo. Crucé la calle sin mirar. Una pita. Un frenazo. Un insulto. Al carajo con todos, conductor, policías y asesino.

Cuando llegué a Viriato catorce, el portal estaba cerrado. Una mujerona desparramaba sus carnes abundantes sobre el alféizar del entresuelo izquierdo. Le pedí que me abriera la puerta. Le juré que era urgente. Que su vecina del segundo podía estar en peligro. Que era policía. La mujerona no acabó de creerme. Dudó. Inició un interrogatorio sibilino, ¿de qué vecina hablamos?, ¿y dónde está su placa?, ¿y cómo sé yo que no viene a violarme?

En momentos así es cuando a uno le gustaría ir armado. El chulo de putas calvo no habría dudado en sacar el arma y liarse a tiros con la gorda. Y luego, por preguntona, habría meado sobre su cadáver. Y yo, que sólo pretendía ayudar a Palmira, tenía que rogarle y explicarle tres veces que sí, que era verdad que estaba investigando el caso de la chica de La Laja, que no, que no era policía, pero que sí, que estaba trabajando para ellos.

Así hasta que dos motos ruidosas, a buena hora, doblaron Guanarteme alborotando al vecindario. Les conté lo ocurrido a los hombres de Álvarez. Tenían que perseguir un taxi de gasoil, un Citroën de los antiguos, de los que suenan a cafetera. Uno de ellos, al que ya conocía de otro caso, asintió. Apuró a su compañero. Y le ordenó a la mujer de la ventana que me abriera el portal. Antes de encender el motor de su moto, ya estaba sonando el mecanismo de apertura del zaguán. Tal vez me había pasado con lo de matar y mearle encima a la gorda. Me hubiera bastado con llevar uniforme.

No me di por enterado de que el edificio de Joop y Palmira tuviera ascensor. Subí los escalones de dos en dos hasta llegar al segundo derecha. La puerta estaba abierta. Me dio la impresión de que el pelón la había dejado así más por fanfarronería que por prisa, ojo al parche, pibe, que aquí no nos andamos con chiquitas. La primera estancia era una pequeña sala con un sillón en forma de «ele», una mesa de cristal con soporte metálico y una librería de madera basta con unos pocos libros y un televisor. A la izquierda se iniciaba un pasillo que daba al resto de los cuartos del apartamento: una cocina con una barra de mármol y dos taburetes; un baño con una bañera como Dios manda (nada que ver con la bacinilla que encontré en la trastienda del bazar) y unas cortinas con motivos geométricos (cuadros anaranjados, círculos verdes y rombos amarillos); un brevísimo despacho sobre cuyo escritorio quedaban los restos del naufragio: de la pantalla del ordenador colgaban los cables sueltos.

La cuarta habitación era la alcoba de la pareja. Una cama de matrimonio, dos mesillas de noche, un baúl de madera envejecida, un ropero con puertas de espejo. Ni rastro de Palmira. Volví sobre mis pasos buscando a la muchacha. Ni detrás del escritorio, ni en la bañera, ni tras la barra de la cocina hallé su cuerpo, lo que lejos de aliviarme me produjo una angustia que fui incapaz de domeñar. Cada segundo que pasaba era una probabilidad menos de encontrarla con vida. Tan agarrotado estaba por el desasosiego que tardé en reparar en los gritos que venían del patio del fondo. Hasta que la voz no gritó, por favor, que alguien la ayude, fui incapaz de reaccionar.

Entonces corrí a la alcoba. Me asomé a la ventana. Y la vi. Boca abajo. Con un brazo extendido y el otro en un escorzo imposible. El codo se le había salido de las junturas. Una vecina, desde la ventana del ático, intentaba explicar de un modo atropellado lo rápido que había sido todo, los gritos desesperados de la chica, el forcejeo, aquel hombre cogiéndola por las piernas y tirándola al vacío, el aterrador macanazo contra el suelo, Dios, voy a soñar con ese sonido el resto de mi vida.

Le ordené (qué pronto se le coge gusto a eso de mandar) que se tranquilizara, que entrara en casa, que llamara a una ambulancia. Y eché a correr al primer piso haciéndome promesa de que, si Palmira sobrevivía, haría una peregrinación a Teror. No he creído nunca en esos votos pero a mi madre, que tenía devoción por la Virgen del Pino, solían funcionarle.

En el piso de abajo no había nadie. Toqué con insistencia. Pegué la oreja a la puerta por si trataban de hacerse los suecos. Pero nada se oía en el interior. Sin embargo, el ruido metálico de la mirilla de enfrente me recordó a la mujerona desconfiada. Tal vez había una posibilidad. En esta ocasión, la mujer anduvo más cordial. Hasta se presentó formalmente, Remedios Mateos, para servirle, pero todos por aquí me llaman Reme. Me explicó que en el primero derecha vivía el dueño de un bar de La Minilla, solo desde que se había separado de su segunda o su tercera mujer, que ella ni llevaba la cuenta ya, y el hombre, un tal Heriberto Barrera, se pasaba todo el día fuera de casa.

No tenía tiempo de interesarme por quien no conocía. Tuve que cortar su cháchara, sin perder el tiento, no fuera que se mosquease. La necesitaba de mi lado. Era muy importante que Reme entendiera que la vida de una chica estaba en sus manos. ¿Lo entendía? Claro. ¿Tenía solana su casa? Por supuesto. ¿Con patio? Desde luego. ¿Me dejaba pasar a echarle un vistazo? Yo mismo.

La mitad de su terraza apareció techada. Un cobertizo de latón (a mi entender esas cosas eran ilegales, pero no estaba para recriminarle nada) arrojaba una penumbra gris sobre las baldosas. Media docena de macetas colgaban de las vigas, desparramando su verdor. Me recordaron a Reme apoltronada en la ventana: no sólo los perros, también los patios acaban pareciéndose a sus dueños. Tuve que agacharme

para esquivar tanta maleza. Y, una vez que llegué a la pared del fondo, la que daba al patio donde Palmira agonizaba, busqué algo en lo que apoyarme. No había más que el cubo de una fregona y una caja vacía de agua de Fargas. Necesitaba algo más firme sobre lo que trepar. Reme abrió un armario lleno de trastos y sacó una escalera de tres peldaños. Me bastaba. El murete no era tan alto. Una vez en la cima, no fue difícil saltar a la otra solana. Una pileta de piedra (a Barrera le gustaban los patios de la abuela) me ofreció el apoyo que necesitaba. Cuando vi la cabeza de Palmira a un palmo de la piedra, me estremecí. La chica se había salvado por los pelos.

No la moví. Sabía que podía hacerle más daño del que ya le habían infligido. Sólo me cercioré de que aún tenía pulso. Era muy débil pero la chica respiraba. Sí. Palmira estaba viva. Su pierna derecha estaba también dislocada. Aún le brotaba sangre de la rodilla. Mal menor: a los veinte años los huesos sueldan bien, mucho mejor que la desesperanza. Porque entonces tuve la certeza de que, más temprano que tarde, tendría que confesarle a la chica que no volvería a ver a su novio con vida.

La cobertura no era muy buena. Necesité repetirle varias veces, a grito pelado, a Álvarez cómo estaba la situación. El asesino (me negué a llamarlo sospechoso; ya no quedaban dudas al respecto) había huido después de arrojar a la muchacha por la ventana. ¿Por qué no había usado el arma?

Y yo qué sabía. ¿Quién sabe cómo funciona la mente de un criminal? A lo mejor andaba corto de balas y quería ahorrarse una. ¿Sin intención?

Ah, no, amigo. Con esa rueda de molino que comulgara otro. La intención del tipejo estaba bien clarita: la tiró con la idea de que se abriera la cabeza contra la pileta del patio. ¿Falló?

De milagro de Dios: las líneas del tendedero amortiguaron la caída y desviaron el cuerpo lo justo para evitar la pila. ¿Cómo estaba tan seguro?

Porque tenía ojos. Y sabía medir. Y le estaba hablando desde el mismo patio. A medio metro de la muchacha. ¿Había escalado el muro de la vecina?

Y tanto. ¿Qué coño quería Álvarez? Supermán sólo hay uno. Era la única manera de llegar a Palmira. ¿Allanamiento?

Lo más probable es que sí. Que hubiera allanado una casa. Pero no tenía opciones ni tiempo para pensar en esa gilipollada. Me importaba más la muchacha que la ley. ¿Estaba loco yo?

Desde chico. ¿O no me conocía el inspector Álvarez? Además, un cabrón mal nacido había matado a una mujer y botado a una chiquilla inocente por la ventana y, hasta nueva orden, se había ido de rositas. No sólo estaba loco. Estaba cabreado. Y pensaba seguir alimentando el cabreo porque, si Heriberto Barrera no regresaba antes que la ambulancia, uno que yo me sabía iba a tirar abajo la puerta de su casa a patada

limpia. A Palmira no la pensaba sacar por la solana de la vecina. ¿Sería capaz?

Y tanto que sería. Que no lo dudara.

En cualquier caso, no tuve necesidad de tirar ninguna puerta. Me ahorré una multa y alguna que otra visita al juzgado. Todo gracias a la diligencia de la mujerona del primero izquierda y a la comprensión de Heriberto Barrera, quien se presentó en su casa un segundo después que la ambulancia. Reme lo había llamado al bar no más verme desaparecer al otro lado de su solana bosque. No quería problemas luego. Y bien que hizo. Mientras los enfermeros hacían su trabajo (con las orejas gachas, les supliqué que tuvieran cuidado con Palmira; con la mirada altiva, me respondieron que siempre lo tenían con todos los heridos), le expliqué a Barrera lo sucedido.

El hombre era un tipo fondón, ancho de espaldas, sudoroso y dado a la broma. Traía una camiseta de la Unión Deportiva y un pantalón todo churreteado de grasa. Y, después de dos divorcios (buen oído el de Remedios), no tenía maldito interés en verse implicado en asuntos legales. Total, lo único que le habían roto era un par de baldosas de la solana. También tendría que pagarle un poco más a la limpiadora para que arreglara el estropicio que mis pisadas le habían hecho en el muro y la sangre de Palmira en el piso. Pero por eso nadie se arruina. Así que aceptó mis disculpas por haber profanado su apartamento. Y yo, dando y dando, le aseguré que me olvidaría de su nombre si llegaba el caso de tener que llamar a declarar a alguien. Su perdón a cambio de mi olvido. Salía ganando yo: de hecho, el asesino ni siquiera había estado en su casa; de haber alguna huella, estaría en la de Palmira.

Nos despedimos en el zaguán con un apretón de manos en el que Barrera (me dejó un hormigueo en los dedos que iba a durarme un buen tiempito) imprimió todo su nerviosismo o su agradecimiento. Ambos teníamos que retornar a nuestros negocios. Y yo envidié más que nunca un trabajo como el suyo. Servir cafés y bollos y comidas caseras a oficinistas y empleados de banca parecía un buen trabajo si lo enfrentábamos al mío: esperar a que la policía científica examinara hasta el último rincón del apartamento de Palmira; esperar a que Palmira se recuperara; esperar a que el dolor por la muerte del hombre al que amaba no la tumbara del todo. La cosa era esperar. Una espera chinchosa y jodida. Para que luego digan que el oficio de detective es una aventura.

LOS HOMBRES DE Álvarez dieron, a eso de las diez de la noche, con el taxista que lo había recogido. Pero el pelón, por supuesto, ya era sólo un recuerdo: se había bajado cerca de la plaza de Farray. El vigilante de un garaje cercano, un argentino hablador y descarado, no tuvo que esforzarse mucho para corroborarlo. Recordaba exactamente al calvo de las gafas de sol que había aparcado su ranchera negra aquella tarde. ¿Por qué la exactitud?

Porque el carro, un Mercedes GL, era tan grande que se había mamado dos aparcamientos; porque varios clientes de la misma planta se habían quejado; y porque, para congraciarse con el muchacho, el calvo le había dejado diez euros de propina. Por eso la exactitud, cómo olvidarlo.

Al argentino tampoco le importó, tras consultarlo con su jefe, entregarle a la policía la película de seguridad del tercer piso. El taxista, sin embargo, no pudo entender para qué necesitaban requisarle el taxi, si el hombre que buscaban no había tocado nada: la carrera había durado un suspiro de cinco minutos y el pasajero no había despegado las manos de la caja que llevaba consigo. Si lo llega a saber, coño, sigue de largo en Viriato.

En cualquier caso, Álvarez tenía suficientes huellas como para hacer una tesis sobre el asesino. El cabrón, igual que en su visita a la cantera, no había tenido ningún cuidado en tomar precauciones. En la mesa de despacho, en la ventana del cuarto, hasta en el lavamanos del baño de Palmira había dejado sus dedos estampados. Lo que significaba que o era un temerario al que todo le importaba una vaina o había entrado en la isla de un modo ilegal. Y yo, claro, me puse en lo peor.

Estábamos, pues, casi como al principio. Sí: teníamos a la víctima y al victimario, pero los habíamos perdido a los dos. Sí: sabíamos con qué tipo de máquina le habían serruchado el cuerpo y quién se lo había tatuado, pero con la cortadora abrillantada y el holandés desaparecido de poco nos servía. Sí: intuíamos que la clave estaba en el tatuaje del culo, pero el calvo se había llevado las pruebas bajo el brazo. Sí: Palmira podía reconocer el olor, el aliento, el tacto de las manos del criminal, pero tardaría mucho en recuperarse del susto; y, cuando lo hiciera, no creía yo que pudiera decirnos nada que no supiésemos.

La única novedad era la ranchera. Por eso decidí pasarme la mañana siguiente por la concesionaria de Mercedes a ver qué podía pescar. Fingí ser un enamorado de los coches grandes; cuanto más, mejor. Fingí una afición repentina a los motores alemanes después de un viaje a Bremen en Navidad. Fingí estar dispuesto a pagar cualquier precio por uno de color negro, aunque fuera de segunda mano. Tres mentiras. Tantas como coches de esas características, al final, resultaron haber en la isla. Y es que el joven que me atendió (se presentó como Eugenio Borrego) no sabía si yo era conocedor de que los Mercedes GL venían plateados de fábrica. De que los

negros eran más caros por más escasos. De que su precio era, pues, considerable. ¿Podía definir considerable?

Podía. Considerable: dicese de un número de seis cifras. La leche. Y yo que me quejaba de la pobre Mildred.

El primero pertenecía a un arquitecto en tercera generación (como los Lozano y su cantera) que coleccionaba coches de lujo. El segundo, a un naviero vasco que presidía una empresa consignataria del Puerto de La Luz. El tercero, a un multimillonario polaco que se había afincado hacía unos meses en San Agustín. Eso suponía que las posibilidades de poder hacerme con la ranchera negra eran escasas. Obvié pedirle que definiera escasa. Ya sabía la respuesta: nada, nula, olvídalo, a joderse tocan. Supe mantener, eso sí, la ficción hasta el final: puse cara de desconsuelo, como un niño sin perras en el escaparate de una dulcería, y me dejé invadir por la nostalgia.

Debí de hacerlo bien, porque Borrego intentó consolarme con otros modelos más acordes al calado de mi bolsillo. Me enseñó varios coches que admiré, esta vez, con sincero asombro. Pero mi bolsillo tenía calado de agujero negro: aunque hubiera querido desertar de Mildred, no hubiera podido comprar ni un llavero. Aun así, para cubrir el expediente salí de allí con una tonga de folletos y la promesa de llamarlo si cambiaba de opinión. Pero también con la convicción de que había encontrado una rendija desde la que asomarme a aquel caso: de las tres opciones que acababan de darme, la del multimillonario polaco (conseguí la dirección por si lograba convencerlo) parecía la más sólida. Mi siguiente estación sería, pues, San Agustín, una playa chiquita y familiar que quedaba a las puertas de otro mundo, el otro mundo que era el sur de la isla, con sus rótulos, sus horarios y sus modales extranjeros.

Almorcé solo, sin el recuerdo de la sirena serpenteando entre las copas y los cubiertos. Había crema de berros y bonito a la plancha y me negué a enmerdarlos con detalles tan sórdidos. Tras el café y un culito de ron, volví de nuevo al caso. La culpa la tuvo el periódico. Se hacía eco de un pleito entre gobierno y oposición a cuenta de la reforma en el Constitucional. Al final va a resultar que la justicia no es tan ciega, que tiene un ojo abierto como un niño tramposo jugando al escondite inglés. Uno tiende a pensar que las cuentas de la ley siempre cuadran: si hay pruebas, se condena; si no hay pruebas, se absuelve; ante la duda, la más tetuda, que siempre viene a ser el reo, más vale un culpable en libertad que un inocente sin ella y blablablá. Sin embargo, parece que en esto también juega el cristal con que se mira.

Me dio por pensar si un juez conservador vería más culpable al asesino que uno progresista. Menuda gracia. Porque aquí no se trataba de medrar ni de salir en la foto. No. Aquí había un cadáver encima de la mesa. Una muchacha a la que alguien había decidido robarle la juventud y la madurez y la vejez de un solo tajo, nunca mejor

dicho lo del tajo. Y no parece justo (ni progresista ni conservadoramente justo) que haya gente que se juegue las orejas por encontrarle respuestas a un crimen sin sentido para que un abogado listo o un fiscal torpe o un juez con aspiraciones políticas decidan que tampoco es para tanto, que, total, todos tenemos que morirnos algún día.

Sobre las seis de la tarde comenzaba a emborronarse el horizonte, llegué a mi destino. El multimillonario polaco vivía al final de una calle sin salida, guardada de ojos fisgones. Lo de las calles sin salida, luego lo supe, resultó ser una marca de distinción entre los mafiosos. Era un caserón de ladrillo rojo y techo a dos aguas rodeado de árboles frondosos que la hacían más inaccesible aún. Si a eso le añadíamos el muro negro y siniestro que rodeaba la mansión, estaba claro que el polaco tenía su intimidad en gran estima. Y mucho dinero. Y (a tenor de la decoración) escaso gusto. Aparqué a veinte metros del caserón. Entre un deportivo azul metálico y un Jaguar, Mildred pareció ruborizarse. Se sentía tan fuera de lugar como su dueño en aquel barrio silencioso que olía a azahar y a jazmín.

Una muchacha en ropa deportiva salió de un portal. Llevaba un perro (un cachorro de bóxer) al final de una correa extensible. Andaba más pendiente de su móvil que del pobre animal que, a cada jalón de la correa, se dejaba un pedazo de vida. Cuando llegó a mi altura, se detuvo. Por una vez apartó el teléfono de su oreja. Miró a Mildred como quien mira a un aparecido. Tiró del bóxer con fuerza. Y cruzó la calle sin apartar sus ojos del tipo extraño sentado al volante de un coche más extraño aún. Menudo detective estaba hecho. Si me hubiera vestido de *drag queen*, no hubiera llamado tanto la atención. Arranqué y conduje hasta otra esquina, ochenta metros más lejos. Cuanto menos visible, mejor. De cualquier manera, aquél era el único camino para llegar o irse de la casa.

Tuvieron que pasar casi dos horas para que mi paciencia diera frutos. Cuando ya mi espalda empezaba a protestar, el portalón de la casa del polaco se abrió y vomitó un Lexus azul marino y un Mercedes GL negro. La chinchosa ranchera. Di gracias al cielo porque a los nuevos ricos (aquí, en Pekín y, por suerte, en Varsovia) los perdiera la ostentación. Tanta reserva con una casa fortificada, para luego salir a la calle dando el cante con esos vehículos estafalarios de doble blindaje. ¿Necesitarían dejar constancia de su riqueza? Recordé la famosa anécdota del torero y la actriz: lo importante no es acostarse con una mujer como Ava Gardner, lo importante es que el resto del mundo lo sepa. Mejor para mí. De haber sido más discreto eligiendo coche, podía haberme pasado un mes buscándolo por toda la isla. Pero allí estaba. El asesino de la sirena. El secuestrador de Alkemade. El agresor de Palmira. El matón chulo y calvo al volante de su ranchera. Les di unos metros para no despertar sus recelos y los seguí, con la precaución de dejar entre ellos y Mildred algún coche que me sirviese de visera.

A esa hora sólo podían dirigirse a un sitio. A cenar. Eligieron el Rías Bajas, una

marisquería de lujo de Playa del Inglés, un lugar al que no podía seguirlos sin delatarme. Tuve que permanecer de espectador en el anfiteatro de la calle, desde donde el escenario quedaba bien a la vista gracias a unos amplios ventanales. Acto primero, escena primera: se abre el telón, mientras un camarero sale a recibir a varios invitados ilustres. El hombre, corbata de pajarita, chaquetilla blanca y pantalón negro, casi se disloca la columna de tanto flexionarla al paso de la comitiva. Cuatro hombres y dos mujeres jóvenes lo saludan con desdén, como acostumbrados a cosechar ese tipo de adulaciones lambisconas allá donde van. El *maître* los acompaña, servil hasta la náusea, a un reservado que tiene el restaurante para clientes señalados. Se les ve perderse tras un biombo blanco con motivos clásicos.

Tocaba, pues, noche americana. Una broma que tenía que ver más con el cine que con el teatro, más con los planos que con la luz. Plano largo de coche barato con detective dentro. Primer plano de cara de detective hastiado de esperar. Y primerísimo de café recalentado. Durante la espera tuve tiempo de repasar lo que sabía y sospechaba. Sabía que habían matado a una muchacha, sospechaba que extranjera. Sabía que la muchacha tenía un tatuaje, sospechaba que su culo hubiera podido contarme muchas cosas. Sabía que un matón a sueldo de un millonario polaco se la había cargado, sospechaba que la cosa se iba a poner cruda. O yo me había perdido en la maraña de aquel caso o detrás del crimen andaba una red mafiosa: mansiones agazapadas, coches blindados, restaurantes lujosos, chicas despampanantes. Dinero que quemaba en las manos.

Había oído muchas historias de ésas pero nunca me había enfrentado a algo así. Hasta entonces me las había visto con asesinos aficionados, involuntarios casi. Alguien que mataba por despecho, por miedo, por puros celos que se lo comían vivo. Aquello era diferente. No había emoción alguna que pudiera amañarse, que pudiera volverse contra los criminales. Se trataba de un asesinato cruel, calculado, sin alma. No era descartable, incluso, que fuera un aviso a navegantes, una señal. La insolencia con que se había conducido en todo momento el calvo anunciaba una creencia viva de estar por encima de la ley, una conciencia (ignoraba yo entonces hasta qué punto) de poder decidir sobre la vida y la muerte de los otros. La sirena me pareció, entonces, un monigote. Un peón en aquella partida de ajedrez. Sí. Quizás hubiese sido reina del tablero por un día. Pero hasta las reinas, con todo su encanto y su movilidad, son prescindibles. Están al servicio del todopoderoso rey. Cualquiera de las dos mujeres que ahora cenaban con los polacos en el Rías Bajas, tal vez las dos, habían venido a ocupar el lugar de la chica de La Laja. ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuándo se volverían desechables?

Al lado de la marisquería había un puesto de perritos calientes que, según un pasquín (un trozo de cartón amarrado con una tira de alambre ferrugiento), cerraba a las cuatro de la madrugada de jueves a sábado. Allí, los fines de semana, aparcaban

su resaca distintas pandillas después de una noche de copas y pastillas y bailes y magreos. A esa hora, no obstante, estaba vacío. Aproveché para comer algo por si luego la noche se comprometía. Desde allí podía divisar la puerta del restaurante, así que me tomé mi tiempo: kebab de cordero con proyecto de ensalada y una cerveza de botella. Hacía viento y me guarecí debajo del toldo del puestillo.

El dueño era un chaparro desastrado y panzudo al que no parecía gustarle en exceso su trabajo. Hablaba con un ligero acento quiteño, limeño o bogotano. Salpicaba sus frases con refranes que se le quedaban siempre a la mitad para, luego, lamentarse de su mala memoria. En el tenderete, sobre una pila de cajas de madera con botellas de licor barato (rones, vodkas, ginebras con las etiquetas desgastadas para ocultar su origen bastardo), un aparato de música exhalaba sones sandungueros, bachatas que contaban romances bajo el embrujo de la luna, entre mulatas de caderas bailonas y negros tuntunos. Era otra forma de entender el amor: frente a la inocencia gélida de las muchachas polacas, la picardía querendona de las latinas, como la de la chica que acababa de salir, con su novio, de un coche verde limón.

Venían a por la cena y no pude evitar fijarme en sus tatuajes. Él llevaba en el brazo derecho un dragón rojo y negro, tan fiero que parecía que se lo iba a tragar entero, desde el hombro al dedo meñique. Ella, una mariposa verde, tan viva que cualquiera diría que se iba a echar a volar de su espalda. Intenté sortear una mirada de repugnancia. Los imaginé a los dos dentro de treinta años con un dragón asmático y una mariposa disecada y rugosa sobre la piel de sus cuerpos. Ya es difícil sobrellevar el paso de los años para, encima, tener que compartir la decadencia con aquellas escamas.

Y al menos ellos aún podían presumir de cuerpo, la pobre sirena ni eso. Era la razón por la que continuaba en el caso, soportando un kebab de cordero chicloso, una cerveza amarga y un viento peleón en mitad de la noche. La sirena. Y Palmira. En mi torpeza la había implicado en la historia y le debía una respuesta, aunque fuera la que ella no querría escuchar nunca. El hombre de su vida, el holandés junto al que soñaba envejecer, no volvería. Su cadáver no iba a aparecer, el océano es muy grande y muy profundo. Pero Alkemade, que venga Dios y lo vea, estaba más muerto que el último mohicano.

UNOS MINUTOS DESPUÉS de las once se reprodujo la escena en el restaurante, como en una obra de teatro circular, un *déjà-vu* grotesco. Las mismas reverencias, los mismos mohines babosos de los camareros denotaban una magnífica propina. Las mismas risas, los mismos rostros complacidos del clan de los polacos, un succulento banquete. No sé si me jodió más la prepotencia o el contraste de su cena con la mía. Sólo por eso, por descubrir su juego, por que se les empantanara la velada, me iba a pegar a ellos como una lapa. Claro que aún no podía sospechar lo que se me iba a venir encima.

De ninguna manera regresaban a casa. La noche joven y la luna brillante invitaban a continuar la farra. Se dirigieron directamente a la discoteca de un centro comercial en el que florecían terrazas y garitos, cuando menos equívocos: dos o tres pubs ingleses con camareras a medio vestir y clientes más que cerriles; un local ambidiestro en el que igual encontrabas a un hombretón con chupa de cuero metiendo mano a un muchachito escuálido, como a un repeinado besando a una mujer de metro noventa y barba de tres días. Olía a porro. A sudor. A una amalgama de perfumes variopintos que llegaba a provocar. Y las músicas se superponían unas a otras en un caótico concierto de guitarra acústica, saxo tenor y maraca parrandera. Hasta un mariachi hacía las delicias de los extranjeros en una terraza donde, según rezaba la pizarra, servían el mejor café jamaicano fuera de Kingston.

El clan de los polacos se quedó a las afueras de la discoteca, en una glorieta abierta a la noche sureña con mesas altas y taburetes de madera. Elegí mesa en una esquina azocadita, tras unas palmeras enanas, a resguardo del viento majadero y de la mirada del calvo, que podría reconocerme y mandarlo todo al traste. Detrás de mí, la puerta que daba a la trasera del centro comercial por si necesitaba escabullirme. Los polacos, qué menos, eligieron la del centro y pidieron champán. ¿Andarían celebrando los cabrones la muerte de la sirena? Y yo, ante la insistente mirada de un galletón con cara de necesidad, opté por un tequila reposado.

—¿Quiere que se lo sirva una compañera?

—¿Por qué? ¿El tequila de su compañera es de mejor calidad?

—No. Es el mismo. Sólo que ella lo sirve con más gracia.

—¿Y cómo de graciosa es su compañera?

—Mucho. El limón y la sal se los pone en el escote para que usted se sirva.

—¿Cuánto tiempo llevan sirviendo tequilas?

—Desde hace tres años.

—Me refiero a esta noche.

—Abrimos a las nueve.

—Pues entonces prefiero que me lo sirva usted. Y para evitar malos rollos

pasaremos del limón y la sal. Sólo tequila reposado en un vaso corto.

El galletón pareció extrañarse de que un tipo como yo, solo y perdido, no prefiriese lamerle las tetas a la mulatona que, dos mesas más al fondo, se ponía de puntillas para ofrecerle el canalillo a un sesentón que tenía cierto aire a Berlusconi, un rostro plastificado, sin aliento, de tanto estirarse la piel de las orejas. Pero, qué quería: en cuestión de tetas, cada uno es cada quien. Y a mí no me gusta compartirlas con nadie.

La voz de los facinerosos se erigía entre las demás voces en la balconada. No sabría decir si porque hablaban un idioma extraño, porque se reían como posesos o porque yo sólo les prestaba atención a ellos. No logré entender nada de lo que hablaban, ni siquiera una frase agarrada al vuelo. Tampoco quise parecer demasiado interesado no fuera que el calvo, en una de éstas, cayese en la cuenta de mi presencia. El tequila me sentó de pena. La idea era que fuera degradando el cordero antes de que se me pudriera en el estómago. Pero, si me dan a jurar, hubiera jurado que aceleró la descomposición dejándome un sabor a hiel mortificante. Tuve que dejar mi puesto de vigilancia unos minutos para ir al baño. Y, por cómo quedó la glorieta tras el concierto de los mariachis, siento que el tequila sin limón y sin sal me salvó la vida.

El baño de la discoteca estaba al fondo y a la izquierda, como todos. La puerta era de diseño pero dentro parecía un estercolero. Entre la mala puntería de los meones y la poca costumbre de tirar de la cadena, la hediondez del retrete me dio el último empujón que necesitaba para vomitar el kebab y la ensalada y la cerveza y el ron y, si me apuran, el olor de los perfumes y hasta el viento. Gracias al cielo, en aquel antro tampoco se estilaba limpiarse después de mear, de modo que encontré suficiente papel para adecentarme antes de regresar al local. Me recibió una canción de Juanes a todo meter y un grupo de jovencitas bailando desafortadamente. Pero a medida que iba llegando a la salida el *Me enamora* se iba confundiendo con un *Yo sé bien que estoy afuera pero el día que yo me muera sé que tendrás que llorar* desafinado y chirriante. El trío de mariachis había llegado a la balconada en su recorrido por los garitos de turistas y estaba en ese instante dándole una serenata a los polacos, la última serenata de su vida bohemia y malhadada.

Lo que ocurrió después lo tengo en la memoria a piezas breves, como un jarrón chino que se descuajaringa contra el suelo por culpa de unas manos torpes. Los seis polacos se habían colocado juntos, igual que si pensaran hacerse una foto, para escuchar *Con dinero o sin dinero hago siempre lo que quiero y mi palabra es la ley*. No sé si en verdad entendían la letra del corrido, pero lo cantaban a voz en grito y con los brazos sobre el hombro del vecino en una coreografía que resultó, a la postre, fatal. Porque justo cuando *Pero sigo siendo el rey* salieron dos tipos de detrás del

guitarrón, uno pequeño y rubio y otro grande y moreno, como los Picapiedra pero malencarados y con Smith & Wesson sobre cuyos cañones se reflejaba un halo de luna. Comenzaron a disparar sobre cualquier cosa que se movía, que a esas horas era mucho. Fue tan rápido todo que apenas me dio tiempo de agacharme, de parapetarme detrás de la mesa de Berlusconi, quien recibió dos balazos (uno en un hombro; otro en el ojo derecho que le descompuso la cirugía estética y la vida entera) que llevaban mi nombre.

El asesino de la sirena fue el primero en caer al intentar mediar entre una bala y su jefe. Le pagaban una pasta, supongo, para ese dominó y alguna vez le tenían que ahorcar el doble seis. Vi cómo su cabeza pelona rebotaba en el suelo, su frente abierta por un rayo brutal y sus ojos muertos. Una de las chicas polacas se echó mano al estómago de donde comenzó a brotar un reguero de sangre espesa y roja que destruyó, además de un precioso vestido de gasa con volantes, un precioso futuro de reina blanca. La mulatona de las tetas con sabor a limón y sal tampoco se salvó de la quema. Se llevó un tiro en la espalda. No olvidaré su cara de espanto, su grito mudo de dolor, su escote agitándose en el aire antes de desplomarse como un fardo.

El asaltante rubio y los tres músicos (a uno lo amparó su Santa Guitarra; ni el trompetista ni el del guitarrón tuvieron esa suerte) cayeron por los disparos de un escolta polaco, que devolvió el fuego con el mismo desatino loco que sus agresores. El matón moreno, más ágil que lo que su corpachón daba a entender, salió huyendo en medio del jaleo hasta perderse escaleras abajo sin mirar ni una vez atrás. Los gritos me devolvieron a la realidad. Yo estaba en el suelo, muy cerca de la mesa donde mi tequila salvador. A mi lado, gimiendo, se encontraba la segunda polaca, llena de sangre, pero indemne. Se abrazó a mi cuerpo igual que quien se abraza a un madero en medio de un naufragio, con tanto ímpetu desolado que apenas me dejaba respirar. La levanté como pude y la saqué de allí por la puerta de atrás antes de que nadie se diera cuenta de que alguna vez estuvimos en el lugar de la masacre, pero, sobre todo, antes de que llegara la policía a pedir cuentas.

Salimos del centro comercial (a pie y sin prisa; ella con mi chaqueta sobre sus hombros para esconder la sangre escandalosa), en el instante en que dos coches de la policía bloqueaban la entrada del aparcamiento. Una pareja (los dos que parecían más bragados en tiroteos) corrió al lugar hacia donde todo el mundo señalaba. La pareja más joven se quedó en retaguardia impidiendo que se acercaran más mirones al sarao. Con las manos en alto y el rostro macilento, los policías novatos recordaban más a los fusilados de Goya que a los héroes de las películas americanas.

Cuando dejamos Playa del Inglés y tomamos la autopista hacia Las Palmas, nos cruzamos con las ambulancias. La muchacha no se inmutó. Continuaba en silencio, con la mirada perdida en el salpicadero. De vez en cuando dejaba escapar un gemido, como si buscara aire donde sólo habitaba el vacío. Abrí la ventanilla y le puse la

mano en el brazo para que se calmara, pero ella la retiró espantada y se arrebujó contra su puerta con la cabeza gacha y los hombros derrotados. No insistí, aunque procuré tranquilizarla, no te preocupes, ya pasó todo; iremos a algún lugar seguro donde puedas cambiarte y dormir algo; ¿entiendes mi idioma? Ella asintió. Y respondió en un español áspero como el de quien muerde cristales, no hay lugar seguro en el mundo para mí; si ellos quieren encontrarme, me encontrarán. Y yo, fingiendo una seguridad que se me estaba empezando a tambalear luego de escuchar tamaña sentencia, no lo harán, ni siquiera ellos pueden rastrear una isla entera; ¿cómo te llamas? Y ella, mirándome por primera vez, Anne Marie, mi nombre de verdad es Anne Marie. Era buena señal que no pretendiera esconderse detrás de cualquiera de los alias que habría usado en su vida. Y me gustaba el nombre: Anne Marie.

A la altura del aeropuerto, la venció el cansancio. Su respiración se apaciguó y dejó de sufrir durante un rato. Mi desvelo era entonces dónde ocultarnos hasta que escampara. A casa no podía llevarla porque (eso lo confirmaría unas horas más tarde) alguien podría atar cabos y relacionarme con la investigación de La Laja. Los hoteles del puerto, incluso los más destartados, tenían obligación de tomarnos los datos; sobre todo, si llegábamos con aquella facha: andrajosos, cansados, en mitad de la noche, la ropa llena de sangre. A Álvarez no podía recurrir porque eso sería ponerlo entre la espada y la pared: una cosa era haberme invitado a la fiesta de la sirena y otra diferente admitir que arramblara con la principal testigo de un crimen como el de la discoteca.

Sólo se me ocurría una cosa, algo enrevesada pero por eso más segura: Inés. A ella le encantaba trabajar para mí porque decía que las cosas que me ocurrían no tenían desperdicio y no las vería jamás en ningún otro sitio. Había tenido ofertas en los últimos años (bufetes de abogados, arquitectos exitosos, alguna empresa constructora) más interesantes que su trabajo conmigo. Y, sin embargo, las había rechazado todas. Según Concha, la mujer de Miguel Moyano (mi socio), el motivo era obvio: estaba enamorada de mí. Yo prefería pensar que era el trabajo que le ofrecía, menos encorsetado y más novelero. En cualquier caso, lo que me impulsaba ahora a recurrir a ella era su fidelidad y su discreción a prueba de bombas.

Antes de llegar a su casa, aparqué el coche en la trasera de la nueva biblioteca, lejos de espectadores, y la llamé. Cuatro golpes de teléfono después surgió su voz, aturdida por el sueño y la sorpresa.

—¿Ricardo? ¿Eres tú?

—Sí, Inés. Siento llamarte a estas horas pero estoy en un apuro.

—No importa. Me había quedado dormida ante la tele. Me has librado de una tortícolis mañana. ¿Qué es lo que ocurre?

—Necesito asilo político.

—¿Asilo...? ¿En qué lío te has metido esta vez?

—Te lo explico si me aceptas a mí a y a una... conocida por unos días en casa.

—Claro, bobilín. Vente para acá que pongo café al fuego.

Toda la templanza que había mostrado por teléfono se le quebró a mi secretaria cuando nos vio aparecer con los costrones de mugre pegados a la ropa y al pelo. Al trasluz de su pasillo noté cómo su cara (el cabello desbaratado sobre la frente, las gafas de pasta roja, la ausencia de maquillaje) se demudaba y tuve que sosegarla con un no te preocupes, chica; la sangre no es nuestra; no tenemos ni un raspón; Inés, te presento a Anne Marie; Anne Marie, ella es Inés, la mujer que prepara el mejor café del mundo, incluido Kingston; ¿dime?, ah, nada, una broma mía.

Inés vivía en un piso cercano al parque San Telmo, a dos minutos a pie del despacho. Otra razón para seguir a mi lado: trabajaba poco, se divertía conmigo y se ahorraba una pasta en gasolina. Afortunadamente, tenía cuarto de invitados con una cama para Anne Marie, y un salón con sofá (con una manta canela grande y amorosa) y un majestuoso mueble bar repleto de licores para mí. También un baño, un servicio y una cocina espaciosa. Si nos organizábamos, podíamos arreglarnos por unos días. Por lo pronto urgía una ducha y ropa de recambio para la muchacha polaca, que medía y pesaba más o menos lo que Inés. Eso sí: tendría que componerse con un estilo menos glamuroso o, lo que era lo mismo, más discreto. Mejor que mejor. Por la mañana, me daría un salto a casa a buscar un par de mudas y de paso le compraría a la chica algo de ropa interior. No. Ella no vendría conmigo. No quería ni un descuido. Había sido testigo de la facilidad con que disparaban los polacos y no era cosa de darles oportunidad de rematar la faena. Iría solo. Y compraría dos o tres sujetadores de la talla ochenta y cinco y dos o tres tangas, talla pequeña. Todos negros y sencillos. Inés se dio la vuelta (estaba trajinando con la cafetera) y me espetó, ¿tú cómo sabes su talla?, ¿y de dónde sacas que usa tanga?, anda que no eres listo. Por primera vez vi la sonrisa de Anne Marie ante mi desconcierto. Joder. Tenía que empezar a acostumbrarme a vivir con dos mujeres.

La muchacha tomó el café a sorbitos cortos, como si no quisiese acabarlo nunca. Supuse que para ella aquel momento era lo más cercano a una escena familiar que había vivido en mucho tiempo. Nos miró a Inés y a mí y nos agradeció con el alma en los ojos que estuviéramos dispuestos a ayudarla así, sin más. Era extraño para ella que alguien le hiciese un favor sin contrapartidas maliciosas. Había aprendido pronto y de la manera más ingrata que nadie da duros a cuatro pesetas. Que cuando te ofrecen algo, detrás viene la cuenta: desnudarse para uno, pasarle a otro una bolsa de coca por la aduana en su neceser; chupársela a un tercero que en su vida había visto y

al que, después, reconocería en la foto de una revista, amable, repeinado, en el salón de su casa, con su mujer y sus hijos.

El relato de Anne Marie fue tan descarnado que por poco me vuelve la náusea de tequila y tiroteo. El caso es que lo narraba con la naturalidad y el encogimiento de hombros de quien cuenta una anécdota de infancia. Incluso sonrió de un modo pícaro cuando lo del gatillazo de un famoso deportista a quien acompañó toda una noche en Madrid, la cara de cabreo del muchacho cuando tuvo que pagarle los mil euros por nada. Ahora pienso que nos hizo esa declaración por pura honestidad, como lo de decirme su verdadero nombre. Quería sincerarse con nosotros. Que, luego, no pudiéramos reprocharle haber albergado a una puta sin saberlo. Que supiésemos quién era en realidad Anne Marie Banowicz. No tenía intención de fingir ante nosotros.

Mi secretaria la miraba con los ojos vidriosos de la emoción. Le costaba creer que una muchacha tan joven hubiera tenido que sufrir tanto. Y Anne Marie le entendió la mirada detrás de sus gafas rojas y le explicó que no, que ella era una muchacha afortunada, que Inés ni siquiera podría imaginar lo que tenían que hacer para sobrevivir las chicas feas en los barriales de Varsovia o de Lodz. Luego se dirigió a mí para sacarme de un error y, de paso, meterme el miedo en el cuerpo. Antes había hablado yo de la facilidad con que disparaban los polacos. Y sí. Los polacos para los que ella trabajaba tenían el gatillo igual de fácil. Pero los dos criminales que habían abierto fuego en la terraza de la discoteca eran rusos. Y a éstos sí que había que temerles porque no sólo eran asesinos a sueldo, sino que, además, disfrutaban con ello. Sentían un odio visceral por polacos, por checos, por eslovacos, pueblos que para ellos eran pura escoria. Peor me lo ponía, entonces. Ya no me cupo duda de que había metido la cuchara en mitad de un potaje entre mafias. Y ahora nos andaría buscando media Europa del Este.

La noche iba a ser larga para todos. A Inés le costó volver a conciliar el sueño que le quebrantamos. Anne Marie tenía demasiado miedo para dormir. Y a mí, el sofá, blando y lleno de oquedades, me impidió pegar ojo. A las cinco, hartos ya de tantos desvelos, volvimos a reunirnos en mi cama de pega. Inés preguntó si nos molestaba que fumara. Por supuesto que no. Estaba en su casa. A ver si encima le íbamos a prohibir sus vicios. La polaca le pidió un cigarrillo y el salón se convirtió muy pronto en garito de póquer. Abrí la ventana para que el humo no nos terminara por ahogar. Ellas se dieron a charlar sobre cómo debía de ser (imaginaba Inés) y cómo era en realidad (contradecía Anne Marie) la vida en Varsovia. Sobre los lugares adonde iban las chicas por la noche. Sobre cómo vestían, qué comían, qué rutinas tenían.

Cuando llegaron a los hombres, me puse a fisgonear (no sin antes pedir la venia a Inés, quien respondió con gesto indiferente) entre los libros de su biblioteca. Había mucho teatro y mucha poesía, sobre todo de García Lorca. Y encontré una rareza: los

Cuadernos de Paul Valéry editados por Círculo de Lectores. Lo abrí al azar por la página 259 para encontrarme un pensamiento extraño y perturbador para un tipo solitario y descreído como yo: «Más vale ser amado que ser comprendido. Pues siempre somos mal comprendidos, y podemos ser bien amados. Si quieres una prueba, piensa en Dios. Se tiene prohibido ser comprendido, le horroriza este designio de alguien. Lo maldice, lo golpea. Pero pide que se le ame. Es una lección para todo el mundo». Cerré el libro y lo devolví a su lugar, con cuidado de no desmontarle a Inés el equilibrio de su estantería. Me acodé en la ventana. El eco del silencio rebotaba en balcones y farolas. Un gato gris buscaba refugio debajo de los coches. Y yo me pasé el resto de la noche intentando recordar si alguien me había amado alguna vez. Amado. Lo de comprendido lo dejaría para otro desvelo, ni siquiera yo era capaz de entenderme.

El resultado fue como el del chiste: una o ninguna. Tal vez Malena, con quien viví un tiempo de serenidad limpia hasta que vino a enfangado todo una asesina en serie, que se llevó por delante a su gata, Salma, y, de camino, su cariño por mí. Claro. ¿Qué esperaba yo? Con un oficio como el mío los amores no duran. Y uno no puede reprochárselo a nadie. Invitas a una chica a cenar y en mitad de la velada, entre los entrantes y el lomo de atún, le sueltas, ¿cómo me gano la vida?; mal: soy detective. Y la chica comienza un vía crucis mental en tres estaciones: la primera, la estación de la incredulidad, me estás tomando el pelo, ¿a que sí?; la segunda, la del entusiasmo, eso tiene que ser emocionante, ¿no?; la tercera, la del espanto, uy, pues ahora que lo pienso, no sé yo si podría estar con un hombre que se pasa la vida esquivando navajazos. La chica, claro está, ya no regresa. Entre medias siempre aparece un profesor de universidad, un notario, un corredor de bolsa con el que la vida parece menos entretenida pero más segura. Lástima no ser Dios para exigir amor sin condiciones.

Comenzó a amanecer detrás de un árbol del parque y, con la luz difusa aún, regresó la actividad a la calle: un coche azul pasó sin mucha prisa; un barrendero salió de detrás de un contenedor entonando *sombras nada más, entre tu vida y mi vida*; un tipo abrió el portón de la churrería de la esquina dejando tras de sí un latigazo chirriante. Mis dos mujeres se habían dormido en el sofá. Las abrigué con la manta canela, que se había quedado enrollada a los pies de una mesilla, sobre la que asomaban las reliquias de la fiesta: un plato de anacardos salados, una bolsa de papas fritas, dos latas de cerveza, un cenicero lleno de colillas. ¿Tanto me había perdido en mis recuerdos que no me di cuenta de cuándo les entró el hambre? Le quité a Inés las gafas, con mimo para no despertarla. Recogí la mesa. Llevé a la cocina los platos y las latas. Vacíé el cenicero en una bolsa de basura que había colgada del manillar de la puerta. Me lavé la cara en el servicio. Escribí una nota para que las chicas no se inquietaran. Y me marché a casa a darme una ducha larga y fría que me espantara el

desánimo.

SOBRE LAS OCHO, mientras acababa de vestirme, sonó el teléfono. Repetí varias veces, dígame, ¿quién es?, sin recibir respuesta. Las rodillas me dieron una punzada, como cuando se va a meter frío. No. Imposible. Me estaba obsesionando con rusos y polacos, mariachis y tatuajes y ya veía peligro detrás de cada puerta. De ninguna manera podía ser que me hubieran localizado tan pronto. Tantos tentáculos no puede tener la mafia. ¿O sí?

Por si acaso, me apresuré a ponerme la chaqueta marrón, metí en la mochila lo imprescindible (dos camisas, dos mudas de ropa interior, cepillo de dientes, máquina de afeitar, colonia) y salí de casa. El ascensor subía. Eran las ocho y cuarto, la hora en que los vecinos salen a trabajar. Seguro que alguien lo había llamado. Pero un rumor de voces me llegó de la caja y ya no estaban mis rodillas para más sorpresas. Bajé por las escaleras, de dos en dos los peldaños. Cuando estaba en el rellano del segundo, escuché cómo se abría la puerta del ascensor, cómo salían de él al menos dos personas, cómo esas dos personas tocaban a una puerta cuyo timbre se parecía demasiado al mío para no escamarme.

Me pegué a la pared y seguí descendiendo sin hacer ningún ruido, como quien pisa huevos. Al llegar al zaguán me pudo la curiosidad. Miré arriba por el hueco de las escaleras. Y me topé con una cara conocida que me observaba por encima de la barandilla. Me costó unos segundos enfocar aquel rostro. Un vecino no era. Ni el del agua tampoco. Entonces, el tipo apretó los dientes en un gesto que no podría olvidar aunque quisiera. El mismo gesto, entre rabioso y lascivo, del ruso moreno que salió de detrás del mariachi para empezar o acabar una guerra, que ya no sabía bien en qué fase estábamos.

Eché a correr cuanto pude. Crucé al Mercado Central en un momento en que la gente empezaba a hacer sus compras. Los puestos de fruta y flores, de quesos y pescado estaban empezando a desperezarse. Al final del corredor, luego de bajar una rampa, me esperaba la salida trasera. Crucé otra calle por donde un restaurante japonés. Me detuve en la esquina siguiente por ver si me seguían. Nadie a la vista. Seguí bajando hacia la avenida. Encontré un bar cutre, de ésos que son mayormente una barra y media docena de mesas con mantel de guata. La barra estaba llena de parroquianos compartiendo carajillos. Busqué una mesa que no pudiera divisarse desde la puerta. Cogí un periódico que alguien acababa de soltar. Y me senté a desayunar sin prisa pero aún con el miedo en la espalda, hasta que los matones se aburrieran de buscarme o las tiendas de lencería abrieran.

El corazón no me volvió a su sitio hasta después del segundo café negro. Hasta las páginas de sucesos en las que, claro, aún no podían dar cuenta de la masacre de la noche anterior. Coleaba, eso sí, el asunto de la sirena. El articulista, a falta de novedades, se entregaba a la sociología. ¿En qué mundo vivíamos, que a una chica de

veinte años, casi una niña, la troceaban y la tiraban al mar y nadie parecía lamentarlo? ¿Nos habíamos vuelto tan insensibles al dolor ajeno? ¿Era el precio que pagábamos por vivir en una gran ciudad? Nada decía de la otra mitad de la muchacha, la que el calvo podría haber incinerado en el rompeolas de San Cristóbal. Álvarez se había guardado esa baza. Tal vez para no acrecentar la alarma. O para no conducir a los periodistas a Palmira, que bastante magullada estaba ya. O para joder, que mi hombre tenía un sentido del humor cambado. Aproveché para llamarlo. Intuía que ya estaba echándome de menos. Y así fue.

—¿Dónde coño te metes, Ricardo?

—Intento resolver un asesinato, ¿no se acuerda? Usted mismo me lo encargó.

—Pero no te encargué que secuestraras a nadie.

—¿A quién he secuestrado?

—Venga ya. A tu padre le vas a enseñar a hacer hijos.

—Mi padre, el pobre, lleva muerto una pila de años. Y que yo sepa sólo me hizo a mí.

—Claro, claro. A ver, dime: ¿dónde has metido a la polaquita? ¿Te van ahora las niñas?

—Las niñas no me han ido nunca, Álvarez. Ni yo a ellas. ¿De qué polaquita hablamos?

—De una que se perdió en mitad de un pifostio. Su hermano mayor ha denunciado el secuestro. Nos ha pedido ayuda. Al parecer, un tipo de mediana edad, moreno, alto, con gafas de intelectual se la llevó.

—Lo de mediana edad me duele, inspector. ¿Cómo se le ha ocurrido asociarme con alguien con esa descripción?

—Tú verás. Pero el hermano parece muy cabreado. Ha amenazado con tomarse la justicia por su mano si la policía no se hace cargo. Y hay otra cosa.

—¿Peor que lo de mediana edad?

—No te descojones, Ricardo. Esto es muy serio. Me han llamado los jefes. Estamos fuera del caso. Se van a encargar los de la secreta.

—Bueno. Oficialmente yo nunca he estado en el caso, de modo que no pueden echarme. Y ya sé lo que significa eso de tomarse la justicia por su mano. Anoche asistí a una representación. Ni Shakespeare deja tantos cadáveres en escena. Y para mí que se quedaron con ganas porque me ha venido a visitar uno de los actores principales acompañado del apuntador.

—Pues entonces hazme caso y aléjate de ellos.

—Me da en la nariz que ya es tarde para eso.

—No, si les entregas a la polaquita.

—La polaquita, como usted la llama, ha sido testigo de un múltiple asesinato. ¿Qué cree usted que le harán si se la entrego?

—De acuerdo. Pues entonces entrégamela a mí. Nosotros la protegeremos.

—Álvarez, sabe que por usted yo pongo la mano en el fuego. Pero seis horas después de la escabechina del sur me estaba tocando en la puerta de casa uno de los asesinos que, por cierto, menos en lo de las gafas de intelectual, responde en todo a la descripción de su secuestrador. ¿Eso no le dice nada?

—...

—¿Sigue ahí?

—Aquí sigo. ¿Estás insinuando lo que creo?

—Estoy demasiado cansado para sutilezas. No lo estoy insinuando. Se lo estoy diciendo con todas las letras. Sólo tres personas sabían que yo estaba en el caso: Palmira no ha tenido tiempo de decir nada; el calvo ya no tiene nada que decir; y usted me consta que no lo diría ni aunque lo torturaran. Así que blanco y en botella: tiene un topo en su casa al servicio de los polacos o de los rusos o de los dos.

—Me cago en San Petersburgo, Ricardo. Eso es imposible.

—Imposible no hay nada salvo la muerte. Claro que aquí andamos sobrados de muerte. De todas formas podríamos hacer la prueba.

—¿Qué tipo de prueba?

—Una sencilla. Deje caer en la comisaría que le voy a entregar a la muchacha polaca. Esta tarde. En un lugar apartado, no vaya a ser que se carguen a algún inocente más.

—¿Dónde y cuándo?

—¿Conoce el parque Blanco? ¿Donde los chiringuitos del Carnaval? A las cinco nos vemos allí. A esa hora no habrán abierto aún.

—¿Y?

—Pues, si me equivoco con lo del infiltrado, sólo estaremos nosotros y podremos ir a celebrarlo al bar más cercano; invito yo. Si tengo razón, nos estarán esperando con ganas de jaleo y que Dios reparta suerte.

—Sueno peligroso.

—Y tanto que lo es, no vea cómo disparan los cabrones. Por si la cosa se pone cruda, vaya armado y llévese a alguien de confianza con usted.

—Joder, Ricardo. Ahora, por tu culpa, desconfío de todos. ¿Y tú qué harás? ¿Piensas llevar a la polaca?

—¿Estamos locos o qué? Olvídelo. Yo reservaré un palco cojonudo desde donde poder ver la función. La última vez elegí primera fila y casi no lo cuento.

—¿Dónde estarás?

—Cerca. Hasta las cinco.

A las cinco ya llevaría yo dos horas en mi palco de honor. Pero primero tenía que hacer algunos recados. Como vigilar mi espalda, no fuera que regresaran los matones. Y agenciarme unos prismáticos en una armería del centro. Y comprarle a Anne Marie sus tangas y sus sujetadores (al final, los elegí de estampados sencillos, rosa, celeste y verde; los negros resultaban demasiado provocadores y no quería yo más recochineo en casa de Inés) en una tienda de ropa joven de Triana. Y reservar mesa en un restaurante que hay frente al parque Blanco. Y hacer una pequeña compra en el supermercado para que las chicas no tuvieran que salir.

Cuando llegué a la casa, una señora estaba entrando en el zaguán con una bolsa de embutidos y una garrafa de agua. Me ofrecí a ayudarla. Después de mirarme de arriba abajo, la mujer aceptó con una sonrisa coqueta. Claro. ¿Qué podía temer de un tipo de mediana edad, moreno, alto y con gafas de intelectual? Hay que joderse con las descripciones. Ella se quedaba en el segundo, en la misma planta que Inés. Cuando me vio tocar en la puerta de enfrente, me advirtió, las chicas han salido, hace media hora o así; lo sé porque bajaron conmigo en el ascensor.

El estómago se me revolvió. Respiré hondo. Y se me escapó una imprecación, estas tías son imbéciles o qué, ¿no les dije que no se movieran de aquí?, manda cojones la que me espera. Cuando me di la vuelta para volver al ascensor, la señora me miraba con los embutidos en una mano, la garrafa en la otra y un gesto de reprobación a mitad de camino. Entró en su casa y cerró la puerta tras de sí. Oí cómo descorría la mirilla para observar si me quedaba o me iba. Genial, Ricardo: haciendo amigos, como siempre.

Llegué al entresuelo después de haber pensado, en los quince segundos de bajada, todas las cosas horribles que pudiera haberles ocurrido. Me acordé de Palmira tendida en la solana, descoyuntada. No me podía creer que volviera a ocurrirme. Otra vez no. Un instante antes de llegar a ella, la puerta del zaguán se abrió y aparecieron Anne Marie e Inés sonrientes, del brazo, como dos amigas de toda la vida. No recuerdo muy bien lo que les dije, pero no debió de ser muy repetible porque la polaca agachó la cabeza y, por no moverse, ni se atrevió a respirar. Inés me mantuvo la mirada pero no dijo ni palabra. Hasta que llegamos a su casa.

Cuando estuvimos en el salón, a media reprimenda, Inés se quitó la careta de niña modosita para dejarme claro algunas cosas, eh, para, bájame el labio, chico; esto no

es una película y tú no eres Indiana Jones, ¿estamos?; yo no he pedido tu ayuda, te la he ofrecido; te he permitido quedarte en mi casa y mi casa es tuya, pero las normas que rigen son las de antes de tú aparecer; sé que estás preocupado por nosotras, Ricardo, y por eso me gustas: porque te preocupas más por los otros que por ti mismo; pero me niego a encerrarme entre cuatro paredes hasta que tú resuelvas el caso; hemos ido a buscar tabaco y periódicos y algunas cosas que necesitaba de la farmacia; ¿también te vas a encargar tú de comprarme los tampones y las compresas?; no, *m'ijo*, no; todos estamos metidos en esto por igual; por si te tranquiliza, hemos estado atentas a cualquier movimiento sospechoso, Anne Marie no ha parado de fijarse en caras y coches por si reconocía alguno; y, como ves, no ha ocurrido nada; tendremos todo el cuidado del mundo, de veras; me manejo bien yo solita en la vida y no necesito que ningún príncipe azul me rescate del peligro o de la soledad o del aburrimiento; por si no lo recuerdas, estamos en el siglo XXI; ¿te quedó claro?

Como el agua clara. Donde manda capitán... Le di un beso en la frente, que era mi manera de decirle, lo siento, amiga, llevo un huevo sin dormir y ya no sé lo que me digo, ¿puedes preparar un café de los tuyos? Inés sonrió, que era su manera de perdonarme, con mucho gusto, amigo, también compré canela que se me había acabado, ¿qué te apetece comer hoy? Le expliqué que no comería en casa, tenía que comprobar algo importante, pero que en la cena descorcharíamos una botella del mejor vino y brindaríamos por el siglo XXI.

El rapapolvo, lejos de humillarme, me alegró la tarde. Uno puede enfrentarse a tumba abierta al enemigo (por muy ruso, corrupto y jodedor que fuera) siempre que deje las camas hechas y el testamento firmado. Si algo me ocurría en la cita del parque Blanco, Inés sabría qué hacer con la información que le había dado y la que pudiera darle Anne Marie. Aún no habíamos hablado sobre sus amigos del sur. No quería desollarle el ánimo más de lo que ya estaba. Preferí esperar unas horas a que se serenara, que cogiera resuello y que se sintiera entre amigos. Tenía que hablarme largo y tendido sobre la muchacha de La Laja y sobre el calvo. Pero eso sería luego. Por ahora me bastaba saberla a salvo con Inés. Después de oír hablar a mi secretaria, no sé si los rusos me daban miedo o lástima. Que se anduvieran con ojo.

El restaurante era un lugar tranquilo, abierto recientemente en el segundo piso de una casa terrera, donde se reunían a la mesa los hombres de negocios, los banqueros y algún que otro político con afán de asegurarse su futuro para cuando lo descabalaran de su cargo. Estaba decorado de manera discreta y algo fría, demasiado ordenada para mi gusto. Los platos eran rectangulares, incluso los soperos. Los colores, gris y negro, no ayudaban. Y ni las flores ni los cuadros lograban darle calor. Lo mejor, por

eso lo había elegido, eran los ventanales amplios que daban a la bahía. No había cuadro que pudiera compararse a ese azul marino, a ese cielo atigrado de nubes, a ese horizonte limpio de la primavera. Desde mi mesa, junto a la ventana, tenía una panorámica fantástica del parque.

Almorcé algo ligero, ensalada de pollo y cherne a la plancha. Bebí agua. Con la noche en vela y la tensión de tanto tiroteo no quería adormilarme en la butaca y joderlo todo. Pedí café y rechacé la copa que me ofreció la camarera, una joven con el cabello recogido en un moño azabache, una mujer Moreno de Torres desde el pasador de pelo hasta los dedos de los pies. Lo bueno de un restaurante como aquél era que todo el mundo andaba enfrascado en sus asuntos y nadie iba a reparar en un tipo solitario con prismáticos, un extraño *voyeur* más pendiente de lo que ocurría afuera que de la comida.

En el parque todo parecía en orden. Había quien paseaba a su perro, a su anciana madre o su propia soledad, pero todos parecían de paso. Llegaban, cruzaban la plaza y se iban con su ritmo cansino. Sólo un mendigo dormitaba en un banco, cubierto con las tapas de una caja de cartón de ésas de embalar puros. Y un jardinero del Ayuntamiento, con una gorra de béisbol color teja, replantaba el césped de los parterres. El paisaje no cambió demasiado durante la comida. No obstante, pasadas las cuatro, aparecieron por la esquina de la Base Naval dos hombres vestidos de azul cobalto. Uno de ellos llevaba una caja metálica (desde mi palco parecía metálica) en la mano. El otro, una escalera pequeña. Se llegaron a una de las farolas de la mitad del parque y desplegaron la escala. Uno subió y comenzó a manipular el cajetín. El otro le pasaba los aparejos desde abajo. Hasta ahí todo bien. Pero un simple vistazo de prismáticos les desmontaba la farsa: el cajetín permanecía cerrado y el instrumental era de pega. Los tipos sólo hacían el paripé.

Lo primero que hice fue llamar a Álvarez para advertirle. El inspector me respondió con monosílabos como si no quisiese extenderse en detalles. Traía prisa, lo noté por la respiración. Le hablé de los electricistas de mentira, de dónde estaban colocados y cuál era la mejor manera de acercarse, por detrás de un chiringuito doble con una botella de ron Arehucas en el toldo de chapa. Mi amigo me respondió con desdén, con otra pregunta, lo que venía a decir que me callara la boca, ¿te digo yo cómo tienes que hacer tu trabajo? Estaba hecho una furia: andaba acostumbrado a tenérselas con soplones de baja estofa, pero la idea de tener a uno bajo su mismo techo le daba acidez de estómago. Lo imaginé tupiéndose a Almax para calmarla. Me colgó con un gracias forzado, casi de compromiso.

A los cinco minutos lo vi llegar por el otro lado del parque, el que da al Museo de la Ciencia. Venía con paso firme pero sin apresurarse. Las manos en los bolsillos de un modo despreocupado. Y solo. ¿El jodido, al final, no había podido confiarse a nadie y había acudido sin escolta? Llamé a la camarera y le pedí la cuenta. Pagué y

bajé al parque para encontrarme con Álvarez antes de que se topara con los matones, pero no tuve tiempo de intervenir. Antes de cruzar la calle, el inspector ya le estaba pidiendo la documentación a los falsos electricistas. Éstos, desconcertados, hicieron amago de sacar algo del bolsillo pero ya era tarde. En cuestión de segundos, el jardinero (desde atrás) y el mendigo (desde la derecha) los habían rodeado y les estaban gritando que se tiraran al suelo. Antes de que pudieran cumplir las órdenes (el inspector se apoyó en los gestos para que no hubiera malos entendidos), apareció una furgoneta de la policía, de la que salieron tres agentes más a llevarse a los rusos y todo su arsenal.

Álvarez, al acabar la detención, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperarme sentado en el banco donde su compañero había representado un papel digno de Oscar. Pero si confiaba yo en que me iba a recibir con una sonrisa de satisfacción, me quedé con las ganas. Jamás lo había visto tan desmoralizado. Era consciente de que la presencia de los mafiosos en el parque Blanco venía a indicar a las claras una cosa: que yo tenía razón; que, en efecto, uno de los suyos era un hijo puta traidor. Y eso era más de lo que podía soportar su honestidad. No iba a comer ni a dormir ni a follar hasta desenmascarlo. Llevaba, desde nuestra conversación de la mañana, dándole vueltas al asunto. ¿Quién podría ser el topo? No se lo explicaba. Allí la confianza era esencial para sobrevivir. Daba igual todo lo demás: el peligro, los problemas que pudieras tener, la incompreensión de los políticos, el asedio de la prensa. Lo único que te mantenía en pie era saber que todos estaban en el mismo barco. Y ahora hasta eso estaba en cuestión.

Me contó cómo no había podido dejar de pensar en ello. Cómo, aprovechando la hora del desayuno, había bajado a la cochera de la comisaría a ver quién de sus colegas tenía un coche demasiado caro para sus ingresos. Cómo había preguntado, sirviéndose de que aquel año cumpliría los sesenta, quién podría ofrecerle un chalet grande para una fiesta que hiciera honor a cifra tan redonda. Cómo, en un arranque de desesperación, se había interesado por las familias de sus compañeros por si alguien había cambiado de pareja (o de hábitos o de estilo de vida) en los últimos tiempos. El resultado fue descorazonador: el coche más caro era el suyo, una mierda pinchada en un palo que se caía a pedazos; nadie tenía una casa que pudiera albergar a más de diez invitados; y la única divorciada era Margarita Esponda, una mujer de bandera a quien el pollabobas de su marido había abandonado por una colombiana que conoció en Internet, perra modernidad.

Tendríamos, pues, que aguardar a ver si sonaba la flauta y los rusos se ablandaban, aunque ni Álvarez ni yo dábamos un euro porque eso ocurriera: unos tipos capaces de abrir fuego contra gente inocente en una discoteca no se iban a amilanar en un interrogatorio. Además, ¿de qué los iban a acusar?: ¿de suplantar la identidad de un electricista?, ¿de acosar a una farola municipal?, ¿de llevar

herramientas de juguete? Como mucho, si los papeles no estaban claros, los deportarían. Pero a las dos semanas estarían de vuelta, si no en Las Palmas, en cualquier otro sitio, a seguir amenazando, chantajeando, corrompiendo. La única opción era que estuviesen reclamados por la policía de otro país (siempre que no fuera el suyo, donde seguro que tendrían más influencia que el presidente) por un delito mayor. Había que esperar a las noticias de los ordenadores. Pero ¿y mientras?

Álvarez necesitaba un cabo al que agarrarse, aunque fuera un hilo de cometa. ¿Mientras? Mientras, teníamos la baza de Anne Marie Banowicz. Yo no podía asegurarle que estuviese dispuesta a delatar a sus compatriotas, ni siquiera que tuviese algún dato que pudiera servirnos en el caso de la sirena. Pero haría lo imposible para que la chica colaborara. Eso sí, necesitaríamos tiempo. Aún estaban muy frescas las heridas del tiroteo, de la sangre, de los cadáveres de la discoteca. Cuanto más lograra apartar a Anne Marie de aquella horrible terraza, más posibilidades tendríamos de llegar a alguna parte.

—¿Crees que ella sabrá algo?

—No tengo ni idea, inspector. Ignoro si conocía a la chica de La Laja.

—Al asesino sí.

—Sí, pero me extrañaría mucho que el calvo hubiera compartido la información con la... compañera del jefe.

—¿Anne Marie es la puta del mafioso?

—Bueno, digamos que el concepto de puta tiene muchas acepciones hoy en día. Podría contarle...

—No me vengas con tus teorías socialistas, carajo. Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé. Y no me gusta. Preferiría pensar en Anne Marie en otros términos. La chica no ha tenido demasiadas opciones de elegir en la vida.

—¿No te irás a enamorar de ella como de las otras, verdad? Mira que tú tienes un ojo clínico para meterte en líos.

—Coño, Álvarez. Tengo edad para ser su padre.

—Por si no lo sabes, el ruso que se la tira, el dueño de la ranchera negra, es de tu quinta.

—Ya, pero yo no me la tiro. No hablo ruso. Y, además, odio el vodka.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Mantener a Anne Marie lejos de sus amigos. Visitar a mi abuelo. Y comprar una botella de vino para la cena.

—Chico, a lo mejor es buen momento para reconsiderar tu aversión a las armas.

—No, inspector. Ya huele demasiado a pólvora aquí. Y con lo torpe que soy,

acabaría disparándome en un huevo. Déjese de coña.

Nos despedimos a media tarde. Él regresaría a la comisaría a ver qué podía sacarle a los matarifes. Pero antes se atrevió a darme un consejo. Me advirtió que hilara fino: aunque pudiera retenerlos setenta y dos horas antes de soltarlos, los rusos tenían recambio y no se iban a detener por aquel pequeño tropiezo. También me dejó el número de un móvil *limpio*. Si tenía que ponerme en contacto con él, debería llamarlo ahí desde una cabina pública. ¿Por qué tanta precaución? Porque no estaba seguro ya de que alguno de sus compañeros de comisaría estuviera en el ajo. Eso significaba que el topo se ocultaba en otro piso, uno más alto. Y allí dominaban el arte de la escucha. ¿Cómo de alto podía ser ese piso? Esperaba por nuestro bien que no demasiado. En caso contrario, estaríamos peor de lo que pensábamos.

¿Peor? Me acordé, en el camino de vuelta, de *El gran guateque*. De la primera escena: a un Peter Sellers abetunado de hindú acaban disparándole no sólo los ingleses, sino sus propios compañeros de emboscada para que deje de tocar a rebato. Allí estaba yo, aguantando el tipo, resistiéndome a dejar mi papel, recibiendo mandobles de todos lados y sin saber hasta cuándo le iba a durar el fuelle a mi corneta.

A ESAS HORAS Colacho andaría en el *casinillo*, un local que el Ayuntamiento les había cedido hacía veinte años a los jubilados del barrio para sus tenderetes. Allí jugaban al dominó o al subastado, dependiendo de cuántos lograran reunir, y se tomaban una tapa de jarea y una perra de ron. Esa tarde sumaron cuatro viejos y tocaba dominó. Llegué a tiempo de ver uno de sus célebres cierres. Pedí un café solo, acerqué una silla a la mesa de mármol, saludé a los presentes a media lengua, sin entrar en más conversación, y me quedé callado hasta que acabaran, sabedor de la mala leche que le entra a Colacho cuando lo interrumpen. A veces, cuando faltaba alguien, me invitaban a jugar, aunque suelo ser más un estorbo que otra cosa: sé poner una ficha detrás de otra, sí, pero poco más; y, si alguna vez logro hacer una jugada maestra, es para descubrir al final, no sin decepción, que es mi compañero el que me ha ido guiando hasta el último movimiento. Y lo más hiriente es soportar el escarnio de los otros tres al unísono, ahora te pasas, ¿qué piensas si sólo puedes tirar el cuatro-tres?, te han jodido la doble blanca. Mi enfado, sin embargo, nunca me dura más allá de la partida, nada que ver con los rebotes que se agarran los viejos cuando pierden y que los tienen varios días sin hablarse. En cierta ocasión le pregunté a Colacho por qué se lo tomaban tan a pecho si sólo se trataba de un juego. Al viejo le dio por uno de sus galimatías, cuando llegues a mi edad lo entenderás; a los ochenta ya casi nada tiene sentido: la política es siempre la misma porquería; el fútbol no es lo que era, cosa de afeminados que juegan con cintitas en el pelo y gomina; y la cuca ya sólo te sirve *pa'* mear: así que lo único que te recuerda que estás vivo son esos cabreos, no los echés en saco roto.

La partida se alargaba más de la cuenta y no quería dejar solas a las chicas mucho tiempo, de manera que aproveché que uno de los viejos se levantó a mear (no es la próstata, ¿eh?, sino a ver si cambia la suerte, coño, que llevo toda la tarde con unas fichas que dan pena) para despedirme de mi abuelo. Me preguntó cómo iba lo de la chica descuartizada. Le respondí, para no preocuparlo, que ya se había acabado, que me habían separado del caso. Y fue entonces cuando se preocupó de veras. Se disculpó con los amigos, un segundo, que voy a estirar las piernas y a acompañar a mi nieto a la salida, no tardo nada. En las escaleras del *casinillo* me cogió del brazo y me miró a los ojos, ¿tan mal va la cosa? Y yo, disimulando, ¿no te digo que vuelvo a estar en paro? Y él, directo a matar, mira, Ricardillo, a mí no me la das; tú no abandonas un caso hasta que no lo resuelves o te parten la cara y si me estás contando esa milonga, es que la cosa hiede mal. Y yo, tranquilizador, sí que hiede, pero ahora se encarga la policía secreta, ellos sabrán qué hacer. Y él, intranquilizado, ¿tú no tendrás que ver con la masacre ésa de la que habla la radio, verdad?; mira que cuando abren el cementerio nunca lo hacen para un solo muerto. Y yo, sonriéndole a su refrán, tranquilo, en serio; mira, ahora tengo una cita para cenar, pero mañana nos vemos y te cuento, ¿vale? Y él, sonriéndome a mí pero sólo por fuera, bien, te espero

mañana; que tengas suerte en esa cita.

Anduve con reserva, en tensión, oteando cada gesto, cada ruido fuera de quicio. No sabía por dónde podrían llegar las dentelladas: un coche que derrapa en mitad de la calle, dos hombres que te asaltan al doblar una esquina, la punzada de un arma en los riñones. ¿Qué sería lo siguiente? No quería afligirme más de la cuenta. Esperaba que los rusos tardaran en reaccionar (habían perdido un hombre en la batalla de Playa del Inglés y dos, apresados, en la del Parque Blanco). Por mucho que me tuvieran ganas y por muy numerosas que fueran sus tropas, no creía yo que ese día regresaran.

Pasé por una tienda de licores de Guanarteme. Tenían una oferta de un vino navarro, Palacio de Otazu, que me gustó. Compré dos botellas. Pagué en metálico, no fuera que los tentáculos de la mafia llegaran a las tarjetas de crédito. Cogí un taxi allí mismo para no caminar en la penumbra del atardecer, cuando las sombras se agigantan. Y llegué a casa de Inés antes de las nueve. Esta vez no hubo sobresaltos. No había vieja en el zaguán y las chicas estaban en la cocina preparando la cena. Inés, con un mandil decorado de frutas, lidiaba con la fritura de un marmitako. Anne Marie, con un pantalón vaquero y una blusa corta de la que sobresalían las asillas de uno de sus sujetadores nuevos, decoraba una sopa fría que se llamaba *choldnik* a base de remolacha y pepino y que tenía una pinta sabrosa.

Debían de haber estado hablando de mí porque las descubrí mirándose de reojo y sonriéndose cuando me senté a la mesa. Al menos tenían algo de que sonreír, lo que, en mitad del infierno, era prometedor. Inés quiso saber cómo andaba la guerra de Europa y no quise ocultarles ni una coma. No pretendía desmontarles la alegría, pero me pareció conveniente que supieran a qué atenerse en caso de peligro. Les conté con pelos y señales lo del parque Blanco. La conversación con el inspector Álvarez. La presencia de los matones rusos. Y, sobre todo, la conclusión a la que habíamos llegado: había un infiltrado dentro de la comisaría, ¿dime, Inés?, no, ni idea de si rema a favor de rusos o polacos, ¿quién sabe?, acaso esté en nómina de los dos bandos; así que, salvo de Álvarez y de mí, no se fíen de nadie más que aparezca por aquí con el guineo de que es de la secreta y esas zarandajas, ¿de acuerdo?

Estuvieron de acuerdo, cómo no. Y, tal vez para rubricarlo o para quitarle seriedad al asunto, Inés me prometió que no le abrirían a ningún lobo ni aunque enseñase la plaquita por debajo de la puerta. Perfecto. Anne Marie, por su parte, andaba pensativa. La noté recelosa cuando expuse la sospecha de un policía traidor, y divertida cuando la broma del lobo feroz, pero no abrió la boca. Le pregunté qué tal le había sentado la ropa. Y la chica hizo algo insospechado por atrevido: se levantó por delante la blusa y me enseñó el sujetador para que comprobara por mí mismo. No hubo maldad en su gesto, sino una ingenuidad que me provocó más ternura que deseo. Eso sí: entendí perfectamente por qué la habían contratado, por qué la habían sacado de la miseria de Varsovia. Le sentaba muy bien. Así se lo dije. Inés terció,

tiene usted buen ojo para la lencería, don Ricardo, ¿o será para las tetas? Evitando sonrojarme y, por lo tanto sonrojándome hasta las orejas, respondí al envite, bueno, chica, ¿de qué sirve un sujetador sin tetas dentro? Anne Marie hizo un amago de intervenir pero se contuvo. Y yo aproveché la invitación para meter la cuchara en su sopa polaca y en sus dudas, ¿estás más tranquila?; no debes preocuparte por ahora: los rusos estarán vigilando mi casa y la oficina pero no pueden saber dónde vive Inés, de manera que tenemos unos días para pensar en cómo salir de ésta; y eso es mucho, no creas: desde que apareció la muchacha de la playa no hemos tenido descanso. Anne Marie arrugó el ceño, ¿la muchacha?, ¿qué muchacha?

—¿Cómo! ¿No estás enterada? Todo esto comenzó hace unos días. Un pescador encontró la mitad de un cuerpo en la arena de La Laja.

—¿La mitad?

—Sí. Tu amigo, el calvo, la mató; cortó el cadáver en dos, tiró una mitad al mar y quemó la otra en la escollera de San Cristóbal.

—¿Quemó la otra? ¿Por qué, si ya estaba muerta?

—No lo sé. Pero me barrunto... perdón, creo que tiene que ver con un tatuaje que la chica llevaba en el trasero.

—¿Una flor y unas letras extrañas?

—Una flor sí encontramos, la maceta se la llevó el fuego.

—¿Cómo sabes que fue Andrei... mi amigo el calvo, quien lo hizo?

—Porque, por el mismo precio, se cargó también al tatuador, un holandés apellidado Alkemade. Seguimos la pista de su ranchera negra hasta la casa de Alkemade. Su novia aún se recupera en la clínica de la visita de Andrei. Por eso pensé que podrías conocer a la muerta.

—No. Si la mató Andrei, la chica será rusa, una de las amigas de Turdanov.

—¿Turdanov?

—Sí. Él es el dueño de todo el sur. No se mueve ni un papel sin que él lo sepa. Tiene una empresa de coches de lujo que da muchísimo dinero. Era el jefe de Bonaventura antes de que se pelearan.

—Bonaventura debe de ser el hombre con el que estabas anoche, ¿verdad? ¿Y por qué se pelearon?

—Lo de siempre. Bonaventura quiso montar su propio negocio. Y todo fue bien mientras se dedicaba a cosas pequeñas, motores, piezas de recambiar, ¿dime?, de recambio, eso. Así hasta que empezó a ganar bastante como para hacerle competencia. Entonces, Turdanov le prohibió que siguiera pero, claro, Bonaventura ya se había aficionado a la buena vida, ya sabes, potentes coches, cenas lujosas,

chicas guapas, como para echarse atrás. El ruso, entonces, le declaró la guerra y el resto ya lo viste en la discoteca.

Hablaba del asunto como si no fuera parte de él. Hasta Inés (su mirada la delataba mientras la polaca exponía los hechos) se dio cuenta de eso. Se estaba preguntando, igual que yo, por qué Anne Marie no intentó escapar de la hoguera antes de quemarse con el resto de condenados. Entonces la muchacha, como si llevara esperando ese reproche toda su vida, se volvió a levantar la blusa, esta vez del todo, y nos mostró que sí. Que lo había intentado. Que esas marcas de la espalda eran latigazos. Que los rusos, a las que se rebelan, las castigan con el tatuaje. Pero que los polacos son más toscos, no se gastan un euro en tatuadores holandeses: se limitan a desnudarte y a darte un latigazo por cada día de fuga. ¿Lo veíamos bien? Pues Anne Marie tuvo suerte, dentro de lo que cabe. La agarraron al tercer día. Por eso tachonaban su espalda sólo tres rayos violáceos y no quince como la de la chica que murió en la discoteca, la del lindo vestido de gasa con volantes.

Inés y yo volvimos a compartir el gesto, pero esta vez no era de duda, sino de puro remordimiento, de vergüenza por haber sospechado de Anne Marie. Estábamos ante un caso lleno de recovecos que ni podíamos sospechar: la vida de las chicas (de la que ahora terminaba de dar los últimos retoques a su sopa fría y de la que se había dejado algo más que la piel en una playa) rozaba con impudicia la esclavitud. Y eso difería tanto de nuestra concepción de la realidad que andábamos confundidos. En especial, yo. Porque había algo en aquella historia dislocada de amos y siervos que no acababa de encajarme: la rosa. Sí. La rosa. Era una marca. Para demostrarle al mundo quién era el dueño de la sirena. Le grabaron un hierro en el culo como a las vacas. Pero, entonces, ¿por qué empeñarse después en ocultar la firma?, ¿qué pretendía Andrei al levantar la pira funeraria? Si de hacer daño se trataba, lo lógico hubiera sido dejarla entera para que, precisamente, la rosa condujera a la policía hasta Turdanov.

Anne Marie negó con la cabeza. Yo no lo había entendido: el mensaje que quería dejar Andrei no iba dirigido a la policía, sino a Turdanov. Venía a decirle, mira, ruso de mierda: si no dejas de tocarnos los huevos, seguiremos jodiéndote. Era cierto que lo primero que uno aprende de otro idioma son los insultos y las maldiciones. La polaquita los dominaba con brío. De repente se le encendió una luz, ¿la chica de la playa tenía una larga cabellera color castaño y unos ojos verde lago? Así era. Pues entonces sí que la conocía. Era la novia de Andrei. Llevaban unos meses saliendo juntos, Anne Marie la había visto alguna vez en casa de Bonaventura. Eso me resolvía una duda pero me dejaba una resaca engorrosa. Ya no me valía la distinción que había hecho ella entre rusos y polacos: si Andrei había sido capaz de enamorar a una mujer para luego matarla sólo por joder a Turdanov, para mí los polacos eran igual de desalmados que los rusos y confirmaban la vieja máxima de que en la guerra

(y, por desgracia para la sirena, en el amor también) todo valía. Anne Marie no pudo contradecirme. En efecto, aunque le doliese reconocerlo, ya no podía defender a sus compatriotas y eso la hizo sentirse aún más sola de lo que estaba.

Tocaba recapitular. A riesgo de jeringar un *choldnik* de remolacha y pepino, un marmitako y una botella de Palacio de Otazu. Pero tocaba. ¿Qué teníamos? Una guerra entre dos bandas igual de sanguinarias. Un policía corrupto que se estaba beneficiando de esa guerra. Y una polaquita desamparada que se había convertido en la pieza clave, en el trofeo. Turdanov la quería para devolverle el golpe a Bonaventura. No le bastaba con la masacre de la discoteca. Buscaba un escarmiento mayor, un gesto simbólico que dejara claro quién mandaba allí, algo así como la meada en el árbol más grande para marcar el territorio. Y el árbol más grande era Anne Marie. Por su parte, a Bonaventura le daba igual la muchacha, pero tenía que evitar que el ruso se le meara encima. Y el policía quería seguir haciendo caja. Eso teníamos. ¿Qué nos quedaba?

Sólo una cosa, una apuesta dura (no me la hubiese permitido en ninguna otra situación) pero necesaria. No podíamos entregarla a los polacos (su espalda no tenía culpa de aquella absurda pelea de gallos meones) ni a los rusos (el resto de su cuerpo no merecía la tortura que había sufrido el de la muchacha de La Laja) ni a la policía (el infiltrado se relamería de gusto mercadeando con ella como si fuese un pedazo de carne). Tampoco podíamos sacarla de la isla (sería imposible protegerla) ni esperar a que nos encontraran (pondría en peligro su vida, la de Inés y la mía a cambio de nada). Sólo quedaba, pues, usarla de cebo para desenmascarar al topo. Para que las dos bandas mafiosas se mataran entre sí. O para que se expusieran tanto que a la policía no le quedara otro remedio que desmontarles el tinglado esclavista y encerrarlos, a ver si, con suerte, la llave se perdía.

No me apasionaba la idea pero no cabía otra. Y no hizo falta que dijera lo que estaba pensando. Los ojos tristes de Anne Marie y la mirada preocupada de Inés habían llegado a la misma conclusión que yo. De cualquier forma, lo que había valido antes seguía valiendo ahora: teníamos un par de días para preparar nuestra jugada; y, si lográbamos desembarazarnos de nuestros temores por un rato, una velada grata alrededor de la mesa de Inés.

Aunque los preliminares habían sido algo estomagantes, decidimos que ni un ruso ni un polaco ni, mucho menos, un policía corrupto nos iban a amargar la cena. Así que nos sentamos, aparcamos los malos augurios y nos servimos una copa de vino. La sopa estaba rica. Sabía a beterrada dulce y el pepino, por fortuna, apenas se notaba. El marmitako se había enfriado un poco pero estaba exquisito. Inés se levantó a ponerlo de nuevo al fuego y la detuvimos, para cenar era demasiada comida; mejor guardábamos el tumbo para almorzar al día siguiente.

A las doce aún estábamos sentados a la mesa, con el café, como si no quisiéramos separarnos. Me ofrecí a fregar la loza, qué menos, después de la cena con que me habían obsequiado. Inés no sólo no me lo impidió, sino que me ofreció, divertida, su mandil para que no me ensuciara la camisa. Y, mientras me peleaba con el estropajo, las chicas comenzaron una discusión trivial (¿Qué actor es el más guapo?) que, como suele ocurrir en tales casos, acaba derivando en trascendente. La belleza, por lo oído esa noche, distaba mucho de ser universal. A Inés le gustaban los canallas, su pasión secreta era Malkovich. Anne Marie estaba harta de cabrones, prefería los tipos buenos, estaba enamorada de Hugh Grant. Inés adoraba el cine en blanco y negro, Anne Marie apenas había visto dos o tres películas de ésas. Se llevaban quince años y eso también pesaba. La polaca quiso saber por qué mi secretaria estaba sola. E Inés le respondió que no era lo mismo *estar* que *vivir*: vivir sólo era una estrategia; estar era una opción. Y por ahora lo suyo no llegaba a opción. Tachonó su confidencia con una de sus bromas dedicadas al freganchín, además, Ricardo aún no me lo ha pedido. Fue coincidencia, lo juro. Se me escurrió una copa de vino entre las manos húmedas justo en el instante en que sonó mi nombre. Pura casualidad. Pero ninguna de las dos quiso creerme.

Lo cierto es que llevaba más de ocho años con mi secretaria y aún no la conocía. No sabía de su humor, de sus juegos de palabras, de sus dobles sentidos. Y tampoco de sus gustos literarios y cinematográficos. Ni de su vida privada. Anne Marie, con la ingenua curiosidad de los veinte años, insistió, ¿no será que eres muy exigente con los hombres? Y la otra le siguió la corriente, por supuesto, es en lo único en que me permito serlo; con lo que me pagan no puedo elegir un chalet en el campo ni un viaje a las Bahamas, pero aún puedo permitirme decirle que no a un hombre. Y la polaca, ¿has rechazado a muchos? E Inés, a algunos, no creas; unas veces porque no me convenían y otras porque no les convenía yo a ellos, así que prefiero matar los moros según vayan llegando.

Ante la mirada perpleja de Anne Marie, mi secretaria matizó su frase. Era un refrán que solía decir su abuela Marta, granadina temperamental, actriz aficionada y roja como la sangre, que emigró a Las Palmas después de la guerra, cuando en su tierra la cosa se puso negra negrísima. De ella heredó el gusto por Lorca y por el teatro. Pues la abuela Marta, cuando alguien se aturullaba intentando hacer dos cosas a la vez, lo sentaba en un sillón y le espetaba, vamos a ver, muchacho, tú tranquilo, no tengas tanta prisa, hay que ir matando moros según vayan llegando. Entonces entendí que también eso, su serenidad para enfrentarse a las dificultades, lo había heredado de la abuela granadina.

Anne Marie no pudo reprimir una exclamación de envidia. Ella también soñaba con un trabajo del que pudiera sentirse orgullosa y un hogar que sentir propio. Estaba cansada de vivir de prestado. Pero, sobre todo (lo dijo con honda tristeza), deseaba

poder decir que no a un hombre. Inés se levantó de la silla (imagino que igual que hubiera hecho su abuela actriz, su abuela roja) y abrazó a la polaquita, a su amiga, a su hermana pequeña. Le susurró al oído, ya verás, cielo, cuando esto acabe, las cosas van a cambiar muy mucho en tu vida: vas a encontrar un buen trabajo, una casa preciosa y vas a mandar a la mierda a todos los hombres del mundo. Anne Marie se sintió reconfortada pero, debajo del apretujón, le oímos decir, casi sin aire, ojalá, pero no quiero mandarlos a todos a la mierda, sólo a algunos. Así volvió la risa a aquella casa. Esa noche dormiríamos mejor.

TUVE UN SUEÑO. Un sueño crispado en el que no paraba de correr por un laberinto de ladrillo gris, bajo un cielo encapotado y con frío. Lo peor era que no sabía de qué estaba huyendo. Era evidente que alguien me perseguía pero en ningún momento logré verle la cara, sólo el principio difuminado de su sombra cada vez que se acercaba a un recodo del laberinto. Veía mis pies (estaba descalzo) cómo se hundían en el suelo negro. No era tierra. Más bien una gravilla basta que escoriaba la piel. De repente, una puerta se abrió y entró la luz a mostrarme el camino.

Al otro lado de la puerta me recibió alguien al que sólo había visto una vez en mi vida y de eso hacía cuatro o cinco años. Sin embargo, en el sueño, en absoluto me sorprendió. Lo saludé como si fuera lo más normal del mundo encontrármelo ahí, con su pelo canoso ensortijado, sus gafas de pasta y su sonrisa infantil. Nicolai Dzurinda, un viejo profesor de Cultura Eslava de la universidad que hacía las veces de traductor para la policía. Dominaba media docena de idiomas, desde el eslovaco (su lengua materna) hasta el español, pasando por el polaco, el ruso y aun el gitano. Nos conocimos una noche de marzo. Me lo había presentado, en su despacho de la comisaría, el inspector Álvarez. Y acabamos de juerga, cerrando los garitos de Las Palmas, celebrando no recuerdo qué festividad de su santoral. Esa noche descubrí que Dzurinda también bebía en seis idiomas, sobre todo en gitano. Álvarez y yo terminamos a cuatro patas debajo de la mesa buscando nuestra dignidad mientras Nicolai seguía brindando con Smirnoff por la patrona de Bratislava. De aquellos polvos etílicos e ignominiosos vienen los lodos de mi aversión al vodka. Y allí estaba de nuevo Nicolai Dzurinda rescatándome de no sé qué peligros.

Los sueños son premonitorios. A veces, te aconsejan. A veces, te ponen en alerta. Y el mío me estaba pidiendo a gritos que buscara al viejo profesor. El inspector no iba a decirme nada de lo que hablara con los dos mafiosos pero Nicolai, después de un par de tragos, quizás sí. Así que, despreciando la pesadilla, me levanté de buen humor. Y con hambre. No me gusta estar brazo sobre brazo esperando a que las cosas ocurran. Necesito moverme, igual que los mosquitos, hacia la luz. Y esa mañana la luz estaba en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Las Palmas.

No tenía prisa. Preferí encontrarme con Nicolai al final de la mañana, para hallar una excusa e invitarlo a almorzar. Antes desayuné con Inés y Anne Marie, que ya parecía que se conocían desde la infancia de tanto que bromeaban. Habían adquirido un grado de complicidad tal que llegué a sentirme doblemente extraño en la casa. Para esquivar esa sensación fue que bajé a comprar el pan y el periódico y también unas revistas que nadie llegó a leer. Inés, cuando me vio regresar con la bolsa llena, me lo dejó muy claro, si te piensas que tú te vas a ir a *investigar* (lo dijo con cadencia socarrona) mientras nosotras nos quedamos aquí leyendo cotilleos, es que no entendiste nada de lo que te dije ayer. Yo me defendí como gato lisiado, mujer, es que salía George Clooney en la portada y pensé que les gustaría. Y ella, ya, ya, no

conoceré yo a mi jefe; déjate de coñas; voy a enseñarle Las Palmas a Anne Marie, que la chiquilla apenas ha salido de San Agustín; iremos a tomar algo a alguna terraza y luego a comer en el italiano del muelle Deportivo. Y yo, rendido, de acuerdo; pero llévate el móvil. Y ella, victoriosa, estupendo; y si quieres venirte, comeremos sobre las dos. Pero, le expliqué, yo tenía otros planes.

El profesor Dzurinda tenía clase hasta la una, eso me dijo una bedel bulliciosa (la portería se quedaba chica ante sus brincos) y zalamera. No quise arriesgarme a que Nicolai se me escabullera entre la espesura de estudiantes que saldrían a mediodía, de modo que lo esperé en la puerta de su clase. Era el aula 102 (la bedel me guiñó un ojo con la información; yo preferí pensar en un tic), en el piso de arriba. No había nadie en el pasillo. Me entretuve curioseando en los carteles que inundaban la pared: avisos urgentes de uno que busca piso, de una que busca a alguien para compartir el suyo, de uno que vende moto casi nueva, de una que perdió el móvil el lunes anterior; y ristas de números de teléfonos para que los interesados se pusieran en contacto con los interesantes.

Había también anuncios de becas y ayudas. Y el de una licenciada en Filología Moderna que daba clases particulares. Y la noticia del próximo concierto de un grupo desconocido para mí. El nombre era Frakaso Eskolar: la foto los atrapaba subidos en el techo de un coche destrozado, las caras desencajadas, la ropa de cuero negra, los brazos al aire de un día de sol. Supuse que era roquero porque un cuarteto clásico no parecía; si no, ¿dónde estaba el piano?

A la una y diez (Nicolai apuraba las lecciones como las copas) se abrió la puerta del aula. Esperaba ver salir a una tropa de alumnos bostezantes y lánguidos y me topé con media docena (cinco chicas y un chico) de jóvenes parlanchines y discutidores. Una de ellas se había rezagado para preguntarle algo al profesor. Sus miradas (la de ella denotaba admiración; la de él, halago) hablaban con más soltura que sus labios. No sé por qué me dio la impresión de que interrumpía algo, pero ninguno de los dos se sintió incomodado cuando me presenté. Dzurinda me reconoció enseguida, por supuesto que lo recuerdo, usted debe de ser el único detective del universo que no aguanta la bebida. El mismo que viste y calza. La muchacha se despidió, hasta mañana, profesor. Nicolai respondió, nos vemos, Celia. Y yo me quedé a medias entre ambos. Les sonreí a los dos: a la muchacha, una sonrisa torpe de despedida; a Nicolai, una esperanzada de cuánto tiempo sin vernos, amigo.

De camino a su despacho, el profesor me explicaba, feliz, su trabajo con los muchachos. Que alguien, en los tiempos que corren tan americanizados, estuviera interesado en la cultura eslava era un milagro y una suerte. Ahora estaban estudiando la obra de Elias Canneti y no sólo intentaba despertar el gusto literario, sino la conciencia moral de sus alumnos. Hablaba con emoción, con un brillo en los ojos que poco tenía que ver con el del aficionado al vodka. Había recuperado la fe en los

jóvenes con ese grupo que yo había visto salir de su aula. Tenía que oírlos yo discutiendo sobre la necesidad de regresar a los valores clásicos. Pero nada de a la familia ni al honor ni al orden moral. No. A la solidaridad, al respeto al otro, a la justicia social. De eso estaban hablando cuando acabó la clase de esa mañana.

Su despacho era tal cual lo había imaginado. Dos armarios llenos de libros escritos en mil lenguas. Una mesa atestada de apuntes, de revistas, de fichas amarillas en las que Dzurinda anotaba frases sueltas o citas o títulos de obras. En la pared, una gran lámina del alfabeto cirílico y otra, más modesta y algo torcida, del retablo de san Clemente. Sobre el escritorio, igual de desaliñado, la fotografía de una muchacha de ojos claros en edad de recién licenciada o algo así. Llevaba los brazos cruzados y tenía unas manos bonitas con dedos de pianista y uñas muy cortas. Nicolai se adelantó a mi duda, es mi hija Nikoleta, acaba de cumplir veintiocho; no nos tratamos mucho, ya sabe, los jóvenes...; da clases de canto en el conservatorio, ¿a que es guapa? Y yo, sin necesidad de exagerar, muy guapa, y tiene una sonrisa de adorar a su padre. Por segunda vez en la mañana apareció en su rostro la mirada de halago, de orgullo franco por una hija que, aunque desconocida, no dejaba de ser lo único bueno que iba a dejarle al mundo después de muerto.

No me invitó a sentarme, supongo, Blanco, que si ha venido a verme a estas horas es que querrá que hablemos fuera de aquí. Le agradecí la franqueza, claro, venía a ver si no tenía compromiso para almorzar y me aceptaba una invitación. El profesor no respondió. Apagó el ordenador. Orientó la fotografía de Nikoleta, para que su sonrisa quedara a la luz que entraba por las heridas de la persiana. Colocó un libro que traía en la mano en una de las baldas de la estantería. Levantó el teléfono. Marcó un número de diez cifras (primero tenía que puntear el cero para que le dieran línea). Se disculpó con alguien al otro lado por no poder ir a comer. Recogió su cartera. Y me ofreció la puerta de salida, pues vámonos de aquí, que no nos pagan por horas, ¿dígame?, no, no era una cita seria; con quien pensaba comer estará también mañana, y a usted lo veo cada cuatro años. Intuí que esa afirmación («con quien pensaba comer») escondía la identidad de una mujer. Mi curiosidad no llegaba a esos extremos, así que di por buena su explicación.

Tenía el coche en el garaje. No le gustaba comer cerca de donde trabajaba. No recuerdo si le dejé caer algo en nuestra charla o qué, el caso es que fue él quien propuso una pequeña tasca en San Cristóbal, pescado frito con mojo verde, gofio escaldado y calamares. Por supuesto, me pareció estupendo pasar una velada tranquila en una esquina donde poder charlar. El pescado estaba bien, pero los calamares eran algo soberbio: tiernos, suaves, sabrosos. El profesor confesó que era un bar al que solía venir algunos viernes con otros compañeros de facultad, viejos, extranjeros, bohemios como él.

Durante la comida hablamos de trabajo, del tiempo, de la familia. Ninguno de los

dos tenía prisa para llegar a lo que, de verdad, me había llevado allí. Tras el café, Nicolai cambió el tono de voz, el gesto, incluso su postura en la silla (dobló una rodilla sobre la otra pierna y cruzó los brazos en actitud de espera) para conocer mi verdadera intención, y ahora, Blanco, cuénteme: ¿qué está usted buscando?

—Aún no lo tengo claro.

—¿Cómo es eso?

—Pues empecé buscando al autor de un crimen, el de la chica de La Laja. Pero ahora se ha complicado todo y lo que busco es que no me rompan la crisma.

—¿Tan grave es?

—Bastante. Detrás está la mafia.

—Coño. Precisamente anoche conocí a dos tipos que... Espere un momento. ¿No me dirá que los rusos están detrás del crimen de la playa?

—Eso parece. La chica muerta era rusa. Creemos que se la cargaron los polacos como advertencia. Y ahora los otros quieren devolverles la jugada.

—Y a usted lo han pillado en medio.

—Y tan en medio: todo el mundo anda empeñado en apartarme del caso.

—¿Por qué? ¿Qué sabe usted?

—No es lo que sé. Es lo que tengo. Tengo a una muchacha polaca a la que quieren hacerle la misma cirugía que a la sirena.

—¿Y por qué no va a la policía?

—Porque no me fío ni de ellos. Creo que hay alguien de dentro que trabaja para los malos. La chica no duraría ni un asalto si se la entrego a Álvarez.

—Mal asunto, entonces. Por lo que oí anoche, esos tipos no dan el brazo a torcer a la primera. Me parecieron fieros. No se asustan con facilidad.

—Por eso quería verlo a usted, profesor. Conoce ese mundo. Está acostumbrado a escuchar declaraciones de todo tipo. No quiero meterlo en un compromiso, pero no tengo a quién recurrir.

Sobre la declaración de la noche anterior no podía decirme mucho. Los pistoleros del parque Blanco se cerraron en banda. Les habían tendido una trampa, un soplo falso sobre el secuestro de una muchacha. Ellos querían ayudar a unos amigos en apuros. Por supuesto que no podían dar el nombre del soplón. Aquello era como el juego del teléfono: alguien le comenta a alguien que ha oído que van a hacer la entrega de la chica secuestrada; éste le cuenta a otro que será en el parque Blanco; y el otro a un cuarto que va a ser a las cinco de la tarde; así les llega a ellos. ¿Por qué

tan interesados?

Por amistad, ya lo habían dicho. Querían ayudar a unos amigos polacos que estaban desolados por la desaparición de la muchacha. No era de extrañar. En el fondo, todos eran inmigrantes y, entre inmigrantes, ya se sabe: yo te rasco la espalda a ti y tú me la rascas a mí. Eso dijeron. Sí. Mucha película barata habían vistos esos dos. ¿No pretendían matarla?

¿De dónde sacaba eso el primer policía preguntón? Desde luego que no. ¿Por qué iban a matarla si ella no les había hecho nada? La pobre, bastante había sufrido ya. No. Se trataba tan sólo de un acto de amistad. ¿Y por qué iban armados?

Por precaución. Habían supuesto que los secuestradores llevarían armas también. ¿O es que el segundo policía preguntón creía que un secuestro era un baile de gala? Pues eso. Llevaban armas en legítima defensa. En España también funcionaba lo de la legítima defensa, ¿a que sí? Ah, amigo. Eso también lo habían supuesto.

Se fajaron como gladiadores. Parecía que lo tenían todo memorizado. A pesar de que los separaron para tomarles declaración, las dos versiones coincidieron como gotas de agua. Hasta en los gestos que acompañaban a cada frase los tipos se mostraban sincronizados. Y luego estaba lo de rascarse la espalda. Si hubiera sido un examen, los hubiera mandado a septiembre por copiones. Porque Dzurinda había sido testigo otras veces de esa estratagema. Era muy difícil cogerlos en un renuncio. Conocían sus derechos. Hablaban lo justo para repetir el estribillo sin salirse de tono, afinados de principio a fin. Así, la policía no podía meterles mano: no habían hecho nada ilegal, salvo disfrazarse de electricistas. Y, hasta en esa macana, coincidieron: «¿Y por qué no, si estamos en carnaval?».

Eran rusos, de ese burro no iba a bajar nadie a Nicolai. Hablaban un ruso áspero, poco cultivado, más bien barriobajero, pero ruso al fin. El profesor-intérprete estaba harto de escucharlo en los sótanos de la comisaría. Seguro que a todos los reclutaban en el mismo sitio para convertirlos en mercenarios al olor del dinero fácil. Entonces, ¿no podía decirme nada?

Sobre esa conversación no. Pero sí sobre otras parecidas. La mafia rusa llevaba operando en el sur de la isla algún tiempo. ¿Sólo en el sur?

Sobre todo, en el sur. Era lógico, ¿no? Allí es fácil camuflar el acento. Se vuelven camaleones. Para los isleños, acostumbrados a distinguir las más reconocibles (italiano, inglés, alemán), el resto de las lenguas eran un puro guirigay. Rusos, polacos, búlgaros, checos, eslovacos... ¿Qué más daba? Extranjeros que llegaban a buscarse la vida y que, salvo en casos aislados (a Dzurinda le había sorprendido muchísimo la masacre de la discoteca), apenas llamaban la atención. No les convenía hacer mucho ruido. Su estrategia estaba bien estudiada. Empezaban a ganar pasta con las putas. ¿Mucha pasta?

No me lo podía imaginar yo. Y a veces venía acompañada de una extorsión: a algún imbécil que grababan en una cama de agua con una tía, le hacían creer que era menor de edad y le sacaban seis o siete mil euros por no denunciarlo. Buen truco. Viejo pero efectivo. Sin embargo, en líneas generales, a nadie le interesaba destapar el filón: las putas vivían como reinas si lo comparábamos con la vida anterior en sus países, y a los clientes les convenía hacerse invisibles. ¿Y luego?

Luego, con ese dinero, compraban coches de lujo de segunda mano, los vestían de domingo y los vendían como nuevos en Europa del Este. Un negocio redondo. Por cada coche podían sacar veinte o treinta mil euros. Y hablábamos de diez o quince coches al mes. Pero eso era sólo morralla al lado de lo que de verdad se escondía detrás de aquellas mafias. ¿El qué?

La droga. Con el dinero de los coches se iban a Colombia y la compraban de primera mano, pura, limpia, para luego ir degradándola hasta que llegaba a las narices de los cocainómanos mezclada con otras mierdas. Ésa era la verdadera mina. Porque los rusos no dejaban nada a los intermediarios. Lo llevaban todo ellos y podían negociar el precio, la calidad y el momento de pasarla por la frontera. Así que Dzurinda no quería ser pájaro de mal agüero pero, si de rusos se trataba, no me arrendaba la ganancia.

Bienvenido al club de los visionarios, profesor. Póngase a la cola de los pesimistas, ande. Cuénteme algo que no sepa, mire a ver. Coño con los agoreros. Me estaba empezando a hartar de que todo Cristo me compadeciera y ni un solo apóstol me ofreciera soluciones. Nicolai entendió enseguida mi desánimo. Pidió hielo para rebajar el vodka, de día no le gustaba tomarlo a palo seco. Se entretuvo jugando con las piedritas de su vaso. La mirada se le escabulló mar adentro, más allá de las rocas de la playa, persiguiendo quizás la estela de un carguero que en esos momentos cruzaba el horizonte. Y, cuando estuvo de nuevo conmigo, decidió de repente tutearme. Arqueó el cuerpo. Y abrió los brazos, ¿tienes algún plan?, quiero decir, ¿sabes lo que vas a hacer a partir de ahora?

No. Estaba improvisando sobre la marcha. Y, por más que mareaba la perdiz, no se me ocurrían más que disparates. ¿Como cuáles?

Como usar a la polaca de cebo para pescar a un tiburón. ¿Qué clase de tiburón?

Me daba igual la clase, con tal de que no me mordiera. Nicolai bebió un trago largo y lento para tomarse su tiempo. Iba a darme una lección de pesca de altura gratis, hasta el más chico muerde, Ricardo, y, como igual van a lanzarte un bocado, lo mejor es ir a por el pez gordo; estarás en peligro de todas formas pero, si eres capaz de capturarlo, quien venga en su lugar (vendrá alguien, no tengas dudas; hay demasiado dinero en la mesa para dejar la partida a medias) no sólo no tendrá nada contra ti, sino que, encima, te estará agradecido por haberle allanado el camino,

¿perdona?, ¿Turdanov?, pero ¿qué dices?; Turdanov es una buena pieza pero no es el más grande; ¿cómo lo sé?, lo sé porque he estado presente en varios interrogatorios y ése tiene las mismas mañas (como dicen ustedes) que los tipos de anoche; a Turdanov lo fueron a reclutar al mismo barrio que a los demás; se mueve bien en el teatrillo pero es otro el que maneja los hilos, ¿quién?, ah, amigo, no sé, a los buenos titiriteros nunca se les ve la cara, ¿y cómo haces?, pues yo te recomiendo que uses doble cebo: la polaca te llevará a Turdanov y éste, al gran tiburón.

Qué podía perder. Como diría mi abuelo, una vez en el burro, hale burro. Tendría que planearlo todo con más cuidado (el viaje era más largo; las oportunidades de que te arrancaran un brazo de un mordisco, más altas) pero el riesgo seguía siendo el mismo: sólo se muere una vez. Contaba con la ambición o la rabia (miedo no creo que tuvieran) de los mafiosos pero iba a necesitar algo de suerte. O de información, que es otra cara de la suerte.

Le lancé un reto (era mi forma de darle las gracias al viejo profesor). Y es que estábamos tan cerca que hubiera sido imperdonable no haber aprovechado para darnos un salto a donde todo empezó. Dzurinda puso cara de disgusto, tú tienes ganas de que yo vomite el almuerzo, ¿verdad? Y yo le quité hierro, ande ya, Nicolai, no me sea tiquismiquis, si allí no quedan más que los rescoldos; tómeselo como un paseo por la orilla del mar para bajar la comida.

Cruzamos la pequeña bahía de San Cristóbal tal como le había propuesto: paseando, sin prisas, como dos amigos que llevan cuatro años sin verse. Charlamos sobre lo que más le gustaba a él y lo que menos sabía yo: cultura eslava. Saqué el tema para que el profesor se sintiera seguro y dejara de pensar en un cadáver calcinado. Hablé, como siempre, con apasionamiento, en tanto yo me comportaba igual que un alumno aplicado: le escuché atentamente; le hice algunas preguntas; me interesé por poetas que nunca había leído, de los que tenía noticia de pasada, gracias a las páginas culturales del *ABC o El País*. Como Adam Zagajewsky, un precursor, más que un poeta político (por disentir, disintió hasta de la disidencia), autor de una de las poesías más hermosas de los últimos años. Le prometí que lo leería en cuanto acabara el caso. Por él. Por Anne Marie. Por la sirena. Y así, sin darse cuenta él (yo andaba con un ojo en el suelo escarpado que pisábamos), llegamos al lugar que había dibujado Álvarez.

Estaba señalado por cuatro indicadores metálicos enclavados en la roca y tres cintas amarillas de la policía científica (la cuarta se la había llevado el viento que, en aquella zona, era de lo más revoltoso). Ya no quedaba más que un socavón grisáceo en la piedra, el resto de una fogata perversa a la que aún no le encontraba sentido por más que Anne Marie intentara explicarme la historia de las putas desertoras y los tatuajes. A Nicolai, el lugar pareció interesarle más de lo que, en un principio, su

actitud predecía. Una vez allí se le disiparon todos los temores. Se puso a olisquear cada rincón de la hoguera. Se agachó a apartar un pedrusco creyendo haber visto algo debajo. Mi intención no era ésa. Sabía que la científica se había llevado hasta la última prueba para analizarla en los laboratorios. Si encontrábamos algo, sería de una visita posterior al crimen, de algún curioso atraído por las balizas de la policía. No. Mi idea era animar a Dzurinda a contarme algo que hubiera dejado en el tintero. ¿Algo como qué?

Como lo de la rosa y la leyenda en cirílico. Si alguien podía arrojar luz sobre ese misterio, era un profesor de lenguas eslavas, un sabio que soñaba en media docena de idiomas, un hombre que se había pasado los últimos diez años haciendo de intérprete de matones y rateros. Le expliqué cuanto sabía del tatuaje. Sólo había visto el principio de una flor roja, los pétalos de rosa subrayados por una copa de tallo verde y grueso. Se suponía que debajo había un texto en lengua rusa, una leyenda: tal vez un nombre, una fecha, un equipo de fútbol, yo qué sabía. ¿En cirílico?

Sí. Eso parecía. Según Anne Marie, era la manera que tenían los rusos de marcar sus propiedades. ¿La chica supo decir qué ponía en la leyenda?

No. La chica no tenía ni idea de ruso. Sólo hablaba de oídas. Alguien se lo había dicho. Quizás lo había visto alguna vez, pero no podía decirnos más porque no entendía. ¿Y qué sentido tenía quemar el tatuaje? ¿A quién beneficiaba la ocultación de la rosa?

Eso era lo que yo llevaba preguntándome desde mi visita a Santa Ana y no llegaba a ninguna conclusión. Según la polaca, era un mensaje que el calvo quiso enviarle a los rusos, una advertencia con la que pretendía revelarles hasta dónde estaban dispuestos a llegar si se empeñaban en ir a la guerra. A Dzurinda no le salían las cuentas. El mensaje estaba ya bien claro con la muerte de la sirena. Al arrojarla al mar, el asesino sabía que, tarde o temprano, la marea la devolvería, con lo que su botella llegaría al destinatario. Tenía que haber algo más. Ya, pero ¿qué?

Nicolai, como un actor de teatro, se despojó de su máscara de profesor universitario para ponerse la de traductor. Se miró las manos. Con el dedo pulgar se fue acariciando el resto de los otros buscando en la memoria algo que nos sirviese. ¿Y decía yo que el asesino era calvo? ¿Un hombre fuerte con cara de sádico? ¿Andrei?

A ése lo conocía. Dos veces había estado declarando en comisaría. Y las dos, qué cosas, a cuenta de desapariciones de mujeres. Sólo que entonces no se halló ningún cuerpo. De eso hacía tres o cuatro años. Nicolai creía recordar que, precisamente, la noche en que nos habíamos conocido venía de un careo entre Andrei y otro tipo. Sí. No era la primera vez que desaparecía una puta. Pero eran extranjeras y nadie las reclamaba. Por eso no había fotos de ellas en los restaurantes o en los kioscos de prensa. Ni teléfonos de contacto. Ni madres llorosas en la televisión. Y los casos se

cerraban en falso. O se quedaban en ese limbo policial en el que tantos delitos habitan. Entonces, ¿qué hacía de la sirena un caso especial? ¿Por qué su cuerpo sí apareció y los otros no?

Parece que quisieron darle un escarmiento a la pobre muchacha. No. Si así hubiera sido, la hubieran troceado antes de matarla y no después. Eso sí hubiese sido un escarmiento del carajo. No. La clave seguía siendo el puñetero tatuaje, que ya estaba empezando a incordiarne de verdad. ¿Qué más recordaba Dzurinda de aquellos careos?

Poco más. Lo extraño era que siempre detenían al calvo, como si la policía tuviera sospecha de su sadismo pero le fuese imposible demostrarlo. ¿Quién ordenaba su detención?

Eso lo ignoraba. A él lo llamaban sólo cuando el sospechoso estaba en la sala de interrogatorios. Puede que Álvarez lo supiera. Entonces, a falta de pan, no me quedaba otra torta que irme de putas esa noche. ¿Cómo?

Sí. Lo que oía Nicolai. La única manera de avanzar en la investigación era preguntar a una de las amigas de la sirena, una que estuviese demasiado cabreada para decir algo, una que tuviese el culo tatuado y se sintiese en peligro. Me iba a convertir de pronto en un fetichista, en un adorador de tatuajes (de los culos, para qué engañarnos, lo había sido siempre). Entonces, al profesor se le iluminaron los ojillos. Estaba harto de ver los toros desde la barrera. De ser testigo (si no mudo, casi) de aquel mundo de sicarios y contrabandistas. Quería acompañarme. Y no admitiría un «no» por respuesta. Claro que no lo hacía por vicio: sus necesidades sexuales estaban bien cubiertas; yo no debía preguntar, pero tenía una amante que ya quisiera Turdanov para su harén. Lo hacía por placer. Y que yo no me pusiera gallito porque lo necesitaba. ¿Qué mejor excusa para visitar un burdel que celebrar un reencuentro con un amigo al que hacía años que no veía? Iríamos a cenar, nos tomaríamos un par de vodkas (bueno, se los tomaría él y yo miraría) y, luego, acabaríamos nuestra juerga en un lupanar del sur, con un par de chicas jóvenes, guapas y tatuadas. Lo dicho. Se vendría esa noche conmigo. ¿Cómo que no? ¿Acaso yo sabía cirílico? Pues, entonces, qué coño estaba diciendo.

PARAMOS EN LA GASOLINERA que está a las faldas del aeropuerto. El coche de Dzurinda estaba a punto de entrar en la reserva y no queríamos que nos aguara la fiesta. Yo aproveché para hacer unas llamadas que se me estaban enfriando. Tenía que disculparme con Colacho por dejarlo colgado para cenar. Le conté una verdad a medias: estaba bien, pero ocurrió que había encontrado a un amigo a quien hacía un lustro que no veía y, entre recuerdos y planes, nos habíamos liado. No mencioné lo de irnos de putas; no me hubiera reprendido, pero lo hubiera inquietado más que si le hubiese dicho que me iba de copas con los asesinos.

También quería saber cómo estaban mis chicas. Resultó que habían pasado un día estupendo, sin nada que las importunara. Ni siquiera me habían echado de menos. A Anne Marie le encantó Vegueta. Estuvieron paseando del brazo como dos turistas por la ciudad vieja. Se hicieron fotos en la fuente de la plaza del Pilar, a horcajadas sobre uno de los perros de Santa Ana, en la glorieta del Espíritu Santo. Ya las vería yo. Habían salido muy lindas. Ahora estaban en casa, agotadas pero dichosas. Inés estaba decidida a enseñarle la magia del cine en blanco y negro a su nueva amiga. La cosa, por lo visto, marchaba bien: estaban viendo *Sed de mal* y, según mi secretaria, Anne Marie no había pestañado en tres cuartos de hora.

Por último, localicé a Álvarez en su otro móvil. Una llamada cronometrada por si nos vigilaban (el inspector me había contagiado su cautela): medio minuto para relatarle mi almuerzo con Nicolai Dzurinda (no le dije que aún estaba con él) y otro medio para que me averiguara lo de las citaciones del calvo en comisaría. ¿Quién había ordenado su detención? ¿Quién había cerrado los casos de las desapariciones? ¿Qué había ocurrido con las desaparecidas? Al minuto colgué.

Cuando regresé a la cafetería de la gasolinera, el profesor estaba sentado a una mesa con un vaso de zumo de tomate. Para bajar las copas, dijo. A ver si, por un descuido, nos iba a parar la Guardia Civil y la jodíamos. Con lo que había bebido, hubiera hecho explotar el alcoholímetro con sólo acercar la boca al pitorro. Tenía razón. De modo que, de ahí en adelante, conduciría yo. Nicolai hizo amago de protestar pero lo atajé sin contemplaciones: una cosa era que le dejara acompañarme y otra muy distinta que lo dejara tomar decisiones. Su tarea estaba bien clara: consistía en la pura observación. ¿Tenía buena memoria? Pues mejor que mejor porque iba a memorizar cuantos tatuajes viéramos en el burdel, cuanta leyenda hubiera escrita en ruso. Y no sólo los culos (me constaba que en eso se iba a fijar sin prescripción mía), también cualquier cosa que leyera: una servilleta, una blusa, los pasquines de los retretes. Todo. Quería saber hasta la marca de tangas que usaban las putas. Para eso lo llevaba. Y por eso en la cena sólo beberíamos agua. Ni una copa después de las ocho. Dzurinda me miró cariacontecido. No le quedó otra que aceptar mis condiciones. Pero empezó a tomarme la palabra desde ya: yo había dicho «ni una copa después de las ocho»; así que apartó el zumo de tomate y se pidió un vodka

doble. La arrancadilla.

La cena fue frugal. Porque habíamos almorzado copiosamente y porque estábamos preocupados por cómo íbamos a llevar lo del prostíbulo. Nos contentamos, pues, con una ensalada de pasta y un *vitello* en un restaurante italiano, a dos pasos de la discoteca donde, dos noches antes, habían acribillado a media docena de personas. ¿Tantas?

Más que tantas. En realidad fueron siete: el viejo verde que se parecía a Berlusconi y que resultó ser un turista danés apellidado Petersen; Andrei; el rubio que inició la guerra; la amiga de Anne Marie; la camarera mulata de las tetas de licor; y dos de los mariachis. En el hospital se reponían, de las heridas o del susto, el músico del guitarrón, otro camarero y dos turistas más que estaban en el lugar menos discreto y en el momento más inoportuno. E, ironías del destino, el que se suponía que tenía que morir, un tal Bonaventura, salió ileso del trance.

Nicolai cambió de tercio, demasiada sangre para una cena sin alcohol, y me habló de su existencia pacífica en la universidad. Era un hombre moderadamente feliz: tenía un trabajo que le apasionaba, las tardes libres y el corazón ocupado. Andaba enamorado de una muchacha de la edad de su hija. Sí. Miriam. La única persona, desde la muerte de su mujer, que había dejado entrar en su casa y en su vida. Era una antigua alumna que puso patas arriba el decanato para que la incluyeran en el programa de doctorado de Dzurinda. Insistió en que fuera él mismo quien le dirigiera la tesis y yo no tenía idea de lo obstinada que Miriam podía ser cuando se le metía algo entre ceja y ceja. El caso es que tantas tardes trabajando en el despacho, tantas lecturas compartidas, tantos recuerdos removidos (Miriam se parecía mucho a la madre de Nikoleta) fueron creando en ellos una amistad, primero, y una emoción incontenible, después.

Sabía que era una locura: le llevaba un cuarto de siglo y ni siquiera podía compartir su felicidad con Nikoleta, ya bastantes discusiones tenía con su hija para añadirle otro reproche a la relación. Pero qué quería yo, el amor había tocado por segunda vez en su puerta y ya no le quedaban demasiadas oportunidades a su edad. Así que le abrió y lo dejó pasar. Y allí estaba ahora, en el salón de su casa, sentada a la mesa del comedor, entre pilas de libros y poemas de autores polacos y una tableta de chocolate con nueces a los que Miriam era adicta.

Me encantó escucharle hablar de emociones. No iba a ser yo quien le echara en cara esa historia de amor tan linda como desigual. ¿Su novia era mayor de edad? ¿No se supone que una estudiante de doctorado tiene las ideas claras y la cabeza en su sitio? ¿No es libre Miriam para elegir estar con un hombre mayor? ¿No es libre Nicolai para decidir estar con una muchacha joven? ¿Los obligaba alguien? ¿Se lo pasaban bien en el despacho? ¿En el salón? ¿En la alcoba? Pues estaba todo dicho. Y,

además, no era yo el más indicado para dar lecciones de moral ni de amor.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no eres el hombre más indicado?

—Porque soy un desastre con las mujeres.

—Un hombre apuesto, joven, inteligente como tú...

—Gracias, Nicolai. Va a hacer que me sonroje.

—Hablo en serio.

—No sé si seré todo eso que dice pero está claro que no me ha llevado a ninguna parte. Las mujeres me contratan y me hacen confidencias para que les resuelva un problema, pero no me eligen como pareja.

—¿No será que eres muy exigente?

—Y dale con la exigencia. Hace poco hablaba con una amiga sobre eso. Ella tiene a gala ser muy exigente. Dice que es lo único que le queda y tiene razón. Pero yo, más que muy exigente, soy muy cómodo. Me he hecho ya a una vida de rutinas y vicios de los que es difícil salir.

—Eso me ocurría a mí. Hasta que apareció Miriam. Mi novia me ha cambiado la vida. Coño, hasta a mí me parece raro lo de mi novia. Pero es lo que es. Y me gusta cómo suena. Pues yo tenía una vida cómoda y rutinaria hasta que ella llegó a revolverlo todo. Y ahora compartimos las rutinas y los vicios y es lo más maravilloso que hay.

—Sí que lo es. De verdad. Pero usted tiene un trabajo que le da prestigio, un sueldo fijo y una paga de jubilación. Se rodea de jóvenes estudiantes y de escritores amables, aunque sean disidentes. Yo me gano la vida entre mentirosos y criminales. La amabilidad en mi mundo es lo más sospechoso que hay. Y todo *quisque* quiere jubilarme antes de tiempo. Eso no viste nada en una tarjeta de presentación ante una mujer, ¿verdad?

Eran las diez y media cuando pagamos. Sin vino y sin postre (ninguno de los dos era goloso) la cosa fue tirada: doce euros por barba y dos cincuenta de propina. El profesor quiso hacerse cargo de la cuenta, en compensación a mi almuerzo en San Cristóbal, pero yo me negué, deje, deje, que por esa regla de tres me tocan a mí las putas y voy a necesitar otra media docena de muertos para sufragar la broma; ni de coña, pagamos a escote la cena y lo que venga después.

Dzurinda tuvo, entonces, un gesto de duda. Para mí que empezaba a arrepentirse

de haberme acompañado. Había presumido tanto, durante la cena, de lo feliz que era con Miriam que le parecería una indignidad venirse conmigo a un burdel. Me dio cierto reparo su indecisión y decidí echarle una mano, a ver, Nicolai, esto funciona así: por lo pronto, vamos a tomarnos una copa en un bar de alterne, ¿de acuerdo?; cierto es que estará lleno de mujeres con quienes pasar un rato (creo que los ratos, allí, se miden por horas; y las horas deben de salir no menos de sesenta euros) pero no tenemos que acostarnos con ellas; yo necesito información que me ayude a entender un asesinato y usted tiene que abrir los ojos (sólo los ojos, ¿vale?, eso no se considera infidelidad) y traducirme todo lo que yo sea incapaz de entender.

»Es probable que ni siquiera tengamos que visitar un reservado, ¿dígame?, bueno, si llega el caso de que nos veamos en ese dilema, simule que ha bebido demasiado y que en tales condiciones no va a poder hacer mucho, ponga cara de pena para que parezca que la cosa le jode, fínjase humillado en su hombría (así la chica estará más dispuesta a sincerarse con usted); y una cosa que puede ayudar es que le hable en su idioma, que lo vean como un padre, ¿perdón?, bueno, disculpe, no me refería a que estuviera chocheando, carajo, qué susceptible, que lo vean entonces como el mejor amigo de su padre, eso; a lo mejor la muchacha que le toque, ¿eh?, por supuesto que puede elegirla usted, hombre, hasta ahí podíamos llegar, quien paga manda, era una forma de hablar, y deje de interrumpirme o no acabaré ni mañana de darle instrucciones; pues eso, la chica que usted elija quizás le cuente cosas que a mí jamás me contaría, ¿lo ve?, al final me va a venir genial que haya venido.

Dzurinda se sintió, a todas luces, renacer de sus dudas. La perspectiva de serle infiel a Miriam le repugnaba pero, del plan que acababa de trazarle, en absoluto se infería nada parecido a la infidelidad. De manera que podía acompañarme esa noche sin pasarse, luego, una semana aperreado por los remordimientos.

El nombre del antro le venía al pelo. Se llamaba Katiuska. Y todo olía a ruso: la decoración, la música, las bebidas, las putas. Nicolai parecía estar en el salón de su casa. Yo me sentía, como diría Sabina, igual que un dandi con lamparones. Sobre todo, por el ruido. Y es que tengo una sensibilidad extrema para los ruidos. Siempre me ha resultado irónico (hipócrita, para mejor decir) que te forme una bronca porque fumas en público alguien a quien el público le importa lo que se dice un huevo a la hora de gritar y reírse al primer mal chiste. ¿No es sarcasmo tener que soportar conversaciones de lo más estúpidas y a voz en grito de gente que, luego, se queja amarga y sonoramente porque le molesta el olor del tabaco? En el Katiuska el ruido superaba al olor. Imaginé que era una estratagema: así el cliente tenía que arrimarse al oído de las putas, a cinco centímetros del canalillo de sus escotes, a un suspiro de sus perfumes chirriantes. Puro reclamo sexual.

Nicolai quiso sentarse a una de las mesas del fondo del salón. Supuse que era su manera de pasar desapercibido: aunque era difícil que algún conocido suyo pudiera

aparecer por el burdel (de los míos, como luego comprobaríamos, podía esperarse cualquier cosa), quería curarse en salud. El problema, así se lo hice saber, era que desde la mesa que él pedía no nos íbamos a enterar de nada, se nos escaparían los detalles; y allí habíamos ido a enterarnos de cualquier detalle que pudiera valernos. Además, lo más probable era que, entre la penumbra grisácea del prostíbulo y la fragancia dulzona de las chicas, nos quedáramos dormidos antes de acabar la primera copa. Así las cosas, nos sentamos a la barra del bar: lo suficientemente lejos de los altavoces para poder charlar, lo suficientemente cerca de la puerta para observar quién entraba.

Aún era demasiado pronto. Los clientes estarían cenando a esa hora y no llegarían hasta más allá de la medianoche. Sólo estábamos nosotros y otro par de turistas entrados en copas, en kilos, en años, que escondían sus risotadas detrás de la cortina de dos inmensas jarras de cerveza. La ausencia de parroquianos servía bien a nuestros planes. Podíamos hablar con algunas de las putas antes de que las reclamaran otros hombres. En pocos minutos estuvimos rodeados por cuatro muchachas de la edad de Anne Marie. Recordar a la polaquita y deprimirme fue todo uno. Por mucho que intentara disimularlo bajo una investigación, nadie me podía rebajar la acidez de estar aprovechándome de la miseria ajena. Aquellas chicas estaban allí sonrientes, sí; amabilísimas, claro; dulces, cómo no. Pero en contra de su voluntad. Igual que Anne Marie, anhelarían otra vida distinta. Querrían ser enfermeras o maestras o amas de casa. Querrían sentirse amadas, amar a alguien, tener hijos. Lo de putas era un lujo al lado de sus antiguas vidas, ya. Pero también un sucedáneo de lo que esperaban al abandonar su pueblo.

Todo formaba parte de un negocio interminable en el que ellas eran el eslabón más frágil, el primero en quebrarse, auténtica carne de cañón. Hablando en plata: a quien me hubiera gustado cepillarme esa noche era a Turdanov, a Bonaventura y a toda la morralla de secuaces que los acompañaban. Ellos eran los que vivían como reyes y no Sofía, Cristina, Leticia y Evelyn, nuestras animadoras, que bastante hacían con mantener el tipo en la barra del Katiuska.

Tenía que superar mi aprensión (Dzurinda parecía haberla superado no más llegar las chicas) aunque sólo fuera por seguridad. Nada más sospechoso que un putaño a quien le dan lástima las putas. De haber alguien espiando detrás de los cristales de la barra, comenzaría a preguntarse de un momento a otro qué pintaba yo allí si no bebía nada ni me mostraba interesado en Sofía ni en Cristina ni en Leticia ni en Evelyn, la más guapa de las cuatro, con una melena negra, unos ojos marrones y unos labios carnosos tan poco rusos. Y, qué caramba, yo no estaba allí para redimirlas; me bastaba con evitar que las mataran y las descuartizaran igual que a su compañera.

Tomamos una copa. Nosotros, alcohol de verdad; ellas, agua limonada a precio de champán. Les seguimos la corriente a las muchachas. Estaban en su salsa (picante y

revoltosa). Les parecíamos encantadores, sobre todo el abuelo, que no paraba de reírse por cualquier cosa. Nicolai, en un aparte, me confesó que era risa nerviosa. Que no me creyera su actuación. Que había esperado encontrar a mujeres más hechas. Más tetonas. Con más adobo. En fin, putas convencidas y convincentes, y no niñas con los senos y la sonrisa breves (la muerte reciente de la sirena, se entreveía, les había agriado un poco la mirada), más cerca de estudiantes Erasmus que de maestras del vicio. Y eso lo hacía sentirse peor. Lo entendí. Le repetí que se limitara a charlar con ellas y a quedarse con la copla de todo. No estaba haciendo nada indigno, nada de lo que tuviera que arrepentirse. Las muchachas, en definitiva, iban a cobrar su tributo por cada copa que logaran arrancarnos. ¿Por follar?

Por follar cobrarían algo más. Pero eso se lo íbamos a dejar a otros con menos escrúpulos que nosotros. ¿Yo también los tenía?

Pues claro que sí. ¿O no recordaba la conversación que habíamos mantenido hacía menos de una hora? ¿No era yo un hombre joven, apuesto e inteligente, o Dzurinda lo había dicho por halagarme los oídos? Pues a los hombres jóvenes, apuestos e inteligentes nos parecía innoble pagar por echar una vaina. No descartaba que de allí a veinte años (si no tenía la suerte de encontrar a una novia como Miriam) me diera por las putas. Pero aún podía elegir. Igual que Inés. Me quedaba al menos la dignidad intacta, la voluntad de enamorar a una mujer y no comprar su amor o su tiempo.

Tuvimos que dejar las confidencias porque las chicas empezaron a quejarse del poquísimo caso que les hacíamos. Sofía y Leticia, de hecho, ya nos habían abandonado para recibir a unos tipos que acababan de entrar en el garito. Y fue entonces cuando me llevé la primera sorpresa de la noche. Era un grupo de canarios (su acento y sus mañas los delataban a la legua) entre los que sobresalía uno grande y montaraz. Uno al que yo había visto antes, de eso hacía tres o cuatro días, ya ni llevaba la cuenta. Uno que tendría que sudar tinta para explicar qué extraña casualidad lo había llevado al lugar de trabajo de una muchacha a quien habían descuartizado en su cantera. Manuel Lozano III.

Lo que más me desconcertó fue su desparpajo. Otro en su lugar se hubiera descompuesto al verse sorprendido con las manos en la lata del gofio, se hubiera inventado una excusa para justificar lo injustificable, hubiera arañado una mentira apresurada. Manuel Lozano III, no. Antes al contrario, se mostró arrogante, se convirtió en Mr. Hyde (nada que ver con el Dr. Jeckyll que me había revelado el funcionamiento de su maquinaria unos días antes), incluso pareció culparme a mí por irrumpir de aquella manera en su vida privada, ¿o no era privado irse de putas? Por supuesto que lo era. Y yo, por lo tanto, no esperaba una explicación (¿acaso era el guardián de mi hermano?), pero esa actitud sobrada de estrecharme la mano, de

echarme el humo de su cigarro en la cara, de sostenerme la mirada con un respingo de estar perdonándome la vida me supo a pomelo. Y ya bastante jodido estaba yo con mis propias contradicciones para aguantar las de un marmolista putaño. No. No era el momento de ajustar cuentas. Ninguno de los dos estaba en posición de envidar. Habíamos ido allí cada uno a lo nuestro: él no sé, pero yo tenía otro negocio entre manos. Arrieritos somos... y más adelante, sí. Más adelante, Lozano y yo nos veríamos las caras. Con más luz, menos testigos y, sobre todo, sin el ruido infernal que salía de los altavoces, que me estaba volviendo loco ya.

Regresé con Dzurinda y las dos chicas, que (a río revuelto, ganancia *de pecadoras*) ya estaban apremiándome *al abuelo* a que pasáramos a un reservado. Nicolai no sabía qué responder y sólo hacía que darles largas a las putas. Vio los cielos abiertos cuando volví a sentarme en la banquetta. Me hizo un resumen de lo que me había perdido y me contagió su conflicto. Tenía que decidirme y no disponía de mucho tiempo: si aceptaba la proposición de Evelyn (a esas alturas ya las cartas estaban dadas y a mí me había tocado en el reparto, como se vería después, la dama de trébol), perderíamos comba de lo que sucedía en el salón del prostíbulo; si no la aceptaba, las chicas se mudarían de barrio en busca de clientes más dispuestos. Le hice un gesto a Nicolai para que visitara los lavabos. No importaba que no tuviera ganas de mear. Es que me habían dicho que la decoración de los retretes era soberbia. Dzurinda dio un respingo, por fin me comprendió, menudo espía me había agenciado. Luego me guiñó el ojo y se disculpó con las putas. Entre tanto, quise subir la apuesta con ellas, nada más que para dejar sentado que no habíamos ido allí sólo por el vodka. ¿Qué tal si nos mandáramos a mudar a otra parte?

¿Adónde?

A algún lugar más tranquilo. Seguro que ellas tendrían un apartamento donde tomar una copa y charlar sin tanto ruido de fondo. Les conté que mi amigo era tímido, primerizo en esas batallas, y que prefería un rincón más apartado, sin tantas miradas entrometidas. Sabía que ellas no podían aceptar. Su trabajo era así: nada más acabar con nosotros volverían a la barra a por más clientes, una rueda que no terminaba hasta que amanecía o hasta que aparecía alguien importante (desde luego, nosotros no lo éramos) que las contrataba por el resto de la noche. No podían aceptar y no aceptaron. Aunque yo había ganado los minutos que necesitaba el profesor para empaparse de todos los pasquines del retrete. Entonces, sí. Cuando Nicolai regresó al salón, acepté la proposición del reservado. No era cuestión de que saliera un mafioso impaciente y antipático de detrás del escaparate a echarnos una bulla por hacerles perder el tiempo a sus putas. Allí se iba a lo que se iba y no a pelar la pava. Si no pensábamos follar, lo mejor que podíamos hacer era acabarnos la copa, pagar y marcharnos por donde habíamos llegado. Qué coño nos creíamos. Pues se dijo: a las habitaciones. ¿Entrábamos los cuatro juntos?

Si queríamos, sí. Pero eso nos iba a costar un pico. Más de dos se consideraba orgía y las orgías en el Katuska venían aparejadas a una botella de champán y bombones y el reservado grande para gente importante. Ni hablar. Ni champán ni bombones ni grandes reservados. Le di ánimos a Dzurinda (le recordé lo que habíamos hablado de quitarle a la chica antes la información que las bragas) y me perdí con Evelyn por una puerta roja, una puerta rusa, una puerta de burdel.

SI LAS HABITACIONES de un hotel cualquiera siempre me han parecido tristes y desabridas, con esa decoración insulsa y esas sábanas frías, las de un hotel de putas son la alegoría de la tristeza. Había un camastro con una colcha oscura, acartonada, grisácea, para ocultar el rastro de anteriores encuentros. Una lámpara con la tulipa púrpura arrojaba su luz estridente sobre un rincón del techo. Y los espejos nos rodeaban como indios: allá donde miraras, tu propia sombra parecía querer prepararte una emboscada. Un panorama deprimente ése de verse uno desde todos los ángulos: esa noche descubrí que me estaba quedando calvo a la altura de la coronilla y que los pantalones me quedaban demasiado folludos a la altura del culo. La melena de Evelyn, sin embargo, brillaba por encima de las sombras chinescas del cuarto. Y su pantalón le marcaba hasta la última estría de las nalgas. Es lo que tienen los veinte años.

Sobre la única mesilla de noche, junto a la lámpara, se dibujaba un bodegón estrambótico: un cenicero de cristal, un paquete de condones, una botella de whisky, un solo vaso, todo sobre un mantel de encaje beis. Al otro lado de la habitación, una puerta entreabierta daba a un baño tan iluminado que, en contraste con la penumbra del cuarto, parecía que dentro estaba amaneciendo. Evelyn me invitó con un movimiento de su dedo índice a que la siguiera. Se perdió, coqueta, tras la puerta. Le gustaba ducharse, eso dijo, antes y después del sexo. Chica lista Evelyn, además de aseada: dos duchas con contoneo y el reloj corriendo. No. Era más que eso. De pequeña había vivido en un poblacho donde el agua era un tesoro. Se bañaban una vez a la semana. Y, cuando llegó aquí, se vengó de tanta miseria acumulada. Se pasaba horas en la bañera. Leyendo. Oyendo música. Pensando. Era su paraíso.

Acepté el llamamiento. No tenía intención de acostarme con ella, así que todo lo que fuera permanecer alejado de la colcha renegrada y con hedor a sexo apresurado me sonaba a gloria. La muchacha se desnudó despacio. Otros cinco minutos malgastados, un *striptease* de oro. La dejé que se moviera a gusto, que su camiseta de tirantes azules se despeñara por el abismo de su cintura, que sus brazos jugaran a esconderse detrás de la espalda para desabrocharse el sujetador, que con dos dedos se bajara la cremallera de la falda en un puro *staccato*, y jugara a balancear la línea negra de sus bragas minúsculas, que me dejara ver con picardía (de nuevo el dedo índice me invitaba a seguirla al placer) su sexo blanquecino.

Mi desnudo fue mucho menos seductor. Mientras Evelyn (de espaldas, doblando levemente una rodilla, apoyando una mano en la cornisa de la bañera, con calculado movimiento de caderas) abría el agua para equilibrar la temperatura, yo me quité la ropa sin dejar de observar el perfil (sólo el perfil) de su silueta nívea. En otras circunstancias, aquel desafío hubiera bastado para sentirme en casa, para olvidar la espesa sensación de estar comprando el cuerpo de una chica, para dejar de lado la luz del cuarto, la colcha acartonada, los espejos danzones alrededor de la hoguera de la

lámpara. En otras circunstancias hubiera traicionado los consejos a Nicolai. En otras circunstancias no hubiera malgastado ni una gota más de agua, ni un segundo más de tiempo, ni un gesto más de contención. Pero entonces, de pronto, Evelyn se giró para cerrar el grifo y, desde el balcón de su culo, una flor azul índigo (un trébol) me miró a los ojos, me sacó la lengua, se burló de mí. Bajo el trébol, una frase en cirílico. Y con la frase, el recuerdo de una sirena rota, quebrada a la mitad. Definitivamente, ya no iba a necesitar la excusa de haber bebido demasiado.

Evelyn me observó de arriba abajo. Había más extrañeza que decepción en sus ojos marrones, eres el primer hombre a quien mi culo no se la pone dura, ¿estaré perdiendo facultades? Y yo, sentado en la tapa del retrete, con la piernas cruzadas (no fuera que, a pesar de todo, mi pasión se sobrepusiera al asco que me daban los tatuajes), no, cariño, tu culo y tus facultades están en buena forma; soy yo el que anda algo flojo, cuatro copas alegres encima y una historia triste detrás. Evelyn me miró por primera vez como a un hombre y no como a un cliente, ¿de veras?, ¿una historia de amor?, lo siento mucho, aquí vienen los hombres a olvidar sus amores pero enseguida se ponen a tono; tú debes de quererla mucho todavía. Y yo, siguiendo el juego loco en el que me había metido, sí, la quiero mucho aún, y no podré olvidarla mientras viva. Y ella, qué suerte tiene la chica, debe de ser una mujer magnífica. Y yo, lo era, Evelyn, lo era; algún cabrón la descuartizó hace unos días y, no contento con eso, arrojó sus pedazos al océano.

La sonrisa y la lástima se le congelaron en el rostro. Apretó los dientes. Recogió con aspereza la ropa del suelo y regresó al cuarto. Volvió a hacerse de noche. Se había acabado la actuación. La seguí hasta el interior, no quería que su rabia o su desconcierto se le enfriaran también. La agarré por un brazo, suavemente (no era cuestión de que comenzara a gritar), la conocías, ¿verdad?

—...

—Dime, por favor, ¿la conocías?

—¿A Susana? Claro. Todas la conocíamos. Es verdad que era magnífica. La mejor. ¿Quién eres tú? ¿No serás policía?

—¿Tengo pinta de policía?

—Los policías son como los camaleones: cambian de piel según la vegetación.

—Por eso. Si fuera policía, me hubiera aclimatado a este lugar y me hubiese empalmado hace un momento. Tu culo lo merece, te lo juro.

—No te creo.

—No te pido que me creas. Sólo que me acompañes. Y no hablo del hecho de que soy tu cliente. Eso a mí me importa bien poco. No he venido a por sexo. Quiero entender esta farsa. Me paso las noches en blanco desde lo de... Susana.

—¿Desde cuándo la conocías? Ella jamás habló de ti.

—Yo le pedí que no lo hiciera. Y ella aceptó hacer el paripé de que salía con un polaco, un tal Andrei. Pero con quien quería estar era conmigo.

—¿Sabes quién la mató?

—No. Pero daría media vida por saberlo. Y me pasaría la otra media buscando al asesino.

—...

—...

—¿Hasta dónde llegarías por vengar su muerte?

—Hasta el final.

—No sé si creerte.

—Pruébame.

¿Me ayudaría a descifrar el galimatías de polacos y rusos? ¿O me vendería a ellos? Los hampones saben cómo intimidar a sus putas. No obstante, la voz de Evelyn sonaba seria y su determinación, sincera. Estaba desnuda sobre la colcha gris. «Una mujer desnuda y en lo oscuro tiene una claridad que nos alumbra, de modo que si ocurre un desconsuelo, un apagón o una noche sin luna, es conveniente, y hasta imprescindible, tener a mano a una mujer desnuda». Unos golpes en la puerta del cuarto me sacaron, a tirones, del recuerdo de Benedetti. La muchacha me puso el dedo índice (su dedo servía tanto para un roto como para un descosido) en los labios. Se sirvió algo de whisky en el vaso de cristal y fue a abrir. No pude ver quién era. Evelyn abrió sólo un palmo de la hoja, justo para que la visita inoportuna pudiera comprobar que estaba cumpliendo con su trabajo.

La buscaban. Un cliente asiduo y enamorado (¿del mismo modo falso que yo de Susana?). No quería a otra que no fuera ella. Estaba en la barra aguardando. Pero a Evelyn le interesaba acabar nuestra conversación. ¿Podía esperarla una hora?

Y dos también. Pero ¿no acababa a las cinco?

No siempre. Entre semana no había tanto alboroto en el Katiuska. Podía alegar que estaba manchando: aunque yo debía saber que, si bien en su mundo había mucho degenerado suelto, una puta con la regla no servía para mucho.

Cuando salí del cuarto, ya estaba Nicolai en la barra apurando su enésimo vodka. Miraba al espejo como retando a su propia imagen, a su otro yo. ¿Le estaba recriminando su comportamiento? ¿Estaba disculpándose ante él? La música reverberaba igual que un trueno. Hasta los butacones parecían moverse al son de Amy Winehouse. *They tried to make me go to rehab, I said no, no, no.* Tuve que acercarme tanto para hablarle que el profesor se sobresaltó.

—¿Qué hubo, Dzurinda?

—Ya ves. Aquí hablándole a mi copa. Al menos, el vodka es original. Y esto de ser espía da mucha sed.

—A ver si va a cogerle gusto al oficio y me hace la competencia.

—No, gracias. Me gusta más mi trabajo.

—Hace bien. ¿Qué ha averiguado?

—La chica no es rusa. Me refiero a Cristina, no a la sirena. Es ucraniana. De Poltava, cerca de la frontera rusa. Llegó hace dos años. La historia más vieja del mundo. El mito de la tierra prometida. Vino engañada. Es bailarina clásica y la engatusaron con la bonita idea de que aquí tenía futuro. Como artista, primero; y como profesora, después.

—¿Y se lo creyó?

—Tenía dieciocho años. Cuando se quiso dar cuenta estaba bailando encima de esta barra y lo único que enseñaba era el culo. ¿Qué más daba? ¿No decía que sabía mover el cuerpo? Pues a moverlo. Pero no para espectadores de teatro, sino para borrachos, viejos y depravados. Cristina intentó mantener el tipo. Esperaba que las cosas mejoraran. Pero las bailarinas cobran una porquería al lado de las putas. Apenas le daba para comer. Las otras, sin embargo, sacaban para vivir de un modo más decente (qué ironía lo de la decencia) y podían mandar dinero a sus familias en Ucrania.

—¿Por qué no se volvió?

—¿Adónde, Ricardo? ¿A la miseria? ¿A soportar la burla de su gente? ¿A reconocer su fracaso? ¿Su estupidez? No. Tiene cinco hermanos. Su padre es maquinista de tren y su madre, costurera. Necesitan de su ayuda. Eso lo sabían los mafiosos cuando fueron a tentarla.

—Menuda mierda, profesor.

—¿Y qué esperabas? Lo otro es el cine. Esto es la vida. Chicas de la edad de Cristina que sueñan con la fama o, mucho menos, con la felicidad. Y acaban en sitios como el Katiuska, o peores que el Katiuska: aquí al menos no les dan palizas, sólo las tatúan.

—A eso quería llegar, ¿qué hay de los tatuajes? ¿Llevaba algo la ucraniana?

—Una flor (una dalia) pequeña con una leyenda en la nalga derecha.

—¿Una leyenda?

—Sí.

—¿No será parecido a esto?

Le escribí en una servilleta lo que recordaba del culo de Evelyn. Parecido, no. Era

lo mismo. Yo lo había escrito mal, por supuesto, pero Dzurinda tradujo mi jeroglífico sin esfuerzo. No había duda. La leyenda era idéntica: «Añorar el pasado es correr tras el viento». Muy inspirado, sí, pero ¿de dónde salía?

Del folclore ruso. Un viejo proverbio. ¿Significaba algo?

Significaba que los matones tenían su vena poética. Ya. Seguro. Y yo me enternecí. Ande ya, Nicolai. Todo lo lírico que el profesor quisiera pero no dejaban de ser lágrimas de cocodrilo. Una amenaza para las chicas. Una forma de decirles que aceptaran lo que tenían, que ya no había vuelta atrás, que ni se les ocurriera soñar con regresar a casa. Eso, por otra parte, seguía dejando en el limbo el origen de todo: ¿qué pretendía el calvo al deshacerse del tatuaje de Susana (me sonó extraño el nombre, tan habituado estaba a hablar de *la sirena*)?; ¿tenía algo contra la poesía? Quizás hubiera sido un aviso. Un desafío, cuando no una provocación abierta y clara. Andrei querría jactarse ante Turdanov (o ante quienquiera que moviese los hilos en aquel guiñol) de que los polacos también sabían ser duros. En fin, que le importaban un huevo sus putas y sus proverbios. En ese momento me acordé de Alkemade, el tatuador holandés. Había hecho tremendo negocio con las putas del Katiuska, pero de qué poco le había servido al final. ¿Había descubierto Nicolai algo más en el baño?

No. Por supuesto que había pintadas en las paredes y en las puertas del retrete, pero casi todas estaban en español (alguna había en inglés y en alemán). Nada de ruso. Claro. Qué estúpido yo. Habíamos visitado el retrete incorrecto. ¿Cómo?

Eso. Que nos habíamos equivocado de baño. Estábamos en un burdel, carajo. Si había algo de interés para nuestro caso, estaría en el baño de las putas, no en el de los clientes. Allí sólo iban hombres. E iban a follar, no a hacer un alegato en contra de la esclavitud. ¿Y ahora qué hacíamos?

Pues visitar el baño de mujeres. No había otra. Dzurinda tendría que hacerse el sueco y entrar como quien no quiere la cosa. Si lo pillaban, que contestara en cualquiera de los seis idiomas que conocía o, más simple aún, que dijera que se estaba meando y el baño de caballeros estaba ocupado. Nicolai echó un vistazo al salón y se tranquilizó. Tenía vía libre: allí putas y putañeros, como Antón Pirulero, cada cual atendía a su juego. Así que se levantó y desapareció por la puerta trasera. Iba tambaleándose, no supe bien si por el efecto de los vodkas o porque empezaba a meterse en su papel de cliente borracho y despistado.

Entre tanto, apareció por el otro lado de la barra una chica nueva (al menos yo no la había visto hasta entonces) preocupada por mi aparente indiferencia, ¿qué va a tomar esta noche? Si hubiera sido Álvarez, le hubiera respondido, esta noche me voy a tomar por culo, pero mi acidez no llegaba a tanto. Le contesté que un café me vendría muy bien porque tenía que conducir hasta casa y otra copa me iba a tumbar. No era tiempo de café. ¿Hay un tiempo de café?

Bueno, lo que quería decir Luma (diminutivo de Ludmila) era que la cafetera se apagaba a las ocho de la tarde. ¿No querían a los clientes despiertos?

Ah, eso había que preguntárselo al jefe, Luma sólo servía las copas. Pero, a cambio de no saber, me iba a servir una que acabaría con todos mis problemas de un solo golpe. Un combinado que me despertaría, me ayudaría a engañar al alcoholímetro de la Guardia Civil y, lo mejor, me prevendría contra la resaca del día siguiente. Sonaba a agua bendita, ¿de qué estaba hecho?

De vodka, la duda ofendía. Pero muy rebajado con zumo de tomate y algo de limón y un poco de picante para que no pareciera un refresco. Lo dijo como si se lo hubiese aprendido de memoria. Y yo le seguí el juego, eso no explotaría, ¿verdad?, con menos fabricaban las bombas los suicidas palestinos. La muchacha estalló en una carcajada. No, era más suave de lo que creía, una receta heredada de su abuela, allá en Moldavia. Me quedé con las ganas de explicarle a Luma que lo que me ofrecía era un Bloody Mary de toda la vida. No quise aguarle la risa: su abuela quedaría como una impostora; ella, como una tonta (¿Bloody Mary no era una piratesa de los mares del Sur?); y yo, como un enterado de la caja del agua.

Acababa de probarlo (hice de tripas corazón para que no se me notara la revoltura) cuando el profesor volvió a surgir de las catacumbas del Katiuska. Traía la pinta del arqueólogo que acaba de descubrir la tumba del último faraón. Ya no se tambaleaba. ¿Había dejado de fingir o se le había pasado la tajada de la emoción? Miró mi copa con algo de escepticismo, ¿vodka con tomate?, menudo sacrilegio, eso es tan absurdo como beberse el veneno y el antídoto al mismo tiempo. Lo apremié para que me contara su descubrimiento. ¿Muchos letreros?

Lo habitual en un baño: alguna declaración de amor, un par de versos cursis y muchas groserías que Nicolai se negaba a reproducir. Eso sí. Esperaba por el bien del negocio que los clientes no llegaran a leerlos nunca. No salían muy bien parados. Las putas aludían sin pudor al tamaño (excesivo) de sus barrigas. Al tamaño (ridículo) de sus pollas. Al tamaño (menguante, gracias a ellas) de sus billeteras. Y también al sudor y al hedor y a las babas y a más detalles que me iba a ahorrar por pura amistad. Ya. Pero con eso no íbamos a ninguna parte. Comencé a lamentar haberlo embarcado en aquella travesía para tan poca pesca, y Dzurinda me detuvo, no tan deprisa, que aún no he acabado. ¿Había más?

Sí que había. Algo muy curioso. Todas las pintadas sobre el amor y el sexo estaban a la vista. Todas excepto una, que se escondía bajo una pátina de pintura blanca. Y, claro, mi hombre llevaba muchos años lidiando con estudiantes para saber distinguir entre un apunte y una chuleta. Y aquello era una chuleta. Con la llave del coche comenzó a raspar sobre la pintura. Con cuidado para no desbaratar el texto. Y entonces apareció la inscripción del último faraón o, mejor dicho, de la última diosa

egipcia. ¿Qué decía?

Era una nota extraña, escrita en lo que el profesor creía lápiz de ojos: «No le temas a la muerte. Ya estás muerta, de hecho. Témele a *Ku...*, que es capaz de matarte dos veces». Joder. Y ¿quién era *Ku*? El nombre era más largo pero en ese punto la pintura se descascarilló y se había borrado todo. Vaya por Dios. Ya podía haberse jodido en otra parte de la pintada. Y se borró, pero era más fácil interpretar el sentido de una frase que un nombre ruso. ¿Estaba en cirílico?

Sí. Eso no lo pudo ocultar la censura. Ya teníamos una buena pista que seguir. Llamé de nuevo a Luma. Le doré la píldora con lo riquísimo que estaba su combinado, jamás había probado nada igual. Ahí tuve que taponarle la boca al profesor, que ya inauguraba una de sus inconveniencias (¿cómo que *su* combinado, si eso es un Bloody Mary de mier...?) y presentárselo a la muchacha que nos miraba, orgullosa de su abuela moldava, desde detrás de la barra. Y le pedí un favor. No era para mí, sino para mi tío Nicolai. Resultaba que el hombre recién había recibido una carta de Rusia y no sabía leerla. Era muy importante porque tenía que ver con una herencia. Así que necesitábamos a alguien que supiera ruso. Si Luma se puso nerviosa ante la petición, lo disimuló. Su gesto era más bien de tristeza por no poder ayudarnos ella misma. ¿Quién podría?

Allí nadie. Sólo había una chica que hubiera podido pero ya no trabajaba en el Katuska. En verdad, ya no trabajaba en nada.

Ya *no era*. Había tenido un accidente desgraciado. Sí. ¿No lo habíamos leído en los periódicos? Esa misma. Una tragedia. Se llamaba Susana y ella sí que nos hubiera podido leer la carta. Y hasta responderla porque lo hablaba y lo escribía sin problemas. ¿Y se trataba de la única chica que sabía ruso?

La única. Aquello sólo podía significar que la pintada del baño la había escrito ella. Y eso cambiaba bastante el curso de la investigación. Porque a Susana no la habían matado para avisar a nadie ni para marcar territorio alguno. La habían matado porque empezaba a ser un peligro, tal vez le hubiese estallado la vena rebelde (el pasquín era buena prueba de ello) y hubiese comenzado a hacer reclamaciones impertinentes. Y, por si fuera poco, su asesino trabajaba para los polacos pero le bailaba el agua a los rusos. Turdanov (¿o el mismo *Ku*?) lo habría dejado de topo en el equipo de Bonaventura y, de paso, le habría encargado el trabajo de San Cristóbal. Otro traidor más, joder. Habría que tener un ojo en la nuca porque en aquel partido ya no se sabía para qué portería tiraba nadie.

TENÍA QUE DESPEDIR a Nicolai antes de que Evelyn saliera de la cita con su enamorado. Pero no podía dejar que regresara a Las Palmas en su estado: ni siquiera él, con su asombrosa capacidad de aguantar los vodkas, tenía garantizada la inmortalidad. Y yo no estaba dispuesto a cargar con otra desgracia sobre mi conciencia. Al lado del Katiuska había un hotelito pequeño, tres estrellas más que discutibles, con aspecto de caja de fósforos. Supuse que allí acabarían algunos de los negocios que se fraguaban en el bar de putas. Nadie se espantaría, pues, de vernos llegar a esa hora. Al profesor no le seducía la idea de pasar la noche fuera de casa, Miriam no era celosa pero se asustaría si al levantarse no lo encontraba a su lado en la cama. Muy linda y amorosa Miriam. Pero se asustaría mucho más si la despertaban de madrugada para decirle que su novio había tenido un accidente, ¿verdad?

Verdad. Pues entonces ya estaba. Mi amigo le mandaría un mensaje al móvil para no preocuparla. Nosotros dormiríamos juntos pero no revueltos en el hotel de al lado. Y, al día siguiente, luego de una ducha y un desayuno calientes, regresaríamos tan campantes, cada uno a nuestro trabajo. No tenía sueño Dzurinda. No importaba. Diez minutos delante del televisor de la habitación, con lo que solían echar a esas horas, y se quedaría dormido como un bebé. ¿Y yo?

Yo tenía una cita con Evelyn. No. Que quitara Nicolai esa cara de burletero. No era una cita romántica, los tiros no iban por ahí. La muchacha podía tener información sobre la muerte de Susana (sí, Susana era la famosa sirena) y tal vez decidiera compartirla conmigo. ¿Una trampa?

Era una posibilidad. Ya no me fiaba de nadie en aquella historia de bandoleros y mentirosos, pero tenía que correr ese riesgo si quería progresar en la investigación. Las trampas formaban parte de mi trabajo. Evelyn parecía saber algo, y lo que sabía parecía estar quemándole en la boca. Y yo no podía eludir esa cuestión.

El recepcionista era un tipo con cara de sueño pero habituado, como habíamos supuesto, a ver aparecer por su hotel a gente de todas las raleas. Nos recogió los documentos con desgana y nos ofreció (no llevábamos traza de querer gastar mucho) una habitación de las baratas, cuarenta euros la noche, que daba a la sala de máquinas. Con mantener cerradas las ventanas nos evitaríamos el ruido del motor. Aceptamos. Dzurinda se dormía en la flor de un berro y yo no iba a dormir mucho de todas formas. El cuarto era mejor de lo que pensábamos. Dos camas. Un baño limpio con una bañera sin bichos. Unas cortinas canela y mustias que ni nos atrevimos a descorrer. Y una televisión pequeña con una ristra de canales en todos los idiomas, incluido alguno de sexo por si el cliente del Katiuska se había quedado con ganas. El runrún del motor era constante y, al poco rato, uno acababa por acostumbrarse. Así que, por cuarenta euros, casi una *suite*. Lo dejé allí, acostado sobre la manta, sin desbaratar la cama, y me llevé la llave para no despertarlo cuando regresara. ¿Y

cuándo sería eso?

No muy tarde. El tiempo que tardara Evelyn en desembarazarse de su amante y de su secreto, si lo tenía. Más el tiempo que tardara yo en averiguar de dónde había partido la orden de matar a la única puta rusa del Katiuska. ¿Demasiado fácil?

Nada era demasiado fácil en un oficio como el mío. Por eso el profesor no se iba a mover de allí en toda la noche. Y por eso, cuando amaneciera (estuviera o no estuviera yo en la habitación), se iba a duchar, a coger el coche y a regresar a su casa y a su vida sin mirar atrás, no fuera que se quedara de piedra como la mujer de Lot. Yo me pondría en contacto con él. Se lo prometía. ¿Y si no podía cumplir mi promesa?

Si no podía, si antes de veinticuatro horas no había sabido nada de mí, tendría que contarle toda nuestra aventura a Álvarez. Toda. De principio a fin, sin dejarse nada. Ya el inspector sabría qué hacer con los retales. Pero no había que ser agorero. Yo iba a volver, si no esa noche, al día siguiente.

Evelyn ya se había marchado cuando regresé al burdel. Se había sentido indispuesta pero no quiso pecar de maleducada, así que me dejó una nota de disculpa. Luma me la entregó (venía en un sobre pequeño, de ésos de tarjetas de visita, cerrado) y me guiñó un ojo. Evelyn no se hubiera tomado esa molestia si yo no le gustase. De modo que me recomendaba volver otro día para acabar nuestra *conversación pendiente*. ¿Era frecuente eso?

Sí y no. Era frecuente en las otras, pero no en Evelyn. De hecho, era la primera vez que le había visto ese gesto con alguien. No es que fuese una chica estirada, pero Luma no le recordaba una disculpa como la que me acababa de dar a mí. A partir de aquella noche yo sería un cliente privilegiado en el Katiuska. Sólo bastaría que preguntara por Evelyn y todas las puertas se me abrirían. Lejos estábamos los dos de presentir lo que iba a ocurrir en la siguiente media hora.

Le di las gracias y una propina a Luma. Prometí volver a tomarme un cóctel de los de su abuela. Y si alguien le hablaba de una tal Bloody Mary, que no hiciera caso, serían maledicciones. Esto último no lo llegó a escuchar porque la música cambió de golpe y comenzó una canción estridente que auguraba dejarnos sordos a todos.

En la nota, Evelyn me citaba en un apartamento a dos manzanas del bar. Lo de las dos manzanas lo supe, luego, gracias a un taxista. Había una parada en la esquina y pregunté al primero de la fila. Un tipo franco y elegantín, si bien de dudosa honorabilidad: si hubiera sido yo turista, me hubiera dado un rodeo (Playa del Inglés tiene más cruces que un cementerio, dijo sonriendo) hasta llevarme a la dirección que le había dicho; pero a un paisano no lo podía engañar. Mi calle estaba siguiendo la avenida principal y doblando la segunda a la izquierda. Cinco minutos a pie. No había pérdida.

Los apartamentos se llamaban Princesa, un nombre muy apropiado para la ocasión. Y el veintidós A era el último de la segunda planta. Volví a mirar el papel por si me había equivocado con las prisas. No. El veintidós A era aquella puerta. Sin embargo, nadie respondió a mi llamada. Insistí (quizás Evelyn se estuviera dando una de sus largas duchas) pero no hubo suerte. Pegué la oreja a la madera y tampoco. ¿No habría llegado aún? ¿Se habría entretenido en comprar cigarrillos en algún bar? Volví a bajar las escaleras y a recorrer de arriba abajo el tramo de acera de los apartamentos Princesa. Ni rastro de la chica. Ni de ella ni de nadie. La noche y la calle estaban silenciosas.

De repente, alguien gritó. Un aullido feroz como de animal herido quebró el silencio. Y a mí me regresó la misma angustia que había sentido cuando lo de Palmira y el calvo. Corrí hacia el lugar de donde había partido el grito y me encontré una escena dantesca, caótica, que acabó de helarme la sangre. Un grupo de jóvenes se movían, desconcertados, junto a un contenedor debajo del cual sobresalía un bulto sombrío. Una muchacha con un traje blanco vomitaba en la verja de un bungalow. Otra, la autora del grito, aún lloraba histérica y se llevaba las manos a la cara. Un chico rubio, sin saber a cuál de sus amigas amparar primero, hablaba de un modo atropellado por el móvil, que sí...

... una mujer... parece muerta pero no nos atrevemos a moverla... de acuerdo... pero vengan pronto, por favor.

Cuando llegué vi el bulto. Parecía una bolsa de basura abandonada. Qué más hubiera querido yo. No me costó reconocerla a pesar del estropicio que le habían hecho a su cuerpo, tan joven, tan vivo hacía sólo unas horas. Evelyn. Tendida de lado. Medio desnuda. Sangraba por la garganta y también por la espalda, justo en la frontera entre su espalda y su culo, allá donde una vez hubo un tatuaje. Junto a su brazo momio, los restos de una botella de Smirnoff (aún se mantenía virgen la etiqueta verde) con secuelas de sangre, de su sangre. Le habían rebanado el cuello. Y le habían desfigurado su precioso trébol, que ahora era un hinchado amasijo de carne y piel y asomos de esqueleto. La muchacha del traje blanco seguía vomitando. Y yo tuve que hacer un esfuerzo para no acompañarla. Hijos de puta. Me cago en la madre de todas las Rusias.

Un coche oscuro, tal vez negro, atravesó la calle muy lentamente, como si su conductor no quisiera perder detalle de lo que ocurría al lado del contenedor. Dentro iba un hombre moreno, bronco, enchaquetado. Me escupió una sonrisa cínica a la cara. Y, sin dejar de sonreír, levantó su mano izquierda e hizo el gesto de disparar un arma. Aquel aspaviento me dio oportunidad de darme cuenta de dos cosas: una, que yo no era tan valiente como pensaba (el gesto me estremeció); y dos, que él estaba herido. Sí. Llevaba un vendaje, hecho a vuela pluma con un pañuelo celeste. Aún sangraba algo. Evelyn, bien por ella, se había resistido y, en la lucha, el matón se

había cortado con la botella de vodka. Ojalá se le pudriera esa mano.

Intenté calmar a los jóvenes. Les dije que enseguida vendría la policía a encargarse de todo. Coincidió con ellos en que las cosas se estaban volviendo chungas en la noche del sur. Les expliqué que había mucho matón suelto con ganas de camorra y que la pobre chica era una víctima más de aquel estado de locura que andaba gobernando la calle. Animé al muchacho rubio a que atendiera a sus amigas, convenía apartarlas un poco del cadáver para que no siguieran recreándose en tan terrible espectáculo. Ya a solas, me agaché para ver más de cerca el rostro de Evelyn, para despedirme de la dama de trébol, para condolerme de su perra suerte. Fue entonces cuando algo me llamó la atención. Su bolso estaba abierto en el intersticio entre la acera y el contenedor, y de su boca de cremallera sobresalía un paquete de pañuelos de papel y un mazo de llaves. El llavero parecía estar llamándome, retándome como el matón del coche oscuro.

Con disimulo, a sabiendas de que me la jugaba una vez más, cogí las llaves y me las guardé. Enfrascados como estaban en sus propias miserias, ninguno de los tres se dio cuenta. Ni siquiera de cuando me marché del lugar, sin hacer mucho ruido. Se habían sentado en una esquina de césped del bungalow. Los vecinos comenzaban a acercarse a curiosear y entre tanto mirón nadie me echaría de menos. Una pareja de ancianos, alemanes por su acento, hacía esfuerzos por sosegar a la muchacha histérica. Un hombre, vestido con pijama de rayas, preguntaba al rubio cómo había ocurrido la cosa. Dos o tres más llegaban desde la otra acera con pies de plomo y ojos de susto.

Volví sobre mis pasos al apartamento. Había luz en algunas ventanas del edificio pero ni un alma asomada en ellas. La vida seguía su curso. La Tierra continuaría dando vueltas. La Luna volvería a brillar mañana. Y, esa noche, ellos volverían a dormirse, a rumiar sus problemitas de mierda sin saber que, a unos cincuenta metros de sus rutinas, había muerto una muchacha. Al día siguiente se levantarían con la noticia y correrían a comentarlo entre ellos, más aliviados de no haber sido la víctima que apenados de verdad por el drama.

La segunda de las llaves que probé encajó en la cerradura.

Abrí sin hacer ruido y entorné la puerta con cautela, no fuera que me aguardara una sorpresa dentro. Y me aguardaba. Pero no en forma de canalla navajero que era lo que temía. La casa estaba manga por hombro, toda desbaratada. En el salón, pequeño y mustio, los cojines del sofá mostraban sus entrañas blanquecinas. Los libros en el suelo, atropellados, algunos con las hojas rasgadas. En la cocina, los armarios abiertos y la loza rota. La basura de Evelyn regaba el piso de loseta en medio de un olor a cebolla manida. Más adentro, la habitación y el baño no habían corrido mejor suerte: en una, el matón se había enseñoreado con la ropa (sobre todo,

con la interior), con el colchón, con los cajones del ropero, con las lámparas (¿qué podía esconder una tulipa rosa?); en el otro, los frascos de perfumes se amontonaban en el lavamanos, las toallas habían quedado arrebujadas sobre el bidé. Buscaba algo, eso era más que cierto. Pero ¿el qué?

Lo que fuera no lo había encontrado, demasiado destrozo, demasiada saña. De haberlo hecho, de haber hallado lo que buscaba con tanta desesperación, se hubiera detenido y se hubiera marchado como alma del demonio. Allí, en cambio, todo había sido escrupulosamente revisado. De principio a fin. Hasta el último rincón del apartamento. No me quedaba nada por hacer, pues. Mientras buscaba la puerta de salida, no era cosa de tentar más al diablo de la suerte, pensé en Evelyn. Evelyn. Apenas la conocía pero ya me sentía responsable de su desdicha. ¿Qué sabía yo de ella?

Que trabajaba de puta (serlo era otra cosa bien distinta). Que tenía un tatuaje en el culo y un culo esplendoroso. Que no había dejado nunca una nota a un cliente excepto a mí. Que era joven. Que era guapa. Que se reía con toda el alma. Nada de eso la diferenciaba de sus otras compañeras de viaje. De la sirena rusa, de Luma la moldava, de Cristina la ucraniana, la torre de Babel en un hotel de putas. Todas muchachas jóvenes, desengañadas de la vida, maltratadas, que sobrevivían con más pena que gloria en un mundo obscuro y antipático. Pero había algo más, algo que sí la distinguía entre todas las chicas del Katuska, el único secreto que había querido compartir conmigo antes de morir. Su paraíso. Su querencia, su necesidad, su obsesión casi por el agua. Eso era.

Eso era.

Regresé al baño, al lugar donde Evelyn se pasaba las horas sin que nadie le corrompiera los sueños, a su bañera. Descorrí la cortinilla. Allí no había mirado. Claro. Qué podría encontrar en una bañera sino objetos de baño: un champú, un jabón de manzana, un acondicionador para el cabello, una crema para el cuerpo de después de la ducha, una gamuza en forma de rana verde y bocona (seguía siendo una niña la niña Evelyn). Y una alfombrilla con topos amarillos para no resbalar. Una alfombrilla gruesa, tal vez demasiado para una bañera tan pequeña. Me agaché casi con devoción, como si estuviera profanando la tumba de la chica. Levanté la alfombra. Le di la vuelta. Y allí estaba el tesoro de la dama de trébol.

Una bolsa pequeña de plástico envolvía un fino legajo de papeles. No tenía tiempo ni ánimos de revisarlos en ese momento. Los dejé para mejor ocasión, en cualquier caso, fuera lo que fuese lo que dijese aquellos documentos, no estarían en mi idioma e iba a necesitar de mi traductor particular. Salí del baño, del apartamento, de la vida después de la vida de Evelyn con la firme promesa de que no volvería a dormir en paz hasta que no desentrañara su asesinato. Claro que lo mismo había

dicho del otro y allí estaba, en mitad de la nada, viendo caer las fichas del dominó en que se habían convertido las muchachas de aquel caso. Volví a cerrar la puerta, no sin antes cerciorarme de estar solo en la galería de la segunda planta. Limpié con un pañuelo la manija. Bajé las escaleras como si pisara papel de seda. Salí a la calle. Anduve los diez metros que distaban de la esquina. Y la doblé.

La escena había cambiado. El cuerpo de Evelyn seguía allí, pero lo habían cubierto pudorosamente con una sábana blanca. Andarían esperando a que el forense levantara el cadáver. Dos policías le tomaban declaración a todo congregado al festín de la muerte. A los jóvenes, a quienes aún no se les había pasado el miedo. A la pareja de ancianos tan solícita que llegó después. A los curiosos que acudieron cuando ya la misa estaba dicha. Unas veinte personas se arremolinaban alrededor de una mujer que ya no existía, que no volvería a sonreír ni a besar ni a bañarse ni a negociar con su cuerpo (su alma era innegociable) ante hombres como Lozano y sus amigachos. O su desconocido enamorado, aquí te quiero ver, amigo mío. ¿Qué harás ahora?

¿Llorarás su pérdida amargamente? ¿Sentirás su muerte hasta el punto de dejarte morir tú también? ¿Dejarás de frecuentar el Katiuska? ¿O te consolarás con Sofía, con Cristina, con Leticia, con Luma? No tenía fuerzas yo para más desengaños, así que decidí creer en que el hombre, de verdad, iba a penar de amor. Bajé de la acera. Pasé de largo por la calzada. A la altura del contenedor, fingí que uno de mis zapatos se había desabrochado. Me agaché. Saqué las llaves del bolsillo. Las limpié para secarles las huellas de mi tristeza. Y las arrojé debajo del armatoste negro. El ruido contra la acera hizo que uno de los policías volviera la cabeza. Pero no debió de darle demasiada importancia cuando siguió con su interrogatorio al hombre del pijama de rayas que, a esas alturas, parecía el verdadero protagonista de aquel sainete cruel.

Dzurinda andaba en la misma postura en que lo había dejado. Se había quitado la camisa y el pantalón para no arrugarlos. Y la sábana le cubría hasta la cintura. En la mesilla de noche, sus gafas y su reloj dormían la borrachera igual que él. En la televisión, la CNN Internacional daba cuenta de una guerra (¿quién sabía cuál?; ¿cómo distinguir una entre tantas?): soldados con casco y fusil patrullaban una ciudad destartalada; un coche ardía en llamas; el frontis de un edificio aparecía derruido; dos muchachos, casi niños (rodillas huesudas y cara de hambre) se enfrentaban con piedras y palos a las ametralladoras. Por supuesto que la vida seguiría sin Evelyn. Ante ese horror, ¿qué significaba la muerte de una puta en una isla olvidada? Ella no saldría nunca en la CNN y lo que no sale en la CNN no existe o eso dicen. Pero no. Me negaba a admitir tal iniquidad. Aunque al día siguiente la noticia se redujera a una escueta columna en un periódico local, yo seguiría buscando entre las piedras a su asesino.

Nicolai se incorporó en la cama, desorientado. No sabía dónde estaba ni qué día era. Miró a su alrededor mendigando el significado de aquel cuarto en su memoria. Y, hasta que no se fijó en las cortinas roñosas y oyó la matraquilla del motor, no recordó el hotel. Miró el reloj de la mesilla, has vuelto pronto, ¿no?; ¿qué tal ha ido todo?

—Mal, profesor. Vístase que nos vamos.

—¿Y qué hay del discurso que me soltaste anoche con lo de conducir borracho?

—Se nos hizo viejo. Además, ya se me pasó la borrachera. Conduciré yo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se lo cuento por el camino. Dese prisa.

—¿Tan mal está la cosa?

—Bastante. No se olvide las gafas que le espera trabajo.

La noche estaba fría. Los cristales se habían empañado con el sirimiri de final del invierno. De camino hacia el coche, nos topamos con un par de clientes que salían del Katiuska, ajenos a la muerte de Evelyn. Venían riendo de un modo escandaloso, compartiendo experiencias poco honrosas (¿qué honor hay en pagar por el sexo?; ¿dónde está el mérito?) y comparando el tamaño de las tetas de las putas que habían tenido en suerte disfrutar.

No hablamos. No hizo falta. Nuestras caras eran un puro poema. No sólo no habíamos disfrutado nada en la aventura nocturna, sino que, encima, había muerto una mujer inocente. Dzurinda, al menos, no sentía en el estómago la mordida de la culpa (ni siquiera lo sabía), todo lo más una revoltura de tanto licor y tan poco sueño. Yo me llevaba puesta una corbata de angustia que me estaba apresando la nuez. Ya en la autopista, cuando me sentí lejos del frente de guerra, sin luces en el retrovisor que me intimidaran, saqué los legajos del bolsillo y se los pasé al profesor, han matado a Evelyn; le borraron la sonrisa y el tatuaje con una botella de vodka; esto estaba en su piso, creo que puede explicar por qué lo hicieron.

El viejo se estremeció. Miró el paquete durante un rato sin atreverse a abrirlo. Le sonaban, igual que a mí, a últimas voluntades. Y se sentía, como yo, albacea. Tuvo sus dudas, esto que hacemos, ¿es legal?; más aún, ¿es moral? Me mordí la lengua para no mandarlo al carajo, a ver, Nicolai, ¿le parece poco moral intentar resolver un crimen?; más aún, ¿podría volverse a dormir a gusto si nos vamos a casa y nos olvidamos del asunto como si no hubiera sucedido?; pues entonces, ¿qué coño me está contando?

Lo dejé interpretar los documentos con tranquilidad. Seguí conduciendo, mientras pensaba en los próximos pasos: darle el parte al inspector Álvarez; reparar una deuda con mi abuelo (y conmigo: necesitaba una velada sin carreras, sin sobresaltos, sin nadie que muriera ni matara); ver cómo andaban Anne Marie e Inés. Tenía que

decidir si les contaba algo de lo ocurrido aquella noche: por un lado, quería dejarles claro lo que nos jugábamos al enfrentarnos a los rusos; por otro, no me apasionaba impresionarlas más de lo que ya estaban, sobre todo, la polaca. ¿No dicen que no hay dos sin tres? Pues ella era la siguiente en la lista.

La voz reseca de Dzurinda me sacó de mis pensamientos, ¿qué quieres que te traduzca primero?, ¿la carta o el fax?

—¿Era eso? ¿Una carta y un fax?

—Sí. ¿No lo sabías?

—No. Cuando la encontré, tenía aún el aliento de un asesino en la oreja y no me iba a sentar a leerla. A ver la carta.

—La carta es de Susana.

—Creía que era de Evelyn.

—No. Evelyn es la destinataria. Pero la escribió Susana.

—¿Y qué dice?

—Dice que está asustada. Que sabe que va a morir. Que incluso lo está deseando, harta de doblegarse de esa manera. La han amenazado tanto con lo que pueda ocurrirle a su familia si ella no cumple que ya ni el miedo surte efecto.

—¿Tenían amenazada a su familia?

—¿Cómo crees que mantienen el orden en sus filas? Al más puro estilo comunista. No tienes casa ni trabajo ni ropa que ponerte. Tu madre y tus hermanos son lo único que duelen.

—Tremendos cabrones. Y usted preocupado por la moral.

—Yo no soy ruso, soy eslovaco. Y no trafico con esclavas.

—Lo siento, Nicolai. También yo estoy cansado. Cansado de que se me mueran las mujeres. Me gusta tanto una injusticia como un cáncer de próstata. No me haga caso. Siga, por favor.

—Le habla de su relación con Andrei. Al parecer llevaban juntos casi un año, pero la chica no acababa de creérselo. Era consciente de que la estaban utilizando para joder a *Ku*.

—¿Pone *Ku*? Joder. Mire si le tienen miedo que ni siquiera se atreven a escribir su nombre.

—Eso parece. Y tú también vas a tener que cuidarte mucho con el tal *Ku*, porque, para él, tu vida vale menos que una hoja de arce.

—¿Y eso?

—Es un viejo poema, déjalo. Sigo. Susana se estuvo quedando con Andrei en una

casa enorme llena de habitaciones.

—La de Bonaventura.

—No. La de Turdanov. Al parecer se turnaban para dormir un fin de semana en cada una. Por seguridad. El caso es que allí, una noche, se levantó al baño y se perdió entre tantas puertas. Cuando se quiso dar cuenta estaba en un despacho. No había nadie pero se habían dejado la luz del escritorio encendida. Al ir a apagarla, la sobresaltó un ruido metálico, intermitente. Una máquina de fax comenzó a escupir un documento y ella vio una posibilidad de salir del infierno.

—Ya. Chantajeando al diablo. Mal negocio, Nicolai. Así le fue.

—Exacto. Pero de todas formas lo intentó, Ricardo, que es más de lo que han hecho las otras. Tuvo coraje. No sabe de dónde lo sacó pero lo tuvo. Entonces cogió el documento y se lo guardó. Y (a las pruebas me remito) se lo entregó a la única persona en quien confiaba.

—Evelyn.

—Evelyn. En la última hoja viene una larga y emotiva despedida en la que le pide perdón por comprometerla, por ponerla en peligro. Le habla de la amistad que han ido forjando en los últimos tiempos. Le dice que la quiere. Y le insiste en que tenga cuidado, en que, si a ella le ocurriese algo, deberá entregar la carta (sin esa hoja personal) y el fax a la policía española. Pero que mire bien a quién se confía porque no todos los policías son honestos.

—Eso ya lo sabemos. ¿Y el fax de cuándo es?

—De hace veinte días.

—¿Y qué dice?

—Es un listado de nombres y fechas. Yo no soy detective pero tiene toda la pinta de ser una nómina de barcos y sus horas de ataque: *Estrella de Odessa, Acapulco, Capadocia...*

—¿Y las fechas?

—La primera ya caducó. El próximo es el *Nueva Zelanda*, que llega... A ver... Mañana por la noche.

—...

—...

—Son listos los jodidos.

—¿Por qué?

—Mañana por la noche es el entierro de la sardina. Toda la policía estará controlando el carnaval y en las calles no cabrá un alma. Podrían empezar la tercera guerra mundial y nadie se enteraría con tanto escándalo.

NICOLAI ME MIRÓ con inquietud. Estaba preocupado. Claro, y yo. No. Quería decir que estaba preocupado por mí. Se lo agradecí en lo que valía pero ni se inmutó, dale las gracias al gato. ¿Cómo de grande era su preocupación?

Enorme. Me conocía de dos juergas mal contadas pero me creía capaz de presentarme de noche, en pleno entierro de la sardina, en el Puerto de la Luz, para enfrentarme solo a los mafiosos. ¿Estaba loco o qué?

Ya podía empezar a despreocuparse. Aquél era un traje que me quedaba grande, mucho arroz para tan poco pollo. Segurísimo. Y no necesitaba que nadie me advirtiese sobre ello. Era trabajo para los hombres de Alvarez y la Guardia Civil del puerto. Cuando amaneciera, quedaría con el inspector para darle una copia de la carta (sin la última hoja, hay que respetar la última voluntad de los muertos) y del fax. ¿Una copia?

Por supuesto. Cuarenta años en la pradera para no conocer a Caballo Loco. Y si se perdían los documentos por el camino, ¿qué? Ni hablar. El original se lo iba a llevar Dzurinda y lo iba a guardar como oro en paño. Por si las cosas se torcían y se nos iban de madre. ¿Por qué él?

Porque no tenía otro más a mano, perdón por la franqueza. Y porque nadie lo asociaría con el caso. A Álvarez lo tenían vigilado, por legal. A mí me habían marcado con una cruz, por coñazo. Y a Inés ya no podía pedirle más de lo que estaba haciendo. Así que Nicolai era el único que podía defender el castillo hasta que llegara la caballería.

Cuando cruzamos la playa de La Laja, donde todo comenzó, empezaba a despuntar el alba. ¿Tenía hambre el profesor?

Algo, sí. Pues entonces nos íbamos a desayunar unos churros con chocolate a la plaza del Mercado. Luego, pasaríamos por la universidad para fotocopiar los documentos. Él se volvería con los originales a casa, despertaría a Miriam y le haría el amor para desquitarse de tanta decepción. Y yo, con la copia, buscaría a Álvarez para contarle nuestra noche loca. ¿Por qué así?

Hombre. Si Nicolai lo prefería, cambiaríamos los papeles y yo me iría con gusto a despertar a Miriam. Ah, claro, no se refería a eso. Se refería a por qué no seguíamos juntos. Lo imaginaba. ¿No me había escuchado antes?

Sí. Muy atentamente. Pues no lo parecía, coño. Nicolai Dzurinda se bajaba en aquella parada y se acabó lo que se daba. Lo necesitaba fuera del caso. Mientras menos gente supiera de su existencia, mejor para todos. No pensaba hablarle de él ni siquiera a Álvarez, no fuera que una indiscreción o un descuido nos jodiera la marrana. Yo sabía que podía contar con el profesor, pero ya se había arriesgado demasiado.

Había cuatro gatos en la churrería. Gente que madrugaba y que espantaba el sueño con un carajillo y media docena de churros. Cada uno a lo suyo, retrepados en un taburete de la barra. Nosotros, sin embargo, elegimos una mesa, teníamos más de una hora antes de que abriera la universidad. Sin duda, como apuntó mi amigo, nos hubiera dado tiempo de pasar por casa a darnos una ducha. Pero, probablemente, mi casa estuviera vigilada y el profesor le diera un susto de muerte a su novia apareciendo antes de tiempo. Era verdad, volvió al ataque Nicolai, que teníamos una facha lamentable, que olíamos a alcohol y tabaco perrero. Pero el bedel de la fotocopiadora no estaría, a las ocho de la mañana, para muchos remilgos, ¿verdad? Por eso íbamos a primera hora, para que el chico no se fijara demasiado en los papeles que le dábamos. Después, estaría más despierto o, mucho peor, podríamos encontrarnos con otros profesores dados a cuestionarse todo.

Al segundo sorbo de su chocolate caliente, Dzurinda, para darme la razón, preguntó (más al cielo del bar que a mí) cómo se hacía uno detective, dónde se estudiaba. Cuando yo empecé, en ningún sitio. Ahora hay academias y profesores y hasta una carrera de Criminología. ¿Y cuándo fue eso?

Ah. Eso. Eso fue después de una tajada como un piano que me había cogido con un amigo, el único de verdad que he tenido. El bueno de Miguel *Midas* Moyano. Yo llevaba una vida zigzagueante, desencajada en la que, por más que me empeñaba, no hallaba acomodo. Él era un triunfador, de esos tipos que tienen ojo clínico para los negocios. Cualquiera cosa que emprendiera se convertía en un éxito, por eso lo de Midas. Yo venía de desencantarme de mi tercera carrera universitaria, la de Psicología y él, de ganar quince millones de pesetas de la época en un traspaso extraño e inexplicable: había cogido un cuchitril que nadie quería por Vegueta y lo había convertido en un bar de copas que se puso de moda aquel verano. Estábamos celebrándolo cuando me lo propuso. ¿La agencia de detectives?

No exactamente. Miguel me dio a elegir. Me dijo, mira, Ricardo, yo tengo más dinero del que puedo gastar y tú, más tiempo libre que nadie que conozca, vamos a montar algo. Yo pensé que era el etiqueta negra el que hablaba y no él, y fue al etiqueta negra al que le respondí lo primero que me vino a la cabeza, vale, siempre he querido ser detective privado. Y el cabrón de Moyano, sin encomendarse a Dios ni al whisky, aceptó: al día siguiente estábamos buscando un local para el despacho, una secretaria y una licencia fiscal para poder ejercer. ¿Y la de armas?

Eso es en las películas. Que Dzurinda no confundiera el culo con las témporas. El ex policía cínico con un revólver en el costillar. El renegado bebedor. El audaz investigador que jamás tiene miedo, siempre dispuesto a abofetear a una chica para acallar su llanto. Ése es Bogart, amigo mío. Bogart fingiendo ser Sam Spade. Yo soy detective como podía haber sido vendedor de corbatas o abogado: estudié dos años de Derecho en Córdoba, ¿no lo sabía Nicolai?; pero pasé más tiempo en la judería y en

los bares de la plaza de las Tendillas que en la facultad. No tengo nada de héroe. Sería incapaz de pegarle a una mujer. Aguanto mal la bebida. Y no me gustan las armas. ¿Cómo sobrevivo?

Ése es otro cantar. Mucho de suerte, diría yo, y algo de intuición. Aunque, si tenía ocasión de preguntarle al inspector Álvarez, descubriría que yo lo que soy es una mosca cojonera y perretosa que no sabe dejar la partida cuando va perdiendo. Y también que bicho malo nunca muere. Pero la verdad es que no soporto la injusticia. Me dan grima los tipos que se creen por encima del bien y del mal, los abusadores, los asesinos, los fulleros. Por eso es por lo que, en lugar de contentarme con fraudes de seguro u órdenes de alejamiento, me acabé dedicando a meter las narices donde no me llaman. Aunque éste, a mí que me registren, no era el caso.

A las ocho y cinco estábamos entrando en el servicio de reprografía de la facultad de Nicolai. Antonio, el encargado del turno de mañana, nos atendió con una rapidez y una amabilidad impropias de la hora. Saludó al profesor. Me hizo un gesto respetuoso con la cabeza cuando nos presentaron. Cogió los documentos sin apenas mirarlos y los colocó en la máquina fotocopidora, ¿lo quieren a dos caras, grapados, en tamaño reducido?

Ninguna de las tres cosas. Queríamos cada folio por separado y tal y como estaban. No hubo problema: en medio minuto, Antonio nos entregó el original, la copia y una sonrisa campechana de pasen un buen día.

Allí nos separábamos. Dzurinda me deseó suerte y me suplicó, más que pedirme, que llevase cuidado. Lo iba a tener, por la cuenta que me traía. Le expliqué que, a partir de ese momento y hasta que el caso se aclarara, no debía intentar ponerse en contacto conmigo. Yo lo llamaría cuando todo estuviese resuelto. ¿Y si no?

Vaya con el Dzurinda y su pesimismo del carajo. Qué manera de jeringar con el *si no...* Pues si no, amigo, a nadie le importaría ya lo que hiciera con los documentos. Pero le recomendaba seguir al margen y deshacerse del fax y de la carta. Lo mejor sería hacer copias y enviarlos, de un modo anónimo, a los periódicos, a la policía y al juez. Eso le alargaría la vida. ¿Le parecía suficiente salvoconducto?

Sin duda. Pero, entonces, por si acaso, prefería despedirse de mí con un abrazo. Encantado. Mejor siempre un abrazo que una puñalada. Y me vendría de perlas para animarme el día.

Pasé por una panadería para llevarles el desayuno y el periódico a las chicas. Así, de paso, me haría perdonar por despertarlas tan temprano. Tuve que tocar tres veces antes de que la voz legañosa de Inés me respondiera por el telefonillo. Se habían acostado tarde. Después de una noche casera con cena polaca, sobremesa española y película americana, al final se fueron a dormir cerca de las cuatro de la madrugada. Así que no debía hacer ruido para dejar descansar un poco más a Anne Marie. La

polaquita, sin embargo, ya nos había oído cuchichear en la cocina y no había querido perderse la fiesta.

Apareció vestida (por decir algo) con una camiseta y un breve culote. Así, descalza y despelusada, parecía aún más niña. Inés preparó café mientras yo las ponía al día de los acontecimientos. Barajé con cuidado verdades y mentiras a fin de no tener que entrar en detalles escabrosos. Había pasado la noche vigilando delante del burdel por donde solían parar los rusos. ¿Entrar?

Ni se me ocurrió. ¿Por vergüenza?

Uy, la vergüenza. La vergüenza se me había quedado en alguna parte del camino, allá por los setenta. No. Fue por precaución. No me iba a meter en la boca del lobo sin protección ninguna. Hice guardia en el coche, a cincuenta metros de la puerta del Katuska. Sí. Katuska era el nombre del burdel. Así de originales son los rusos. ¿Algún descubrimiento?

Dos: uno bueno y uno malísimo. Al final decidí contárselo (casi) todo. Primero el bueno. Antes del café no convenía dar malas noticias, que se te agriaba el alma. ¿Otra de las lecciones de la abuela roja?

No. Eso era de cosecha propia. Pues, entre los clientes del Katuska, había reconocido al dueño de la cantera donde cortaron en dos a la sirena. ¿Casualidad?

A otro perro con el hueso de las casualidades. Yo, por si las moscas, iría a hacerle una visita al tal Manuel Lozano III, no fuera que se hubiese escondido algo en nuestro primer encuentro. ¿Y de qué manera pensaba sonsacarle?

Había formas. A un hombre en su posición, seguramente casado, no le interesaría que se supiese que frecuentaba casas de putas. Le dejaría caer en la conversación que, a lo peor, tendría que interrogar a su mujer, a su padre, a su abuelo. Los viejos marmolistas no verían con buenos ojos esas licencias del tercer Lozano. ¿Estaba implicado?

No lo creía yo. Más bien me sonaba todo a algún tipo de engaño. Los rusos lo habrían enredado en una juerga y luego, muy a su estilo, le habrían hecho chantaje. De todas formas, quería comprobarlo. Desde que pudiese, me daría un salto a la cantera.

Esperé a que acabaran el café y el pan con mantequilla para darles la mala noticia. Las dejé desayunar, mientras me contaban la película de la noche anterior. Además de *Sed de mal*, habían visto, para endulzar el sueño, *La fiera de mi niña*. A Anne Marie le encantó. Comprendió por qué millones de mujeres de la quinta de su abuela estaban enamoradas hasta las cachas de Cary Grant. Qué hombre más guapo, por Dios. Qué loco tan atractivo. No había parado de reírse en los ciento dos minutos que duraba la cinta. Bueno, en los ciento dos minutos y, luego, en la cama, siguió sin

poder contener la risa hasta que se durmió. Incluso había soñado con Cary Grant, aunque en su sueño era detective y se llamaba Ricardo. Vaya por Dios, qué lástima. Con lo bien que había empezado el sueño y tenía yo que jeringarlo. De veras que sentía defraudarla de esa manera.

Pues no debía sentirlo. No estaba defraudada. Yo no era Cary Grant, claro, pero también estaba algo loco y hasta tenía cierto atractivo, con ese aire despistado de paleontólogo. Qué linda Anne Marie. Y qué cabrón yo. Me dolió como nunca joderle la diversión con la cara más fea de la noche. Habían matado a otra muchacha. Se llamaba Evelyn y trabajaba en el Katiuska. ¿No le sonaba el nombre?

Mejor que mejor. Cuanto menos dolieran las muertes, menos se pensaba en ellas. Pues se llamaba Evelyn (la primera verdad, la más sincera) y no tenía más años que Anne Marie o que Susana. Susana era la muchacha de la playa, sí. La única sirena rusa de todas las sirenas del Katiuska. ¿Y todo eso lo había averiguado yo sentado en el coche?

Aprendía pronto Inés, jodida de ella. Por supuesto que no. En el coche me limité a observar. Para poder averiguar algo más sustancioso tuve que patearme la calle del burdel y dar una propina a un portero (la primera mentira, la más fácil) con más pinta de bruto que otra cosa. El portero estaba harto de ser el último mono de aquel circo, el que menos tajada y más leñazos se llevaba. Por eso estuvo dispuesto, al ver mis cincuenta euros, a contarme algún chisme. Me habló de Susana, la pobre víctima de La Laja, una chica estupenda, encantadora, de mucho carácter, sí, pero legal como ninguna (ni los matones osaban hablar mal de los muertos, por si Dios existía). Y de Evelyn, la que aún no era víctima de nada pero cuyo destino ya estaba trazado en el aire de la noche. Y de Cristina. Y de Ludmila. ¿A Anne Marie no le sonaba ninguno de esos nombres?

Algo comprensible. Ella se movía en el otro lado del campo de batalla. El Katiuska era territorio de Turdanov. ¿Cómo y por qué mataron a la segunda chica?

Ahí tuve que templar la mano, mezclar verdad y mentira para que lo narrado tuviera visos de autenticidad. Ni idea de cómo la mataron. Cuando escuché los gritos y me acerqué, ya estaba aquello atiborrado de público y no era cuestión de que volvieran a tomarme la matrícula en la escena de un crimen por segunda vez en menos de tres días. Pero allí lo importante era el porqué. Evelyn era la mejor amiga de Susana y las dos, por lo oído al portero, estaban empezando una revolución por su cuenta. ¿También tenía tatuaje?

También. Y, por lo que pude enterarme, intentaron borrarcelo antes de que la policía llegara. ¿Otra vez? ¿Qué significaba?

Significaba que habíamos interpretado mal ese asunto desde el principio. Nos habíamos ofuscado con que era una advertencia de Andrei para la banda de Turdanov

y resultaba que no, que el calvo era un esbirro de los rusos. Trabajaba para ellos en pleno corazón de Bonaventura. No les estaba retando, sino protegiendo. Los dos tatuajes llevaban una leyenda en cirílico y eso conduciría a la policía directamente al Katuska y a Turdanov y a otro más importante del que todavía no sabíamos nada. Andrei era consciente y quería evitarlo a toda costa, al igual que quien mató a Evelyn. ¿Cómo afectaba eso a nuestro caso?

Tendríamos que aguardar a ver por dónde nos saltaban las liebres. ¿Mucho?

No. O yo había olvidado mi oficio a fuerza de dormir tan poco o antes de lo que esperábamos saltaría alguna. Estaban nerviosos. ¿Por qué decía eso?

Porque el éxito de la mafia está basado en el anonimato, en pasar desapercibidos, en ser invisibles. Y a ellos, en menos de una semana, entre las dos muchachas del Katuska y la masacre de la discoteca, ya se les habían visto las vergüenzas demasiado. Decidí no contarles a Inés y a Anne Marie lo de la carta y el fax. De cualquier manera, si la polaca no conocía a las muertas, no podría serme de mucha ayuda. Cuanto menos supieran, menos las molestarían, y Dzurinda podría mantenerse en la sombra. Ellas tenían que concentrarse en sobrevivir un día más, sólo uno. Hasta después del entierro de la sardina. Luego, ya no serían un peligro para nadie. El problema era llegar a la noche.

No iba a conseguir convencer a mi secretaria de que permaneciera en casa todo el día. De nada me valió apelar a la noche tan corta, a lo poco que habían dormido, a que muy pronto Anne Marie tendría que regresar a su mundo (cualquiera que fuese ese mundo) y les quedaban muchas películas en blanco y negro por ver. Buen intento, pero no colaba. Nada de películas. Inés quería enseñarle el carnaval. Aprovechar el febrero tan cálido que teníamos en la isla frente al duro invierno polaco. Al menos logré la promesa de que tendría cuidado, de que procuraría estar siempre en lugares públicos (¿me parecía suficientemente público el entierro de la sardina?), y de que mantendría el móvil operativo por si necesitaba ponerme en contacto con ella.

Me di una ducha larga y me cambié de ropa, la mía seguía oliendo a perfume ya rancio. Las dejé, aún en la tertulia del largo desayuno, y me fui a ver a Álvarez. Primero lo llamé, desde una cabina, tal como me había advertido. Estaba empezando a impacientarse. ¿Sabía yo lo de la otra puta?

Se llamaba Evelyn, qué manía más fea la de llamarlas putas. Sí, ya tenía claro yo que a eso era a lo que se dedicaba, pero las putas, al igual que los polis y los detectives, tienen su nombre. Y sabía muy bien lo que había ocurrido con ella, de eso tenía que hablarle cuando nos viéramos. ¿Podría escaparse a la hora de comer?

Lo intentaría. Con lo de la nueva víctima, la comisaría andaba en puro camarote de los hermanos Marx, todo el mundo corriendo y hablando solo. Pues yo tenía intención de almorzar con mi abuelo. ¿Se apuntaba?

Estupendo. Quedamos a las dos en un bochinche de La Puntilla, al que sólo acuden pescadores y cambulloneros. Allí podríamos hablar con cierta reserva. Entre tanto grito, nadie repararía en nuestra conversación. Llamé a Colacho y le propuse que estuviera preparado a la una y media. Pasaría a recogerlo por su casa. Pero el viejo tenía que ir a un sitio, así que mejor quedábamos en el restaurante.

Mesas de madera sin mantel, música de pachanga, servilletas de papel, pero muy limpio y con unas raciones bien colmadas. La fritura de pescado no tenía nada que envidiar a las del restaurante más selecto de la ciudad. Y el trato (Colacho era una institución en La Puntilla) esmeradísimo. Llegamos, mi abuelo y yo, al mismo tiempo. Saludó a todo el mundo por su nombre y eligió un rincón lejos de la tele. Era lo único que detestaba de aquel sitio: la puñetera tele encendida todo el tiempo. Y cuando echaban fútbol era aún peor. Entonces, ni se acercaba por allí.

Antes de que viniera el inspector y la conversación se centrara en el asunto de las sirenas muertas, hablamos de nosotros. Colacho había tenido un achaque hacía unos meses y yo quería asegurarme de que se estaba cuidando como debía. Al fin y al cabo éramos el último reducto de una familia condenada a extinguirse. Dos tigres en medio de la selva de Bengala. Así que lo de cuidarse y tomarse en serio las prescripciones médicas no era cosa de broma. ¿Y lo decía yo con mi trabajo?

Mi trabajo era el que era. Y no tenía intención de volver sobre esa cuestión una y otra vez. Seguía ileso, ¿no?

—Pero porque Dios es grande, Ricardillo. Tienes un rosal plantado en el culo.

—Espero que me dure.

—Y yo que lo vea. Tienes pinta de haber dormido mal.

—Estuve de guardia toda la noche. Pero si el rosal de mi culo no se marchita de aquí a mañana, me pienso pasar dos días durmiendo. ¿Y tú? ¿Has ido a revisión?

—De allí vengo. Y no sé para qué. Esos jodidos médicos, cuando logran curarme una dolencia, encuentran otra nueva. No hacen sino ponerme parches para que no me desagüe.

—¿Qué te dijeron?

—Lo de siempre. Fuera café. Fuera tabaco. Fuera alcohol, como mucho una copa de vino en el almuerzo. Le tuve que dar tanta lástima al médico que de sexo no me dijo nada.

—Pues mira. Ya sabes. Tómatelo al pie de la letra y búscate una novia. Hay alguna sesentona en el barrio que está de muy buen ver.

—¿Y eso me lo dice alguien que se va de putas a escondidas?

—Joder, Colacho. No se te escapa una.

—¡A ver! Esta mañana dijeron por la radio lo de esa prostituta del sur. Tú me vienes con esa cara de sueño y ese tono de voz de quien oculta una mataperrería. Y encima has invitado a Álvarez a comer. Eso, en el subastado, es sota, caballo y rey.

—Ya. Pues si te sirve de algo, no me fui de putas. A lo mejor si me hubiera ido, si hubiera decidido acostarme con ella, la chica estaría aún viva.

No lo sentimos entrar, ¿quién estaría aún viva?

ÁLVAREZ LLEGABA SUDOROSO, resoplando, con la voz entrecortada por la prisa. Seguía alerta y suspicaz con todo. Y no estaba acostumbrado a dar rodeos para despistar a sus perseguidores; normalmente era él quien perseguía. Se sentó a mi derecha y pidió una cerveza, no era muy amante del vino blanco que bebíamos nosotros. Le daba igual de botella o de barril, lo que quería es que estuviese bien fría. Venía acalorado pero no tanto como para no insistir, dime, Ricardo, ¿quién estaría aún viva?

Le referí, con más detalle del que me hubiera gustado delante de mi abuelo, la aventura sureña. Por descontado, marginé del relato la presencia de Nicolai Dzurinda. Cuanto menos se supiera de él, mejor para todos. Mi abuelo y Álvarez escucharon la historia en silencio. El inspector sólo intervenía cuando algo no le quedaba claro, ¿le dijiste a Evelyn que eras novio de la sirena?, ¿robaste las llaves del bolso de un cadáver?, ¿entraste en su apartamento?, ¿tú has perdido el tino?

Sí a todo: se lo dije a Evelyn, le robé las llaves, entré en su casa y he perdido el tino. Pero a mí no me maltrataban más a otra chica delante de mis narices porque no me daba la real gana. Cuando le entregué las fotocopias de la carta y del fax, se le borró la cara de cabreo de un plumazo y pasó a dibujársele una de estupor. ¿Esto es fiable?

Del todo. Para algo me había jugado la licencia entrando de rondón en casa de la muchacha. Y la prueba era el estado en que la encontré, hecha un asco, toda patas arriba. Si no fuera fiable, no la estarían buscando como locos. ¿Dónde estaba?

En el lugar más insospechado: la bañera. El único rincón donde el asesino no llegó a mirar. Y donde yo no hubiera mirado tampoco si no fuera por algo que Evelyn había mencionado en nuestra conversación, nada importante, un detalle sobre su afición al agua. Mientras le relataba el descubrimiento, mi amigo le echó un vistazo a los nombres del fax (de la carta, claro, no entendió palabra) que, aunque en cirílico, podían interpretarse. Antes de que le diera por preguntarse cómo demonios había yo traducido los papeles, cambié de tercio, pues esto es lo que hay, Álvarez; y aún tenemos un problema mayor. ¿Mayor? ¿Había algo mayor que aquello?

Y tanto. El puñetero *Ku*. El padrino que estaba detrás de toda la red mafiosa. Una buena pieza si lográbamos dar con él. Los polacos eran hermanitas de la caridad al lado de los rusos. Y los rusos le temían al tal *Ku* como al fuego. Pero teníamos que solucionar una cosa primero si no queríamos perder la baza que nos daban esos documentos. Andrei y otros matones, incluido el mismo Turdanov, habían sido citados varias veces a declarar en comisaría. Y siempre los soltaban sin siquiera darles un tirón de orejas. ¿Quién demonios los dejaba escapar?

Álvarez apuró su cerveza y pinchó un rejo de calamar antes de responder. Los informes que acababan cerrando esas citaciones siempre llevaban la misma firma. La de un comisario de la secreta. Álvaro Gómez Cabo. No sé si me impresionó más lo de

que pertenecía a la secreta (la manera en que llamaban a los de asuntos especiales) o que se refiriera a él con los dos apellidos.

Es que era conocido (y mucho) por los dos: Gómez Cabo. Un tipo duro. Un hombre cuyo único vicio (no fumaba, no bebía, no se le conocía mujer) era torturar. Les había sacado información de manera poco convencional a tantos criminales que su nombre estaba escrito bien grande en las celdas de Salto del Negro, junto a expresiones que el inspector se reservaba por respeto a mi abuelo. Por mi abuelo no debía preocuparse, ya estaba curtido en muchas broncas. Pero a lo que íbamos. ¿A ese tipo tan duro no se le caía la cara de vergüenza dejando escapar vivo a tanto mafioso?

No. Eso era lo más sospechoso del asunto. Cada vez que detenían a alguien con apellido polaco o ruso, acababa apareciendo Gómez Cabo con la excusa de que era el mayor especialista en crimen organizado que tenían en Las Palmas. Ya. Especialista en crimen organizado. Pero, por lo que se veía, su especialidad era dejarlos en libertad, coño. ¿A cuántos polacos o rusos había logrado encarcelar?

A ninguno. Menudo especialista, guárdeme una cría de la echadura. ¿Y cómo es que nadie se había dado cuenta antes de eso?

Porque Gómez Cabo iba por libre. Y, sobre todo, porque hasta la aparición del cadáver de La Laja, ni polacos ni rusos habían creado problemas. ¿O yo sabía algo de ellos antes de que mataran a la sirena?

Ahí no pude decir ni esta boca es mía. Era cierto. Las noticias que llegaban de redes mafiosas venían siempre de la península. Hasta la muerte de Susana y la masacre de la discoteca, no se sabía que operasen en la isla. Pero operaban. Y movían, no hacía falta más que echar un vistazo al fax, mucha droga.

Colacho Arteaga había permanecido callado durante la conversación. Parecía que la cosa no fuera con él. Pero el viejo estaba rumiando una pregunta desde que salió a colación la palabra mafia. No iría yo a meterme en ese follón, ¿verdad?

No. Le iba a dejar ese privilegio a Álvarez y a los suyos. Tendrían que moverse rápido. Buscar una orden de registro para sacarle las tripas al *Nueva Zelanda*. Contactar con la Guardia Civil del puerto. El inspector lo lamentaba mucho, pero no iba a poder quedarse a almorzar con nosotros. Tenía menos de diez horas para convencer a su jefe y al juez de que, *esta vez*, la cosa iba en serio. ¿Esta vez? ¿Cómo que esta vez?

Claro que esta vez. Los nombres de los barcos de esa lista eran más que conocidos por la policía. Andrei, Turdanov, Bonaventura... Todos estaban siendo vigilados desde hacía tiempo por un equipo de la Guardia Civil. ¿O es que pensaba yo que había descubierto América en cuatro días?

La madre que lo parió. ¿Y me lo decía ahora? El puñetero no me había fichado

por aquello del olor a mierda y del acoso de los periodistas. No. Lo había hecho porque sospechaba ya que había policías implicados en el caso y quería a alguien de fuera para investigarlo. Me había utilizado de hurón para sacar de la madriguera a los conejos. Me entraron ganas de levantarme y estamparle la botella de vino en la cabeza. Y si hubiéramos estado solos y en otro lugar menos público, no sé si lo hubiera hecho.

Álvarez me caló la indignación enseguida. Y adivinó que no había sido buena idea ocultarme ese dato. Fue la primera vez que lo vi recular en todo el tiempo que duraba nuestra *relación* (después de aquella gracia, *amistad* me pareció una palabra demasiado grande). Lo sentía tantísimo. De verdad. Pero, al principio, no estaba seguro de que la sirena tuviera que ver con los rusos. Hasta lo de la discoteca no lo comprendió. Y entonces ya estábamos en el burro. Tenía que creerle.

De acuerdo. Ya aclararíamos ese punto cuando saliéramos del túnel. Ahora quería saber por qué no habían intervenido antes en los muelles.

Lo habían hecho. Con un resultado catastrófico. Pusieron en marcha una operación grandiosa para encontrar en las bodegas de un carguero un alijo... de fruta tropical. El ridículo aún les escocía. Buscaban drogas, tabaco, putas, coches robados. Y hallaron plátanos y mangas y piñas y guayabas. ¿Imaginaba yo la cara de gilipollas que se les había quedado? Pues esa misma. Había sido una falsa alarma. Un reclamo. Tenían claro que esa misma noche había atracado otro paquebote con la mercancía ilegal. Pero el juez no quiso ni oír hablar de una nueva inspección. ¿Quién los llevó a ese barco reclamo?

No. Que Álvarez no me lo dijera. Que me dejara adivinarlo. Gómez Cabo. Casi. Había sido un soplón suyo. Qué listo el cabrón. ¿Qué mejor tapadera para los mafiosos que una falsa alarma, que una metedura de pata de ese calibre? A ver quién era el guapo que volvía a solicitar otra orden de registro. Pero ahora era diferente. Ahora teníamos la carta de Susana y el fax. Por cierto, ¿eran fotocopias?

Por supuesto. Los hurones también tenemos nuestros principios: nos guardamos las espaldas y no nos fiamos ni de nuestra madre. Con aquella fotocopia tenía que convencer a su jefe y al juez de turno de que esta vez sí había algo turbio en las entrañas del *Nueva Zelanda*. ¿De acuerdo?

De acuerdo. Pero antes de marcharse, Álvarez quiso hacerme un regalo. ¿Para que lo perdonara?

No. Qué coño. Para que estuviera alerta. Los muertos no pueden perdonar. ¿Qué regalo?

Se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre grande doblado hasta cuatro veces. En el interior bailaban dos fotografías. ¿Dos?

Sí, dos. Una de Álvaro Gómez Cabo, el más flaco, el que llevaba el pelo largo peinado hacia atrás. Y otra de un colaborador suyo, uno al que llamaban *la Sombra* y cuyo oficio no estaba nada claro porque, desde luego, policía no era. Las miré con detenimiento. Y descubrí un par de cosas que, a la postre, me iban a salvar el pellejo. Una, que Gómez Cabo tenía cara de huéleme el culo, demasiado seguro de sí mismo. Otra, que su compinche tenía un oficio claro clarísimo: se ganaba la vida asesinando prostitutas. Era el tipo del coche negro. ¿Estaba yo seguro?

Como que al lunes le sigue el martes. Era el mismo. Bronco, cuadrado, cínico. El que me apuntó con su dedo regordete y ensangrentado. Aún me duraban las náuseas. Y las ganas de cobrárselas. En el fondo agradecí que fuera él. Si tenía que jugármela a una carta, no me detendría ningún tipo de remordimiento.

Una vez que se hubo marchado el inspector, acabamos nuestro almuerzo sin prisas aunque con pocas ganas de hablar. Las revelaciones de Álvarez, junto con las fotografías, nos habían dejado sobre la mesa algunas cosas en las que pensar. Colacho medía el peligro que entrañaba aquel caso, nada que ver con ninguno con los que me había tenido que enfrentar. Cuarenta quilates de investigación. Yo le daba vueltas, sobre todo, a los documentos de Susana. Era muy explícita. Dejaba al descubierto los planes de los rusos para introducir la droga en la isla. Pero tenía sus grietas. ¿Grietas?

—Sí, Colacho. Grietas. Más que un palacio en ruinas.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero, por ejemplo, a la fecha del fax. Tenía diez días, el tiempo más que suficiente para que los rusos cambiasen sus planes.

—Quizás los rusos no echasen de menos el fax.

—¿Cómo no iban a echarlo? Ni que fueran bobos.

—Vale, pero ¿no quedamos en que el barco que llega esta noche es el segundo de la lista?

—¿Y?

—Que el primero ya entró y nadie hizo nada por impedirlo. Puede que en sus cuentas no entre que ese fax esté rondando por ahí.

—Se juegan mucho. Si son meticulosos como hasta ahora, no querrán arriesgarse. Me preocupa que hayan cambiado la mercancía de sitio y Álvarez se vea en otro fregado.

—¿Tú sabes lo que cuesta ese trasvase? Y no me refiero al dinero. Necesitarían otro barco de repuesto con otra tripulación nueva para hacer la maniobra en alta mar. Demasiados testigos. Es todo muy complicado. Y luego está lo de ese Gómez Cabo, ¿no dices que tiene cara de chulo?

—Una cara de chulo que no puede con ella.

—Y un tipo así, ¿va a reconocer un error? No lo creo. Para él, si no encontró los documentos en casa de la otra chica, es que ya no hay nada que encontrar. No va a ir a su jefe a decirle que le está pagando a un incompetente.

Ojalá mi abuelo estuviese en lo cierto. Había vivido mucho y eso imprimía carácter, el carácter de quien sabe escuchar y leer en los silencios como pocos. Sin embargo, no acabó de mitigar mis dudas. Me abrumaba la idea de ver a Álvarez cayendo de nuevo con todo el equipo, repitiendo el ridículo. Así que fue en ese momento cuando decidí que me iba a dejar caer, como el que no quiere la cosa, por los tinglados del puerto.

No lo dije en alto para no joderle la digestión al viejo, pero Colacho Arteaga tenía intuición de perro perdiguero.

—Vas a necesitar un disfraz.

—¿Cómo?

—Que si vas a hacer lo que creo que estás pensando, vas a necesitar un disfraz. Esta noche es el entierro de la sardina y todo Cristo saldrá disfrazado.

—Yo no he sido muy carnavalero nunca, Colacho. Cuando los carnavales eran una expresión de rebeldía, me apunté a dos o tres, pero ni una más, san Nicolás. Por cierto, que por ahí debe de haber alguna foto mía vestido de cabaretera.

—Estarías bonito.

—Precioso, ya ves tú.

—El caso es que no puedes ir así al carnaval. Todo el mundo te miraría.

—Venga ya. ¿De dónde saco yo un disfraz ahora?

—Yo te presto un viejo traje de funeral que heredé de mi padre. Con eso, una corbata, un sombrero y un brazalete vas apañado de viudo. Tú pon cara de luto y ya está. No creo que te cueste mucho con la que está cayendo. Aunque también puedes ir a comprarte un atuendo de obispo de la diócesis, no creo que los rusos sean demasiado religiosos y te calen.

—No lo veo yo muy claro, Colacho.

—Pues, óyeme bien: ahora te vienes a casa y allí vemos cómo podemos buscarte arreglo. Así no te dejo salir esta noche. Y no me mires con esa cara de burletero, que soy tu abuelo y todavía tengo autoridad *pa'* darte una cachetada.

La casa de mi abuelo en La Isleta era tan testaruda y vieja como él. Se trataba de una vivienda cuadrada de dos plantas con un patio interior acribillado de helechos e

hibiscos y unos techos que parecían querer herir las nubes. Arriba estaba la alcoba de matrimonio, un baño, la despensa y un salón clásico lleno de muebles de madera olorosa. Abajo, el cuarto que una vez fue de mi madre, otro baño más pequeño, la cocina y el comedor. Al morir la abuela Sara, él se mudó a la planta baja con todas sus cosas y dejó los recuerdos arriba. Se instaló en la habitación pequeña y aprovechó el comedor como sala de lectura. Allí colocó los pocos libros que tenía. De hecho, Colacho era un lector atípico: como muchos, se dedicaba a releer siempre a los mismos autores, ninguno vivo; como nadie que yo conociera, estaba deseando que alguno se muriera para incorporarlo a su librería de clásicos. La casa, pese a todo, parecía bastante limpia: la nieta de un cofrade del *casinillo* le iba a quitar las telarañas a los muebles y a regar las plantas una vez por semana.

Cuando llegamos, la luz de la tarde le daba al patio una pátina de oro. El entarimado lucía más viejo de lo que era. Y una brisa de polvo acababa de conferirle a la estancia un brillo antiguo, casi místico. Colacho se excusó, la muchacha no es muy fina limpiando, pero es lo que hay; al menos la casa no huele a orines de gato ni a alcanfor como otras que conozco.

Subimos a la alcoba a buscar el disfraz de viudo. Y fue, más que un viaje en el espacio a la segunda planta, un viaje en el tiempo. Estaba igual que el día en que murió la abuela Sara. La misma colcha de encaje beis, los retratos familiares en la misma posición. La chaqueta negra que mi abuelo llevaba en el entierro descansaba sobre el galán de noche y los zapatos oscuros de esa tarde, sobre el escabel. El ropero se quejó con un sonido chirriante y lastimero cuando el viejo abrió la hoja de la izquierda. Echó un vistazo, eligió un traje y una camisa blanca y los colocó sobre la cama. Luego fue a la cómoda y sacó del último cajón un sombrero y un brazalete negros tizón. Sin decir nada, salió del cuarto, pruébatelos, aunque creo que te sentarán bien; te espero en la cocina.

No le gustaba estar más de lo necesario allá arriba. Los recuerdos le escocían como vinagre en una herida y no era hombre de andar a vueltas con la nostalgia. En muy pocas ocasiones hablaba del pasado, de mi abuela o mi madre, salvo para corroborar que pertenecíamos a la misma familia. Se puso a hacer café y a rumiar, supuse, sus temores.

El traje me sentaba bien. Las perneras del pantalón le quedaban un poco altas y la chaqueta, algo justa, pero no iba a un concurso de disfraces. Nadie repararía en mí, podría confundirme sin problema entre los miembros de la comitiva de la sardina. Al menos hasta llegar al puerto. Después sería otro cantar. Cuando me vio aparecer por la cocina, Colacho fue incapaz de morderse los comentarios. Y lejos de burlarse de mi aspecto, se sorprendió de lo mucho que me parecía a su padre, me parece estar viéndolo con su terno parduzco y su gesto serio; tienes la misma planta que él, Ricardillo; ¿llegaste a ver algún retrato de tu bisabuelo?, ¿no?; pues nunca es tarde

para honrar a los muertos; creo que tengo algo que te va a gustar.

El viejo me pidió que vigilara la cafetera, mientras él volvía a subir las escaleras. Lo sentí trastear en el salón. Distinguí el carraspeo del abrir y cerrar de los cajones, el breve tintineo del cristal y la loza, sus pasos en la escalera durante el viaje de regreso. Ya en la cocina de nuevo, me tendió una fotografía sepia, orinada por el tiempo. En ella se veía a una pareja de ancianos (ella, sentada en una silla de mimbre con las manos sobre el regazo; él, a su lado, de pie, con una mano grande y amorosa sobre el hombro de mi bisabuela). Al dorso del retrato una fecha: día de Navidad, 1943. Uno no entiende de parecidos cuando se trata de su propia imagen, pero hube de reconocer que al hombre que me miraba desde el otro lado de la cámara le sentaba aquel traje (era el mismo) igual que a mí.

—Te hubiera gustado.

—¿Quién?

—Mi padre. Era un bohemio al que le tocó vivir en un tiempo jodido.

—Seguro que sí. Nunca me has hablado de él.

—Nunca me has preguntado. Siempre estás corre corriendo con tus casos. En tu vida, lo urgente no deja tiempo a lo importante.

—Ahora el tiempo me sobra. Con esta pinta no voy a salir de aquí hasta que anochezca. Tenemos toda la tarde y una cafetera llena.

—¿De veras quieres que te hable de él?

—Nada me apetecería más.

Así fue como supe de mi bisabuelo. Nicanor Arteaga nació el año en que se perdió Cuba y murió con la segunda gran guerra en el cuarenta y cinco. Su vida estuvo siempre marcada por los desastres. Parecía tener mal fario: cada vez que se encaminaba a hacer algo importante, un conflicto venía a tumbarle la intentona. A los dieciséis años se enamoró de una actriz que había llegado a Las Palmas a representar una obra de Tirso y quiso enrolarse en su compañía de teatro clásico. Pero estalló la primera guerra mundial y la compañía tuvo que regresar antes de tiempo a Madrid para disolverse a los pocos meses. A los treinta y ocho, harto de una vida monótona, ávido de aventuras, Nicanor decidió buscar suerte en Venezuela. Pero el barco que tenía que llevarlo al Nuevo Mundo llevaba cambada la fecha de salida: el 19 de julio del treinta y seis. La guerra civil le enfrió las ganas de bohemia para siempre. Entre ambas guerras, allá por el veinte, se casó con mi bisabuela, tuvo a Colacho y, después de intentarlo con la pintura, una granja avícola y hasta el boxeo, acabó administrando la tienda de ultramarinos de la calle Juan Rejón.

Colacho hablaba de él con un tinte de orgullo mal disimulado. Incluso los vicios de su padre (no se me había escapado el detalle de que, de no haber estallado la

guerra de España, Nicanor Arteaga se hubiera largado a Venezuela dejando atrás a una esposa y a un hijo adolescente) parecían virtudes en boca de mi abuelo. Él no había heredado aquel afán aventurero, pero le resultaba cómico y hasta respetable, ¿qué quieres?; al menos mi viejo intentó cumplir sus sueños; su único problema es que tenía más de los que podía abarcar; además, cuando no le salieron las cuentas en el treinta y seis, se dedicó a su familia con el mismo esmero de siempre, como si nada hubiera pasado y puedo decirte, Ricardillo, que fue un padre magnífico.

—Y pulcro. El traje está como nuevo. Y ahora se ha vuelto a poner de moda este tono de gris y estas solapas.

El resto de la tarde se nos fue en una charla mansa sobre la vida en La Isleta. Sobre las rutinas de mi abuelo, tan distintas a mis andanzas (por eso me veía parecido con el bisabuelo Nicanor). Sobre su necesidad de seguir levantándose al alba para ir a restañarle las heridas a una barca pesquera que ni siquiera era suya. Pero ocurría que era lo único que sabía hacer: carenar. Y también lo único que le gustaba, no hubiera podido ser otra cosa. Por más que lo puse en la tesitura de elegir otro oficio diferente, de haber nacido, por ejemplo, treinta años más tarde, Colacho se enrocaba una y otra vez en su playa y en sus tablones de madera. ¿Qué más podía pedir?

Nada más, por supuesto. Yo envidiaba su tesón, su fidelidad a todo por lo que había vivido. Tenía ochenta y siete años, pero nadie lo diría con ese porte y esa manera de enfrentarse al mundo. Se había enamorado sólo una vez y le había bastado y sobrado para ser dichoso. Así que, para alguien que como yo se había pasado la existencia dando tumbos, Colacho Arteaga representaba la coherencia. Y la felicidad. En algún lugar he leído que para ser feliz hay que ser muy estúpido. Quien lo dijo no conocía a mi abuelo.

Más tarde, Colacho se empeñó en preparar algo de cena. No podía permitir que me fuera al carnaval con el estómago vacío. Protesté. Eso estaba bien como consejo para adolescentes propensos al garrafón, pero yo no tenía intención de beber ni una sola copa. El hombre no hizo caso de mis quejas. Se levantó de la silla y se puso a enredar por la cocina sin prisa, arrastrando los años con suma parsimonia. Así, de una tartera de esterilla eligió un pedazo de queso blanco (es de Guía, no encontrarás nada más sabroso en todo el mundo). De una alcayata que despuntaba en la pared del fregadero descolgó un chorizo cantimpalo (lo guardaba para una ocasión especial y ésta me lo parece). De la talega que colgaba tras la puerta sacó un pan redondo y esponjoso (me lo trae del pueblo la que viene a limpiar; al contrario que una cosa que yo me sé, no se pone duro nunca). En la nevera encontró una botella de vino tinto (la abrí ayer, así que no puede estar picado) para regar la cena. Y lo dispuso todo, con arrumaco de viejo *gourmet*, sobre la mesa, lo demás te toca a ti, hay un cuchillo en el primer cajón.

Se nos pasó otra hora dando cuenta de las viandas y de los recuerdos. Si me dan a jurar, hubiera jurado que Colacho retrasaba aposta mi marcha por si me cansaba y me arrepentía. Pero los dos sabíamos que eso no era posible. Tarde o temprano tienes que ir al encuentro de los problemas. De lo contrario, será el problema el que te busque a ti y no siempre te va a agarrar avisado.

Antes de marcharme le pedí a mi abuelo un último favor. ¿Comida para el camino?

No. Nada de eso. Ya había comido más de lo que podía digerir. Era otra cosa. O mejor dos. Necesitaba que me prestara unas tenazas fuertes y que me dejara usar su teléfono. ¿Para qué?

Las tenazas para poder cortar un trozo de alambrada metálica, la de la valla que separaba el malecón del puerto. El teléfono para saber de Inés y de Anne Marie. ¿Iba a allanar una propiedad del Gobierno?

Colacho, *tu quoque, fili mii*. ¿Y qué pensaba mi abuelo? ¿Que me iban a dejar entrar allí presentando la tarjeta de la seguridad social? Pues claro que iba a allanarla. Esa noche el menor de los problemas de la Guardia Civil era un intruso como yo. Con suerte, entraría y saldría sin que nadie reparara en mí. No. No pensaba meterme en líos. Bueno, en líos ya estaba metido. Pero no tenía intención de agrandarlos. Se lo prometía.

Las chicas andaban en un bar picando algo, como nosotros, para combatir el frío. Habían estado toda la tarde por ahí pero no tenían ganas de regresar a casa tan pronto, así que decidieron reponer fuerzas para seguir la farra: Anne Marie jamás había gozado de un auténtico entierro de la sardina y, por nada del mundo, quería perderselo. Mi secretaria, además, estaba encantada en su papel de cicerone. Iban a ir al parque de Santa Catalina, a los chiringuitos, a bailar la noche.

Ni se me ocurrió advertirlas del peligro. Qué va. Hubiera sido contraproducente: conociendo a Inés, se hubiera pasado la noche fuera, aun sin ganas, con tal de llevarme la contraria. Por otra parte, ¿dónde iban a estar más seguras que en un carnaval, con dos policías en cada esquina? Sólo acerté a pedirles que llevaran cuidado, que desconfiaran de todo el mundo. ¿De acuerdo?

A medias. El cuidado, como el valor en la mili, tendría que suponérselo en tales circunstancias. Pero lo de desconfiar iba a estar más caro. Querían pasarlo bien. Olvidarse de tanta miseria y tanto miedo. Y ligar, si podían, con un par de buenos mozos. ¿Cómo que ligar?

Sí. Ligar. Para eso también era el carnaval, ¿o no lo sabía yo? Carnestolendas viene de carne, de pasión y desenfreno. Y ellas eran dos chicas de muy buen ver que necesitaban *desenfrenarse*. ¿Por qué? ¿Celoso?

Qué coño celoso. Prudente. Estábamos en medio de un caso de asesinato por si no lo recordaban. Y ya habían muerto dos chicas. Como ellas. Igual de apasionadas. Igual de hartas de miseria y miedo. De modo que no era el mejor momento para hacer tonterías. ¿Tonterías?

Sí. Tonterías. Una cosa es que disfrutaran de la música y de la alegría de la última noche carnalera y otra, que se pusieran a tontear con el primero que les riera la gracia.

No. Con el primero no, que eso era de mal gusto. Al primero siempre le huele el aliento a alcohol y a desespero. Hay que desestimarlos por sistema, de eso los hombres no habíamos aprendido aún y así nos iba. Entonces, el primero no. Pero al segundo que se les presentara ya empezarían a hacerle caso. ¿Estaban bebidas?

Un poco. ¿Qué quería yo? Era carnaval. Para beber y gozar. Y yo debería coger apuntes. Debería agarrar un buen disfraz y tirarme a la calle a disfrutar. Debería dejar de tomarme la vida tan en serio y disparatarme alguna vez.

Le dije a Inés que me lo pensaría. Que, ¿quién sabe?, a lo mejor le haría caso y pillaría un disfraz para esa noche. Lo que no le dije (el ruido del bar y su júbilo hicieron imposible continuar la conversación) fue que la vida yo no me la tomo en serio. Pero la muerte, sí.

COMO HABÍA APUNTADO Inés, sobre las once no cabía un alfiler en el parque Santa Catalina. La ciudad se había echado a la calle a despedir a la sardina. Era una noche en la que nadie hacía rehenes, en la que todos echaban el resto porque no había otra igual de bullanguera hasta el siguiente carnaval. Además de la música que brotaba de las pilas de altavoces dispuestas en los alrededores de la plaza, varias orquestas desfilaban con brío animando su propio entierro. En cualquier caso, cada grupo escenificaba la misma farsa, calcada de la anterior. Un velatorio en el que nada faltaba: el obispo, con su cohorte de curas y monaguillos portando hisopos, daba la extremaunción a una sardina de papel maché; cuatro portadores llevaban el cadáver del animal sobre unas parihuelas de caña; la cúpula militar de los tres ejércitos honraba a la muerta; y una docena de viudas con bigote y voz aguardentosa, tiradas en la acera, lloraban su pérdida de un modo histriónico. Había que caminar con el tiento de una grulla a fin de no patear a ninguna de aquellas dolientes despatarradas.

Ignoraba desde qué hora llevaba toda esa tropa danzando al son de la música, pero debía de ser desde muy temprano porque casi todos estaban templados como requintos. Busqué con la mirada si, en efecto, había tanto policía como había vaticinado mi secretaria y no fui capaz de llegar a una conclusión. Cierto que varios hombres uniformados rondaban cada una de las representaciones, pero no atiné a descifrar si se trataba de policías de verdad o meros figurantes en el sarao: de hecho, parecían disfrutar tanto o más de la fiesta que los propios actores.

Tardé en cruzar el parque casi media hora por la cantidad de féretros y misas *córpore in sepulto* de pacotilla que tuve que sortear. Recibí mil abrazos condolidos de tipos que jamás había visto, que me veían acercarme con mi terno prestado y me creían incluido en el guateque. No somos nadie, me repetían en retahíla con un aliento sórdido y una sonrisa boba. ¿No somos nadie?

Desde luego que no. Al menos yo. Y los que me lo decían no parecían, para qué engañarnos, gran cosa. Una muchacha aprovechó el rebumbio para lanzarme un beso en los morros con unos labios agrietados y una piel sudorosa, el beso menos sensual que recordarse pueda. Cuando se separó de mí, lucía un brillo impúdico en los ojos que me desconcertó. Desconfiado, me palpé los bolsillos por si mi cartera seguía en su sitio. Y entonces comprendí la mirada lasciva de la chica: en el abrazo, se había topado de lleno con las tenazas de mi abuelo.

De repente, un viejo andrajoso y desdentado (no supe si disimulaba o era uno de tantos mendigos que pululan por los zaguanes de Santa Catalina) se me acercó. Su saludo fue el más original de toda la noche, siempre se nos van los mejores. En eso no pude menos que estar de acuerdo. Pensé con amargura en Susana y en Evelyn y hube de reconocer que sí, que siempre se nos iban los mejores. Los que se atrevían a enfrentarse a la injusticia. Los que se negaban a comulgar con ruedas de molino. Los

que, como rezaba la máxima con más padres de la historia (desde Roosevelt al Che; desde Benito Juárez a la Pasionaria), preferían morir de pie a seguir viviendo de rodillas.

En otras circunstancias me hubiera detenido un rato a observar (a intentar entender) aquella verbena loca. Me hubiera tomado una copa. Hubiera convidado a cenar, incluso, al harapiento sin dientes por sí, al final, era cierto que se trataba de un mendigo. Pero quería llegar a los muelles antes de medianoche. Antes de que sonaran las campanas y mi carroza se tornara en calabaza.

El puerto de Las Palmas no tiene nada que envidiar al de las grandes ciudades. Tiene el olor característico de cualquier viejo puerto, una mezcla de salitre y queroseno, una atmósfera empantanada que parece no tener principio ni final. Encierra en su interior varios muelles que no paran nunca de bullir: el primero, el que lo une a la ciudad, es el muelle de la Ribera Oeste; luego asoman dos brazos de mar de proporciones muy parecidas (el muelle Pesquero y el muelle de la Luz, algo más largo); finalmente, sesgado, en perpendicular, cierra el puerto el muelle de Primo de Rivera. A las afueras, de cara al mar abierto, hay algunos más cuya actividad se reduce a la carga y descarga de grandes mercancías. No obstante, si algo tenía que ocurrir esa noche, sin duda ocurriría en los primeros, al abrigo de la dársena exterior.

En el muelle de la Ribera Oeste ya no quedaba nada del jolgorio. Aunque de lejos aún arribaban los ecos de una cumbia repetitiva, el malecón me recibió vacío y oscuro. Ni rastro de la luna, oculta bajo la maleza de nubes agrisadas que se instalaban en el invierno de la ciudad. Por suerte, cada veinte metros descollaba una farola que le daba al suelo del paseo un matiz entreverado de luces y sombras, como escaques de ajedrez. Yo había llegado con la idea de romperle el alma a una de ellas para ganar discreción en el asalto, pero no me hizo falta. Había dos que ya estaban fundidas, fruto quizás del celo de un amante en busca de intimidad.

Elegí, pues, la penumbra para abrir el hueco, en una zona cegada por decenas de contenedores rojos y grises por entre los cuales apenas cabía la luz. Me agaché hasta encontrar un nudo donde meter la tenaza y tuve que lidiar con un alambre duro y correoso que a pique estuvo de desanimarme. Me costó Dios y ayuda cortar sus mimbres. Bregué con la jeringada valla hasta que se dobló hacia fuera lo justo para poder meter la cabeza y los hombros. Entré con dificultad, tanta que me dejé un jirón de pantorrilla y medio brazalete negro en el empeño. Mal menor para lo que me esperaba. Luego recompuse como pude el destrozo de la alambrada a fin de no levantar sospechas, no era cosa de que algún carnavalero de vuelta a dormir la mona hallara el boquete y le diera por alertar a la policía.

Crucé el bosque de contenedores con el estómago encogido, alerta a cualquier murmullo fuera de programa. No obstante, sólo el tímido rumor de los embates de los

barcos contra la escollera me acompañó en el viaje. Ninguna actividad en el muelle a esa hora. Ningún movimiento furtivo. El malecón estaba desierto como, imaginé, la anterior noche y la siguiente. Del camarote de una embarcación en penumbra pude distinguir el sonido de una radio, sintonizada en un canal de noticias en chino (o lo que yo creía que eran noticias y lo que yo creía que era chino). Un marinero salió a cubierta a echarse un cigarrillo. Se acodó en la baranda y miró hacia el foco de luz y música que provenía del parque Santa Catalina. Estaría maldiciendo en su idioma la desdicha de tocarle guardia justo esa noche. Sería por eso que, el muy guarro, se subió a unos cajones de la cubierta, se abrió la bragueta y orinó por la borda. Su gesto lindaba más con el de un chiquillo aburrido de tanta quietud (a saber cuánto tiempo llevaría su barco atracado en el muelle) que con el de un gamberro. Era su forma de quejarse de no estar disfrutando de la fiesta: mearse en todo.

Ajeno a esto, busqué amparo en la sombra de una grúa elevadora. Me senté entre sus pilones y me dispuse a esperar acontecimientos. Sentí frío, así que acomodé unos cartones en el suelo, me arrebujé en un rincón y me cerré hasta el cuello la chaqueta amorosa del bisabuelo Nicanor. Lo bien que me hubiera venido entonces uno de los cafés de mi secretaria, con ese toque a canela o a matalahúva con que le gustaba experimentar. Del recuerdo de Inés pasé al de Anne Marie. Y del de la polaquita al de las otras muchachas muertas. Así, en una cascada de pensamientos intermitentes, fue cómo llegué a Palmira. Pobre Palmira. Con tantas emociones, no había tenido tiempo de ocuparme de la *viuda* de Alkemade. La imaginé en la clínica. Rodeada de los suyos pero sola. Inconsolable. Aferrada a la necesidad de creer que todo aquello no fuera más que una maldita pesadilla. Y, egoísta, me imaginé también a mí. Visitándola. Llevándole un ramo de disculpas rojas y una noticia negra.

Me tocaba, en aquella función, el papel de heraldo fúnebre. El hombre al que más odiaría la muchacha durante mucho tiempo. Porque nadie olvida a quien te da una noticia como la que yo iba a darle. Incluso cuando el mensaje dejara de doler, el mensajero seguiría doliendo. Ella se recuperaría. Saldría de la clínica y de la desilusión. Empezaría una nueva vida lejos de tatuajes y pañuelos de seda y bisutería. Para darle gusto a su padre, se haría enfermera. Para darle gusto a su madre, sacaría unas oposiciones. Y se daría gusto a sí misma conociendo a un buen chico y enamorándose de nuevo. Así llegaría un momento en que hasta el rostro de Alkemade se le difuminaría de la memoria. Un momento en que tendría que recurrir (si es que no se deshacía de todas ellas) a alguna de las fotografías de La Graciosa para recordar el color de los ojos del holandés, la forma de su boca, sus gestos. Pero a mí *no* me olvidaría jamás, siempre asociado al dolor y al desengaño.

Para mí también sería la primera vez. Me había malacostumbrado a decirle a la gente por qué había muerto su novio, su hijo, su amigo del alma. Pero esa gente era conocedora de que su novio, su hijo, su amigo del alma estaban muertos. De hecho,

me contrataban después de que apareciera el cadáver. Ahora me tocaba decirle a Palmira que ya no tenía novio. Y ni siquiera podía ofrecerle la certeza de que estuviera muerto, ni siquiera un cadáver que echarse a la boca. Le iba a tronchar la esperanza de volver a verlo, de volver a besarlo, de fotografiarse junto a él una vez más en Caleta de Sebo. ¿Y qué otra opción me quedaba? ¿Contarle la milonga de que quizás algún día lo viera aparecer por una esquina, de que tal vez yo era un pesimista irremediable y Joop estaría escondido en alguna parte, de que cuando menos lo esperase regresaría de su secuestro? Eso era más que joderle la esperanza. Era joderle también la vida que, sin duda, merecía tener.

En algún momento de estas cavilaciones debí de quedarme dormido. La congoja, el cansancio, el frío (todos a una) acabaron por derrotarme. Lo sé porque, a eso de las tres, me sobresaltó el ruido de un motor que se acercaba al muelle más lejano, al Primo de Rivera. Desde mi posición me pareció que se trataba de un buque frigorífico. No demasiado grande pero sí lo suficiente para albergar más cosas que pescado y mariscos. Se acercaba sin prisa, sin abandonar la línea más cercana al dique, hasta llegar al final del desembarcadero. Lo vi enfilar la bocana y perderse, despacio, entre gabarras y falúas.

Me levanté, acomodé mis huesos al fresco de la noche y, a la sombra de los altos contenedores, me moví con sigilo hacia donde el buque se disponía a atracar. El joven marinero que unas horas antes fumaba en la cubierta, había desaparecido. La radio había dejado de sonar. En su lugar, me pareció reconocer un sonido pedregoso en el barco, un sonido que yo había oído no hacía mucho, pero no recordaba dónde. En cualquier caso, adormilado como estaba aún, lo achaqué a algún artilugio que usaran para drenar la bodega del pesquero. De camino hacia el dique Primo de Rivera, siempre azocado al borde interno del malecón, noté cómo el pulso se me aceleraba. Entré en calor de golpe, a fuerza de jadeos. ¿Y si llegaba al buque frigorífico y no había nadie allí para el registro? ¿Y si Álvarez no había conseguido la orden del juez ni el apoyo de la guardia portuaria para intervenir el *Nueva Zelanda*? ¿Y si aquél no era el *Nueva Zelanda* y yo estaba jugándomela por nada o, mucho peor, echando a perder toda la operación por pasarme de listo?

Decidí detenerme en la intersección de los muelles, a unos doscientos metros de donde el barco de la droga (si era eso lo que traía en su vientre) se avecinaría en cualquier momento. Allí, entre dos palés de madera que almacenaban una remesa de conservas, me atrincheré en espera de noticias. Fue entonces cuando, acaso confundido por las dudas, vinieron a revolverse todos los sonidos de la noche. A lo lejos, el eco del carnaval traía los sonos de una canción juguetona, *Ojalá que llueva café en el campo, que caiga un aguacero de yuca y té...* Más cerca, el dichoso motor del barco chino (¿dónde coño había oído yo ese martilleo antes?) seguía ronroneando como un perro asmático. Al final del paseo comenzaban las maniobras de atraque del

Nueva Zelanda (si era el *Nueva Zelanda*). Una silueta había saltado a puerto para amarrar los cabos al noray. En un idioma eslavo (de algo me había servido la aventura con Dzurinda en el sur), la silueta iba dando instrucciones al timón hasta que el buque quedó alineado con el muelle.

De repente, a poca distancia de donde me agazapaba, se abrió la puerta de un almacén. Y por ella salieron dos vehículos idénticos, dos furgonetas blancas con el rótulo de una ferretería impreso en azul cobalto. Podían pasar por coches de empresa corrientes salvo por un detalle: sus cristales ahumados. Demasiada reserva para tan limitado negocio. ¿Qué pretendían ocultar? ¿Martillos de fibra óptica, alcayatas de última generación?

No. Aquello era una estafa como la copa de un pino, estraperlo puro y duro. Y, por si eso y las horas tan impropias no fueran suficiente, otra particularidad llamó mi atención: el grabado de los laterales era el mismo que llevaban en el peto los falsos electricistas del parque Blanco; los rusos a los que Álvarez detuvo y el judas de Gómez Cabo se encargó de dejar libres, por lo visto, sin comprobar la procedencia de los uniformes.

La primera furgoneta cruzó por delante de mí con las luces apagadas y se dirigió al buque recién llegado. De los asientos delanteros se bajaron dos sombras: la del conductor, inquieta, no paraba de mirar en todas las direcciones; la del compañero, indiferente, dio una última calada a su cigarrillo, lo tiró al suelo y lo apagó con desprecio. La segunda furgoneta tomó otra dirección, hacia la salida del puerto, pero se detuvo junto a la grúa elevadora que me había servido de escondrijo y de cama. De ahí no bajó nadie. Simplemente apagaron el motor. Y aguardaron.

El conductor del primer coche, sin abandonar sus andares nerviosos, abrió las puertas traseras y accionó el mecanismo de una plataforma que fue descendiendo, con pereza, hasta rozar el suelo. Luego rodeó el furgón, pasó al lado de su compañero sin dirigirle la palabra, sin mirarlo siquiera, y se encaminó a la proa del barco. Allí pidió permiso para subir y desapareció. Desde el recodo donde me ocultaba no pude ver el nombre de la embarcación pero dejé de preocuparme: con tantas precauciones, tenía que ser el *Nueva Zelanda*. A los pocos minutos, el conductor regresó acompañado de otros dos hombres. Los tres cargaban sendos bultos aparatosos y, por la manera en que arqueaban sus cuerpos, bastante pesados. Los colocaron en la plataforma y cuando el chófer volvió a activarla para subir la mercancía al furgón fue como si hubiese pulsado todas las alarmas del Banco de España.

Media docena de focos se encendieron y, desde los tinglados y las barcasas más cercanas, cercaron a los contrabandistas. El ruido de las puertas metálicas quebró la quietud del desembarco. Una voz, desde el otro lado de un megáfono, se identificó como la Guardia Civil del puerto y ordenó que todo el mundo se estuviera quieto y

pusiera las manos en un lugar bien visible. Para evitar malos entendidos, otra voz repitió la orden en el idioma de los estraperlistas.

Me sentí aliviado al comprobar que Álvarez había llegado a tiempo con su orden de registro. Pero mi alivio se volvió pronto desconcierto y, un instante después, desasosiego. El mío es un oficio que propende a la suspicacia. Uno, a fuerza de llevarse cachetadas, se vuelve desconfiado y avieso. Y mi desconfianza vino de un gesto, un simple gesto que parecía desenfocado en aquella escena de puro cine negro. El acompañante seguía impasible. Pudo haberse escondido detrás de la furgoneta, haber sacado un arma, haberse escabullido por entre los barcos. En lugar de eso, con la misma frialdad que había mantenido hasta entonces, salió a la luz y les dio la espalda a las voces que seguían pidiendo calma en dos idiomas. Se detuvo, levantó las manos y separó las piernas, en una coreografía aprendida casi de memoria, como si lo hubiera estado esperando desde el primer momento. Me pareció, incluso, atisbar una sonrisa burlona en su rostro. Entonces entendí su serenidad. Ése fue el desconcierto.

El desasosiego vino luego. Cuando miré en la otra dirección. Esperaba ser testigo de una fuga en toda regla. Hasta me había preparado para memorizar la matrícula del segundo furgón. Pero, lejos de escapar, el vehículo se arrimó al pesquero chino y se detuvo. Dos marineros (el pibe meón y un camarada gordo que no paraba de dar voces) comenzaron a descargar de un modo frenético, milimetrado, media docena de fardos, hasta donde esperaban los dos ocupantes del coche. A uno de éstos le costaba un sufrimiento cargar con los bultos que le lanzaban desde cubierta. Llevaba una mano herida. No me costó reconocer al sicario de Gómez Cabo y entendí por qué le llamaban *la Sombra*. Se movía con cautela, como arrastrándose por el suelo. Y no se despegaba de ti nunca.

Salí de mi escondite y les hice señas a los hombres de Álvarez. Me desgañité para llamar su atención pero todos estaban atareados en el registro. Ellos no podían ver lo que yo, los tapaba una maleza de barcos entre el *Nueva Zelanda* y el pesquero chino, algo con lo que habían contado, en su plan, los mafiosos. Mi primera idea fue correr a buscarlos pero la descarté de inmediato: en lo que iba, me identificaba, les explicaba lo sucedido y volvía, los rusos se habrían largado con la música de su contrabando a otra parte. Necesitaba pensar en algo que interrumpiera el desembarco de la droga y, al tiempo, alertara a la Guardia Civil de que estaban en el pantalán equivocado, de que iban de nuevo a encontrar calamares y arenques congelados en lugar de cocaína, de que iban a hacer el ridículo por segunda vez.

Y entonces todo se volvió claro. Reconocí primero el ruido que, unos minutos antes, me había desvelado. Era el mismo del de una habitación de hotel en el sur, junto a un burdel, en la que no llegué a pasar la noche. Una habitación más barata porque daba al cuadro eléctrico del ascensor. El pesquero sonaba igual de estrepitoso.

Habían estado subiendo la carga de la bodega delante de mis narices y yo andaba demasiado cansado para darme cuenta. Pero ahora no. Ahora tenía miedo y el miedo, a veces, es como un chorro de agua helada: que te despereza. Y me vino otra imagen que no pero que sí. Que no tenía que ver con todo aquello pero que era lo mismo. La imagen de una noticia en la televisión del cuarto donde nunca dormí. Un reportaje de la CNN donde unos niños (ellos sí tenían mérito; a ellos sí los movía el valor) se enfrentaban con piedras a dos hombres armados. Y me propuse convertir el muelle de Las Palmas en un barrio de Jerusalén.

Cogí un palo del suelo y me encaré con los abusadores. Les grité no sé qué cosas. Los insulté por chulos, por haber venido a conquistar mi tierra, por estar profanando mi casa con sus tanques y sus mentiras. Y comencé a bombardearlos con cascajos ridículos, con virutas de adoquín. Igual que los niños contra los soldados, aunque con más fortuna. Porque una de las piedras le dio al chino gordo y gritón en el pecho. Y entonces ocurrió lo que yo buscaba, lo único que podía sacarme de aquel lío: el chino se reviró, soltó un grito de dolor, me mentó a los muertos (no hacía falta saber chino para entender lo que estaba aullándome). Hasta ahí todo entraba en mi guión de niño palestino.

Lo que no entraba fue lo que ocurrió después. El tipo no pudo o no quiso o no supo detener su cólera. Yo tenía entendido que los chinos tienen un punto de ebullición más alto que nadie en el mundo, que nunca se desesperan con eso de su filosofía milenaria y su equilibrio. Pero éste no debía de ser chino por los cuatro abuelos porque, de repente, agarró un fusil de asalto, lo armó y comenzó a disparar como un energúmeno sin dejar de bramar. *La sombra* (¿quién lo iba a decir?) salió en mi defensa, aunque lo que estuviera defendiendo fuese su droga y no mi cuello. Le ordenó al gordo que bajase el arma, que no fuera idiota. Lo llamó chino de mierda, gilipollas. Se cagó en su madre y en toda la filosofía oriental. Pero el chino de mierda gilipollas seguía como loco vaciando el cargador contra mi esquina. Incluso cuando yo ya no estaba en mi esquina porque me había ocultado detrás de los palés de conservas, el gordo seguía erre que erre (erre que erre, así sonaba la ametralladora). *La sombra*, entonces, sacó su arma y zanjó la cuestión de la única manera que conocía. Le bastó con un disparo. En la frente. El chino cayó de rodillas, primero, y de boca, después, como un pelele.

El muchacho que había estado de guardia durante la noche quedó confuso. Sin duda lo desconcertó esa respuesta en alguien que, se suponía, estaba en su mismo bando. Miro a su paisano en el suelo de la cubierta. Se llevó las manos a la cabeza. Y no se le ocurrió nada mejor que hacerse el héroe, reclamar la venganza en el peor momento. Porque no es lo mismo sacarse la cuca para mear al viento que empuñar un AK47. Qué va. El chico ni siquiera sabía cómo funcionaba el arma. Se le disparó antes de que pudiera aferrarla del todo y una ráfaga se llevó por delante la barandilla del

pesquero, el borde del pantalán y media furgoneta. El conductor, desprevenido, con un fardo de mercancía en los brazos, no tuvo tiempo de esquivar las balas. Su cuerpo quedó adherido al lomo del furgón y fue resbalando, con lentitud agónica, hasta quedar sentado en el suelo con una pierna doblada sobre la otra, como un borracho que durmiera la tajada a la sombra de un árbol. Su sangre se fundió con la droga en una argamasa viscosa y pestilente, en un río lechoso que fue a desembocar donde todos los ríos: en el mar. El sicario de Gómez Cabo repitió la operación sin pestañear siquiera. Un disparo en la frente. Un chino menos.

Juro que ni en la mejor de mis previsiones había entrado formar aquel estropicio. Buscaba sorprenderlos, eso sí, ganar tiempo para los hombres de Álvarez. Pero no producir tamaño descalabro. Y todo con una piedra de porquería. Un ramalazo de abatimiento me hizo tambalear. Lo sentí por el chino gordo, por el muchacho meón y torpe, hasta por el mafioso que conducía la segunda furgoneta. Pero luego pensé en aquellos niños de la CNN con sus rodillas huesudas y su cara de hambre. Y se me disipó el remordimiento. Al carajo con ellos, no haberse metido a contrabandistas.

A todas éstas, la policía había oído el tiroteo. Había visto las ráfagas contra los tinglados. Y había descubierto el engaño a tiempo. Ya estaba en camino antes de que *la sombra* decidiera abandonar el barco. Me miró con desprecio. Guardó su arma, esta vez sin amenazarme, lo que me hizo sentir aún más amenazado. Y se escabulló entre los contenedores por el mismo recoveco por donde yo había entrado. No podía dejar que se escapara así. No podría vivir tranquilo con ese depravado suelto por las calles, por *mis* calles. Y no quería quedarme a explicarle a la Guardia Civil qué demonios había ocurrido allí. De manera que decidí esa noche darle la vuelta al tablero y convertirme en la sombra de *la sombra*.

En el bosque de contenedores no hubo modo de reconocer ningún sonido claro. Entre la algazara carnalera delante y los gritos de los guardias civiles a mi espalda, cualquier pisada se diluía en la noche. Tardé el doble en llegar a la valla exterior. En cada esquina tenía que detenerme ante el temor de que el sicario estuviese esperándome a la vuelta para acabar la faena. En el último recodo, asomando apenas la nariz, lo vi salir del muelle por el mismo agujero que había yo cavado para entrar. Esperé a que estuviera bien lejos. No podía arriesgarme a encontrarme con él, con su arma tan certera, a campo abierto. Ya había tenido suficiente con el botón de muestra tatuado en la frente de dos chinos.

Si por mí hubiera sido, hubiera aguardado unos minutos más. Pero desde las sombras me llegaban las voces entrecortadas de los policías que se iban acercando. En dos zancadas llegué al boquete de la verja. Salí a trompicones. La volví a sellar. Y crucé la autovía, a riesgo de que algún coche me saltara por los aires. El sicario miraba atrás a cada rato para encontrarse sólo con un malecón vacío y silencioso. Al

final del paseo, él también cruzó la carretera y entonces ya pude seguirlo sin que sospechara. El problema vino luego. Hasta entonces había sido fácil distinguir su figura de gato en la calle desierta, pero en el parque Santa Catalina, donde el carnaval bullía, todos los gatos eran pardos.

Como si se fuera a acabar el mundo. La gente andaba alborotada, delirante, como si no fuera a amanecer al día siguiente. A medianoche, los entierros (obispos con sus cohortes, viudas gemebundas, militares) fueron a confluír en el corazón del parque, en un gran escenario erigido para la ocasión. Allí se reconocieron todos, se hermanaron, brindaron por la difunta sardina, por el carnaval que agonizaba. Y, entre el jolgorio y la acumulación de noches locas, ya no había modo de saber quién era qué. Por ello me costó bien poco extraviar al sicario entre la marabunta de caretas y embozos.

Igual que en el parchís, lo perdí una vez y conté hasta veinte las que creí haberlo recuperado. Pero nunca resultaba ser él. Se le parecía. Andaba igual. Tenía su misma altura, su misma apariencia. Sin embargo, cuando me acercaba, comprendía que era un espejismo, mis ganas sólo de que fuera el matón, la necesidad de detenerlo antes de que se me difuminara en la noche como lo que era. Entre tanto, todo el mundo pretendía salvarme de mi escepticismo: me veían la cara de impaciencia, de apuro e intentaban convencerme con un chiste, animarme con una frase inspirada, con un abrazo efusivo o una invitación. Reconocí a cierto concejal con fama de libertino, disfrazado de mujer. O tal vez ocurriese que el hombre se disfrazara todo el año de concejal y, en carnaval, volviese a ser él mismo, tan a gusto parecía sentirse en la piel de viuda inconsolable.

En aquel festival de la apariencia, quien más quien menos jugaba a ser otro, pero lo hacía tan bien que cualquiera diría que el disfraz no era su verdadera esencia. Me miraban con los ojos vidriosos para decirme sí, éste soy yo, aquí está lo que siempre anhelé ser: puta de barrio, cardenal lascivo, la novia en el casamiento, el muerto en el entierro. En un momento de mi desvarío, se me acercó una morenaza de sonrisa blanca, altos tacones y un lunar Marilyn en la barbilla con ganas de jarana, ¿te apetece una copa?; anda, guapetón: a ver si se te quita esa cara de duelo. No necesité más para entender que era inútil continuar buscando la aguja del matón en aquel pajar. Le quedé reconocido por la ronda a la morena lunarera y me alejé del cogollo de la fiesta.

Desde un rincón de Santa Catalina, a la salida del túnel que atraviesa por debajo el parque, llamé a Inés. Tres veces. Sin resultado. En semejante aquelarre hubiera sido un milagro que hubiera escuchado el teléfono. Me aposté en la barandilla a contar las hormigas que huían del hervidero. Tambaleantes, extenuadas de tanto alcohol y tanto baile, iban saliendo mascaritas a coger resuello. Un pobre arbusto se convirtió en el muro de las urgencias: fue recibiendo meada tras meada y algún que

otro vómito de los más perjudicados, hasta que un guardia urbano puso orden allí y mandó a los borrachos al urinario público que había detrás del escenario. Los borrachos se fueron pero el tufo habría de durar varios días.

Al poco rato, Inés me devolvió la llamada. Por el escándalo que la envolvía supe que estaba en algún lugar en medio de la fiesta. Pero no hubo manera de entendernos. Ni a gritos. Le pedí que saliera del mogollón pero no me escuchaba. Intentaba darme datos del kiosco donde ella y Anne Marie se estaban tomando una caña y entonces era yo el que no la oía. Sólo cuando cesó de tocar la orquesta, entre canción y canción, encontramos un hueco para decirnos algo que tuviera sentido. La parada de taxis. En la esquina. Cinco minutos.

Yo no precisé ni tres. Estaba al lado. Sin embargo, ellas tuvieron que cruzar toda la plaza a empujones, cogidas de la mano como dos quinceañeras para no perderse en la multitud. Casi media hora después, entre un coro de viudas que bailaba un merengue, vi surgir del gentío a mi secretaria. Llevaba un vestido que tiraba a rojo, más cerca de una bata que de un traje de noche. Asida a ella iba la polaquita, haciendo juego: las dos se habían llenado la cabeza de rulos y se reían con ganas de algo que les decía un sacerdote de pega espigado y coñón. Estaban a quince metros de la parada cuando nuestro encuentro se vino a estropear. El falso cura, de pronto, se tambaleó y cayó al suelo. Desde el caos del enjambre surgió una figura que agarró por la muñeca a Anne Marie y la arrastró hacia el fondo. La vi perderse en la marabunta igual que en un pantano de arenas movedizas, luchando por aferrarse al aire de afuera. Inés no logró mantenerla a flote, se le escurrió de entre los dedos.

En un principio pensé, pensamos, que la había robado alguna máscara para bailar con ella. Pero pronto se dio, nos dimos, cuenta de que quien la había cogido ni iba disfrazado ni tenía intención de marcarse un baile. Por otra parte, el cura larguirucho intentaba levantarse pero algo se lo impedía. Se llevó una mano al costado y la apartó, con una mueca de estupor, llena de sangre. A sus correligionarios se les fue la borrachera de golpe: pasaron de la risa a la preocupación y, enseguida, a la furia. Buscaron con la vista al tipo que había herido a su amigo, el tipo que mantenía sujeta a la muchacha de la bata y los rulos que pedía socorro en un acento extranjero, el tipo con una venda sucia en una mano (la que se aferraba al cuello de Anne Marie) y una pistola en la otra. Lo rodearon. Se enfrentaron a él. *La sombra* había esperado escapar con su rehén aprovechando el desconcierto. No contaba con la determinación de los testigos. Para ahuyentarlos disparó al aire su arma. Dos veces. Pero sólo consiguió enfervorizar más a una cuadrilla que sabía contar (somos seis contra uno, me cago en todo) y que estaba dispuesta a acabar con él (puede herir, matar incluso, a alguno de nosotros; pero el que escape que le meta a ese hijo puta la pistola por el culo).

Inés me miró desorientada. Le hice un gesto para que se calmara, ya había bastante rabia en el ambiente. Me abrí un hueco hasta situarme entre la turba furiosa

y el matón. A diez pasos de la boca de su arma. Mi secretaria, fiel hasta en los momentos más jodidos, se mantuvo a mi lado. El sicario me vio. Era lo que yo quería. Cuanto más estuviera pendiente de mí, menos sufriría Anne Marie. De hecho, los ojos de la muchacha parecían desorbitarse, no supe bien si por el pánico o por la opresión que le provocaba su captor; así que no tenía mucho tiempo para actuar. Además, pronto llegaría la policía y entonces sí que sería peor el remedio que la enfermedad, porque el sicario no iba a permitir que lo cogieran vivo y la muchacha sería la primera en caer.

Me aproximé más a él. Por suerte, los compadres del herido se mantuvieron al margen. Expectantes, sin perder comba, observaban el duelo desde la barrera. Pronto comprendieron que cualquier cosa que ocurriese les vendría de perlas. Era Juana (yo les ahorra el trabajo de linchar al matón) o la hermana (el matón despilfarraba su munición en lincharme a mí). En cualquier caso, ganaba la banca. *La sombra* también era consciente de ese juego macabro y empezaba ya a perder la paciencia, a sentirse trofeo de guerra, acorralado. Me dio la impresión de que manejaba mal aquel concierto: acostumbrado a llevar la batuta, a resolver los líos con una bala en la frente, resultaba que allí había muchas frentes y pocas balas. Como si siguiera la coreografía de una música siniestra, su brazo armado se puso a danzar: iba de la cabeza de Anne Marie a la mía, ¿a quién me cargo primero, Blanco?, ¿a esta putita o a ti?

Era una pregunta retórica, se le veían las intenciones desde lejos. Sonreía con la boca pequeña, enseñando apenas los dientes apretados. Y entonces se produjo la conversación más disparatada de mi vida. El carnaval del absurdo. La locura. Dicen que no hay entierro sin risa ni boda sin llanto. Habría que añadir que no hay desafío sin burla. Inés me agarró el codo y me susurró al oído, no te acerques más, espera un poco. Esta vez fui yo quien la miró con extrañeza, ¿a qué espero, coño, a que la mate? Mientras el asesino elegía víctima, Inés siguió cuchicheándome, no; espera a que baje la guardia. Y yo, joder, Inés, él tiene la pistola, se puede permitir bajar la guardia. Y ella, por favor, espera. Y yo, no puedo esperar, ¿es que no te das cuenta de que está en sus manos? Y ella, eres tú el que no te das cuenta, fíjate en nuestro disfraz. Y yo, ¿qué hay con el disfraz?, es horroroso. Y ella, eso no voy a discutírtelo ahora, pero ¿no ves de qué vamos disfrazadas? Y yo, ¿de marujas? Y ella, qué coño de marujas, vamos de Grace Kelly en *Crimen perfecto*. Y yo, ¿Grace Kelly llevaba rulos en *Crimen perfecto*? Y ella, no, pero en algún sitio teníamos que esconderlas. Y yo, ¿esconder el qué?

Y a eso ya no necesitó responderme. Cuando el perdonavidas hubo decidido lo que ya se sabía, que le daba más gusto matarme a mí primero, cuando relajó la presión sobre Anne Marie, cuando levantó el arma para apuntar sin prisa, la chica hizo un leve, imperceptible movimiento de cintura con el que logró liberar el brazo

derecho de su secuestrador. Con una rapidez que aún sigo sin explicarme, se echó mano a la cabeza y extrajo de la maraña de rulos algo pequeño y brillante, algo que nos sorprendió a todos y más que a nadie al asesinato de Evelyn que no vio llegar el golpe. Un segundo antes de disparar, con el ojo izquierdo cerrado el muy cabrón para atinar mejor, se le heló la sonrisa de cínico. Y disparó. Dos veces. Pero al suelo. Con agonía. Con desesperación. Ya no tenía ganas de apuntar a nadie, tan angustiado estaba en sacarse las tijeras del ojo derecho. Un hilo de sangre, una cicatriz roja y serpentina se le fue extendiendo por el pómulo, la boca, la barbilla, la nuez. Llegó a mancharle el cuello de la camisa. Logró extraer las tijeras en un esfuerzo penoso. Pareció cobrar vida. Hasta la mano que sostenía el arma se recuperó. Y, antes de que le diese por rehacerse del todo, por si era verdad aquello de que los gatos tienen siete vidas, se oyó una detonación. La última de la noche. La Sombra se desmoronó. Y la voz de Álvarez se hizo hueco a nuestra espalda, tú sigue sin querer llevar pistola, Ricardo, que algún día se te acabará la suerte... o los amigos.

En lo que Anne Marie e Inés desahogaban el susto en un abrazo interminable, en lo que un médico disfrazado de general de brigada (o, quién sabe, un general de brigada con conocimientos médicos) auxiliaba al herido en el suelo, en lo que dos policías comprobaban la muerte del sicario y otros dos interrogaban a los testigos, el inspector me puso en antecedentes de lo ocurrido en los muelles. La refriega se había saldado con cinco muertos y casi una tonelada de droga confiscada. Los muertos eran los dos marineros chinos del pesquero, el conductor de la segunda furgoneta, el asesino a sueldo de Gómez Cabo y un tripulante del *Nueva Zelanda* que se puso farruco cuando la Guardia Civil del puerto subió a bordo del barco. La droga era cocaína, de gran pureza, un polvo que triplicaría o cuadruplicaría su valor en la calle, cuando la religarán con talco o aspirina. Todo un éxito. La Guardia Civil, según mi amigo, quería agradecerme la colaboración con una mención especial. ¿Dinero?

No. Dinero no había ni para el taxi. Tendría que conformarme con una medalla por haberles ayudado a recuperar la dignidad, después de la última metedura de pata. A partir de ahora, ya se cuidarían los contrabandistas de usar el puerto para colar su mercancía clandestina. Y no sólo en los muelles. Esa misma noche, dos grupos de intervención especial habían realizado sendas redadas en el sur: en la casa de Turdanov y en el Katiuska. En la primera, además de a toda la banda, hallaron un arsenal de armas, dinero para parar un tren y documentación falsa. En la trastienda del burdel, un laboratorio en el que troceaban y mezclaban la droga. Con eso les bastaba para desmontarles el chiringuito a los rusos durante un tiempo. ¿Sólo un tiempo?

Sí. Sólo un tiempo. Ingenuidades las justas. Habría paz hasta que los mafiosos se reorganizaran. En unos meses vendría otro Turdanov u otro Bonaventura a coger el timón y hacerse con el negocio. Sin duda. Debería haber visto yo la cantidad de euros

y de dólares que encontraron en el sótano del chalet. Entonces entendería por qué Álvarez estaba tan seguro. El inspector detuvo su relato para dar órdenes a uno de sus hombres, nada de parar el carnaval, coño, ¿tú qué quieres?, ¿una revuelta?; acordona veinte metros alrededor del cadáver y va que chuta; ¿el herido ya está camino del hospital?, ¿y sus colegas declarando?, pues ya está, ahora cada mochuelo a su olivo; de las dos muchachas disfrazadas de marujas, ¿perdón?, ¿Grace Kelly llevaba rulos en esa película?, manda cojones; pues da igual, lo que sea: de esas chicas me encargo yo, que bastantes quebraduras han tenido esta noche.

Inés preparó café para todos. Su salón no se había visto en otra igual. En el sofá, Margarita Esponda, la policía a quien su marido había dejado tirada por una mulata de Bogotá, trataba de consolar a Anne Marie. La mujer rozaba los cuarenta y, pese a su uniforme tan soso y sus ojos tan tristes (o tal vez a causa de su uniforme tan soso y sus ojos tan tristes), me pareció muy linda. Un par de veces cruzamos la mirada y me dio por pensar que sonreía, que se alisaba el pelo, que se cuadraba el escote. Pero serían figuraciones mías. Sería el cansancio, el sueño, las ausencias. El inspector y yo sacamos unas sillas de la cocina para dejar hacer a Margarita su trabajo. Cuando mi secretaria regresó, la estancia se inundó de un aroma a café con menta que nos reconfortó.

A todos menos a Álvarez. El hombre estaba satisfecho a medias. No pudo ocultar el alivio de haber desmantelado la red de contrabandistas sin una sola baja y sin quedar de nuevo con el culo al aire delante del juez. Se había arreglado con sus colegas de la Guardia Civil, quienes lo habían felicitado por el éxito de la *operación sirena* (al final, tanto va el cántaro a la fuente que acabaron llamándola así). No obstante, su felicidad no era completa. Le quedaba la espina de Gómez Cabo que, como buen sátrapa traidor, había embarcado a sus compinches en el desembarco de la coca y se había guardado de aparecer por el muelle. A ver quién lo encontraba ahora. Por lo pronto, estaba en busca y captura. El aeropuerto y los puertos de la isla andaban en alerta por si lo veían aparecer por allí. Cuando lo agarraran podrían cerrar por fin el caso. ¿Aún no? ¿Cómo que aún no? ¿Qué nos quedaba?

Nos quedaba el pez gordo. El gran tiburón blanco. La jeringada *Ku* de la que todos hablaban a media lengua. Aunque, para no ser pájaro de mal agüero, le revelé a mi amigo un presentimiento. ¿Cuál?

El presentimiento de que, si dábamos con el judas de Gómez Cabo, llegaríamos al gran jefe. El topo era la clave. Y se le había visto el plumero. Ahora estaba solo, sin apoyos. Nadie le daría abrigo. Los únicos que podían protegerlo eran los rusos. Y no. De ninguna manera. No todos estaban arrestados. Faltaba *Ku*.

Margarita Esponda sacó, de una maleta que había llevado colgada del hombro, un álbum de fotografías para enseñarlas a la polaca. Y a mí lo de las fotos me trajo a la memoria el triste recuerdo de un tatuador con mala suerte. La mujer policía le aconsejó con suavidad que no tuviese prisa, que se tomara su tiempo para ver los retratos porque no eran sino eso, retratos, y no la realidad. Se trataba de imágenes estáticas de tipos que, tal vez, en la realidad llevaran el cabello cortado de otra forma o gafas o bigote. Le pidió que desechara esas migajas, que se centrara en lo que de verdad importaba. ¿El qué?

Los ojos. Definitivamente. Ahí se concentraba todo el carácter de una persona. Esponda parecía saber de lo que hablaba. Los ojos delataban, mejor que cualquier otro rasgo, al chulo, al cobarde, al traidor, al infeliz, al inocente. Bueno. Inocentes no debía buscar en el álbum. Allí el que menos culpa tenía había apuñalado a su madre con un cuchillo de matarife. Pero en la mirada se podía intuir quién lo había hecho por la espalda y quién, de frente; quién había sentido placer y quién, remordimiento; a quién le había bastado con una puñalada y quién se había ensañado con su víctima. Eso estaba escrito en los ojos.

Anne Marie se colocó el libro de fotos sobre los muslos, agarró su tazón de café con leche con las dos manos para que no se le escabullera el calor y se dispuso a seguir el consejo de Margarita. Inés contempló el ritual con sentimiento. Se estaría haciendo las mismas preguntas que yo: ¿qué iba a ser de la polaca ahora que habían desmantelado la red mafiosa?; ¿la devolverían a su país?; ¿le darían amparo? Se había encariñado con la muchacha. Le iba a ser difícil volver a su vida anterior después de aquellos días.

Álvarez, quizás porque leyera la preocupación en el rostro de Inés, quizás por darle confianza a Anne Marie, nos sacó de dudas tras acabarse su café, mmm, está buenísimo con ese remate de menta que tiene; nunca lo había probado así...; bueno..., esto..., verán, desde que supe que la señorita Banowicz estaba escondida con ustedes, no he dejado de darle vueltas al asunto; la chica es testigo principal de una matanza; la cosa está, pues, en manos de los jueces, pero los jueces suelen estar dispuestos a considerar los informes policiales antes de dictar sentencia y, lo que nos interesa más, después de dictarla, cuando llega la hora de determinar las penas; ¿eso qué significa?; significa que, con lo lenta que es la justicia en este puñetero país, pueden pasar varios meses, no descarten que más, en celebrar la vista contra los mafiosos; hasta ese momento, la señorita Banowicz quedará bajo la protección de testigos; sí, eso no sólo se da en el cine, nosotros también protegemos a nuestros testigos o ¿ustedes qué creen, carajo, que los dejamos botados a su suerte?; adónde iba, que se me va el hilo; lo que quiero decir es que, si de aquí a un año, Anne Marie encuentra un trabajo (con contrato, claro) y una residencia, estoy dispuesto a informar a su favor; y, teniendo en cuenta lo importante que es ella en la resolución de este

caso y que no tiene nada que ver ni con los crímenes ni con el tráfico de droga, muy mal se nos tiene que dar la cosa para que el juez no decida archivar su expediente y dejarla tranquila; ¿si no?, amigo, si no puede demostrar que tiene un medio de subsistencia honrado, si no presenta un contrato de trabajo legal y otro de alquiler de una vivienda, la hemos jodido; ningún juez se pillará las manos ni tomará en cuenta mis recomendaciones; con la que está cayendo con la llegada de pateras, la consideraría una inmigrante sin oficio ni beneficio y la deportaría a su país de origen.

Al oír la palabra deportación, Anne Marie se estremeció en su asiento. Por un instante dejó de escrutar las fotografías y observó a Álvarez. Al comprender que no bromeaba (nadie bromea con una cuestión como ésta), languideció. Un trabajo. Una casa. Qué lindo lo pintaba el policía. Era lo que siempre había soñado desde que llegó: dejar de prostituirse, dejar de acostarse con cualquier desconocido, de humillarse ante tipos mezquinos y corrompidos. Qué lindo y qué iluso. Un trabajo ¿de qué? Ella no había estudiado más que la secundaria. No tenía un título que convalidar en España. ¿Quién la iba a contratar con sus antecedentes? ¿Quién le alquilaría un piso a una puta polaca?

Y entonces llegó Inés, la mujer de los cafés sabrosos y los remedios mágicos, a encender una luz en el salón y en la vida de la polaquita, eso no es problema; si lo que necesita es un trabajo y un lugar donde vivir, ya lo tengo arreglado; ayer estuve hablando con una amiga que acaba de abrir un restaurante en la calle de la Pelota; es un local chiquito y acogedor de comida exótica, eso que ahora llaman de fusión; le conté de una chica que cocina el *choldnik* de remolacha como nadie y está dispuesta a tenerla a prueba seis meses; hasta que cobre el primer sueldo se quedará conmigo; luego, Dios proveerá: ya tendremos tiempo de buscarle un piso por aquí cerca.

A Anne Marie se le iluminó la cara. Miró a Álvarez, quien se encogió de hombros, eso puede valernos. Me miró a mí, que no pude amarrarme la sonrisa, seguro que nos vale. Miró a Margarita, a quien se le habían cuajado los ojos (se cumplía su teoría: era una buena mujer, una romántica a la que le encantaban los finales felices), enhorabuena, chica, parece que te quedas con nosotros. Se levantó del sofá y fue a tirarse en brazos de mi secretaria y le inundó la bata de Grace Kelly de lágrimas y mocos de agradecimiento, gracias, gracias, gracias, eres la mejor amiga que he tenido en el mundo.

Esa noche ya nadie tuvo cabeza para traidores ni mafiosos. Esa noche el libro de fotografías quedó olvidado en el suelo, debajo de la mesa, donde Anne Marie lo había tirado en su arrebato. Esa noche teníamos tantas cosas que celebrar... Ya nos ocuparíamos al día siguiente de darle carpetazo a la operación sirena. Al fin y al cabo, ya se había hecho justicia en dos de los crímenes: el calvo había acabado sus días de verdugo con el asesinato de Susana; la Sombra no volvería a matar a otra Evelyn.

Era cuestión de tiempo que Gómez Cabo pagara por la muerte de Alkemade. Y, en medio de la fiesta que habíamos dispuesto en el salón de Inés, que ya estaba sacando las copas elegantes de su vitrina y los licores de su mueble bar, yo pensaba en lo primero que iba a hacer a primera hora del lunes: volver a una cantera a tener una charla con un nieto y un hijo de marmolistas.

EL DÍA SIGUIENTE fue lento y placentero. Domingo de pachorra, de desayuno largo, de periódicos desperdigados por el suelo, de almuerzo a media tarde, de siesta, de películas de vídeo, de sofá, de cualquier cosa excepto de relojes. Nadie miró la hora. Ningún teléfono sonó. No hubo visita alguna. Las muchachas se disputaron el mejor asiento para ver *Desayuno con diamantes* y *Matar a un ruiseñor* y *Qué bello es vivir*, aunque no fuese Navidad. Por supuesto, Anne Marie se enamoró de George Peppard, de Gregory Peck y de James Stewart y, cada vez con más apasionamiento, un amor eclipsaba al anterior. Si hubiéramos seguido viendo cine, su corazón no lo habría podido soportar.

Entre medias, las dos, emocionadas como chiquillas, se dedicaron a hacer planes, a organizar esos pequeños detalles que organizan quienes deciden irse a vivir juntas: quién lavará la ropa, a quién le tocará hacer la compra, quién cocinará, qué turnos llevarán para el baño. Fueron hilando la colcha de la convivencia hasta descubrir que todo iría como la seda: lavaría la lavadora, que para eso estaba; comprarían juntas, que era más entretenido; a Anne Marie le encantaría cocinar para su benefactora, así se entrenaría para su nueva vida; y en cuanto al baño, no tendrían problemas porque la polaquita se duchaba por las noches (gajes de un oficio antipático que esperaba olvidar pronto) y mi secretaria, por las mañanas.

Sonaba tan emocionante que, en un momento de la planificación, Inés me invitó a compartir felicidad con ellas, ¿te apuntas, Ricardo?; no es que nos haga falta un hombre en casa pero tampoco estorba. Anne Marie no entendió la socarronería de mi secretaria y pensó que la invitación iba en serio, síiiii, quédate con nosotras, puedes dormir en el cuarto, yo tengo el sueño duro y puedo arreglarme con el sofá. Cuando Inés le explicó que había sido una broma, que yo era un lobo solitario, que no podría sobrevivir ni tres días con ellas entrando y saliendo de la casa, la polaca pareció defraudada. Y yo me sentí en la misma gloria que Peppard, Peck y Stewart. Me sentí algo Paul Varjak, algo Atticus Finch, algo George Bailey.

A la hora de la siesta me dejaron el sofá para mí solo y me pasé la tarde también haciendo planes pero en otro sentido. Me vi en una cantera de Jinámar. Apretándole las tuercas a un tipo que frecuentaba burdeles entre semana. Y no cualquier burdel, sino justo aquél en el que trabajaba una mujer a quien habían guillotinado en su fábrica. Quizás no halláramos pruebas concluyentes de que ese vínculo fuera más que una coincidencia. Quizás un juez no se atreviera a aceptar esa duda razonable. Pero el marmolista sudaría sangre para explicar qué hacía en una casa de putas del sur cuando se suponía que andaba en una cena de negocios. Tendría que hacer equilibrio sobre un alambre para evitar que su noche loca (posiblemente la única en muchos años) saliera a colación en una vista previa. Por eso estaba convencido de que entraría por el aro.

Primero, eso sí, se haría el chulito. Puede que incluso me amenazara con las siete plagas, con tirar de agenda de amigos influyentes (sus acompañantes en la juerga serían honestos mercaderes como él), con quitarme la licencia si la cosa salía a la luz pública. Pero al final comprendería que le traía más a cuenta colaborar conmigo que tener que sentarse en un banquillo ante un juez, media docena de periodistas avariciosos de noticias y su familia abochornada en primera fila.

Por si mis bazas no fueran suficientes, ocurrió que Manuel Lozano III se pasó el domingo macerando su miedo a fuego lento. Los noticiarios se hicieron eco de la información, no pararon de hablar de la Redada del Entierro de la Sardina, del Sábado Negro, de la Caída del Cartel de Moscú como bautizó el caso (así, en mayúsculas) cada uno. De modo que, cuando me vio aparecer por su cantera, a media mañana del lunes, con el rostro serio de tantas noches cortas y tanta muerte inútil a mis espaldas, el hombre no tuvo ánimo para hacerse el duro. Me pidió que pasáramos a su oficina, para no hablar delante de sus hombres. Me invitó a un café de máquina italiana y se sirvió otro él, con crema y doble de azúcar. ¿Necesitaba fuerzas para no desmayarse?

No, pero estaba preocupado. Mucho. Él no tenía nada que ver, lo juraba por sus hijos, con todo aquello de lo que hablaban los telediarios. Ni con drogas. Ni con chicas muertas. Ni con masacres en discotecas. Él era un simple hombre de negocios. Sin más. La suya, como yo ya había visto, era una empresa familiar, nada de tapadera para ocultar otras martingalas. Lo que yo veía era lo que había. Ni más ni menos. Le creí. Se lo dije, le creo, Lozano; pero comprenda cuánto me extrañó verlo la otra noche en el Katiuska.

—Ah, eso.

—Sí, eso.

—Ésa es otra historia.

—Pues cuéntemela.

Y me contó. Un par de semanas antes, más o menos, había aparecido por su cantera un tipo interesado en montar un negocio parecido al suyo. Tenía, eso dijo, mucho dinero para invertir, pero necesitaba a alguien que supiera de máquinas y de piedras. Al principio le propuso comprarle la empresa pero, nada más explicarle sin titubeos que ni su abuelo ni su padre, los Lozano I y II, se avendrían a negociar, el recién llegado se limitó a pedirle asesoramiento. Lo invitó a cenar. Por todo lo alto. ¿Al Rías Bajas?

Pues sí, ¿cómo lo sabía yo? No lo sabía. Probé suerte y sonó la flauta. Pues, en efecto, lo llevó al Rías Bajas y se marcó una mariscada que Lozano III tardaría en olvidar. Regado con un vino blanco alemán que quitaba el sentido. Y, para rematar el agasajo, lo llevó a un bar de copas, a tomar la última. Manuel Lozano no entró en

detalles (ni yo quise saberlo) de lo que ocurrió en el burdel, pero el desconocido se manejaba allí como si fuera el dueño. Y, cuando salieron, dejó dicho bien alto al encargado y a las chicas que aquel hombre que lo acompañaba era su socio y que tenía barra libre (ésas fueron sus palabras, «barra libre») cuando quisiera. Por eso lo había visto yo unas noches después. Había ido a cenar con unos clientes y, para impresionarlos (yo tenía que entenderlo, una bravuconada inofensiva), los convidó a las putas (Lozano se abstuvo de utilizar ese término) en el Katiuska. Fue cuando yo me lo tropecé. Él no esperaba encontrarse con nadie conocido, por eso reaccionó tan bruscamente. Yo debía disculparlo. Y lo disculpé, qué menos. Pero no por convicción, sino porque andaba con otras preocupaciones. Una pregunta: ¿el desconocido se parecía al de la foto que le iba a mostrar?

¿A ver? No se parecía, era el mismo. Lozano sólo lo vio esa noche pero no tenía dudas. Sí. Sólo esa noche, comprometía su palabra de honor. El hombre quedó en llamarlo aunque no lo hizo. Y, si bien tan sólo había pasado una semana desde entonces, se barruntaba que no volvería a verlo más. Se esfumó como la niebla. Sin embargo, era el mismo tipo. Y, aunque esperaba no tener que hacerlo por cuestiones que yo podía imaginar, repetiría su testimonio donde hiciera falta. Estaba metido en un buen fregado, ¿verdad?

La cosa pintaba mal, no podía negárselo. Yo me comprometía a hacer lo posible para que aquello no se saliera de madre. Tal vez bastara con una declaración firmada en la comisaría. Con la tirria (eso no se lo dije a Lozano) que le tenía a los periodistas, el inspector Álvarez podría estar dispuesto a dejarlo en un careo sin jueces ni fotógrafos. Pero, antes de irme, una pregunta más. La última. No tenía yo ningún interés en hurgar en su intimidad, que quedase bien claro. Sólo necesitaba saber una cosa: ¿en algún momento de la noche que pasó con el inversor desconocido se desnudó?; ¿dejó su ropa fuera de la vista aunque fuesen cinco minutos?

Manuel III carraspeó. Agachó la cabeza. Se dedicó a ordenar su escritorio antes de responder. Ehhhhh, sí. Yo tenía que comprenderlo. Fue una fiesta loca. El vino alemán y los Bloody Mary que preparaba una chica en la barra y las ganas de parranda con la chica de la barra y el ambiente del Katiuska se le vinieron a mezclar al final. Así que entró con Luma (¿sabía yo que era el diminutivo de Ludmila?; ah, lo sabía) en un *jacuzzi*. ¿Había hecho mal? Que yo se lo dijera, necesitaba oírlo: ¿era delito, acaso, salirse del tiesto una noche?

Dicho así no lo parecía. No obstante, estaba hablando con el menos indicado para juzgar ese tipo de asuntos, allá cada cual con su conciencia. Yo no tenía vela en aquel entierro: ni era su esposa ni los Lozano I y II ni su cura confesor. Como él había dicho antes, era un simple detective. Mi empresa no era familiar, pero para el caso valía lo mismo. Por otra parte, la chica de la barra, Luma, la nieta de la descubridora

del Bloody Mary, parecía mayor de edad, así que todo en orden. ¿Tenía yo alguna idea de lo ocurrido?

La tenía. Sin querer pecar de petulante, una idea bastante aproximada. El falso inversor resultaba ser un policía corrupto que trabajaba para la mafia. Se apellidaba Gómez Cabo. Y hacía el trabajo sucio para los rusos. Tuvo mucho que ver en el crimen de La Laja, ¿lo recordaba Manuel Lozano?

Ése: el de la chica que apareció descuartizada. Se llamaba Susana y trabajaba en el Katiuska. No. Él no lo había hecho, pero había colaborado activamente. ¿Cómo?

Ayudando a deshacerse del cadáver. El verdadero asesino lo intentó en una obra de carretera, en una tronadora. No pudo. O, si pudo, pero no le convino. ¿Por qué?

Por una cuestión secundaria que ahora no venía al caso, algo que ver con un tatuaje. Pues el asesino, viendo que la tronadora no le servía, se llevó el cuerpo de la muchacha a otra parte hasta que diera con la solución. ¿Adónde? Cualquiera sabía en aquel embrollo. A un sitio seguro que nadie conociera. Luego se puso en contacto con Gómez Cabo (un especialista en resolver problemas) para que lo ayudara. El policía pensó que, en una cantera de Jinámar, podría hallar la respuesta. Y, a fin de no levantar más sospechas, tiró por el camino menos pedregoso: engatusó al menor de los Lozano (el padre y el abuelo, claro, no le hubieran servido para su juego), lo enredó para que se confiara, lo llevó de putas (lo sentía por Manuel III, pero el Katiuska era un burdel y las chicas que trabajan allí, putas) y le robó las llaves de la empresa. ¿Para qué?

Eso resultaba más fácil de imaginar. Hizo copias. Las devolvió a su sitio, en el pantalón que el cantero habría dejado en la percha o sobre la cama antes de meterse en el *jacuzzi* con Luma y sus Bloody Mary. Y, al día siguiente, al caer el sol, envió al asesino a desguazar a Susana. Por eso no había necesitado forzar la cancela. Sí. Aquello de que se cagó en su laminadora no se lo creían ni los peces de colores. Sentía ser tan rudo pero el olor a mierda era de las entrañas de la muchacha.

Lo dejé vomitando su exquisito café con crema en la papelera de su precioso despacho. No volvería a saber de él. Los acontecimientos se precipitarían de tal forma que ya no hizo falta que testificara ni en comisaría ni en ningún otro sitio. Pero la agonía, igual que la mariscada del Rías Bajas, se la llevaría puesta durante mucho tiempo.

Conduje hasta Las Palmas con una nata de repugnancia flotando en el estómago. No por Lozano III, quien al fin y al cabo sólo había sido una marioneta en aquella función. Me abrumaban las víctimas inocentes. ¿Tanto dolor causado para qué?: ¿por dinero?; ¿por poder?; ¿para que no los echaran de la partida?; ¿para seguir jugando a una ruleta que no paraba nunca de girar?; ¿para apostar un coche con el que ganar una prostituta que reinvertir en droga y vuelta al principio? Y, mientras, se iban

desembarazando de jugadores prescindibles: Susana, Evelyn, Alkemade, los muertos de la discoteca. Decidí volver a mi apartamento. Llevaba sin pisarlo varios días, desde la mañana de mi encuentro con los matones. Necesitaba orearlo. Y orear me yo de tanta inmundicia. Pensaba pasar la tarde leyendo y, cuando oscureciera, acercarme a donde mi abuelo para ponerlo al día. Pero el oreo, la lectura y la visita al viejo se me iban a pudrir antes de tiempo.

Nada más llegar a casa, en un acto reflejo que lleva años acompañándome, la tercera cosa que hago (la primera es soltar las llaves sobre la cómoda del vestíbulo; la segunda, encender el aparato de música, acaso para no oír mis silencios) es escuchar los mensajes del contestador mientras me desvisto. Siempre igual: cada mensaje una prenda. Ese lunes, la chaqueta se me había quedado vieja, llevaba dos días esperando por mí, hola, Ricardo, somos Anne Marie y yo; lo estamos pasando bomba en Vegueta; ya verás qué lindas las fotos. La camisa era una posible cliente, preocupada por un asunto del que no quería hablar por teléfono. Los zapatos, el silencio, alguien que se había arrepentido a última hora de dejar el recado. Y el pantalón, el miedo, alguien que se tomó su tiempo en ponerme al corriente de cómo andaba el patio.

Una voz gutural, entrecortada y seria se quejaba de que le había jodido la vida. Aseguraba que me iba a arrepentir por ello. Se jactaba de tener en sus manos a un tal Colacho Arteaga. Y amenazaba con matarlo si yo no seguía las instrucciones. Y las instrucciones, dijo la voz cascada, no eran negociables: la cosa debía quedar entre nosotros dos, no tenía nada contra mi abuelo; nos encontraríamos a medianoche, ya me llamaría para decirme dónde; yo no debía hablar con nadie bajo ningún concepto, nada de ponerme en contacto con mi amigo Álvarez porque, de lo contrario, rompería la baraja, mataría a Colacho y desaparecería para siempre; si las seguía al pie de la letra, todo acabaría bien. ¿Bien para quién?

Para Colacho no, desde luego, que estaría sufriendo lo que no estaba escrito, más por mí que por él. Para mí menos, que me esperaba una encerrona y un tiro por la espalda cuando menos lo esperara. Así que, cuando Gómez Cabo sentenció que todo acabaría bien, se estaba refiriendo a él y sólo a él. Y no me gustaba. Me senté en el salón, como un gato enjaulado, lamiéndome las magulladuras, a esperar su llamada con el teléfono de mesa en una mano y el móvil en la otra. El cabrón había dicho que me llamaría pero no adónde ni cuándo. Supuse que sería a casa y con el tiempo justo de llegar a la cita: un método eficaz de asegurarse de que no me movía de allí, de tenerme jodido, asustado, con las manos atadas. Pasaron unas horas eternas, dolorosas. Todo se me iba en pensar en el viejo. ¿Cómo habíamos llegado a ese estado de cosas? Claro. Qué imbécil había sido. La llamada a Inés desde su casa. ¿Cómo no lo sospeché?

Habría intervenido el móvil de mi secretaria y habría seguido la pista hasta la casa de mi abuelo en La Isleta. Durante la noche o a primera hora de la mañana lo habría

sacado a rastras de la cama y se lo habría llevado. ¿Habrían luchado? ¿Se habría defendido Colacho? ¿Estaría herido? El calafate, por fortuna, era un hombre fuerte, resistente. No se amilanaba con facilidad. La muerte, ya me lo había confesado alguna vez, no lo acobardaba. Hacía años que la tenía asumida. Estaba preparado para enfrentarse a ella.

El sí, pero yo no. Si le ocurría algo a mi abuelo, no lo soportaría, eso lo sabía Gómez Cabo, de ahí sus condiciones. Buscaba mi miedo, mi angustia, mi desesperación. Tenía que reaccionar. No me podía quedar sentado en espera de un veredicto, callado hasta que el secuestrador decidiera el castigo que debía imponerme por tocahuevos. Necesitaba ayuda. Más que nunca. De no estar implicado Colacho, me hubiera arriesgado a acudir solo al encuentro de Gómez Cabo. Pero con el viejo por medio sería un suicidio, demasiadas espaldas que proteger. Salí al pasillo, dejé la puerta abierta por si sonaba alguno de los teléfonos, llamé a mis vecinos y les pedí que me dejaran usar el suyo. Mis vecinos son una pareja de abogados jóvenes, sin hijos, con un setter irlandés llamado Puskas y un piso decorado a la última. No hizo falta que les explicara que se trataba de una urgencia, mi cara lo decía todo. Tan mal me vieron que me dejaron a solas en la habitación. Y fue mi cara quien se lo agradeció por mí.

Llamé al móvil limpio de Álvarez y le conté la historia, con un oído en el auricular y otro en la puerta de mi casa. El inspector quiso mandarme a alguien de inmediato. Ni pensarlo. Nada de compañía hasta que Gómez Cabo volviera a llamar para dar las últimas instrucciones. Podía estar espiando en la calle o apostado en cualquier ventana y mi abuelo acabaría en una cuneta con la cabeza abierta. No. Íbamos a jugar con las cartas que teníamos: el inspector pincharía mis teléfonos y se quedaría atento hasta que el traidor moviese ficha. Entonces ya sabríamos dónde me esperaba y podríamos planear una jugada en condiciones. Estuvo de acuerdo. Tardaría media hora en tenerme pinchado. Cuando llamara el hijo puta de Gómez Cabo, intentaría localizar la señal. Y vendría en mi ayuda con refuerzos. Hasta entonces convenía no comentarlo con nadie, no fuera que aún quedaran ratas en las alcantarillas de su comisaría. La discreción y la sorpresa eran nuestro seguro de vida.

La abogada me invitó a comer, acababan de sentarse a la mesa y había potaje de berros y pollo frito para un regimiento porque, reconoció, aún no le había cogido el tranquillo a las medidas y eso que llevaban casados más de dos años. Puskas, mientras, me olisqueaba la pernera como reconociéndome, como decidiendo si era un tipo de fiar. Debí de parecérselo porque, enseguida, volvió a su canastilla a roer un hueso de plástico. Les agradecí la amabilidad. A los tres. El potaje olía bien pero no hubiera podido tragar nada. No hicieron preguntas. Me despedí de ellos con la promesa sincera de que en otra ocasión iría a almorzar, eso sí, a condición de que me permitieran encargarme del vino y del postre. Quedamos en eso.

Esa tarde, en mi salón, me sentí el hombre más solo del universo. Y tuve miedo. Miedo de perder a la única persona que, en verdad, podía garantizar que alguna vez viví. Sin Colacho Arteaga, ya no habría nada que me uniera al mundo. Huérfano definitivo: sin pasado, sin futuro y sin nadie con quien compartir el potaje de berros y el pollo frito. Fui contando las horas por el latigazo de luz que entraba por las persianas y se reflejaba en el piso del salón. En el instante en que la última raya se oscurecía en el suelo, cerré los ojos de puro agotamiento.

Cuando sonó el teléfono, era noche cerrada. La luz de una farola había sustituido a la de la tarde. El salón estaba en penumbras. Y yo, aturdido. Empleé dos timbrazos para reconocer en dónde me encontraba. Dos más para recordar lo cruda que se había puesto mi vida. Y un último para discernir que era el teléfono de casa el que sonaba. La voz de Gómez Cabo se endureció. No le gustaba esperar. Tuve que excusarme, desde la ducha no había oído el timbre. No creo que se lo tragara, pero no tenía tiempo de interrogarme más. Dejó sentado, eso sí, una premisa fundamental: allí mandaban sus santos cojones (una expresión cuartelera que, aunque me sonó a bravata, acabó de despertarme del todo). Para sentar las bases, me aseguró que la próxima vez colgaría a la tercera y mi abuelo pasaría a ser merienda de marrajos. ¿Estábamos?

Estábamos. No tendría que volver a repetírmelo. Lo había comprendido. No volvería a ocurrir. El secuestrador rebajó la tensión. De acuerdo, pues. ¿Y ahora?

Ahora tenía cincuenta minutos para llegar al sur. Sí. Cincuenta. Contados de reloj. Eran las once y diez y nuestra cita había sido fijada a medianoche. Quería que supiera que la cosa iba en serio, que nada odiaba más que la improvisación. Cincuenta minutos en montarme en el coche, enfilarse la autopista, desviarme en la salida del Aeroclub, coger la carretera vieja y girar a la derecha en Bahía Feliz, justo en el cruce con Sioux City. ¿Conocía el parque recreativo?

Sí. Nunca había ido a ver uno de esos espectáculos de vaqueros e indios, pero sabía dónde estaba Sioux City. Estupendo. Pues, después, aparcaría en la calle principal y esperaría noticias tuyas. Nada de tonterías. Habría un coche siguiéndome todo el trayecto. Si, por casualidad, se me ocurría intentar una filigrana, ya podía ir despidiéndome de mi abuelo, porque me lo devolvería en trocitos. Y, como ya no había cartas por jugar ni tatuajes que esconder, el pedazo más grande del viejo cabría en un plato sopero. ¿Lo entendía?

Perfectamente. Nada de trucos. Iría solo y seguiría el programa a pie juntillas. ¿Llevaba armas yo?

Nunca las llevo. Mejor. Las armas las carga el diablo y allí el diablo era él. ¿Alguna pregunta?

Preguntas no. Una petición. No me estaba poniendo farruco. Por supuesto que no

estaba en posición de pedir nada. Pero no iba a moverme de mi casa si no hablaba, antes, con mi abuelo. ¿Cómo sabía yo que no estaba ya muerto, que no iba a hacer el viaje al sur en balde? No. Su palabra no me bastaba. Lo sentía pero no podía él esperar que me fiara de un tipo cuya principal obsesión era matarme. ¿Seguía allí?

Silencio. ¿Seguía allí?

Un segundo después el auricular zumbó. Estaba cambiando de manos. La voz de Colacho me sonó borrosa. Intentaba parecer tranquilo pero no sabía cómo. No le habían hecho daño. Un pequeño chichón en la cabeza pero por culpa suya, ¿a quién se le ocurre enfrentarse con un cuchillo quesero a dos pistolas automáticas? No debía preocuparme. Seguía vivo y coleando. Sus secuestradores lo habían tratado bien. Se había pasado el día encerrado, qué más podía esperar, pero al menos le habían dado de comer y de beber (un vino estupendo, por cierto) y habían tenido el detalle de atar al perro. Y basta de charlas ya. Gómez Cabo volvió a coger las riendas de la conversación. Para cerrarla. Ya había malgastado tres minutos. Esperaba que mi coche funcionara y que la Guardia Civil no tuviera un control en la autopista. Porque a él le daba igual ocho que ochenta. Si yo no llegaba a tiempo a Bahía Feliz, mataría al viejo.

Me vestí a toda prisa en tanto que repasaba la llamada telefónica. El cabrón de Colacho: un chichón en la cabeza y aún seguía con ganas de carajera. Y de acertijos. Porque en los tres minutos me había dado tres pistas que, quién sabe, podrían alargarnos la vida: dos secuestradores, un perro guardián y armas automáticas. Se podía decir más alto pero no más claro.

En el camino mis ojos se volvieron ametralladoras en un afán de controlarlo todo. Se disparaban, en ráfagas, sobre las cuatro esquinas de mis nervios: sobre el reloj (las once y veinte, las once y media, las doce menos veinticinco), sobre el cuentakilómetros (cien, ciento diez, ciento veinte, cuidado, volver a cien), sobre la cuneta (¿dónde se atrincheraría la puñetera Guardia Civil?), sobre el espejo retrovisor (¿dónde estaba el esbirro de Gómez Cabo?; ¿y dónde Álvarez?). Entonces, todas las luces me parecieron balas. Todos los coches, armas. Los conductores, a quienes no veía en la noche, asesinos dispuestos a matarme. Cada vez que uno me rebasaba, lo apuntaba en mi agenda: una oportunidad más de salir vivo de aquella pesadilla. A la altura del aeropuerto, ya tenía veinticinco problemas menos de los que preocuparme. A la salida del Aeroclub, sesenta y dos. Setenta y cuatro en la curva de Sioux City.

A las doce menos cinco llegué a Bahía Feliz. Detuve el coche en un hueco libre. Apagué el motor y los faros. Y esperé. Varios coches pasaron por mi lado. Ninguno hizo ademán de detenerse. Algunos se perdieron al final de la calle. A otros se los tragó un garaje. Uno aparcó en doble fila: el conductor se bajó, cruzó la calzada, entró en un restaurante y, al minuto, salió con una bolsa de comida china. Luego, la

noche se volvió desierto. ¿No se suponía que me perseguía alguien? ¿Y que alguien venía detrás para protegerme? Silencio de nuevo.

De pronto, por una de las bocacalles, surgió un camión de la basura, con su vaivén de ruidos. Los gritos de los basureros tronaron en la noche como latigazos. El camión giró a la derecha. Se detuvo frente a los contenedores de un pequeño centro comercial. Se los echó a la grupa y los vació en su barriga. El ruido de sus tripas y el olor inundaron la calle solitaria. Se alejó. Comprobé el teléfono por si le ocurría algo. No. La batería estaba a la mitad. La cobertura, al máximo. Ninguna llamada perdida. ¿Qué se había hecho de la seriedad de Gómez Cabo, de su odio por la improvisación?

A las doce y diez sonó por fin el móvil. Era él. Su voz había abandonado la frialdad. ¿Lo había tomado por estúpido o qué?

No. Ni se me ocurriría. Pues no se notaba, coño. Creía haber dejado claro que nada de trucos. Había insistido, ¿o no había insistido?, en que no se me ocurriera recurrir al inspector Álvarez. ¿Qué parte de esa orden no había entendido yo?

Ninguna. No sabía de qué me estaba hablando. Pues me estaba hablando de que iba a matar al viejo. De eso me estaba hablando, joder. Y la culpa sería mía, por listillo, por gilipollas. Me estaba hablando de que a un socio suyo, el que tenía la misión de seguirme desde Las Palmas, acababan de detenerlo en la autopista. O algo peor. Porque mientras hablaba con él sonaron varios disparos y luego un estampido ronco y largo. ¿Qué pensaba yo, que no se iba a dar cuenta de esa engañifa?

Yo no tenía ni idea de lo que había ocurrido en la autopista. Se lo juraba. Tenía que creerme. Había seguido sus instrucciones letra por letra. No entendía qué había podido sucederle a su amigo. Para ser sinceros (eso no se lo dije al secuestrador), lo que no entendía era cómo habían cometido los hombres de Álvarez tremenda estupidez. Ahora se explicaba el silencio, el desierto de la calle, mi soledad. Porque estaba solo. Definitivamente solo. A Gómez Cabo se lo llevaban todos los demonios. Se cagó en mis muertos. No sólo eso. Prometió que iba a añadir un nombre a la lista de mis muertos. Se rio de su ocurrencia. ¿A que era bueno el chiste? Sí. Se cagaba en mis muertos y me dejaba propina. Mi abuelo era ya historia. ¿Lo entendía, entendía lo que me estaba diciendo?

No. Lo siento. Entendía su cabreo, su odio desparramado, la gravedad del asunto, pero no lo que me decía. Un ruido ensordecedor se había instalado en el auricular junto a su voz. Un ruido chinchoso que no me dejaba oír nada. El ruido de...

Un camión de la basura.

SU NOMBRE era Agustín Chacón. Un bicho malo. Un esbirro acostumbrado a cumplir las órdenes de sus superiores sin pensarlo dos veces. Alto, moreno, con voz afectada y prepotente, se había pasado media vida abusando de los débiles y sometiéndose a los fuertes. Había visto futuro a la sombra de Gómez Cabo y de allí no lo iba a mover nadie. Todo por la institución, que era la forma en que se dirigía a la mafia. Fidelidad a la institución. Era su máxima. Conducía un deportivo rojo (la fidelidad tiene su precio) con la música a toda mecha. Y unos kilómetros al sur del aeropuerto, quién sabe si para impresionar a alguna conductora con la que se cruzó, dio más gas del debido. Y lo hizo justo delante de un cartel en el que se leía «Mejor en guagua». Eso debió de pensar Chacón después, mejor en guagua. Porque tras el cartel estaba apostada una pareja de la Guardia Civil.

La persecución duró un cuarto de hora. Le dieron el alto tres veces. La cosa se complicó. Como en los buenos duelos del Oeste, hablaron las pistolas. Álvarez intentó evitarlo. Les hizo señas a los motoristas para que lo dejaran marchar. Pero fue inútil. Hasta tuvo que dar un volantazo para no arrollar a uno de ellos, a quien Chacón había derribado en su huida. Venía detrás del esbirro para no alertarlo y que se nos fuera al carajo la operación. Pero no contaba con la chulería del mercenario fiel, con el celo de los guardias civiles, con la mala suerte (¿o debía decir la mala muerte?).

El caso es que todo salió al revés. El policía que aún se mantenía sobre su moto, furioso por lo ocurrido a su compañero, sacó el arma y disparó al fugitivo. Aun a toda velocidad, dos balas dieron en el blanco. El reventón de una rueda fue la peor de las noticias. El deportivo se trastabilló, dio varias vueltas de campana, vino a empotrarse contra un palmeral de la cuneta. Tardaron tres horas en sacar el cadáver del amasijo de hierros. Alvarez fue más afortunado: también perdió el control de su coche al intentar esquivar al guardia civil, pero él y sus dos compañeros (Margarita Esponda, con su uniforme soso y sus bellos ojos tristes, iba de copiloto) salieron ilesos del accidente. Sin embargo, ya no pudieron acudir en mi ayuda.

Ajeno al duelo de la autopista, me ganó el desconcierto: por un lado, me habían quitado de encima a uno de los dos secuestradores (la primera revelación de Colacho ya se había cumplido); por otro, el que quedaba estaría el doble de prevenido y sería, si cabía, más peligroso. Tocaba mover ficha. Sin soltar el móvil, sin dejar de darle largas a Gómez Cabo, que seguía contándome el infierno en que iba a convertir los últimos momentos de mi abuelo, arranqué el coche y le seguí la pista al bullicio del camión de basura. El matón juraba en arameo. A veces su voz lograba zafarse del estruendo de fondo de los basureros y podía descifrarse un insulto, una amenaza, una falsa lamentación. Pero yo lo había querido. Había sido mi culpa. Las cosas podían haber acabado de otra manera. ¿Otra vez con la vaina aquélla? ¿De otra manera para quién?

Para el viejo no, que tenía las horas contadas. Para mí tampoco, que corría contra el tiempo y la locura del secuestrador. De otra manera para él, entonces, que había pensado escapar sin rendir cuentas a Dios ni al diablo. Por primera vez en mi vida me alegré de tropezarme en el camino con un camión de la basura. Lo hallé dando la vuelta al fondo de un callejón sin salida. Era la última manzana de Bahía Feliz, donde los apartamentitos y las fondas daban paso a las grandes mansiones. Detrás de los jardines se vislumbraba el principio del barranco. Al fondo, la belleza del mar negro con un mechón de luna plateada y el cielo tatuado de estrellas. De no haber estado en juego la vida de Colacho, me hubiera detenido a contemplar el paisaje. ¿Gómez Cabo se podía permitir una vista así?

No era el momento de pensar en eso, pero presentí que estábamos llegando al final de aquel viaje, que el que saliera vivo del *caso de la sirena* iba a matar dos pájaros de un tiro. En la esquina del callejón sólo había tres caserones: dos en la acera izquierda que colindaban con un pequeño hotel; y uno enfrente, más grande y aparatoso, que daba al mar. Los de la izquierda eran gemelos: dos villas elegantes y clásicas, con tejado a cuatro aguas, balconadas de madera antigua y un jardín de rododendros y mimosas que atenuaron rápidamente el olor de los basureros. El de la izquierda, un adefesio de cristal y acero, con techo recto, chimenea, una fila de árboles sin gracia y una verja de hierro forjado que lo transfiguraba de hogar a fortaleza. No necesité hacer muchas cábalas para descubrir dónde tenían a Colacho. Las mansiones gemelas rebosaban vida: luces encendidas, voces de niños a pesar de la hora, incluso en una de ellas habían invitado a Mozart a la sobremesa. El caserón solitario, por el contrario, olía a tétrico por los cuatro costados: silencio, penumbra, ese tejado esculpido a hachazos (¿a quién se le habría ocurrido lo de la chimenea?).

Cuando el camión de la basura torció el morro rumbo a otro destino, la voz de Gómez Cabo volvió a retumbar, nítida y malhumorada. Se acabaron las interferencias. El secuestrador aún insistía en explicarme, sin dejarse pelos en la gatera, lo que estaba a punto de sucederle a Colacho Arteaga. Cuando lo encontramos, si es que lo hacíamos, no lo iba a reconocer ni su puta madre. Y él pensaba disfrutar de lo lindo despellejando al viejo. Que siguiera hablando. Por favor. Me daban igual los insultos y la fanfarronería, pero que siguiera hablando. Necesitaba mantenerlo pegado al teléfono unos minutos más. Sólo unos minutos. Por favor.

La forma de Mildred, esa figura de tortuga de los Volkswagen, vino en mi ayuda cuando más lo necesitaba. Arrimé el coche a la pared exterior de la fortaleza. Saqué del maletero una barra de hierro (cuando dije que detestaba las armas, sólo me refería a las de fuego) y una manta vieja que guardo para cuando el limpiaparabrisas me traiciona. Me subí al techo de Mildred. Alcancé la verja. Me encaramé a uno de los árboles mustios. Y me dejé caer al jardín de la casa. Nada más llegar al suelo, se presentó ante mí la segunda revelación de Colacho. Era enorme. Negro. Amenazador.

Me enseñaba los dientes con fiereza. Pero no ladraba. ¿Para qué? No le hacía falta con esa bocona babosa de asesino. Dejé el teléfono a los pies del árbol. Me enrollé la manta en el brazo izquierdo. Empuñé la barra con la mano derecha. Y lo animé a atacar. Anda. Ven, bonito. Atrévete a acercarte.

No fue difícil. El perro se lanzó como una hidra furiosa, atenazó la manta con su boca enorme y cabeceó buscando carne y hueso. Estuvo a punto de hacerme caer. Tuve que abrir bien las piernas para compensar su embestida. Sus babas me salpicaban la ropa. Y, antes de que despedazara la tela y encontrara lo que quería, le zumbé un macanazo en la cabeza. Siguió mordiendo. Y yo pegando. Los dos cada vez más fuerte. No sé ni cuántos golpes le asesté. Hasta que, por fin, dejó de moverse. Ocurre que esos perros están adiestrados a no soltar la presa ni aunque los maten. Y eso fue lo que sucedió. Allí lo dejé, tumbado sobre el césped, con los ojos abiertos, sin vida, pero con la toalla entre los dientes apretados. Esperé por si aparecía otro. Pero Colacho dijo que habían tenido el detalle de atar al perro y el perro ya estaba atado definitivamente.

De nuevo el silencio. En el jardín y en el teléfono. Gómez Cabo había dejado de amenazar al viento. ¿Habría oído la pelea? ¿Estaría ya torturando a su rehén? La sola imagen de mi abuelo sufriendo me estremeció. Corrí a la puerta de la casona. Cerrada. Las ventanas también. Todas tenían un enrejado que las hacía inexpugnables. No podía ser que llegara tarde. ¿Tanto sufrir para morir en la orilla? Di la vuelta a la fortaleza. No tuve más suerte con otra puerta que daba a la cocina. Más ventanas trancadas. Más fechillos. Un garaje cerrado a cal y canto. Y, de pronto, un balcón, abierto a la noche, al paisaje de mar y luna y cielo.

Las rejas que hacía un momento había maldecido se convirtieron entonces en baluartes. Escalé la fachada lateral sin mucho esfuerzo por la telaraña de hierro de los ventanales. Llegué al balcón. El cuarto, una habitación grande con una cama de matrimonio y un vestidor de madera, estaba a oscuras. La luz de la luna apenas alcanzaba para tinter la colcha. No había nadie dentro. Me bajé la manga de la chaqueta para protegerme de los cristales. Un golpe seco, recio. Un ruido opaco. Metí la mano. Abrí la puerta. Dentro no se oía nada. Ni un simple murmullo.

Crucé la habitación. Fuera daba a un pasillo, al final del cual se apuntaba el comienzo de unas escaleras. La segunda planta tenía tres cuartos más: una alcoba algo más pequeña, lo que parecía un baño y un salón prometedor. Sólo el salón estaba iluminado. Con cautela, procurando no dar más pasos en falso, llegué a la boca de luz. Antes de entrar, me detuve por si percibía algún ruido. Me recibió un eco extraño, monótono, el tintineo de un objeto metálico. No era un reloj pero tenía cierta cadencia. Me asomé lentamente. Ni un alma. Había una biblioteca enteriza llena de libros, elegidos quizás más por la tonalidad de sus lomos (todos eran rojos, verdes y negros) que por su calidad. Y un sillón de cuero negro en forma de «ele» con cojines

color perla. Y un espejo antiguo con molduras doradas que desentonaba, de un modo zafio, con el resto. Y una mesa rectangular para ocho comensales. La mesa estaba servida con dos cubiertos, justo las dos esquinas. Aún quedaban los restos de un pescado al horno en una fuente y pan de centeno y vino añejo y dos copas de coñac sin tocar. ¿Gómez Cabo había ofrecido a Colacho la última cena de los condenados? ¿Mi abuelo la había aceptado sin responderle dónde podía meterse su banquete?

Otro balcón más grande presidía la estancia. La puerta corredera había quedado abierta. Y allí estaba el golpeteo cadencioso: la varilla de la cortina, azotada por el viento, batía sobre el cristal una y otra vez. Ese sonido machacón acabó de partirme en dos los nervios. La cautela ya no me servía de nada. Debía llegar al mirador antes de que el matón cumpliera su promesa y no tenía sentido andarse con remilgos. Salí al aire de la noche para enfrentarme con la tercera revelación. La llevaba en la mano. Amenazaba con ella a Colacho. Los dos estaban al lado de la barandilla, frente al acantilado. La terraza era enorme, tal vez más que el propio salón. Tenía una mesa de cristal y hierro y unos sillones de mimbre con espaldares altos. Una sombrilla malva y oro que parecía el palio de un papa romano los protegía de la luz y del relente. Sobre la mesa había una pequeña batea con flores secas y un cenicero de latón sobre el que se extinguía un habano, un Churchill de Romeo y Julieta, aún humeante. A ambos lados del mirador una hilera de macetas con flores, más frondosas y mejor cuidadas que las del jardín principal, semejaban soldados en una parada militar.

Colacho estaba de espaldas con las manos atadas. Viejo, indefenso, herido. ¿Qué mérito tenía aquella ejecución? Porque era una ejecución pura y dura. Sentí una hoguera naciéndome del pecho. Gómez Cabo le hablaba en susurros a mi abuelo. Desde donde yo estaba y con la resaca del mar de fondo, me fue imposible escuchar lo que decía. ¿Estaría martirizándolo con la perspectiva de una muerte dolorosa y ruin, su cuerpo reventando contra las rocas, sus huesos deshaciéndose antes de llegar al agua y, si sobrevivía al impacto, el horror de sumirse en el abismo, sus pulmones sin aire, la oscuridad total del farallón? El viejo negaba con la cabeza. Miraba al horizonte. No podía ver su rostro. ¿Estaría llorando, maldiciendo, suplicando? Entonces se volvió para encararse a su verdugo.

Supuse que quería mirarle a los ojos. Que se negaba a morir de espaldas. Llevaba un esparadrapo sobre la ceja izquierda, la secuela de un golpetazo cobarde y traicionero, ¿qué podía esperarse de un Judas como aquél sino el beso infame y felón? Observé a mi abuelo con congoja. Estaba sereno. No parecía acobardado ante la amenaza del arma que el secuestrador blandía contra su garganta. Sus ojos brillaban en la noche. Y el primer gesto fue para tranquilizarme, el cabrón estaba a punto de morir y aún se preocupaba por mí. No obstante, pronto cambió de expresión. Gómez Cabo andaba demasiado cerca para apreciar el cambio. Pero yo le presté toda mi atención. Sin mover la cabeza, sus ojos señalaron primero a la mesa de cristal y,

después, a la fila de macetas soldados de mi derecha. ¿Qué me quería decir?

En la mesa sólo había la bandeja y el cenicero. ¿Pretendía que me enfrentara al torturador con un puñado de flores secas? Porque era un especialista en torturas. Ya lo había dicho Álvarez, no sé de qué nos extrañábamos. El inspector nos había puesto sobre aviso de con quién nos jugábamos los cuartos. Lo había definido muy bien. ¿Cómo era? Un hombre cuyo único vicio (no fumaba, no bebía, no se le conocía mujer) era torturar. Claro. Era eso. El Romeo y Julieta. Menudo idiota yo. Había supuesto que, con su socio detenido en la autopista, sólo me quedaba el escollo de Gómez Cabo para liberar a Colacho. Había alguien más implicado en el secuestro. Y ese alguien estaba allí. Entonces comprendí lo sutil de su mirada.

Agarré el cenicero de latón con el puro dentro e hice el amago de lanzarlo contra el secuestrador. En ese instante algo se removió entre las macetas. La sombra sibilina de un hombre bajo y rudo. Así que decidí, a última hora, cambiar la trayectoria de la pedrada: arrojé el cenicero con todas mis fuerzas a la sombra. Y todo se precipitó. Un golpe. Un crujido estridente. El filo del latón contra un cráneo. Un quejido. Un disparo sin tino desde la oscuridad. Una puerta de cristal hecha añicos. Un cuerpo que caía, desmañado, al pie de las macetas.

Gómez Cabo se volvió hacia el estruendo, momento que Colacho aprovechó para empujarlo con toda la potencia de su cuerpo, viejo pero curtido en tantos años de calafatería. El secuestrador, que no esperaba ni de lejos un envite como aquél, salió rebotado hacia el centro de la terraza y vino a dar de cabeza contra la base de piedra de la sombrilla. La pistola se le escurrió de las manos y fue a parar bajo la mesa. Quedó desconcertado por unos segundos. Más que el dolor del golpe, su mirada reflejaba aturdimiento y vergüenza. No podía creer que un viejo herido y un detective armado con un cenicero fueran a poder con el azote de los criminales. Comenzó a sangrar por el pómulo. Se limpió con el dorso de la mano. Me miró. Sonrió. Sí. Era la suya una expresión paternalista. La del que se encoge de hombros, divertido, y te dice, pero ¿qué haces, loco?, ¿no ves que todo es inútil?, ¿que no eres rival para mí?, ¿que al final voy a vencerte igual?

Se levantó con dificultad para buscar su arma. Le hice un gesto a Colacho de que buscara abrigo entre los maceteros. Y me tiré al rincón donde la sombra permanecía abatida. Cogí su pistola. Lo incorporé de lado y me guarnecí detrás. Aún respiraba. Pero el aliento le iba a durar muy poco. Los primeros disparos le dieron en el pecho. Sentí las convulsiones como mías, la sangre como propia, la muerte más cercana que en mi vida. Cuando Gómez Cabo creyó que había terminado con el tocachuevos y se dio la vuelta hacia donde estaba Colacho para saldar la última cuenta, sentí que era entonces o nunca. Me puse de rodillas. Levanté el arma. Apunté al bulto.

Pude tener escrúpulos, pensar que no era limpio que la primera vez que le

disparaba a un hombre fuese por la espalda. Pero ni los tuve ni lo pensé: aquel asesino no era un hombre, mi abuelo estaba en peligro y, qué carajo, quien traiciona a un traidor tiene cien años de perdón.

Después, al revivir aquel episodio de mi vida, pude también engañarme con que yo no maté a Gómez Cabo. No quise saber (ni me ha importado nunca) cuántos de mis disparos dieron en su cuerpo. Ni si cayó al vacío muerto ya. La cosa fue que no logré tumbarlo. Que el cabrón era duro de pelar. Que se sobrepuso a la andanada de balas. Que anduvo, zigzagueante y perdido, unos pasos hasta la barandilla. Que miró al cielo buscando quizás una explicación a todo aquel sinsentido. Que buscó apoyo en el borde del pretil. Que no lo halló. Y que lo vimos perderse para siempre en la confusión de la noche.

Cuando llegaron Álvarez y Margarita Esponda, ya todo había acabado. Colacho y yo, aún con el alma en la boca, esperábamos sentados en la terraza. Nos habíamos agenciado las dos copas de coñac. Para entrar en calor, para espantar el susto, para brindar por estar vivos. Total, ni Gómez Cabo ni Vitali Kultiakov, la famosa *Ku* al que todos temían hasta nombrar, iban a necesitarlas ya. Vitali Kultiakov. El ruso jamás lo sabría pero me había salvado la vida. Acostumbrado a llevar escolta, ¿para qué iba a molestarse en chalecos antibalas? Las balas siempre se las llevaban otros. Y lo que son las cosas: fue su mejor sicario el que acabó por joderlo del todo.

De Kultiakov nada se sabía. Un mirlo blanco. Había llegado a la isla hacía dos años. Según rezaba en su pasaporte, había nacido en Volgogrado en 1949. Según los papeles de inmigración, su oficio era el de constructor, aunque nadie cayó luego en la cuenta de que su empresa no había construido nada en todo ese tiempo. ¿Y a quién le importaba?: no había llegado en patera, sino en su avión privado; pagaba sus impuestos y alguna que otra mordida para que no lo molestaran con zarandajas; daba trabajo a una docena de empleados (tampoco repararon las autoridades en que sus hombres sabían de planos lo que yo de astrofísica); gastaba su dinero en los comercios, y jamás se había visto relacionado con actividad delictiva alguna. Los que lo conocían (Susana, Evelyn, Andrei) lo temían como a la peste. Ni siquiera osaban pronunciar su nombre en vano. Era Dios. Todopoderoso. Invisible. Magnánimo con quienes lo adulaban. Juez absoluto y único en el juicio final.

La mansión resultó ser la casa de Dios. Allí, quién sabe si a los postres de una cena, se había gestado la mayor parte de las operaciones criminales. Allí, quién sabe si ante un coñac como el que bebíamos, se habían decidido las muertes de Susana, de Evelyn y de los pobres diablos de la discoteca. Allí, quién sabe si con un Romeo y Julieta entre los dedos, habían discutido sobre qué hacer con la sirena: en la bodega del sótano encontrarían algunos rastros de piel y de cabello, señal de que el cadáver

pasó un par de días entre vinos y licores hasta que resolvieron cómo descuartizarla. Y allí, quién sabe si para entretener la sobremesa, habían lanzado a un pobre tatuador holandés por el barranco. Y ni el buqué tan suave del coñac, ni la tristeza linda de los ojos de Margarita Esponda, ni el alivio de recuperar con vida a Colacho Arteaga pudieron compensarme de toda esa amargura.

Fin



JOSÉ LUIS CORREA (Las Palmas, 1962). Es Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Doctor en Literatura Hispánica desde 1992, su docencia e investigación giran alrededor de la Literatura Juvenil y los talleres de creación literaria, que ha impartido en diferentes instituciones (universidades, ayuntamientos, casas de cultura, etc.). Destacan el ofrecido en la Universidad Cristóbal Colón de Veracruz (México) o en la Universidad de La Rioja (España), ambos en 2005.

En general, su existencia ha estado siempre ligada a los libros. Primero, en los años setenta, como lector apasionado de Verne, de Salgari, de Stevenson, de los Dumas. Más tarde, en los primeros ochenta, como estudiante de filología española. De 1985 a 1995, como agregado de Lengua y Literatura de instituto. Y, desde entonces, viene alternando su trabajo en la universidad con el oficio de escritor. Así pues, ha recorrido todos los pasos que tienen que ver con la literatura: la afición, la enseñanza, la investigación y la creación literaria.

Obra

Como escritor, sus comienzos están relacionados con el relato, cuentos breves que escribe para sus estudiantes de instituto. Algunos tuvieron la fortuna de cosechar diferentes premios: el Julio Cortázar (La Laguna, 1998) o el Campus (Las Palmas, 1999). Y muchos publicados recientemente por la editorial canaria Interseptem: *¿Qué quieres que te diga?* y otros cuentos y *La verdadera historia de Helena-con-hache*,

un libro de relatos y una novela corta.

A finales de los noventa, espoleado por la suerte de sus cuentos, comienza una carrera de novelista que ha sido refrendada con otras importantes distinciones. Obtiene el Premio Benito Pérez Armas (S. C. de Tenerife, 2000), el más antiguo y prestigioso de Canarias, con su obra *Me mataron tan mal*. El Premio Ciudad de Telde (2002), con *Quince días de noviembre*, inaugurando la saga del detective Ricardo Blanco, o el Premio Vargas Llosa (Murcia, 2002), con su obra *Échale un ojo a Carla*.

Es, asimismo, autor de *Muerte en abril* (2001), el segundo caso del detective Ricardo Blanco. Y de *La hija del naufrago. El último viaje del Alfonso XII* (novela histórica, 2004). José Luis Correa se ha erigido, por su prosa ágil y honda, su lenguaje directo y su visión moderna de la literatura, como una de las voces más genuinas del panorama narrativo canario de los últimos años. Sus últimas obras publicadas son *Muerte de un violinista* (2006, tercero de la saga Ricardo Blanco) y *Una canción para Carla* (2008).

En 2010 publicó *Un rastro de sirena*, la cuarta entrega de la saga de Ricardo Blanco y la quinta en 2012, *Nuestra Señora de la Luna*. Entre medias (2011) vio la luz *Murmullo de hojarasca*.

En 2013 continúa la saga de Ricardo Blanco con *Blue Christmas* y, por último, Recientemente, acaba de publicar la séptima entrega del detective Blanco: *El verano que murió Chavela*.